

Christiane Desroches Noblecourt



LA MUJER

EN TIEMPOS DE LOS FARAONES

LA MIRADA DE LA HISTORIA

EDITORIAL COMPLUTENSE



LA MUJER EN TIEMPOS DE LOS FARAONES

Ese Egipto que nos fascina con sus legendarios faraones, sus sarcófagos de oro y sus misteriosas pirámides, ¿se hizo con o sin las mujeres? Christiane Desroches Noblecourt nos muestra, tras un impresionante trabajo de investigación e interpretación, el importante papel que la mujer tuvo en Egipto.

- En la sociedad civil, la mujer era igual al hombre. Como él, podía estudiar, heredar, testar y legar.
- En el seno de la pareja, las decisiones eran tomadas por los dos miembros.
- En el mundo divino, que impregnaba todos los aspectos de la vida cotidiana, Isis era la maga, la esposa y madre modelo.
- En el ámbito de la realeza, la Gran Esposa transmitía la sangre real y la herencia faraónica, además de secundar y aconsejar al rey.
- Otras participaron en el gobierno, como las del Gran Harén del faraón, llegando incluso a conspirar contra él.
- La consagración definitiva de todo esto fue la presencia de una mujer en el trono: la reina Hatshepsut.

Plagado de anécdotas sorprendentes, relatos llenos de humor, intrigas y leyendas cósmicas. **La mujer en tiempos de los faraones** nos ofrece una visión nueva y más familiar de una época de la que, hasta ahora, sólo teníamos una imagen grandiosa e imperial.



Christiane Desroches Noblecourt, medalla de oro del C.N.R.S. (Centre National de la Recherche Scientifique), fue Conservadora Jefe del Departamento Egipto del Louvre. Gracias a sus enseñanzas, sus escritos, y en especial a su best-seller sobre Tuthankamón —traducido a veintidós idiomas— y a su decidido interés por salvar los templos de Nubia, la autora ha contribuido notablemente a que el público general conociera Egipto.

*LA MUJER
EN TIEMPOS DE LOS FARAONES*

CHRISTIANE DESROCHES NOBLECOURT

LA MIRADA DE LA HISTORIA

EDITORIAL COMPLUTENSE

Director de la Colección: **Julio Mangas Manjarrés**
Catedrático de la Universidad Complutense

 Creative Commons

Título original: «La femme au temps des Pharaons»

Traducción: José Miguel Parra

© by Christiane Desroches Noblecourt

© 1998 by Éditions Stock

© 1999 by Editorial Complutense, S. A. Donoso Cortés, 63, 3.º 28015 Madrid
Tel.: 91 394 64 60/1. Fax: 91 394 64 58

Primera edición: Marzo de 1999

ISBN: 84-89784-74-4

Depósito legal: M-11.179-1999

Fotocomposición: M. T., S. L.

Impresión: Gráficas Rógar

Diseño de cubierta: Escriña

Impreso en España-*Printed in Spain*

Sumario

La tierra del faraón XIX

PARTE PRIMERA

LA MUJER EN EL MUNDO DIVINO

Capítulo primero: La feminidad divina

El demiurgo y sus diferentes aspectos	3
Las parejas creadoras de Hermópolis	4
El sistema heliopolitano	5
La «destrucción de la humanidad»	6
El mito de la diosa lejana	10
<i>El Ojo de Re: la «Lejana»</i>	11
<i>Los diferentes aspectos de Hathor</i>	13
Otros principios femeninos	17
Isis y su gloria	17
<i>Sus santuarios</i>	17
<i>La maga</i>	18
<i>Isis en el ciclo osiriaco</i>	19
<i>La búsqueda de Isis</i>	21
<i>Los ritos funerarios</i>	22
<i>El nacimiento de Horus</i>	24
<i>Las tribulaciones de Horus y Seth</i>	25
<i>La madre protectora</i>	26
<i>El reino de Isis</i>	28

Sumario

PARTE SEGUNDA

LA MUJER EN LA REALEZA

Capítulo primero: La reina y su contexto

El importante papel de la reina	33
El incesto real	34
<i>Entre hermanos y hermanas</i>	34
<i>Entre padres e hijas</i>	36
El matrimonio del faraón	40
La madre real	42
<i>Regente desde el Reino Antiguo</i>	42
<i>Las madres liberadoras</i>	42
<i>Tiyi, madre de Amenofis IV</i>	45
<i>Tuy, madre de Ramsés II</i>	47

Capítulo segundo: La Gran Esposa Real

El papel de la Gran Esposa Real en la monarquía	49
<i>Las Damas Reales patriotas</i>	51
<i>Las reinas de la herejía</i>	51
<i>Las reinas egipcias de Ramsés II</i>	58
El papel religioso de la Gran Esposa Real	60
<i>Respecto al dios</i>	60
<i>Respecto al rey vivo</i>	63
<i>Respecto al rey difunto</i>	69

Capítulo tercero: Los harenes de la Corona

El concepto de harén	73
La organización del harén	74
Los distintos harenes	75
Las Damas del harén	77
Las estancias privadas	78
Los hijos reales y su educación	81
Un agradecido hijo del Kap	82

Sumario

Las conjuras del harén	85
<i>Durante el Reino Antiguo</i>	86
<i>Durante el Reino Medio</i>	88
<i>Durante el Reino Nuevo</i>	91

Capítulo cuarto: Necrópolis, reina divinizada y faraonas

Necrópolis de reinas	97
<i>Los primeros tiempos: el Reino Antiguo</i>	97
<i>El Reino Medio</i>	100
<i>La XVIII Dinastía</i>	101
<i>La XIX Dinastía y el Valle de las Reinas</i>	103
Una reina divinizada	104
Faraonas	108
<i>Nitocris</i>	110
<i>Neferu Sobek</i>	111
<i>Hatshepsut</i>	112
<i>Nefertiti (?)</i>	112
<i>Tausert</i>	112

Capítulo quinto: Amón y el destino de las esposas del dios

Amón soberano	116
Nesykhonsu, la esposa de un gran sacerdote de Amón	117
Las nuevas esposas del dios	119
Durante el reinado de los reyes «etíopes»	120
Durante el reinado de los reyes saítas	122
Durante la Baja Época	123
La función de las esposas del dios	123

Capítulo sexto: Hatshepsut, Gran Esposa Real y regente

La leyenda de la reina	127
Los primeros años de la princesa	130
Hatshepsut, Gran Esposa Real y madre de Neferure	134
Hatshepsut, viuda y regente	135
El oráculo de la coronación	137
Los dos primeros obeliscos del reinado	140

Sumario

Senenmut	141	
Los grandes funcionarios del reinado		143
Las fundaciones de la reina	144	
Capítulo séptimo: El faraón Hatshepsut-Maakare		
La reina a partir del año 7	147	
El templo de Deir el-Bahari	148	
La tumba del Valle de los Reyes	150	
Otras actividades en el país	151	
Política exterior	152	
La expedición al país del Punt	154	
<i>Los preparativos</i>	154	
<i>La llegada al Punt</i>	156	
<i>El regreso a Egipto</i>	158	
Neferure	160	
Las prerrogativas de Senenmut	161	
¿Un hijo del amor?	163	
La gran fiesta de Opet	164	
Los dos obeliscos recubiertos de electro	167	
El final del reinado y el acceso al trono de Tutmosis III		169
El «perseguidor» de la faraona	171	
Hatshepsut, gran soberana e innovadora	172	

PARTE TERCERA

LA MUJER EN EGIPTO

Capítulo primero: La mujer libre y la mujer sometida

La mujer egipcia	177	
<i>Su lugar en la sociedad</i>	177	
<i>Tipo físico, coquetería y modas</i>	179	
El estatuto general de la mujer	183	
<i>La igualdad entre el hombre y la mujer</i>	183	
<i>La libertad de la mujer</i>	184	

Sumario

La capacidad jurídica de la mujer libre	185
<i>Las virtudes de la mujer</i>	185
Propiedad libre, legados y testamentos	187
¿Una independencia constante o con altibajos?	187
<i>Las herencias</i>	189
<i>Actas jurídicas</i>	190
<i>Delitos</i>	191
La mujer en la servidumbre	192
<i>La sirvienta</i>	192
<i>La «sierva»</i>	193
<i>La compra de una «sierva»</i>	194
<i>Corveas y la «Gran Prisión»</i>	195
<i>Extranjeras y prisioneras de guerra</i>	196
<i>Los mercaderes y los precios de las siervas</i>	198
<i>Alquiler de «siervas»</i>	199
<i>Manumisión y adopción de «siervas»</i>	200

Capítulo segundo: Infancia, educación, amor y esponsales

La infancia	203
Enseñanza y educación	204
<i>El aprendizaje de un oficio</i>	208
<i>Profesiones liberales, escribas y funcionarias</i>	208
<i>Los pequeños oficios</i>	211
<i>El clero femenino</i>	212
El amor	214
Los esponsales	221

Capítulo tercero: Matrimonio, poligamia, poliandria, divorcio y adulterio

El contrato de matrimonio	223
Poligamia y poliandria	226
El divorcio y la protección de la mujer	228
<i>Motivos de divorcio</i>	228
<i>Relajación de las costumbres entre los obreros de la necrópolis real</i>	229

Sumario

<i>Otros motivos de divorcio</i>	230
<i>Los derechos de la divorciada</i>	231
<i>El divorciado</i>	232
Advertencias a los futuros cónyuges	233
La condena de la adúltera	235
<i>La condena teórica</i>	236
<i>En la práctica</i>	236
El matrimonio	239
<i>El acuerdo</i>	239
<i>Las condiciones</i>	240
<i>Intento de reconstrucción de un matrimonio</i>	240
<i>El matrimonio en el cuento de Khaemuas</i>	245
<i>La identidad de la mujer casada</i>	246

Capítulo cuarto: La casa y la vida en el hogar

La casa	247
<i>Lo que representa el hogar</i>	247
<i>La hacienda rural</i>	248
<i>El acceso</i>	250
<i>La zona de recepción</i>	251
<i>El balcón cubierto</i>	252
<i>La vida privada</i>	253
<i>Las habitaciones para el aseo</i>	253
<i>Los anejos</i>	255
<i>El jardín</i>	257
<i>La casa urbana</i>	258
La vida diaria en la casa	262
<i>La señora de la casa</i>	262
<i>La mujer y el hijo</i>	263
<i>El embarazo</i>	264
<i>Protección durante la gestación</i>	265
<i>El parto del niño y el nacimiento del nombre</i>	267
<i>La protección del recién nacido</i>	269

Sumario

Capítulo quinto: Ginecología, el papel de la señora de la casa, el duelo y la viuda

Ginecología	271	
El papel de la señora de la casa	273	
<i>La concubina</i>	275	
<i>Los hijos sin padre declarado</i>	276	
<i>Las responsabilidades de la señora de la casa</i>		277
Un duelo en la familia	280	
<i>Las circunstancias</i>	280	
<i>La preparación de la momia</i>	280	
<i>El enterramiento</i>	283	
<i>El banquete funerario</i>	286	
La madre viuda	288	

Capítulo sexto: Viudedad, madrastra, la educación del hijo y las mujeres de vida alegre

La viuda	290	
<i>La protección de las viudas</i>	290	
<i>Los derechos de la viuda</i>	293	
<i>La adopción de herederos</i>	293	
<i>El recurso al marido difunto</i>	294	
El viudo	295	
<i>El viudo perseguido</i>	296	
<i>La esposa abusona</i>	298	
La madrastra	299	
<i>Madrastra y desacuerdos</i>	299	
<i>La madrastra mal acogida</i>	300	
La educación del hijo y las mujeres de vida alegre		302
Epílogo	307	
Conclusión	309	
Notas	315	
Bibliografía	327	
Créditos de las ilustraciones	335	

Para
Germaine Ford de Maria,
Gran Señora de los tiempos modernos,
cuyo sabio mecenazgo permite la restauración
del Valle de las Reinas, consagrado a las
Grandes Señoras de los tiempos de los faraones.

NOTA DEL TRADUCTOR

En los países con gran tradición egiptológica (Francia, Inglaterra, Alemania...) los nombres egipcios se transcriben al idioma correspondiente adaptándolos en lo posible a su propia fonética; lo que no carece de dificultades, pues el egipcio contaba, nada menos, que con dos «A», dos «D» y dos «T» diferentes, además de con tres «S» distintas y con ¡cuatro «H»! Al carecer España de una tradición egiptológica propia, no existe consenso entre los investigadores sobre la manera correcta de hacer lo mismo. De modo que he decidido respetar la transcripción del original francés pensando que, dado que esta lengua y la inglesa transcriben el egipcio de manera muy similar, el lector que pretenda profundizar en el tema consultando la bibliografía que acompaña al texto, podrá reconocer los nombres sin muchas dificultades. He de decir, no obstante, que las «OU» y «PH» francesas las he transformado en «U» y «F» respectivamente. Por último, mencionar que, al enfrentarse a nombres como Djedefre, Kheperkare o Shepseskaf, el lector tendrá que leer el grupo *DJ* como *DY*, así *Dyedefre*; el grupo *KH* como la *J* española, así *Jeperkare*; y la *H* y el grupo *SH* como lo son en inglés.

La tierra del Faraón

Egipto, la antigua *Kemi*, «La Tierra Negra», nació entre las cadenas montañosas arábica y libia, en las tierras de aluvión depositadas durante millares de siglos por la inundación anual producida por las lluvias del África central. Si el Nilo Blanco, nacido del desbordamiento de los Grandes Lagos, Victoria y Alberto principalmente, y el Nilo Azul, alimentado por el Atbara de Etiopía, hubieran dejado de manar, la «Tierra Negra» se habría vuelto a convertir, bajo el sol implacable, en un desierto.

De modo que para los primeros pobladores sedentarios, todo dependía de una voluntad suprema que regía la marcha del Universo y que mantenía con vida «todo lo que existe», al tiempo que lo organizaba en las veinticuatro secciones, nocturnas y diurnas, en las que se dividía el recorrido solar y en la sucesión de los años —de 365 días y cuarto cada uno—, que se renovaban con la llegada de la inundación; un reloj que no se paraba nunca y un calendario gigante e infalible que se repetía con una increíble exactitud.

Fuera de las dos regiones que forman el Alto Egipto y el delta del Bajo Egipto, más favorable a la agricultura, no hay nada. Este extraordinario oasis se encuentra delimitado a este y oeste por desiertos arenosos en los que la vida, a la que se le prodigan cuidados sin cuento, se sitúa a «Orillas del río».

Esta fuerza creadora en constante movimiento, cuyo equilibrio no se podía modificar ni su avance dificultar, era una prueba de la existencia de lo divino. De este modo, los egipcios, profundamente enraizados en su terruño, vivieron, más que ningún otro pueblo, con la prácticamente inquebrantable certeza de que todo existía gracias a un don de Dios y que era importante integrarse en el ritmo creado, aceptando tanto su destino como su entorno; pero explotando al máximo los recursos puestos a su disposición por el Creador. Cada sexo, por definición complementario del otro, representaba un papel concreto, siendo ambos igualmente respetables.

Con cada inundación comenzaba un ciclo y con él la perpetua renovación. Tres estaciones de cuatro meses cada una traían consigo, primero la esperanza, junto a ese río henchido que se derramaba por todo Egipto, más tarde la alegría, debida a la abundancia de las cosechas y, por fin, la ansiedad de ver cómo la progresiva sequedad se adueñaba de todo. El regreso de la crecida se convertía de este modo en el garante de la supervivencia de la naturaleza y también en la esperanza de la inmortalidad.

Año tras año, el milagro del eterno retorno se producía en este país con un sol bienhechor, bajo una luminosidad incomparable. El fenómeno, de una sorprendente regularidad, ha marcado siempre a los habitantes de Egipto. Creencias, costumbres y modos de vida se perpetuaron en todas las clases sociales; de tal modo estaba arraigada la creencia en la necesidad de respetar una tradición ancestral que había que seguir para que no se produjera «una ruptura del equilibrio» en el orden establecido, del que todo dependía «desde los tiempos del dios». Hasta tal punto que, todavía en nuestros días, especialmente en provincias y en las zonas más alejadas de Egipto, nos encontramos con el recuerdo vivo de todos los rasgos que marcaron la antigua civilización de los faraones.

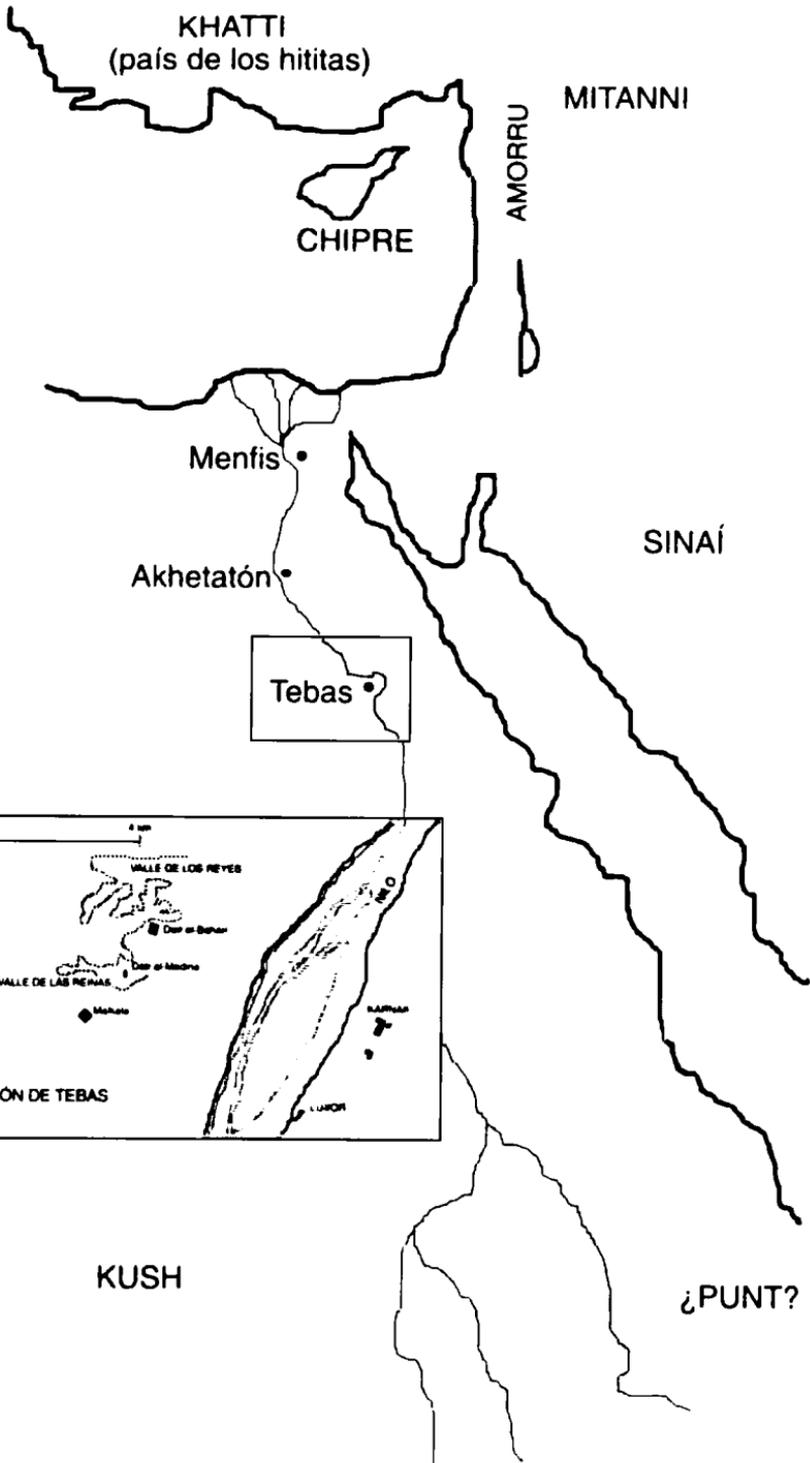
A decir verdad, pese al paso de los milenios, las ocupaciones, los conflictos y las diversas invasiones que la «Tierra Negra» terminó por absorber, el egipcio apenas ha transformado su actitud básica ante la vida. Aunque los lugares de culto fueron modificados, por lo menos

La tierra del Faraón

en dos ocasiones, su manera de entender lo divino permanece inquebrantable.

Sin duda el profundo conocimiento que sobre la vida egipcia he adquirido con los años al convivir con los *fellahs* durante las campañas de excavaciones, ya fuera en el campo o en el desértico *Gebel*, y más tarde junto a gentes de toda condición social, me ha ayudado enormemente a comprender la mentalidad de los antiguos habitantes de las riveras del Nilo, ya que si la forma ha cambiado, aparentemente al menos, no lo ha hecho el fondo ancestral. Cuántas veces, al comprobar cómo vivían los campesinos del Alto Egipto, o al hablar con las mujeres de las más antiguas familias del lugar, he podido comprender mejor el sentido de los hábitos y las costumbres que los dibujos y relieves de los templos y las tumbas sólo dejaban entrever parcialmente, o de expresiones que los textos antiguos no permitían aprehender directamente.

Incluso he creído comprender ese ciclo eterno del que formaba parte, a su vez, la existencia de la mujer egipcia; esa madre a la que se respeta por encima de todo; esa mujer sujeta a una estricta ley moral, pero dotada de una gran libertad de expresión. Es decir, toda su capacidad jurídica, su sorprendente libertad económica y el impacto de su personalidad en la vida familiar y en la gestión de los bienes comunes y de los suyos propios. Sin mencionar su derecho a reinar sobre el país. Su feminidad es notoria y estudiada; no obstante, su ideal es un matrimonio libre y la maternidad. En ningún caso se puede hablar de matriarcado. Los miembros de la pareja se reparten las responsabilidades y en este marco se desarrolla una vida con muchas facetas. Se producen anécdotas, nacen intrigas, el adulterio, que debe ser severamente castigado, encuentra maneras de aparecer, y las criadas dominan a sus señoras; las sacerdotisas pudieron atentar contra la fidelidad conyugal y, en ocasiones, las reinas conspiraron contra su soberano. Cuando la fortuna ha conservado para nosotros los vestigios adecuados, esos destinos excepcionales cobran vida ante nuestros ojos para demostrarnos las eminentes cualidades de las egipcias, que eran ya tan modernas en un período en el que nuestros ancestros todavía vivían en cavernas.



KHATTI
(país de los hititas)

MITANNI

AMORRU

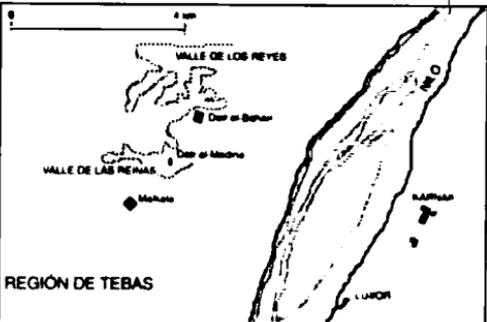
CHIPRE

Menfis

Akhetatón

Tebas

SINAI



KUSH

¿PUNT?

Parte primera

La mujer en el mundo divino

«Oh Isis...
Eres la Señora de la tierra,
Has hecho que el poder de las mujeres sea igual
al de los hombres.»

Capítulo primero

La feminidad divina

El demiurgo y sus diferentes aspectos

Los numerosos textos mitológicos y religiosos del antiguo Egipto reflejan una creencia general en que, en los orígenes del tiempo, un «proto-demiurgo» reinaba sobre el caos primordial, cuando *«el cielo no había nacido todavía, cuando la tierra no había nacido todavía, cuando los hombres no habían nacido todavía, cuando los dioses no habían sido dados a luz todavía y cuando [incluso] la muerte todavía no había nacido»*¹.

Cada uno de los numerosos colegios sacerdotales asentados en las regiones esenciales del país, Heliópolis, Menfis y Hermópolis, por no citar más que las principales, tenía una cosmogonía particular. De modo que existían muchas versiones del Génesis; pero todas se basaban en un concepto único y común: la existencia de un caos primordial, un inconmensurable «caldo de cultivo primitivo» cuya agua contenía, latentes, todos los elementos de la creación. Este agua era el Nun, padre de los dioses, sumergido en las tinieblas y ancestro de todo lo que habría de existir. De este desorganizado océano —aunque inagotable reserva de todas las fuerzas— surgió el «único», nacido de un misterio total, surgido «de sí mismo, sin haber sido concebido ni engendrado».

Las diversas cosmogonías comentan la creación del mundo según su particular noción de lo divino. Una de las más abstractas era la de Menfis, sobre la que reinaba Ptah. Una muy «científica» era la de los colegios de sacerdotes hermopolitanos. La más «humana» emanaba de la teología heliopolitana; de donde, según las regiones, se derivaban numerosos nombres para ese «único», la mayoría de ellos de carácter masculino. No obstante, una diosa como la gran Neith de Sais tenía derecho de ciudadanía en esa ilustre teoría y siempre se la consideró como parte del origen de la creación. De hecho, al simbolizar en él los principios fundamentales, masculino y femenino, el demiurgo era hermafrodita y materializaba a los «*padres y las madres que estaban con él cuando se encontraba en el Nun²*», antes del comienzo de todo.

Esta necesidad de encontrar el principio femenino en la acción divina es esencial para el habitante de la «Tierra Negra» (*Kemet*). De modo que, desde el alba de la historia, cada vez que una provincia o una ciudad reivindicue a su demiurgo local, éste no tardará en verse acompañado por una diosa «paredro» que dio a luz un niño divino. Juntos formarán una tríada, tan típicamente egipcia.

Las parejas creadoras de hermópolis

Se trata de las parejas creadoras de la luz reunidas en un único cuerpo; pero formado por cuatro elementos masculinos y cuatro femeninos sin los que, como se reconoce desde entonces, nada podría ser creado (Fig. 1). Se pueden diferenciar los dos componentes del agua inicial: Nun y Nunet; los de la infinitud espacial: Hebu y Hebet; los de las tinieblas: Kek(u) y Keket; y, en cuarto lugar, Amón y Amonet, las entidades ocultas (en ocasiones reemplazadas por Niau y Niaut, que forman el vacío). Esta Ogdoada³ (Fig. 2), compuesta por elementos esencialmente complementarios, hizo aparecer la luz mediante su sola voluntad, que surgió del loto que se encontraba sobre la colina emergida del «Gran Estanque» de Hermópolis⁴.



FIG. 1. Cosmogonía hermopolitana: los machos y las hembras del caos primordial crean el sol.

El sistema heliopolitano

El más extendido de los sistemas relativos a la creación es el protagonizado por el demiurgo Atum, señor de toda la familia divina, que está formada por nueve entidades complementarias, cuyos protagonistas, para los egipcios, representan los prototipos del mundo del faraón y del de los hombres, cosas ambas igual de importantes. A la cabeza de esta Eneada divina se encuentra el Sol (Atum), que creó a los primeros seres diferenciados, machos y hembras, ya fuera masturbándose, ya fuera materializándolos al escupir, o incluso pronunciando su nombre. Está compuesta por nueve formas diferentes. En un primer nivel se encuentra Shu, la atmósfera luminosa, el aire y la luz. Es el aliento del demiurgo, la fuerza dinámica del universo, que se ve completada por su gemela, Tefnut, a la que podríamos identificar con la humedad.

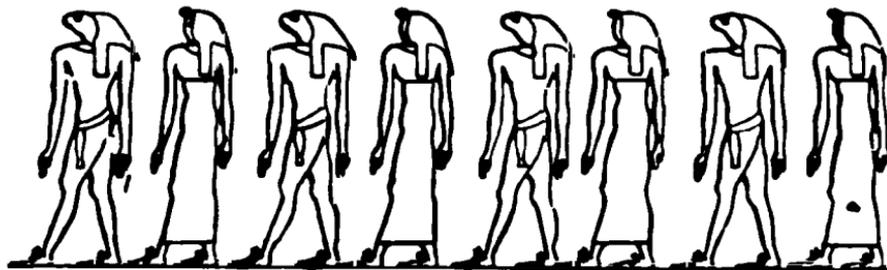


FIG. 2. La Ogdoada hermopolitana.

Esta pareja divina, Shu y Tefnut, continuará el proceso de la creación y a su vez traerá al mundo al dios de la tierra, Geb, señor de los minerales y de las plantas, acompañado de su paredro, Nut, el Cielo, que dará a luz⁵ a los demás dioses; es decir, a Osiris e Isis, Seth y Neftis, que forman las dos parejas de la conocida leyenda osiriaca, de la que hablaremos más adelante, y, por último, a Horus el Grande.

De modo que, con sólo enunciar los principales mitos cosmogónicos, podemos ver cómo el mundo divino estaba formado por imágenes comprensibles para el egipcio de la calle y basadas en la complementariedad de los dos sexos. Encontraremos la noción de lo femenino, esencial para el equilibrio cósmico y sus avatares, en la casi totalidad de los mitos y leyendas religiosos, que expondremos brevemente⁶.

En el ámbito divino, el elemento femenino (Fig. 3), lejos de ser pasivo, será el socio, el compañero, a menudo el protector y en ocasiones el origen de los problemas; podrás ser amable o, si es necesario, agresivo e incluso truculento, pero siempre será la buena madre y, en ocasiones, también la causa de la alegría de los dioses.

La «destrucción de la humanidad»

Una compleja entidad femenina representa un papel primordial en este mito, del que nos han llegado, fragmentariamente, numerosos

La feminidad divina



Isis



Neftis,



Hathor



Maat



Sekhmet



Mut



Seshat



Selkis



Neith

FIG. 3. Principales diosas egipcias.

ejemplos; de hecho, se trata de la versión egipcia del Diluvio. Tras la creación, Re⁸, el sol, el señor del universo, reinó durante mucho tiempo sobre los dioses y los hombres. Sin embargo, comenzó a envejecer, algo que no pasó desapercibido a los habitantes de la tierra, que le envidiaban: «*Sus huesos se habían [convertido] en plata, sus miembros en oro y sus cabellos en verdadero lapislázuli.*» Así fue como comenzaron a fomentar el descontento contra él. La reacción de Re fue sabia, pero firme: «*Haz venir, dijo a uno de sus sirvientes, a mi Ojo, a Shu y Tefnut, Geb y Nut, así como a los padres y las madres que estaban conmigo cuando me encontraba en las aguas del Nun, y también al dios Nun [...] Los traerás sin hacer ruido, de manera que los hombres no los vean, si no su corazón huiría. Vendrás a palacio con esos dioses, para que [me] expongan su punto de vista*» [...] *Se trajo a los dioses y se tumbaron delante de Su Majestad*» (parece que estuviéramos leyendo una descripción de la vida en la corte del faraón). Entonces los dioses se expresaron así: «*Háblanos, que podamos escucharte*». Dirigiéndose al más venerable, Nun, Re le dijo: «*Tú que eres el dios más anciano, del cual surgí, y vosotros, ancestros divinos, mirad, los hombres nacidos de mi Ojo, traman algo contra mí. Decidme que es lo que haríais para evitarlo; no quisiera matarlos antes de haber escuchado lo que tengáis que decirme.*» (La Majestad de Nun dijo:) «*Hijo mío, Re, tú que eres el dios que es más grande que su padre y sus creadores. Permanece sobre tu trono; el temor que inspiras es lo bastante grande si tu Ojo se dirige contra los conspiradores.*» El efecto fue inmediato, los rebeldes, aterrorizados al ver el temible Ojo, huyeron al desierto. Pero los dioses aconsejaron a Re que enviara a su Ojo a la tierra para perseguirlos. Este Ojo, que no era otra que la diosa Hathor, «*regresó tras haber dado muerte a los hombres en el desierto*» y le encontró gusto a la visión de la sangre, igual que si fuera una bestia feroz. Se presentó delante de Re, que la acogió con fórmulas de bienvenida. «*La diosa respondió: "Por tu vida, he sido poderosa entre los hombres, y eso alegró mi corazón."*»

Tras escucharla, y pensando que quizá ya no quedaba ni un sólo ser humano, Re se apresuró a desviar hacia otro objetivo el furor de Hathor. «*Haz que vengan a toda prisa mensajeros rápidos, que corran como una sombra.*» Los mensajeros fueron conducidos a su presencia y la

Majestad del dios les dijo: “Corred a Elephantina y traedme una gran cantidad de didí”, planta que proporciona un tinte rojo y que fue molida y mezclada con cerveza hecha de cebada. «*Parecía sangre humana. Se hicieron 7.000 jarras de cerveza, y la Majestad del rey Re fue con los dioses para examinar la cerveza. Cuando llegó el alba durante el cual la diosa quería matar a los hombres, dijo: “Protegeré a los hombres de ella [...] llevad por tanto [la cerveza] al lugar en el que quiere matar a los hombres.”*» La diosa llegó y vio la cerveza, la probó y bebió de ella con tal ardor que quedó completamente inconsciente.

Tras este gesto de clemencia en el que el demiurgo casi se comporta como un aprendiz de brujo con una diosa que se convirtió en la patrona de la embriaguez, el viejo Re, cansado de la ingratitud del género humano, decidió abandonar el gobierno del mundo. Puso al dios Thot en su lugar —*entonces nació la luna*— y pidió a su hija Nut, que se había transformado en la vaca celeste, que la cargara en su lomo para elevarla hasta el cielo. Durante el viaje Nut sufrió vértigo porque miró a la tierra y, para socorrerla, Re mandó a su padre Shu que la sostuviera (bajo el vientre del animal cósmico) (Fig. 4). Este era



FIG. 4. Nut, sujeta por Shu, cubre a Geb.

un mito que pretendía explicar la posición respectiva del sol, el cielo, el aire y la tierra y porqué Nut y Geb, estrechamente enlazados desde su creación, fueron separados. Al sostener a Nut, Shu elevó todo lo que había sido creado, incluidos todos los dioses, cada uno con su barca, y a éstos los convirtió en estrellas⁹. De manera que incluso el sol aparece representado navegando sobre la espalda de Nut. Por la noche la diosa se lo traga y atraviesa su cuerpo durante las doce horas de la noche, a la espera de que lo vuelva a traer al mundo al alba de cada mañana. Esta es la explicación de la magnífica figura de Nut completamente desnuda que ocupa el techo de algunas tumbas reales¹⁰. De este modo, dentro de su ataúd, el difunto, convertido en un «Osiris» gracias a la momificación, es considerado su hijo. Cuando vuelva a traer al mundo al Sol, le volverá a dar la vida solar, respondiendo así a sus súplicas: *«Soy tu madre Nut, me tiendo encima de ti en mi calidad de cielo. Tu cuerpo ha entrado en mi boca, sales de entre mis muslos, como Re.»*

El mito de la diosa lejana

La intención de un mito siempre ha sido la de explicar o comentar un fenómeno que ha marcado a la humanidad y que incluso se repite ineluctablemente. No cabe duda de que esa es la primera intención de la gesta osiriaca, a la que Isis está tan esencialmente ligada. Pero, antes de sumergirnos en el prototipo de la compañera fiel y atenta, de la viuda desconsolada pero activa y de la madre protectora, hay que citar la leyenda del Ojo del Sol, que no es más que una de las formas de la diosa Hathor, de aspecto cambiante: la Vaca Dorada, la Leona Furiosa o la Residencia de Horus, como indica su nombre; unas veces esposa y otras madre, pero sobre todo diosa del amor, a la que los egipcios imploraban para que concediera «un hogar a la virgen y un esposo a la viuda». El baile y la música se hicieron para acoger con alegría a esta amante ideal, estrechamente relacionada con Re, el señor del universo; incluso sabe cómo hacer que éste olvide su tris-

teza provocando su risa con el espectáculo de su desnudez, que revela bruscamente frente a él. Pero esta Señora del Sicómoro del Sur también está asociada con la muerte, que es el camino hacia la eternidad. En esas ocasiones reside en la Montaña de Occidente, desde donde representa un papel esencial¹¹.

El Ojo de Re: la «Lejana»

El Ojo de Re refleja, mediante un relato que tiene múltiples versiones, el mito cósmico del Eterno Retorno. Hubo un tiempo en el que el señor del universo se vio privado de su Ojo (*udjat*, un nombre femenino que significa: «lo que está completo») (Fig. 5). Encargados de ir a buscarlo, Shu y Tefnut fueron tan lejos que, impaciente, Re le encontró un sustituto. El enfado del ojo vagabundo fue digno del furor de Hathor y Re, para calmarlo, lo puso sobre su frente. Con la forma de la cobra hembra *iaret*, se convirtió en el uraeus, el símbolo del poder y la protección. Parece que fue a partir de ese momento cuando el dios Shu, el aliento divino, fue llamado Onuris¹², es decir, «Aquel que trae de vuelta a la Lejana».

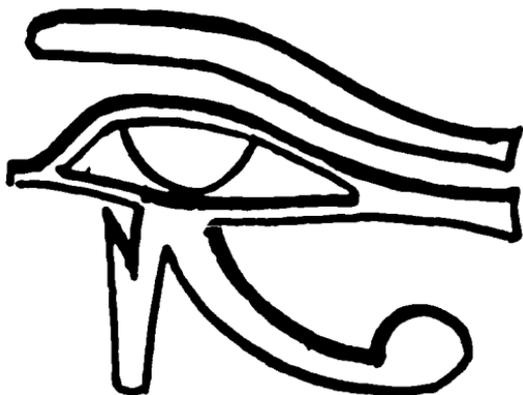


FIG. 5. El ojo Udjat.

Es posible reconstruir la versión más completa y atractiva del mito, sin duda de muy antiguo origen (como el propio nombre de Onuris)¹³. Se trata de la historia del Ojo que marchó al lejano Sur tras haber abandonado, en un momento de cólera, el lujoso palacio de su padre, situado en el norte de Egipto. El Ojo tomó la forma de la diosa Hathor, lo que no es de extrañar, pues la mitología egipcia ofrece numerosos ejemplos de estas metamorfosis. Algunos relatos dicen que el Ojo de Re tomó la forma de la diosa Tefnut. Cuanto más tiempo pasaban esperando su regreso, más tristes se ponían el Palacio y todo el país. Mientras tanto, la diosa se había transformado en una leona devastadora que echaba fuego por los ojos y la boca y que llevaba la vida de una fiera «en celo¹⁴». El demiurgo mandó en su busca a Shu y Thot, que se transformaron en dos monos para poder abordar a la irascible, que amenazó de muerte a Thot, el mensajero. Este infatigable abogado no escatimó su inventiva para lograr calmar a la diosa, haciendo constantes esfuerzos para convencerla de que regresara a su patria, donde el clima era mejor y donde le serían entregados víveres y vino. Para salvar su amenazada vida, Thot utilizó argumentos psicológicos con los que quería hacerle comprender a la diosa que cometería un error imperdonable al matar a un ser débil al que quizá un día podría deber la vida. Para apoyar sus palabras, le contó la fábula del león y el ratón, llegada a nuestros días a través de una larga tradición recogida en última estancia por La Fontaine. Tras haberse calmado durante algún tiempo, e incluso enternecerse hasta ponerse a llorar «*como una lluvia torrencial*», la leona se enfureció de nuevo: «*Su melena ardía en llamas, su lomo tenía el color de la sangre, su rostro brillaba como el sol, su ojo llameaba [...] y el desierto se oscureció por el polvo que producía su cola al golpear el suelo*».

Otras fábulas, narradas como argumentos para convencerla, la calmaron de nuevo, hasta el punto de que Thot logró hacer que regresara a Egipto y, para tranquilizarla definitivamente, la tiró a las aguas de la Primera Catarata. A partir de ese momento permaneció en Egipto con el aspecto de una gata, a la que Thot salvó de la serpiente Apofis, demostrándole así «que siempre se puede nece-

sitar a alguien más pequeño que uno mismo». Se trata de la gata Bastet, patrona de la familia y protectora del hogar. El «reencuentro» del Padre divino con su hija tuvo lugar en Filae, en donde la parte oriental (solar) de la isla fue consagrada a la reaparición de Hathor y a los monumentos que la celebran. Estas ceremonias coincidían con el momento en el que se festejaba el renacimiento de Osiris en la persona del joven Horus¹⁵. Ese regreso mitológico de la Lejana se puede interpretar como el de la inundación del Nilo que, en Egipto, ratificaba el Nuevo Año y traía la alegría al país con la prosperidad de todos. La asimilación de una diosa al principio alimenticio y protector es un considerable y excepcional homenaje que se le hace a ese reconocido don de la mujer, que es la riqueza del país y una fuente de felicidad; es decir, a Isis, que bajo la forma de Hathor incluso provocaba el éxtasis mediante la embriaguez y cuyas fiestas coincidían con la temporada de la vendimia y con el momento del regreso de las aguas del Nilo, henchido por las lluvias africanas.

Los diferentes aspectos de Hathor

La gran diosa, venerada en su magnífico templo de Dendera, se ve confirmada en su papel de antigua madre de los dioses en tanto que vaca celeste, habiéndolos parido y amamantado, igual que hizo Isis. Ése es el motivo de que los difuntos se pongan bajo su protección, para que los haga renacer a la vida eterna. Pero también es Hathor, la gran señora del amor, a quien los griegos identificaron con su Afrodita. De entre todas las fiestas que se celebraban en su honor hay que destacar la del mes egipcio Epifi, que consagraba la «Buena unión» con su esposo Horus. Durante la misma remontaba el río con gran pompa hasta llegar al templo de Edfú, donde su reencuentro provocaba el regocijo popular. Los emblemas más conocidos de esta diosa de las mujeres son el famoso «Collar *menat*» y los no menos ilustres *sistros*, a menudo llevados por su hijo, el pequeño dios Ihy¹⁶.

Por tanto, se consideraba que esta diosa participaba en la acción del Demiurgo, y a ese aspecto esencial es al que se le asignaba el don del Eros, que provoca la atracción entre los seres y asegura la continuidad de la vida. La fiesta de la *Sede de la Primera Fiesta*, la del Nuevo Año, también se celebraba con una solemnidad excepcional, puesto que como empezaba la víspera del primer mes de Thot, en el que comenzaba el año y que coincidía con el regreso de la inundación, se desencadenaban las entrañas de la tierra, a donde había huido la Lejana. En tamaña ocasión, la chispa divina reanimaba la estatua de la diosa guardada en el templo, confiriéndole esa radiación celeste para todo un año y materializando así su presencia en el santuario.

Con una gran procesión, los sacerdotes iban a buscar al «tesoro del templo» la estatua de oro (o de bronce dorado) de un pájaro con cabeza de mujer de 0,52 metros de alto (un codo real egipcio) llamada *ba* o *bai*¹⁷. A continuación, la estatua era depositada en una pequeña naos y cargada por ocho sacerdotes. El cortejo se detenía en diferentes lugares del templo y, en una sala llamada el *uabet*, se le imponían diversas coronas como recordatorio de los múltiples aspectos de su poder. El desfile era dirigido por un sacerdote que simbolizaba la Inundación y que derramaba delante de él agua santa y nueva; le seguía otro sacerdote que representaba al faraón, que incensaba la naos girándose hacia ella. Detrás de ellos iban los portaestandartes y un cortejo de figurantes formado por religiosos. Al llegar a la terraza del templo, el cortejo se dirigía hacia un quiosco —todavía visible en la actualidad— en donde se colocaba la naos. Cuando el sol salía por el horizonte, al amanecer, su primer rayo tocaba el rostro del *bai* de Hathor, que se encontraba en el interior de la naos, a la que se le habían abierto las cortinas. En ese momento, la fuerza, el potencial y la irradiación divina reanimaban la efigie y hacían real la presencia de la diosa, la Dorada. La música y los cantos de los sacerdotes debían de señalar simultáneamente ese instante crucial que proclamaba la buena nueva. La creación iba a continuar su labor y la alegría se extendía por todo el país. Se trata de una de las escasas ceremonias religiosas —verdadero Misterio cósmico— de las que podemos describir el desarrollo

general, ya que el templo de Dendera nos proporciona representaciones de la misma, en especial de la gran procesión mientras subía y bajaba por la escalera, además del quiosco sobre la terraza y de las inscripciones que las explican.

Hace algunos años tuve la oportunidad de incorporar a las colecciones del Louvre una figura de bronce que representaba el pájaro *bai* de Hathor (sin duda dorado en origen) que, supongo, recibió la iluminación de la luz divina, testigo del regreso a Egipto de la Lejana (la estatuilla está expuesta al fondo de la galería Henri IV del departamento de antigüedades egipcias).

En Dendera, al igual que en Filae y otros santuarios greco-romanos, podemos ver los *mammisis*, unas pequeñas capillas anejas a los templos que estaban reservadas para las formas femeninas de lo divino. En ellos, en el momento de la confirmación del poder real, la diosa traía al mundo cada año al dios hijo; lo que para el soberano representaba un nuevo nacimiento debido a la diosa.

Todos los templos en los que se mezclaban los diversos aspectos —o vicisitudes— de la Lejana estaban dotados de pilares o columnas adosadas coronadas por unos capiteles que los egiptólogos llaman athóricos¹⁸. Durante las últimas dinastías¹⁹, estos capiteles tenían esculpida en cada lado la cara de la diosa Hathor representada de frente —algo que en el relieve egipcio sólo se encuentra en este motivo arquitectónico—. El origen mitológico de la diosa, y muy probablemente también su forma original, están representados por las orejás de vaca. No cabe duda de que esos cuatro rostros hacen alusión a los aspectos esenciales en los que puede manifestarse. Perdida en los desiertos de la alta Nubia²⁰, es la leona vengativa y el menudo enfurecido Ojo del Sol; es decir, Sekhmet, que defiende al faraón, pero que durante los últimos días del año también podía propagar la peste²¹. Asimismo era Hathor, Eros, el amor, la amada de las mujeres que traía a Egipto la renovación tras la muerte —esa desaparición aparente— y la esperanza, el fundamento de todo porvenir. También es Bastet, la gata protectora del hogar²². Y, por último, Uadjet, la forma renovada de Isis, la bella jovencita, resplandeciente de juventud²³.

La mujer en el mundo divino

Los himnos más bonitos de la diosa Hathor son, sin comparación posible, los que se encuentran en el pequeño templo que se alza en la parte oriental de la isla de Filae, erigido en honor del regreso de la Lejana a Egipto. He aquí algunos pasajes²⁴:

*«Que bello es tu rostro,
Cuando apareces en gloria,
Cuando estás alegre,
Hathor, venerable Señora de Senmen [la isla de Biggeh]
Tu padre Re está exultante cuando te levantas.
Tu hermano Shu homenajea tu rostro.
Thot, poderoso en bebidas embriagadoras, te llama, oh poderosa.
La Gran Eneada disfruta el placer y la alegría.
Los babuinos se encuentran frente a tu rostro y bailan para tu Majestad
Los Hytis [otro tipo de mono] golpean los tamboriles para tu ka.
Los seres cantan himnos para ti
Y te adoran
[...]
Los hombres y las mujeres te ruegan que les concedas el amor.
Las vírgenes para ti abren las festividades y te dan su espíritu.
Eres la Señora de la alabanza, señora de la danza,
Grande de Amor, señora de las mujeres y las niñas núbiles.
Eres la Señora de la embriaguez, que tiene numerosas fiestas,
Señora del olíbano, señora de trenzar-la-corona,
Señora de la alegría. Señora de la exultación,
Para cuya Majestad se toca música.
Venerable pilar djed femenino, bello bai, Señora de Bugen [Sudán]
Eres le Señora del Sistro-sekhem, señora de la Menat y del sistro-seseshet.
Hacia cuyo ka se alza el unsheb [que está relacionado con el regreso
del año].
Eres la Señora de la danza, señora de los cantos y del baile-de-luth,
Cuyo rostro brilla cada día que desconoce la pena.
Ojalá que puedas presentar tu bello rostro
Al rey del Alto y el Bajo Egipto, Señor del Doble País.*

Otros principios femeninos

Otros conceptos divinos también tomaron de la mujer su soporte material. Sólo mencionaremos a la ciencia de la documentación y la archivística, que aparecía con la forma de Seshat, señora de las bibliotecas, joven mujer vestida con una piel de felino y que siempre tiene en la mano un cálamo, una caña para escribir. Y también a esa excepcional divinidad, igualmente hija de Re, Maat, una entidad intelectual, sin familia, coronada por una pluma de avestruz, símbolo del equilibrio cósmico, de la justicia, de la legitimidad de cualquier acción y que asegura la marcha justa del mundo; también representa el programa de equidad del que tiene que responder el faraón frente a su dios. Deslumbrante en su pureza, a la que nadie debe perjudicar, su estatuilla arrodillada cuelga del cuello del visir y del juez.

Isis y su gloria

Sus santuarios

De todos los aspectos femeninos de lo divino, Isis se manifiesta a los ojos de nuestros coetáneos como la diosa por excelencia, la más conocida, la imagen misma de Egipto, la admirable compañera de Osiris, que supo secundarle y posteriormente perpetuar el culto de su esposo, vencido por el mal, así como defender a su heredero hasta que se convirtió en adulto. En la época romana su culto se expandió por todo el Mediterráneo y se edificaron templos oficiales para su mayor gloria; pero este éxito popular se remonta a los últimos tiempos de la cultura faraónica, cuando también se construyeron a orillas del Nilo algunos santuarios que por fin estaban dedicados a la diosa en el propio suelo de Egipto. Mencionemos en primer lugar el pequeño templo dedicado por Psusenes y Amenemope, a principios del Tercer Período Intermedio, al este de la pirámide de Keops, en Guiza. Algo más tarde, a comienzos de la época greco-romana, se edificó el santuario de Behbet el-Hagggar, cuyas ruinas todavía recuerdan la prestigiosa belleza de sus relieves. Tampoco hay que olvidar el santuario del

Nacimiento de Isis en Dendera, en donde se celebraba «*la noche del niño en su cuna, con la forma de una mujer negra y rosa, dotada de vida, dulce de amor*»; pero, sobre todo, por supuesto, el prestigioso conjunto erigido en la isla de Filae, que es único en su género.

La maga

Debido a un fenómeno poco habitual, la entidad divina que era más accesible al común de los egipcios debido a su participación en la leyenda a la que está íntimamente relacionada —el prototipo de la mujer egipcia que cuidaba de su hogar como esposa y madre—, nunca tuvo un puesto destacado en ninguno de los edificios divinos y, aparentemente, tampoco en las viviendas. No obstante, las alusiones localizadas en los textos religiosos más antiguos²⁵ permiten creer en la gran antigüedad del mito con el que está relacionada: el de Osiris. No cabe duda de que el secreto al que estaba consagrado el desarrollo de los Grandes Misterios, que sólo podía ser revelado a los iniciados, es el responsable de que se guardara silencio. La búsqueda de los testimonios dispersos²⁶ permite reconstruir parcialmente la historia de la pareja egipcia más ilustre y antigua²⁷. Isis está considerada como la maga por excelencia. ¿Acaso no había obtenido del viejo demiurgo, empleando los mismos métodos que en ocasiones se han reprochado al comportamiento femenino, que éste le confesara el secreto de su fuerza? La estratagema era perversa: puso una serpiente, moldeada con tierra humedecida con la saliva de Re, en el camino del envejecido dios. Como es natural, el dios fue atacado y mordido por la serpiente y «*el veneno se adueñó de su cuerpo, como el Nilo se adueña del país*». Se comprobó entonces que sólo Isis podía curar al dios, pero ella hizo saber que lo haría con la condición de que éste le dijera su verdadero nombre. Sufriendo un dolor intolerable, el anciano demiurgo terminó por ceder a su pretensión y el conocimiento de su nombre confirió a la diosa el poder de Re.

En cuanto Isis pasó a formar parte de la leyenda de Osiris, perdió parte de su carácter lejano y concreto para hacerse más próxima a la

humildad. Es normal que la veamos entonces con su hermana Nef-tis con sus vestidos de duelo, al lado de la cabeza y a los pies de las momias, llorando y protegiendo al difunto, considerado como un Ges. Sólo en época tardía aparece representada como prototipo de la madre entre todas las madres, sentada sobre su trono y sujetando a Horus en su brazo izquierdo mientras lo amamanta²⁸ (Fig. 6).

Como quiera que sea, hay que recordar que Isis no sólo representa lo que se ha definido como una maternidad «biológica», sino también la maternidad como «hecho social». No se la confunde con Hathor; en este caso sólo encarna uno de los múltiples y diferentes aspectos —surgidos de su propio papel— de una única persona.

Isis en el ciclo osiriaco

Los problemas existen desde los albores del mundo. Sabemos que, según el ciclo mitológico de Heliópolis, Atum, el demiurgo, creó a la primera pareja, Shu y Tefnut: «él era uno y después se convirtió en tres²⁹». Por su parte, la primera pareja dio vida a Geb y Nut, la Tie-

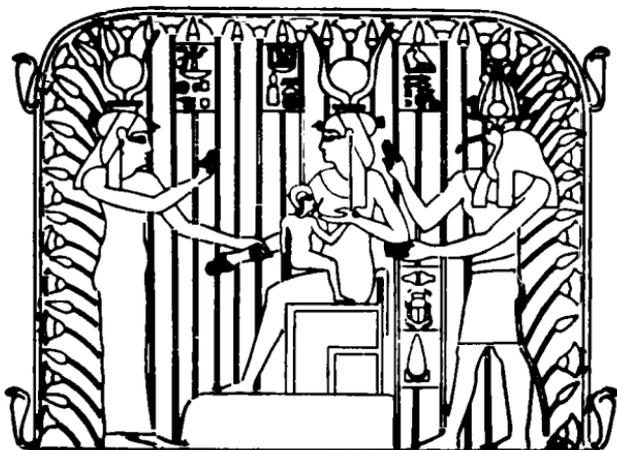


FIG. 6. Isis amamantando a Horus delante del dios Thor y la diosa Hathor.

rra y el Cielo, estrechamente relacionados. El Señor del Universo les prohibió todo contacto sexual y cuando supo que Nut estaba embarazada, sobre todo tratándose de quintillizos, ordenó a Shu que separara a los fogosos amantes y decretó que Nut no podría traer al mundo a hijo alguno en ningún día del año. Fue entonces cuando Thot intervino en favor de esos ilustres predecesores de Adán y Eva. Para permitir que la desgraciada Nut se liberara de su carga, dotó al año de *cinco días suplementarios* que, posteriormente, los griegos llamaron *epagómenos*. Así fue como nacieron Osiris, Seth, Isis, Neftis y Horus el Grande. Osiris, que había sucedido a su padre como rey de la tierra y que fue anunciado a los hombres por una voz celeste, enseñó a la humanidad, con la ayuda de Isis, su esposa y hermana (*puesto que ella era su protección y mantenía apartados a los enemigos*), los secretos de la agricultura. Isis hizo las gavillas y amasó la harina; Osiris prensó las uvas y bebió la primera copa de vino. Dio leyes a la humanidad y le enseñó cómo había que honrar a los dioses. Confiando la responsabilidad de la gestión del país a Isis (lo que prefigura el comportamiento de algunas reinas madres mientras el responsable de Egipto guerreaba), Osiris lo recorrió para conseguir la adhesión de todos, gracias a la música y sin combatir³⁰. Sin embargo, no todo era idílico en esta vida ejemplar, ya que Osiris parece haberse enamorado, momentáneamente y en secreto (¡por descuido, dice un texto!), de Neftis, la esposa de Seth el estéril³¹. La diosa concibió a Anubis, al que abandonó por temor a su esposo. La buena de Isis —guiada por unos perros— encontró al niño y lo educó, convirtiéndose éste en su guardián y su compañero; pero fue destinado a las tinieblas y se le confiaron los muertos. Es posible que la envidia de Seth fuera mayor tras este suceso, por lo que se puso a conspirar con 72 conjurados, que le ayudaron a preparar un fastuoso banquete con el que recibir a Osiris al regreso de su viaje; durante el festejo tendría lugar un concurso. Se trataba de averiguar quien, de entre todos los invitados, cabía exactamente en un cofre de gran valor que, de antemano, había sido fabricado con las dimensiones del dios; el precioso cofre sería el premio del vencedor. En vano todos intentaron meterse dentro, pues el cofre era demasiado grande para ellos; pero en cuanto Osiris se introdujo

en él, los conspiradores se apresuraron a ponerle la tapa, que fijaron con clavos. Después, lo tiraron al Nilo en un lugar llamado Nedit.

La búsqueda de Isis

Buscando a su esposo desaparecido, Isis, gracias a la información proporcionada por unos muchachos que vieron cómo era lanzado al agua, supo en qué dirección tenía que llevar su investigación, que la condujo hasta Biblos, las «Escaleras de Levante». Encallado en un pino, el cuerpo de Osiris comunicó su vitalidad al árbol, que creció desmesuradamente hasta envolverlo por completo. El grandioso tamaño alcanzado por el árbol llamó la atención del rey, Malcandre, que hizo de él una columna para sostener el techo de su palacio. Una nueva prueba que superar para Isis, que decidió utilizar sus poderes mágicos. Sabiendo que los sirvientes reales iban a una fuente en busca de agua, se transformó en una pobre mujer, llamó su atención y les deleitó trenzando sus cabellos con maestría «a la egipcia» e insuflándoles el divino aliento de deliciosa fragancia del que era poseedora. La reina, deseando conocer a la autora de esos prodigios, la hizo ir al palacio; así fue como Isis se convirtió en nodriza del hijo real. Maga ante todo, se limitaba a alimentarlo con su dedo. Por la noche prendía fuego a su envoltura carnal y, después de transformarse en golondrina, volaba lamentándose alrededor de la columna. La reina la sorprendió un día y, al ver a su heredero rodeado de llamas, gritó con estridencia... lo que hizo que el niño perdiera su inmortalidad. Entonces Isis se dio a conocer, se le entregó la columna y pudo recuperar el cofre. Se menciona a continuación un episodio que, seguramente, es una alusión a la tremenda costumbre egipcia de las plañideras con sus desgarrados gritos, perfectos para causar estupor: Isis se precipitó sobre el ataúd y sus aullidos de dolor fueron tan impresionantes que el hijo primogénito del rey murió.

Después regresó a Egipto con el hijo pequeño de Malcandre, que le ayudó a transportar el cofre. Llegada a su país, y creyéndose sola, abrió el ataúd y puso su rostro sobre el de Osiris para abrazarle mien-

tras lloraba. Sorprendida por el joven príncipe, la cólera se reflejó en sus ojos, hasta el punto de que lo fulminó con la mirada. Después escondió el cofre entre las marismas de Chemmis, en el lugar en el que habría de educar a su hijo.

Los ritos funerarios

Una variante bastante tardía de este relato añade que Seth, habiendo descubierto durante una cacería a la luz de la luna el lugar del escondite, robó el cuerpo para cortarlo en catorce o dieciséis pedazos que tiró al río. Para Isis comenzaba una nueva búsqueda; una versión de la leyenda dice que para recuperar los pedazos utilizó una barca. Un narrador más reflexivo comenta que se transformó de nuevo en un pájaro para poder ver mejor, desde lo alto, las partes del cuerpo. Después las enterró en el lugar mismo en el que las había encontrado, lo que explica porqué hay tantas tumbas de Osiris en Egipto. Pero da la impresión de que todo esto no era más que un subterfugio para despistar a su implacable enemigo. De hecho, tras reunir los pedazos que encontró hizo, con la ayuda de Neftis y de Anubis, la primera momia. Sólo faltaba una parte del cuerpo, el falo, que se había tragado un pez oxirrinco (de la familia de los mormíridos). Llegado al mundo de los muertos, Osiris fue enterrado acompañado por el sonido de las *Lamentaciones de Isis y Neftis*:

Dicho por Isis:

«Ven hacia tu residencia, ven a tu residencia,

Tú que ya no tienes enemigos,

Oh bello adolescente, ven a tu residencia para que puedas verme.

Soy tu hermana a la que amas,

No te separes de mí, bello adolescente.

Ven a tu residencia,

No te veo [y sin embargo]

Mi corazón aspira a reunirse contigo

La feminidad divina

Y mis ojos te reclaman.

[...]

Es maravillosos contemplarte.

[...]

Ven con la que te ama, que te ama, oh Unnefer,

Ven con tu hermana,

Ven con tu esposa,

¡Tú, cuyo corazón ha dejado de latir!

Ven con la señora de tu casa.

Soy tu hermana, de la misma madre,

No te alejes de mí...

Los dioses y los hombres han girado tu rostro hacia ti

Y todos lloran juntos, porque me ven.

Te llamo y lloro tan fuerte

Que se me oye en el cielo

¿Acaso no oyes mi voz?

Soy la hermana a la que amabas en la tierra,

¡No amabas a ninguna [otra] mujer

Excepto a mí, oh mi hermano, oh mi hermano!³²»

El texto de estas famosas lamentaciones continúa y describe el diálogo entre las dos hermanas llorosas, interrumpido por algunos estribillos cantados por otras plañideras. En medio del dolor encontramos referencias que lo asemejan a un canto de amor y, cuando estudiamos las estrofas recitadas por Neftis, vemos que el tono cambia, ya no es el de la esposa, sino el de la amante.

«Regresa ahora mismo, mi señor, tú que has partido,

Para hacer lo que te gusta bajo los árboles.

Has alejado mi corazón de mi cuerpo millares de millas.

Sólo contigo deseo hacer lo que me gusta.

La mujer en el mundo divino

*Si vas al país de la eternidad, te acompaño.
Tengo miedo de que mi esposo me mate.
¿Hubo alguien que hiciera algo semejante cuando reinaba?
He venido por amor a ti.
Liberas mi cuerpo de tu amor»³.*

Al leer el último canto, da la impresión de que se puede entrever el recuerdo del idilio que tuvo lugar entre Osiris y Neftis. ¿Que tales palabras sean pronunciadas delante de Isis es un indicio de que se aceptaba a una «concubina» favorita junto a la señora de la casa? En el mundo de la realeza la cosa estaba clara, y parece que en el mundo de los «señores» la cosa también era igual de evidente.

El nacimiento de Horus

Al momificar a Osiris y enterrarlo según un ritual que sería repetido desde entonces, *Isis acababa de inventar el remedio que daba la inmortalidad*. Sin embargo, todavía faltaba un milagro para asegurar la sucesión del difunto que, a los ojos de los egipcios, estaba, por así decirlo, triplemente muerto, puesto que no había dejado heredero, había fallecido y, además, el pez oxirrinco se había tragado su virilidad. La maga, de nuevo transformada en pájaro, batió el aire con sus alas y reanimó a su hermano-esposo. Pero «*se trata de una cosa que hay que guardar bien escondida!* (leemos en el «*Libro de las Respiraciones*»); *No se puede permitir que un hombre o una mujer la divulguen en voz alta*». Después, gracias a su mágico poder, le devolvió durante un momento su miembro perdido y descendió aplastándose dulcemente sobre el cuerpo de Osiris que, virilizado por este movimiento, la fecundó. Siempre según la leyenda, Isis preparó en las marismas de Chemmis el nacimiento de su hijo, trayendo al mundo al niño Horus y, para protegerlo, reanudó la lucha contra los ataques del Maligno, el dios Seth, al que Plutarco llamó Tifón.

Convertido en un adulto, Horus, con la ayuda de Isis, como siempre completamente consagrada a hacer valer los derechos del hijo

de Osiris, solicitó ante el tribunal del Señor eterno, Atum, la herencia de su padre en contra de su tío. La infernal e incesante lucha iba a comenzar de nuevo; pero si pensamos en las virtudes que se le reconocían a la «divina madre», Horus no podía pensar en perder:

*«Su corazón era más hábil que el de un millón de hombres,
Era más eminente que un millón de dioses,
Era más perspicaz que un millón de nobles fallecidos.
¡En el cielo y en la tierra no había nada que no supiera!¹³⁴»*

Las tribulaciones de Horus y Seth

Sin embargo, el tono del cuento popular en el que se relatan las tribulaciones de Horus, el hijo de Osiris e Isis ya convertido en adulto, y de Seth, olvida la nobleza de términos que hemos visto hasta ahora. Con un vocabulario que en ocasiones es bastante subido de tono, se nos narran numerosos acontecimientos. Nos limitaremos a hablar de aquellos en los que la diosa participa. En ellos volvemos a encontrarnos con el comportamiento de maga hecha mujer que emplea numerosos artificios que la convierten en una diosa más poderosa aún y provista de muchos y temibles recursos para conseguir lo que quiere.

Las *Tribulaciones de Horus y Seth* demuestra la lentitud desmesurada de los procedimientos legales; en la vida nada es simple y, al ser presentados a imagen del hombre, los dioses no pueden ser tratados como personajes maniqueos. Para apoderarse de la herencia de su víctima, su difunto hermano, Seth pretende hacer creer que Horus no es el hijo de Osiris. Asistimos a un proceso para decidir la «paternidad» de un hijo nacido tras la muerte de su progenitor. El tribunal llamado a juzgar y zanjar la cuestión estaba formado por todos los dioses de Egipto, que permanecieron reunidos durante veinticuatro años, tan complicada era la cuestión; sobre todo debido a que el Gran Horus, Horakhty, se convirtió en partidario de Seth. La lucha fue cruel, los oponentes llegaron a las manos e incluso a emascular a Seth y dejar

ciego al joven Horus. En un determinado momento, el tribunal, sin saber que decisión tomar, solicita el concurso de la poderosa Neith de Sais y su veredicto fue muy claro: «*Conceded la dignidad de Osiris a su hijo, si no me pondré furiosa y el cielo se derrumbará sobre la tierra.*» Pero añadió que, como compensación, Seth debía recibir a Anat y Astarté, las dos hijas extranjeras de Re³⁵. Una nueva diferencia se produjo entre los dioses. El propio Re quedó postrado y fue entonces cuando su hija Hathor, para liberarle de sus preocupaciones, le mostró su desnudez. Mientras tanto, Thot, que seguía abogando por Horus, exclamó: «*¿Acaso le daréis el cargo al hermano de la madre, mientras vive un hijo carne de su padre?*» Dada la mala fe de Re, el Señor del Universo, la enfurecida Isis pronunció este juramento: «*Tan cierto como que mi madre Neith vive, y tan cierto como que Ptah-Tenen, alto de plumas, vive, se pondrán estas palabras delante de Atum, el grande que está en Heliópolis, y también delante de Khepri, que reside en su barca!*»

La madre protectora

Las maniobras de intimidación de Seth fueron tan eficaces que se respondió favorablemente a su petición de alejar a Isis del proceso. Pero eso era desconocer el poder y la imaginación de la diosa-mujer. Horakhty decidió, para complacer a Seth, que el tribunal se trasladaría a la «Isla del Centro», a la que, por supuesto, el barquero no debería transportar a ninguna mujer. Fue necesario entonces que Isis se transformara en una pobre vieja toda encorvada —aunque llevaba un anillo de oro en su mano— para acercarse al barquero y decirle: «*Vengo a ti con un bote de harina para un chicuelo que lleva cinco días en la isla guardando el ganado y que tiene hambre.*» Ante la respuesta negativa del barquero, le ofreció un pan y a continuación su anillo de oro, que fue el mejor argumento para convencerle. Llegada a la isla y siendo reconocida por Seth, Isis se transformó en una joven de irresistible belleza y, debido a la evidente falta de picardía de su interlocutor, intentó tenderle una trampa: «*Mi gran señor, se quejó, yo era la*

mujer de un guardián de ganado y le di un hijo. Mi marido murió y mi hijo guarda el ganado de su padre; pero un extranjero ha venido y se ha sentado en mi establo, y se ha dirigido a mi hijo con estas palabras: "Te voy a golpear y te voy a quitar el ganado de tu padre y te expulsaré de aquí" Quisiera que te convirtieras en su protector.» Seth, sin darse cuenta de la trampa, respondió: «¿Acaso se le dará el ganado al extranjero mientras todavía vive el hijo del hombre?»

Esta frase provocó la inmediata metamorfosis de Isis en un pájaro, que fue a posarse en la copa de una acacia y que le dijo que él mismo acababa de juzgarse: *«¡Avergüenzate! Tu propia boca la ha pronunciado y tu propia habilidad te ha juzgado. ¿Qué más quieres?»* Este incidente, comunicado al presidente del tribunal, hizo que se condenara a Seth, a quien el propio Re dijo: *«Sí, tú mismo te has juzgado.»* Pero el endiablado dios consiguió un nuevo aplazamiento... para conseguir más información.

La segunda parte del cuento presenta a los dos antagonistas transformados en hipopótamos y enfrentados en una lucha cruel, con Isis siempre a la vera de su hijo. Los combatientes sufrieron heridas tan graves que Isis, apiadada de él, alivió el dolor de Seth. Esto hizo que Horus se enfureciera con la rabia del hipopótamo en que se había convertido, hasta tal punto que llegó arrancarle la cabeza a su madre. Afortunadamente, Thot la reemplazó por una cabeza de vaca (de ahí viene el aspecto de Isis-Hathor). De peripecia en peripecia, Horus, castigado, fue cegado por Seth (el castigo de la ceguera era muy conocido en la Antigüedad); pero Hathor le devolvió sus ojos. Después Seth fue emasculado y los incidentes truculentos, groseros en ocasiones, se continuaron durante casi un siglo, hasta que finalmente el tribunal decidió dar el paso que tenía que haber dado en primer lugar, preguntarle al propio Osiris. La respuesta del dios llegó en forma de carta que Thot leyó al tribunal: *«"Todo lo que dice el señor de los alimentos es perfectamente justo", dijeron.»* Isis se encargó entonces de traer atado a Seth para que se le reprochara no haber aceptado las decisiones del Consejo Supremo. El dios terminó por someterse y abandonó sus ambiciones sobre la herencia del trono de Osiris. Horus fue investido como sucesor; era el triunfo definitivo de Isis.

El reino de Isis

El gesto de Osiris, como vemos, es totalmente complementario de la acción de Isis, sin la que el misterio de la resurrección no podría tener lugar, ni la herencia del padre serle devuelta con completa justicia a su hijo. Semejante programa, prometido a una humanidad que aspiraba a no carecer de un bienestar seguro, debió conocer una popularidad excepcional, como así fue. Durante las últimas dinastías egipcias la gloria de todas las expresiones divinas existentes se difundió para ser suplantada progresivamente por la veneración, cada vez mayor en los egipcios de todas las clases sociales, hacia la Gran Isis, punto de referencia de la sociedad y en la que se pusieron todas las esperanzas. Se le erigieron templos, los griegos y los romanos la adoptaron como suya y proliferaron sus adoradores, hasta tal punto que captó, como Isis-Hathor o Isis-Sothis, la atención de los místicos y de las personas religiosas. Los misterios isíacos se extendieron desde Filae hasta Alejandría, desde Pompeya a todo el sur de Europa, y la madre por excelencia fue conocida con la imagen, reproducida en millares de ejemplares, de la mujer que sostiene sobre sus rodilla a su hijo Horus, la *Isis Lactans* de los romanos... de los panonios y los galos o incluso la *Isis Pharia* de Alejandría, patrona de los navegantes. La barca en la que la gran diosa, símbolo de la mujer que velaba por la perpetuación de la raza, atravesaba el río cada diez días para hacer una libación de leche sobre los altares funerarios de Osiris, sitos en la isla de Biggeh, frente a Filae, en el lugar conocido como el *Abaton*, fue dotada de un mástil y descendió por el Nilo hasta llegar a Alejandría. Allí podemos encontrar a la Isis del Faro, la *Isis Pharia*, con un ancla o un timón, igual que nos la muestran hoy día las vírgenes-con-ancla meridionales; como por ejemplo, la Virgen del Suquet de las alturas de Cannes. En ocasiones, el mástil del barco era reemplazado por la silueta de la diosa de inconmensurable piedad y profundo afecto, pues conoció todos los dolores y todas las pruebas.

De navegación en navegación, captó la atención de los Nautas de Lutecia, de modo que la barquichuela de velas hinchidas de la más internacional de las diosas de la Antigüedad, de la esposa y madre

La feminidad divina

ejemplar, todavía subsiste en nuestros días en un símbolo milenario, el de las armas de la ciudad de París.

En el momento en que el culto de Isis se impone a todos los demás, aparecen los himnos dedicados a la diosa. En estas verdaderas e interminables letanías se pueden leer los elogios siguientes:

«[...]

Diosa de múltiples juegos,

Honor del sexo femenino.

[...]

Amante que hace reinar la dulzura en las reuniones,

[...] *Enemiga del odio [...]*

[...] *Reinas en lo Sublime y en el Infinito.*

Triunfas fácilmente sobre los tiranos gracias a tus fieles consejos.

[...] *Fuiste tú quien, sola, trajiste a tu hermano, quien gobernó bien el barco, y quien le dio una sepultura digna de él.*

[...] *Quieres que las mujeres (en edad de procrear) se unan a los hombres.*

Todos los ancianos te hacen sacrificios.

[...]»

Y, sobre todo, como dando su aprobación a la actitud de la diosa:

«*Eres la Señora de la tierra [...]*

Has hecho que el poder de las mujeres sea igual al de los hombres!¹³⁶»

Parte segunda

La mujer en la realeza

Capítulo primero

La reina y su contexto

El importante papel de la reina

Después de haber hablado del lugar que ocupaban las evocaciones femeninas de la divinidad en los distintos mitos egipcios, no nos cabe duda del importante papel que se esperaba que representara la mujer situada al lado del faraón. Se trata, por supuesto, de la Reina por excelencia: la Gran Esposa Real, aquella que debía traer al mundo a los herederos del trono. Como ya veremos, había otras muchas mujeres que formaban el encantador imperio femenino sobre el que reinaba el rey de Egipto; pero antes de nada nos ocuparemos de las «mujeres de la Corona».

Ya desde la I Dinastía podemos comprobar, sea por el número de tumbas de las Señoras de Palacio¹, sea, sobre todo, por los restos que se conservan de las importantes sepulturas de las reinas², la particular importancia del papel que representaba la soberana, cuya posición se mantuvo e incluso cobró más importancia todavía durante la historia de Egipto. Se admite como un hecho indiscutible que la herencia del carácter regio era asumida por la reina, que «traspasaba la esencia divina al hijo real». Este concepto implicaría que ella misma debiera ser hija de un faraón; de este modo, mediante su unión con un pretendiente al trono que no era un heredero directo, podía transmi-

tir la sangre real solar a los hijos del nuevo soberano. Los derechos de la madre, la hija real, eran primordiales, lo que ya confirmó hace más de dos mil años el historiador Manetón, quien comentaba que los reyes de la II Dinastía habían confirmado los plenos derechos de la mujer a ocupar el trono. Un especialista en derecho faraónico, Théodoridès, considera que esta ley escrita ya debía existir en el Reino Antiguo.

El incesto real

Entre hermanos y hermanas

La aplicación «ideal» o «aplicación tipo» del principio anterior era, evidentemente, el matrimonio consanguíneo entre un hermano y una hermana nacidos del mismo padre, el faraón. Se trataba de seguir al pie de la letra un ejemplo tomado del comportamiento de los dioses, sobre todo si nos inclinamos por la mitología heliopolitana (en Hermópolis, los elementos iniciales, machos y hembras, no son en realidad parejas formadas, sino que derivan de los principios divinos «bisexuados»). Nos referimos sobre todo a Shu y Tefnut, Geb y Nut y, en especial, a la pareja formada por Osiris e Isis.

A lo largo de su historia, y únicamente cuando se trataba de la corona —una institución sagrada que era importante conservar—, la familia real permanecía, en líneas generales y cuando ello era posible, fiel a la costumbre de salvaguardar la herencia faraónica y divina. Parece casi completamente comprobado que, en la IV Dinastía, Djedefre se casó con su hermana Heteferes II, de rubia cabellera artificial; en cuanto a Ahmosis, el libertador de Egipto declara en su estela de Abidos que tanto él como su hermana Ahmes-Nefertari eran hijos de una misma madre y de un mismo padre, Ahhotep y Sekenenre Tao.

Al haber aplicado esta ley casi hasta sus últimas consecuencias, el Egipto greco-romano vio nacer con las uniones de los últimos Ptolomeos, y en especial de las siete Cleopatras, a algunos ejemplos muy característicos de degeneración.

Para investir a su cónyuge con el poder faraónico sin duda bastaba con que la hija del rey se casara con su hermanastro, como hizo Hatshepsut, o incluso con un pariente algo más lejano de la familia real, como hizo Heteferes, que con su matrimonio con Esnefru le abrió a éste el camino hacia el trono. Pero es conveniente dejar constancia de que la regla sufrió excepciones a lo largo de toda la historia de Egipto; sin contar, por su puesto, con los numerosos casos que todavía desconocemos.

¿No sabemos acaso que en la VI Dinastía el faraón Pepi I se casó con dos hermanas, o hermanastras, llamadas ambas Merire-Ankhenes, simples hijas de un notable de la ciudad de Abidos, Khuy³? ¿Es necesario comentar que, aunque a comienzos de la XVIII Dinastía Ahmosis se precia de ser el vástago de una hija y de un hijo real, también nos dice que su abuela común era la dama Tetisheru, que se convirtió en reina? Ahora bien, ¿los vestigios de la sepultura de esta última⁴ revelan que seguramente era de muy modesta extracción social! La historia de Egipto está llena de excepciones a esa pretendida regla. A menudo se piensa que el general Horemheb pudo adueñarse del poder —al final de la herejía amárnica— porque su acción estaba legitimada por su segunda esposa, la princesa Mutnedjemet, muy probablemente hermana de Nefertiti. Antes de considerar si se trata o no de la hermana de la reina de Tell el-Amarna, deberíamos estar seguros de si la propia Nefertiti ya era una princesa real antes de casarse con Amenofis IV. Pero, hasta el momento, no sabemos absolutamente nada concreto de los ancestros ni de la familia más cercana de la «más célebre de las egipcias».

Podríamos sacar conclusiones semejantes sobre el origen de los fundadores de la XIX Dinastía, la de los Ramésidas, de los que conocemos la identidad de las Grandes Esposas. Sus dos primeros faraones, Ramsés y Seti, habían sido ambos altos funcionarios que terminaron siendo nombrados visir por Horemheb, que murió sin descendencia. Ocuparon el trono sucesivamente y acompañados por sus esposas respectivas, Sat-Re y Tuy; la primera, y sin duda también la segunda, surgidas de familias de militares y de damas de la alta sociedad asociadas al culto de Amón. ¿Dónde aparecía entonces la sangre real en el origen de esta *gens*?

Un ejemplo típico de lo anterior —el más llamativo sin duda— fue el matrimonio de Tiyi y Amenofis III. Éste no se limitó a investir a la elegida con el título más importante de la Corte, el de Gran Esposa Real, sino que, a modo de provocación, impuso *urbi et orbi* una elección personal, que consideraba imposible que fuera criticada, emitiendo una serie de grandes escarabeos históricos⁵ al verso de los cuales anunciaba sus nupcias con una plebeya, Tiyi, hija de un sacerdote y una sacerdotisa de la ciudad de Akhmin, en el Alto Egipto. Se llamaban Tuya y Yuya y muy probablemente eran originarios de la Baja Nubia.

Entre padres e hijas

Dado que el incesto entre hermanos reales no podía ser constante, debemos buscar el medio por el cual la sangre divina se transmitía pura. En el ambiente de la realeza se ha comprobado la existencia de otro tipo de incesto, entre padre e hija, que aunque se consumaba, también era ritual. Si nuestras fuentes fueran más completas, probablemente tendríamos que mencionar ejemplos tomados de la época más antigua, que autentificarían la leyenda tardía de los amores entre Micerino y su propia hija⁶. Durante el Reino Medio, sabemos que el faraón Amenemhat III se casó con su hija, la princesa Neferuptah⁷.

Los casos más claros aparecen durante el reino Nuevo, sin duda porque la información relativa a esta época es mucho más abundante. Así, Amenofis III, tan apegado a la resplandeciente Tiyi, la Pompadour de la XVIII Dinastía, se convirtió en el esposo de su hija Sat-Amón, a la que convirtió en su segunda Esposa Real. No parece haberse limitado a una única heredera, pues también se casó con otra de sus hijas, Isis, y muy probablemente con otras hermanas de ésta.

Los más ilustres de esos «padres-esposos» son los tres faraones más conocidos del Reino Nuevo: Amenofis IV, Ramsés II y Ramsés III. Por lo que respecta al primero de ellos, por lo menos tres de sus hijas fueron «honradas» con las atenciones afectivas, y rituales, de este soberano. Fueron las tres primeras: Meryt-Atón, la primogénita, de la

que tuvo una hija⁸; Maket-Atón, la segunda de ellas, que parece haber muerto de parto; en cuanto a la tercera, Ankhsepa-Iten, le dio una heredera⁹ antes de convertirse, tras la muerte de su padre, en la esposa¹⁰ de Tutankhamón. Los motivos de semejantes uniones no están muy claros por el momento ¿Pretendía el rey engendrar un heredero, tras las seis hijas que le había dado Nefertiti, y para ello debía permanecer fiel al linaje de la Gran Esposa? No lo sabemos.

Como quiera que sea, nadie podrá suponer que tal era la intención del segundo de los Ramsés —el rey Sol de Egipto—, que ya tenía innumerable hijos cuando contrajo matrimonio con las primogénitas de Isis-Nofret y Nofretari, dos Grandes Esposas Reales¹¹, y con otras muchas de sus hijas, entre ellas una de las últimas en nacer: Henut-mi-Re¹². Este rey de probada longevidad que reinó durante sesenta y siete años también tuvo, siguiendo el ejemplo de Amenufis IV, un hijo con su hija mayor. Se trata de un princesa, todavía anónima, que aparece en la tumba de Bentanta como hija... ¡y nieta del rey! (Cf. p. 59) (Fig. 7) ¿Qué es lo que empujaba a esos soberanos



FIG. 7. Bentanta seguida de la hija que le dio Ramsés.

rodeados por las más bellas mujeres de Egipto y del mundo conocido a casarse con sus hijas?

Parece que, sobre todo, se trataba de imperativos rituales en el contexto de una sociedad divina, que era la constante demostración de la esencia supraterrrestre del rey. En primer lugar, el faraón es el demiurgo encarnado, Atum, y en ocasiones también Re; en cuanto a su esposa, es Mut, Isis y Hathor, pero también Tefnut, su hija-esposa... y su «mano». Nos encontramos entonces con la versión más realista de la creación, en donde la compañera de Re termina por ser conocida como Nebet-Hetepet (que se podría traducir como: «Señora de la satisfacción») tras haberse transformado en Iusaas, la que revela el dinamismo del creador y cuyo nombre evoca la imagen más realista del despertar de la verga divina. Iusaas significa: «Ella marcha, ella cree».

Tefnut, a la que encontramos en el mito de la diosa lejana, hija y Ojo de Re, terrorífica y apaciguadora a la vez, también es la diosa Maat; perpetúa el vigor del dios, necesario para la vida de Egipto, y que el faraón representa en la tierra. De ese modo, al descender él mismo de un soberano, o provenir de un tronco menos áulico, el faraón detenta un potencial divino que, nada más sentarse en el trono, es afirmado, mantenido y renovado mediante ritos de la mayor importancia. Un poder supraterrrestre que debe, en definitiva, a su madre, hija real y descendiente lejana de un príncipe o de un noble mortal, *pero que conoció la teogamia*. Dicho con otras palabras, el día de sus nupcias su lecho fue visitado por el dios, que sustituyó al faraón durante la procreación. De este modo, el faraón, sea quien sea, se convertirá *por medio de su madre*, a la que eligió el dios, en el heredero del demiurgo. Los escasos vestigios existentes de los templos del período antiguo no han conservado nada de este rito esencial del que, afortunadamente, poseemos representaciones de los faraones del Reino Nuevo: en Deir el-Bahari, para la reina Ahmose, madre de Hatshepsut; en Luxor, para Mutemuia, madre de Amenofis III; y, por último, en el Rameseum, para Tuy, madre de Ramsés II. Pero si nos fijamos en el Papiro Westcar, cuyo texto narra acontecimientos que se remontan al Reino Antiguo, descubri-

mos en uno de sus maravillosos cuentos la historia de la esposa de un sacerdote de Re «visitada» por ese demiurgo, que le permitió traer al mundo a los tres primeros reyes que gobernarían en la V Dinastía:

«Uno de esos días, sucedió que Reddjedet sufrió los dolores [del alumbramiento] y su parto era laborioso. Entonces la Majestad de Re, Señor de Sakhebu, dijo a Isis, Neftis, Meskhenet y Khnum: “Id entonces y liberad a Reddjedet de los tres niños que se encuentran en su seno y que ejercerán esta función bienhechora en todo el país. Construirán vuestros templos, aprovisionarán vuestros altares, harán prosperar vuestras mesas de libación y aumentarán vuestras ofrendas.” Las diosas partieron tras haberse transformado en bailarinas-músicas. Khnum las acompañó llevando [su] equipaje. Llegaron a la casa de Rauser [...] y éste les dijo: “Señoras, mirad, la señora de la casa está con los dolores y su parto es laborioso”. Entonces ellas dijeron: “Permítenos que la veamos, puesto que sabemos hacer un alumbramiento”¹³».

Tras haber traído al mundo a tres niños «*de un codo de largo, con los miembros incrustado de oro y llevando una diadema de lapislázuli*», las diosas comadronas regresaron a ver a Re, el progenitor, y habiéndoles pedido éste que hicieran un prodigio para los niños, fabricaron tres diademas reales.

Es posible que los faraones, incluidos aquellos cuyas esposas no eran de origen real, creyeran transmitir a sus hijas algo de esa irradiación sagrada que había hecho de ellos dioses encarnados. Divinizados en vida (como sucedió en el caso de Amenofis III, Amenofis IV y de Ramsés II), mediante esa teogamia de segundo grado transformaban a sus hijas en soberanas «de pleno derecho» y, de este modo, sus herederos —o herederas— podían transmitir la sangre divina.

Finalmente, durante el reinado de Ramsés III, las hijas del soberano representaron, puede que de manera ritual, el papel de «manos divinas» durante las fiestas del jubileo¹⁴.

El matrimonio del faraón

Nada permite afirmar que las Grandes Esposas Reales pudieran ser princesas extranjeras. En cambio, desde muy temprano en la historia de Egipto, estas mismas princesas extranjeras debieron ser esposas secundarias de los reyes. Parece que durante la V Dinastía, Sahure recibió en la Corte a una princesa llegada de la lejana Biblos. También parece que la princesa Herit, que ya a finales de la dominación de los Hiksos se casó con Apofis, era un ancestro de Amenofis I.

Los soberanos de la XVIII Dinastía contaron con mujeres orientales de noble origen en sus harenes, como las tres princesas sirias de la época de Tutmosis III que fueron enterradas juntas en el sur del Valle de las Reinas, o las princesas de Mitanni¹⁵ enviadas a la Corte del faraón. Recordemos también los problemas que tuvo Tutmosis IV para organizar su matrimonio con la hija del soberano de Mitanni¹⁶, el rey Artatama (era la época en la que la alianza entre los dos monarcas les permitía luchar juntos contra su enemigo de entonces, los Hititas).

El hijo de Tutmosis IV, Amenofis III, también contrajo matrimonio, en el año diez de su reinado, con la hija de Shuttarna II de Naharina. Una emisión de escarabeos conmemora la llegada a Egipto de la princesa Gilukipa, que vino acompañada por trescientas diecisiete mujeres, entre damas de compañía y sirvientas; pero no encontramos ningún rastro de ella como Gran Esposa, y en el escarabeo emitido con motivo del matrimonio, la reina Tiyi, acompañada por la mención de sus padres, siempre ocupa el lugar preferente. Una segunda princesa de la misma familia, Tadukhepa, llegó a Palacio poco después de la muerte de Amenofis III y pasó a formar parte del harén de Amenofis IV. Éste se casó durante su reinado con una hija del príncipe de Arzawa llamada Tarkhundaradu. Antes de abandonar su país su cabeza había sido ungida con aceite perfumado, como signo del compromiso con el faraón. Sabemos también que el harén de Amenofis IV acogió a una princesa babilonia hija de Burnaburiash II y que éste se quejó amargamente de que Egipto sólo había enviado cinco carros como escolta para la novia.

De hecho, la única extranjera que con seguridad llegó a conver-

tirse en Gran Esposa Real fue, debido a unas excepcionales razones diplomáticas, la hija de Hatushilish, rey de los Hititas, «rebautizada» desde el momento de su primer encuentro con Ramsés II, nada más llegar a la frontera de Egipto: Maat-Hor-Neferu-Re «La que ve a Horus, fuerza creadora de Re». Poco tiempo después, Ramsés se casó con una hermana de su reina hitita, provista de una dote casi tan importante como la de su hermana mayor. Respecto a la primera princesa, la «Estela del Matrimonio», grabada sobre el muro exterior meridional del gran templo de Abu Simbel por orden de Ramsés, conserva la única representación de la ceremonia de un matrimonio real en Egipto. La escena está presidida por una imagen formada por la figura del faraón, sentado bajo un dosel, rodeada por Seth —protector de la dinastía— y por Ptah-Senen —el que se encuentra al comienzo de toda renovación—. Delante del faraón aparecen dos figuras que avanzan hacia él, la princesa hitita y su padre Hatushilish, que la sigue tocado con lo que es el antepasado del gorro frigio; ambos llevan las manos alzadas en señal de veneración. Se trata de la llegada a Palacio de la nueva esposa, escoltada aparentemente por su padre que, de hacer caso a la representación, la habría acompañado hasta Egipto¹⁷.

Ya sea el acto inaugural o final del acontecimiento, podemos imaginar que el dosel se encuentra situado en la sala de honor del palacio, en donde va a ser introducida la nueva Gran Esposa Real. Sin embargo, no hay ningún otro detalle que pueda completar el cuadro. Como quiera que sea, la recepción preparada para la nueva esposa debió ser grandiosa. Ramsés II, por supuesto, había acogido en sus harenes a numerosas princesas babilonias o de la Siria del norte.

Tras el final del Reino Nuevo, la elección de las Grandes Esposas da la impresión de ser menos estricta, debido quizá al origen parcialmente extranjero de los ocupantes del trono. ¿Acaso Siptah no fue traído al mundo por la reina Sutailja, de origen asiático? En cambio, de manera ocasional, siguieron concertándose matrimonios entre princesas egipcias y soberanos extranjeros. Probablemente fue de ese modo como Salomón pudo contraer matrimonio con una hija de Siamón, el último soberano de la XXI Dinastía; la dote que la egipcia aportó al matrimonio fue la ciudad de Gaza, que ya era codiciada en esa época.

La madre real

Regente desde el Reino Antiguo

La madre real representaba un papel de extrema importancia junto a su hijo. En primer lugar, ejercía una innegable influencia durante la juventud de éste; más tarde, si el heredero se convertía en huérfano de padre, se hacía cargo de una regencia *de facto*, que según el caso era de carácter esporádico y en modo alguno institucional. Eso fue lo que sucedió en tiempos de la reina Meryre-Ankhemes, viuda de Pepi I, faraón que murió durante la más tierna infancia de su hijo¹⁸.

De esta manera, los faraones, al tiempo que daban ejemplo a los más humildes de sus súbditos, dejaban clara su gran preocupación por su madre. Tras su muerte, las reinas madres eran inhumadas en sepulturas preparadas según los ritos y en las que el mobiliario funerario que formaba parte de su viático era de la mayor importancia. A juzgar por lo que se conserva de los muebles y joyas de Heteferes, esposa de Esnefru y madre de Keops, que fueron enterrados en el fondo de un pozo al este de la pirámide del heredero real, podemos darnos cuenta de los grandes cuidados que le proporcionó su hijo: macizos sillones recubiertos de placas de oro, una cama con los mismos adornos de ebanistería, una silla de mano con bandas de ébano incrustadas con el nombre de la noble viuda en jeroglíficos de oro, el dosel de su dormitorio y el cofre que guardaba sus componentes, cofres y brazaletes de plata decorados con alas de mariposa incrustadas con piedras semi-preciosas y, por último, entre sus objetos de tocador, sus cuchillas de oro.

Las madres liberadoras

Ahmosis, el libertador de Egipto tras la ocupación de los hiksos, le rindió honores semejantes a su madre cuando la viuda, la gran Ahhotep, murió a una edad avanzada, puede que con más de ochenta años. Esta soberana, viuda del rey Sekenenre Tao II, muerto en el

campo de batalla, sin duda debió enfrentarse a momentos muy difíciles tras la muerte de su esposo y, poco después, la de su primer hijo, Kamose; fue entonces cuando asumió la regencia de su segundo heredero, Ahmosis, que todavía era menor de edad. Más tarde ocupó su puesto en la capital, por lo menos hasta el año 15 de su reinado, cuando su hijo marchó a guerrear y a liberar Egipto. Ahmosis hizo erigir en Karnak una gran estela en la que se explica hasta qué punto esta ejemplar madre real supo asegurar la continuidad de la dinastía con su actuación en los diversos niveles de la sociedad y reafirmar de ese modo la estabilidad de la Corona. Tras haber unificado la mayor parte del país, supo convencer a sus enemigos para que abandonaran la oposición. Las opiniones de los egiptólogos difieren en un solo aspecto de su actuación; en si esta enérgica, diplomática y organizada madre real fue capaz, o no, de reunir a los soldados de Egipto y detener así una rebelión¹⁹. Si nos dejamos convencer por los elogios que Ahmose le dedica a su madre con la intención de exhortar a todos sus súbditos a que le rindan homenaje, no cabe duda de que fue así:

«Alabad a la señora del país, a la soberana de las riberas de las regiones lejanas.

*Cuyo nombre se alza sobre todos los países montañosos,
Que toma las decisiones preocupándose por el pueblo,
Esposa del rey, hermana de un soberano, ¡vida, salud, fuerza!
Hija de rey, venerable madre del rey,
Que está al corriente de los asuntos, que unió a Egipto.
Reunió a los notables, de quien aseguró la cohesión;
Reunió a los fugitivos, reagrupó a los disidentes;
Pacificó el Alto Egipto, rechazó a los rebeldes;
La esposa del rey, Ahhotep, que vive²⁰».*

Esta regente, cuyo comportamiento fue tan determinante cuando el destino la obligó de manera por completo inesperada a tomar el relevo sucesivo de tres faraones fue, sin duda, la primera mujer en recibir una condecoración militar²¹. Ahmosis debió considerar lógico y normal acompañar el cuerpo de su notable progenitora con algnos

objetos que recordaran su legendario valor: las grandes moscas de oro, que se sabe eran una condecoración militar (Fig. 8), y una pequeña daga adornada con una escena animal que representaba simbólicamente la expulsión de los hiksos, derrotados por los victoriosos ejércitos egipcios.

En el nacimiento de la XVIII Dinastía tuvo gran importancia un grupo de mujeres excepcionales. La primera de ellas fue Tetisheri, que también recibió las alabanzas de su nieto Ahmosis²² cuando éste hubo entronizado a Ahmes-Nefertari como Gran Esposa Real. En cuanto abandonó la minoría de edad, y según la costumbre que marcaba el protocolo²³, Ahmes-Nefertari se convirtió en la primera dama de Palacio, ocupando de manera natural la posición que había ocupado Ahhotep²⁴. En esa época, parece que su hijo Amenofis no tenía más de diez años. Sin duda ejerció entonces, al igual que sus gloriosas antecesoras, la regencia en nombre del niño. De hecho, la encontramos representada al lado de su hijo, Amenofis I, en numerosas ocasiones, incluso tras su muerte, pues ambos eran adorados, como pareja divinizada, por los patronos y los obreros de la necrópolis real.

De entre las demás madres reales con una fuerte personalidad y respecto a las cuales poseemos información válida, destacan mercedamente Tiyi, en la XVIII Dinastía, y Tuy, en la XIX Dinastía.

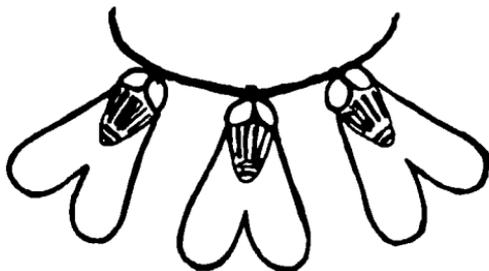


FIG. 8. Moscas de oro, recompensas al valor.

Tiyi, madre de Amenofis IV

La reina Tiyi²⁵, una egipcia de origen no real, representó como madre un importante papel al lado de su hijo, Amenofis IV. La mayoría de los autores están de acuerdo en considerarla parcialmente responsable²⁶ de la reforma religiosa atribuida a su hijo. No se conserva ningún texto que nos deje ver cuáles eran las ideas de la reina madre; pero hay ciertos datos que nos permiten sostener esa hipótesis. Primero, la aparente debilidad física que le sobrevino a Amenofis III, parece que al poco tiempo de estar sentado en el trono; segundo, la importancia que tenía para el faraón su madre que, según la decoración de las tumbas de Amarna, le fue a visitar a la nueva capital, en solitario, en numerosas ocasiones. Amenofis IV/Akhenatón le dedicó un templo en la nueva ciudad de Egipto y también poseía un palacio cuyo intendente, Huy, se hizo enterrar en la nueva capital. Los relieves de esta sepultura nos aclaran algo sobre la verdadera posición que con respecto al nuevo dogma ocupaba la reina madre frente a su hijo y a su nuera. Todo nos lleva a pensar que comprendía y animaba, si es que no la inspiraba, la necesidad de simplificar y aclarar la expresión de una religión entorpecida por las numerosas interpretaciones existentes sobre las múltiples formas divinas.

El mismo hecho de que la nueva capital, la Malkata de nuestros días, situada frente a Tebas y en donde la reina residió a menudo a comienzos del reinado, llevara el nombre del dios de la herejía, Atón, indica hasta qué punto era partidaria de la reforma. La ciudad había recibido el nombre de: *La ciudad de Neb-Maat-Re es el esplendor de Atón* (Neb-Maat-Re es el nombre de coronación de Amenofis III). Además, el barco real que navegaba por el gran lago de recreo fue bautizado como *Esplendor de Atón*.

Pero parece probable que esta mujer eminentemente inteligente y sensible tuviera que esforzarse por refrenar ciertos «excesos» del reformador, que podrían favorecer las reacciones dirigidas a aniquilar su obra. Podemos encontrar la prueba de esto en la tumba de Huy, donde hay dos escenas, únicas en su género, que representan el banquete que la pareja Akhenatón-Nefertiti ofrece a Tiyi, y sólo a ella,

puesto que su esposo no aparece a su lado. Las imágenes son completamente novedosas, casi provocadoras; es evidente que por su estilo, pero también por la manera de describir a los personajes. Se aprecian dos etapas en los ágapes. Primero aquella en la que los soberanos beben (Fig. 9). Al igual que su hijo y su nuera, la reina Tiyi se lleva una copa a los labios; es una escena que se adecua al protocolo anterior a la reforma religiosa. Tiyi se somete a ello voluntariamente, aún aceptando que el entorno se ha renovado, como demuestra que las pequeñas hijas reales participen en la celebración, introduciendo con su sola presencia una noción de intimidad en una escena oficial de Palacio. El estilo artístico también ha cambiado. La imagen de Tiyi está reproducida según el nuevo canon. En la escena siguiente (Fig. 10), los miembros de la pareja «reformadora» muerden con fruición trozos de carne e incluso sus hijas, a sus pies, les imitan, llevándose a la boca pequeños patos asados. La Gran Madre Tiyi asiste a la comida y ciertamente también la comparte; pero no llegó a consentir



FIG. 9. El faraón Akhenatón alzando su copa en un brindis junto a su esposa, Nefertiti, y su madre, Tiyi.



FIG. 10. El faraón Akhenatón comiendo carne junto a su esposa Nefertiti mientras Tiye, su madre, les observa.

que se la representara en ese acto de comunión alimentaria. No se lleva ningún alimento a los labios, se limita a alzar la mano. Rompiendo todos los «tabúes» religiosos, su hijo se atreve a ir contra las antiguas reglas santas. Tiye da su aprobación, ganada para el conjunto de la reforma; pero sabia como era y probablemente temerosa de un porvenir incierto, la madre real no quiso ser demasiado progresista yendo en contra de ciertas actitudes y costumbres cuyo origen se remontaba al comienzo de los tiempos.

Tuy, madre de Ramsés II

Por lo que respecta a Tuy —a la que en vida llamaban *Mut-Tuy* y, de manera familiar, *Muty*—, madre de Ramsés II, el papel que desempeñó al lado de su hijo²⁷ da la impresión de haber sido muy importante. ¿Acaso no aparece, en dos ocasiones, en la fachada del gran templo de Abu Simbel, al lado de la esposa preferida del gran rey

y de los hijos de sus dos primeros matrimonios oficiales? Ciertamente formó parte en la política de su hijo, que consistió en retomar de manera velada y con mucha habilidad la reforma religiosa conocida como «amárnica». Ramsés no se limitó a hacerse representar como nacido de un dios, sino que afirmó abiertamente su divinidad terrestre. Del mismo modo, su madre no solo fue visitada por el dios Amón durante la célebre escena de la «teogamia»²⁸, sino que al unir el nombre de nacimiento de su madre con el de la diosa Mut, Ramsés la relacionaba todavía más con la naturaleza divina, al confundirla con la esposa celeste de Amón. La tumba que le dedicó en el Valle de las Reinas es imponente. Sin embargo, al abandonar el ámbito terrestre para pasar al divino, Ramsés no podía correr el riesgo de engañar a la divinidad: en la tumba devolvió a su madre su identidad terrestre real. En todas las paredes del hipogeo que se han conservado su madre sólo aparece mencionada como Tuy, no se escribió el nombre de la diosa que se le había asociado.

No sería nada extraño que, durante el reinado de su hijo, esta madre real se hubiera preocupado por el bienestar del país, al igual que hiciera Ahhotep, su ilustre antecesora del Reino Nuevo, mientras Ramsés se dedicaba a la pacificación del Oriente Próximo durante casi los veinte primeros años de su reinado. De modo que no es nada sorprendente que algo antes del año 22 encontremos su nombre, con la forma Teye, en la correspondencia oficial intercambiada entre el palacio de Ramsés y el del rey hitita Hattushilish. Tuy también escribió a la reina hitita Pudukhepa para felicitarla por el afortunado tratado de paz que iba a ser firmado entre los dos países e incluso comunicaba a los lectores de sus cartas en la lejana Anatolia el envío de regalos en forma de obras de orfebrería y de piezas de tela tejidas bajo su real supervisión en el harén de la provincia de el-Fayum.

Capítulo segundo

La Gran Esposa Real

El papel de la Gran Esposa Real en la monarquía

Ya fuera, según señalaba la ley, una princesa real, ya una simple noble que, asociada a la creación de una nueva dinastía, se enfrentaba a unas circunstancias históricas concretas o incluso la elegida de un príncipe que la escogió de entre todas, aquella que se convertía en Gran Esposa Real al lado del faraón parece haber representado un importante papel en el trono de Egipto y siempre fue asociada al origen divino de su esposo. Sólo la falta de testimonios para el Reino Antiguo y el Reino Medio nos impide afirmar rotundamente que lo anterior es cierto también para los dos primeros períodos de la historia egipcia. Sin embargo, ciertos autores sugieren que es posible reconocer en la persona de algunas reinas de la I dinastía como Merneith y Neithhotep, y más tarde Heteferes, esposa del fundador de la IV Dinastía, Esnefru, a las primeras consejeras del trono*.

Los herederos de la corona debían ser hijos de la Gran Esposa Real; en el caso de no ser más que hijos del faraón y de una esposa

* Descubrimientos realizados con posterioridad a 1986, que fue cuando se publicó la primera edición francesa de esta obra, han demostrado que Merneith fue una reina de pleno derecho de la I Dinastía egipcia (N. del T.).

secundaria, era necesario, para reforzar su «potencial sobrenatural», que se casaran con su hermanastra, hija de la verdadera pareja real. Si ocurría de otra manera era necesario recurrir a otros subterfugios clásicos a los que los sacerdotes se prestaban con entusiasmo, como por ejemplo que el príncipe heredero fuera reconocido y autenticado por el oráculo de un dios durante una procesión en el templo de Amón (como sucedió con Tutmosis III). El amplio uso que se hacía de tales prácticas sin duda fue parcialmente responsable de la virulenta reacción de Amenofis IV.

Las hijas reales representaban un papel muy importante. Por ejemplo, una de las hijas de Keops, Heteferes II, se casó con Djedefre legitimando así el acceso al trono de un príncipe segundón; y la sobrina y nuera de Keops, Meresankh III, se convirtió en la Gran Esposa Real de Kefrén. Las hijas reales secundarias podían casarse con altos funcionarios.

No hay más que ver la magnífica estatua de tamaño natural¹ realizada en esquisto que representa a Micerino y a su esposa, Kameronbebt II, juntos y exactamente del mismo tamaño mientras miran hacia el infinito, para confirmar la completa igualdad existente entre ambos personajes, cada uno representando un papel concreto. De hecho, los escasos vestigios de templos del Reino antiguo y Medio nos muestran a la Gran Esposa del rey al lado del soberano. Da la impresión de que está asociada al culto mucho más en calidad de reina, el complemento dinástico del faraón, que como oficiante, es decir, como sacerdotisa.

Además, la monumentalidad y calidad de las estatuas de algunas soberanas del Reino Medio demuestra que las Grandes Esposas del Faraón, en esa época, no habían perdido ni un ápice de su importancia ni del papel que les había sido asignado.

La principal misión de las Grandes Esposas Reales era la de consejeras del rey, lo que les permitía adquirir una gran experiencia política; imprescindible en el caso de que, como reina madre, tuvieran que convertirse eventualmente en regentes o tutoras.

Las Damas Reales patriotas

De este modo pudo aparecer, en el momento mismo de la creación del Reino Nuevo, la Gran Esposa Real Ahhotep, a la que los acontecimientos llevaron a desempeñar un papel político de primera categoría, reconocido y admirado por su propio hijo, Ahmosis. En unas circunstancias que ya no eran dramáticas, Ahmes-Nefertari², esposa y hermana o hermanastra de éste, habla y discute con él en pie de igualdad sobre sus proyectos. De hecho, Ahmosis le pregunta sobre el tipo de homenaje que podría tributarle a su abuela: «Su hermana le respondió: “¿Por qué son recordadas esas cosas? ¿Qué acontece en tu corazón?” El rey le respondió él mismo: “*He evocado el [recuerdo de] la madre de mi madre y la madre de mi padre, la Gran Esposa y Madre Real, Tetisheri, difunta. En la actualidad tiene una capilla con su sepultura sobre el suelo de los nomos de Tebas y Abidos. Pero te he dicho todo esto porque Mi Majestad desea construirle una pirámide y una capilla en la Tierra Santa, cerca del monumento de Mi Majestad*” [...] *Y las cosas fueron realizadas con rapidez.*»

Es evidente que las primeras Grandes Damas Reales tuvieron un papel básico cuyo ejemplo, condicionado por las circunstancias y la naturaleza de la propia persona, tuvo seguidoras. El caso más brillante y excepcional —que trataremos por separado— es el de la reina Hatshepsut, de la que las más recientes investigaciones³ parecen haber demostrado que no era hija de un heredero de sangre por completo regia. No obstante lo cual, llegó a sentarse sobre el «Trono de Horus».

Las reinas de la herejía

Hay que esperar hasta la época de Amenofis III para alcanzar el período que —desde este reinado hasta el de Ramsés II incluido— nos proporciona más información sobre todos los aspectos del problema que nos interesa. Da la impresión de que el joven rey Amenofis, el tercero de ese nombre, quiso imponer con cierta pompa su elección, ocurrida en un entorno sacerdotal de provincias, de la Gran

Esposa Real, Tiyi. El texto oficial que hizo publicar relativo a su unión lo declara con un énfasis que casi alcanza un tono provocador, haciendo saber el origen modesto de la futura Gran Esposa Real y recordando que su poder se extenderá por todo el imperio egipcio de sus ancestros reales, desde el extremo más alejado del Oriente Próximo, hasta más allá de Napata, en el Sudán. Tras mencionar el nombre de Tiyi y el de sus padres, Tuya y Yuya, el rey añade lo siguiente: «*Ahora se ha convertido en la mujer de un rey poderoso, cuya frontera meridional se extiende desde Karoy hasta la septentrional Naharina.*» La influencia de la seductora, y sin embargo imperiosa, Tiyi, de rasgos nubios, parece haber sido excepcional.

Abandonando la sede de la realeza en la orilla este, el faraón situó su palacio y sus inmensas dependencias al oeste de Tebas, en el lugar que hoy día se conoce como Malkata. Para su bien amada, según nos informa otra emisión de escarabeos en el año 9 de su reinado, hizo excavar en el desierto un inmenso lago de recreo de 3.700 codos de longitud por 700 codos de anchura (el lago tenía por tanto unas dimensiones de 1.924 metros por 364 metros). Es el moderno Birket Habu, situado al sur del templo de Medinet Habu, en la frontera entre las tierras cultivadas y el desierto (para ser realizado en el plazo de quince días que mencionan los textos, W. Hayes estima que hubiera sido necesario ¡un cuarto de millón de obreros!). Se trata de la época más fastuosa que conoció la historia de Egipto cuando, tras las grandes conquistas en el Próximo Oriente, el lujo y las riquezas afluyeron a las orillas del Nilo. Bastó para ello que un árbitro del gusto y la medida supiera atemperar los excesos y la acumulación de detalles inútiles, que supiera elegir con gusto y también inspirar las formas que había que crear o interpretar, que hiciera que se buscaran nuevas tonalidades, que iban desde el amarillo azufre al color malva, que fomentara el uso del índigo e incluso la producción de un cristal perfectamente transparente; fenómenos que sólo se produjeron en la Corte.

Todo lleva a pensar que la principal inspiradora de esa renovación pudo ser la reina Tiyi. Satisfizo su ego haciendo que crearan objetos y estatuillas con su efigie —en ocasiones acompañada por la del rey—

en un esquisto esmaltado con un tinte excepcional, digno de compararse con el verde esmeralda. Existen objetos de barro cocido barnizado que llevan, incrustados con precisión, los nombres y el protocolo real de ambos soberanos, y las menciones a la hija primogénita de la pareja, Sat-Amón, la segunda Gran Esposa Real del rey, no tardaron en aparecer. La reina disfrutaba vistiendo fastuosos vestidos plisados, posteriormente adoptados por la Corte, y pesadas pelucas con redecilla que rodeaban el busto hasta el nacimiento de los senos. Los rostros adquieren un atractivo fascinante, mezcla de delicadeza y suavidad; todo es un canto a una belleza que todavía nos emociona, que llega casi a lo irreal y cuyo ejemplo más fascinante son las esculturas de la tumba de Ramose.

En todas partes parece reconocerse el toque refinado de la señora de palacio, de extraño y seductor encanto, que apoyaba la producción de los mejores talleres. Desgraciadamente, son muy raros los testimonios que han llegado hasta nosotros de las bibliotecas del antiguo Egipto, ya fueran de templos, palacios o grandes ciudades. Sin embargo, todavía subsisten algunas preciosas reliquias en forma de títulos de libros de templos, de textos literarios y de cuentos clásicos y populares. Pero, sin duda, el detalle más emotivo de todos es esa tapa de barro cocido barnizado que sirvió de cierre a un estuche que contenía un papiro de la biblioteca de la reina Tiyi. Lleva el nombre y el protocolo de la reina, además del título del rollo: *El libro del agradable sicómoro*. Ya contuviera poemas de amor —algunos fragmentos de los cuales han sobrevivido— o perteneciera al grupo de estudios sobre las especies botánicas, esta pequeña tapa con pivote es, indudablemente, el primer *ex libris* del mundo; un precioso testimonio «cultural» proveniente de las habitaciones de la querida esposa de Amenofis III.

Los archivos de palacio de Amenofis III y Amenofis IV/Akhenatón han proporcionado grupos de tabletas escritas en cuneiforme que, en su mayoría, son un testimonio de la abundante correspondencia diplomática intercambiada entre el palacio del faraón y sus ministros, tanto con los soberanos del Oriente Próximo como con los gobernadores de las regiones dominadas por el rey de Egipto. Nos damos cuenta entonces de que la reina Tiyi también tenía un importante

papel en la política exterior; por ejemplo, aconsejando al faraón cuando escribía a Tushratta, rey de Mitanni, y, en ocasiones, escribiendo directamente a príncipes extranjeros. Además, su labor diplomática no terminó con el deceso de Amenofis III, ni con la subida al trono de su heredero, Akhenatón, que durante muchos años fue corregente del país junto a su padre. Por lo tanto, no tenía motivos para ejercer de tutora y, sin embargo, es a ella a quien se dirige Tushratta para pedirle que, durante el reinado de su hijo, se mantuvieran las buenas relaciones entre los dos países.

El marcado ascendiente que parece que Tiyi fue adquiriendo progresivamente sobre el rey no impidió que éste considerara a muchas de sus hijas como Elegidas rituales, empezando por la primogénita de todas las princesas, Sat-Amón, que poseía en Malkata su palacio de Gran Esposa Real⁴.

Esto no era óbice en absoluto para que Tiyi figurara siempre al lado del soberano en las ceremonias oficiales; de las cuales una de las más importantes era, por supuesto, la fiesta del gran jubileo, celebrada en el trigésimo año de reinado. En esa oportunidad la vemos, próxima al rey, desdoblada en forma de Sothis y de Hathor⁵ (Fig. 11). También la encontramos como *Maat acompañando a Re*, que es como podemos admirarla todavía en la capilla funeraria de Ramose, un Visir del Sur que fue contemporáneo de Amenofis III y de Amenofis IV. Es el momento más virulento de la herejía provocada por el joven soberano; la época en la que, en el arte, las exageraciones intentan liberar la expresión estética hasta el punto de caer en la vulgaridad⁶.

Nada sabemos de los orígenes de Nefertiti, cuya belleza ha pasado a formar parte de la leyenda gracias a un busto suyo aparecido entre los restos del taller del escultor Tutmes⁷. Todo lo que se ha supuesto sobre ella no ha servido para resolver el misterio de su anonimato. Muy posiblemente fuera de ascendencia egipcia, pero hasta el momento no se conoce ni el menor indicio sobre su familia, con excepción de la existencia de su hermana Mutnedjemet. Sólo conocemos el nombre de su nodriza, Ti, que se casó con el comandante de la caballería del rey, Ay, que se convirtió en visir y subió al trono a la muerte de Tutankhamón. Siempre la vemos en compañía del rey y,

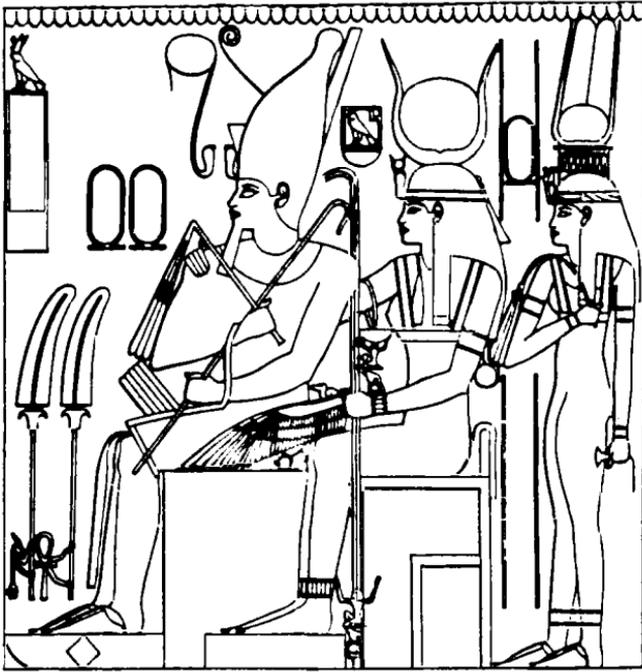


FIG. 11. El rey Tutmosis III acompañado por su esposa Tiyi representada como Sothis y Hathor.

según fueron naciendo, seguidos ambos de manera progresiva por sus seis hijas. Desde que comenzara el Reino Nuevo, en la XVIII Dinastía, nunca en los monumentos habían aparecido representados los soberanos en los momentos más importantes de su existencia y tampoco en unas actitudes tan familiares, en las que el afecto descrito en la piedra parece deberse a un amor intenso y permanente.

Como es natural, de ello deducimos algo apresuradamente que, con la intención de terminar con una actitud ritual muy poco dada a las demostraciones de afecto entre esposos, en especial los regios, el hijo de Tiyi puso el énfasis en la representación de un comportamiento lleno de ternura, incluso de amor, entre los miembros de la familia amárnica. Atenciones que van desde la deferencia extrema hasta una gran libertad de expresión gráfica y plástica, pasando por

mostrar a los soberanos besándose de pie en su carro mientras recorren la ciudad (Fig. 12) o en brazos uno del otro. Veremos después que estas escenas tienen que interpretarse como representaciones llenas de simbolismo.

En cualquier caso, hay que constatar el importante papel, casi primordial, reservado a las hijas reales a partir de la época de Aménofis III. De manera que alrededor de los grupos o los bajorrelieves que representan a Tiye y a su real esposo sólo vemos a las princesas⁸, en un momento en el que el joven Aménofis, que se convertirá en el Hereje, ya ocupaba un cargo importante en Palacio. Durante su reinado, nunca aparece entre las hijas del rey un varón; ni siquiera aparece un solo muchacho junto a su hermana más pequeña, Baketatón, y eso pese a que Tutankhamón vivió sus primeros años en Amarna, con el nombre de Tutankhatón⁹.

No existe el menor indicio que nos informe sobre el destino de Nefertiti. ¿Se enfadó con Aménofis IV/Akhenatón, como se ha que-

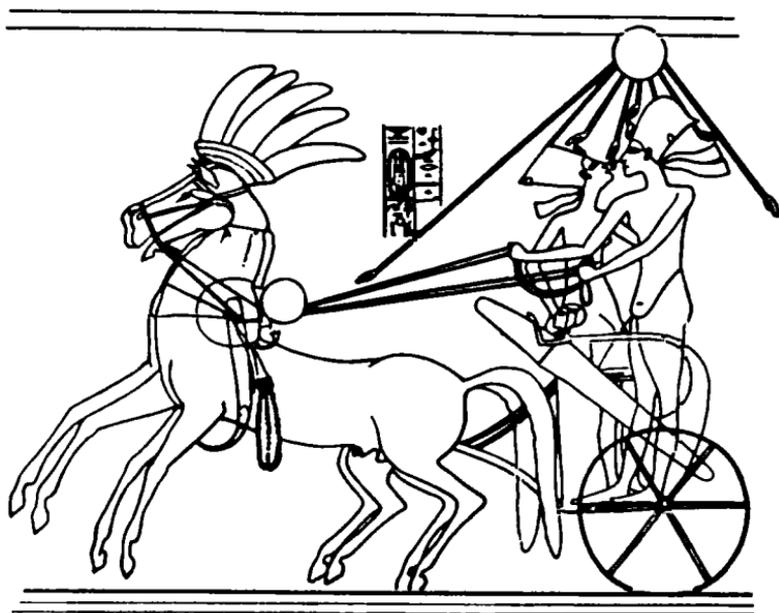


FIG. 12. Akhenatón y Nefertiti sobre un carro.

La Gran Esposa Real

rido ver y como yo misma escribí, basándome en las múltiples pruebas arqueológicas de la residencia de la reina, que se encuentra en el barrio norte de Tell el-Amarna y en donde no ha aparecido ni un sólo rastro de su esposo? ¿Acaso continuó viviendo junto al rey, primero como una coregente cada vez más asentada en el poder y, después, siendo investida, de manera progresiva, con unas atribuciones que en principio le correspondían a un príncipe? Dado que siempre la vemos representada al lado del faraón (ambos escoltados por igual por las princesas), ya sea durante la celebración del culto solar, con ocasión del reparto de recompensas desde la Ventana de Aparición oficial del templo, en las festividades del Nuevo Año y en las ceremonias protocolarias de Palacio, o reemplazando al copero real, es más que probable que compartiera casi por completo las responsabilidades del trono. ¿No aparece también en una escena absolutamente novedosa y excepcional en la que se la representa en la proa de su navío personal mientras, igual que hace el rey, protector del reino, masacra al eventual agresor de Egipto?

Además, su original tocado recuerda, excepto por sus accesorios y por que es más alargado, la corona roja, insignia de los soberanos de la parte septentrional del país.

Representada en el tesoro de Tutankhamón, su esposo, la pequeña reina Ankhsenamón no nos ha dejado nada que permita reconstruir su vida privada. En cambio, su figura, que aparece en diversas escenas, nos ayuda a comprender mejor el papel desempeñado por las reinas en ciertos momentos de los ritos funerarios.

Sin embargo, la correspondencia intercambiada entre el rey hitita Shuppiluliuma y la corte de Amarna nos permite saber que una viuda real (¿Nefertiti? ¿Merit-Atón? ¿Ankhsenamón?), destinada a sentarse en el trono a la muerte de su esposo, ¡osó pedirle al soberano hitita uno de sus hijos para compartir con él el trono de Egipto! El resultado de la petición fue que el príncipe elegido, Zanza, murió asesinado durante su viaje hacia Egipto; ya que parece que en esa época hubiera sido inaceptable que un extranjero se sentara en el trono de los faraones al lado de una reina heredera.

Las reinas egipcias de Ramsés II

De todos los monumentos de las Damas Reales que se sucedieron a continuación, sin duda son los de la magnífica Nofretari, Gran Esposa Real de Ramsés II, los que conservan las líneas más armoniosas; su belleza nos alcanza desde cada una de las moldeadas y pintadas paredes de su tumba en el Valle de las Reinas; pero los escasos vestigios en los que podemos basarnos para reconstruir su existencia nos dicen bien poco de su vida. Es más que probable que Nofretari se casara muy joven con el rey, que ya tenía una primera Esposa Real, Isis-Nofret —quien le había dado una hija primogénita, Bentanta—, y seguramente fue ella la que acompañó al rey en las festividades que consagraban su coronación. Asimismo era ella la que le acompañó, ese mismo año, cuando coronó en Abidos a un nuevo gran sacerdote de Amón, Nebunenef. También acompañaba a Ramsés en las grandes ocasiones, participando incluso, durante las fiestas del dios Min, en una acción ritual.

Parece que en el año 5 del reinado formó parte, junto a sus hijos mayores, del séquito que acompañaba al faraón en campaña, y que lo hizo hasta el día de la batalla de Kadesh, a orillas del Orontes; igual que harían, mucho más tarde, algunas reinas de Occidente, que siguieron a sus soberanos a la guerra.

A ella está dedicado el más bello santuario subterráneo de Egipto, el que fuera excavado al norte del gran *speos* de Ramsés en Abu Simbel. En el ámbito religioso, el papel que desempeñaba la Gran Esposa Real en este edificio respondía a una necesidad del culto real. Pero da la impresión de que, durante un período de tiempo que dura casi veinte años, Nofretari fue la elegida por el corazón del gran rey. Los fragmentos de la correspondencia que intercambió con los soberanos hititas demuestran que, como las ilustres reinas precedentes, tomó parte en los grandes acontecimientos políticos del reinado de común acuerdo con el rey, la reina madre, el príncipe heredero y Paser, uno de los visires de la época.

Casi podemos afirmar que, por lo menos durante Amenofis III, siempre hubo dos Grandes Esposas Reales al lado del soberano. Por lo

que concierne a Ramsés, podemos apreciar, gracias a numerosos detalles, su marcada predilección por Nofretari, madre de sus hijos primogénitos, aunque todos ellos muertos antes de poder acceder al trono. De modo que, en completa contradicción con lo que habrían sido las probables preferencias del rey, fue un hijo de Isis-Nofret, que permaneció en segundo plano durante mucho tiempo, quien sucedió a Ramsés con el nombre de Mineptah¹⁰.

No obstante, Ramsés II había comenzado a designar nuevas Grandes Esposas. Así por ejemplo, en el templo sur de Abu Simbel, la primogénita de todas sus herederas, Bentanta, hija de Isis-Nofret, figuraba a la cabeza de sus hermanas en un desfile de princesas-jovencitas. En el momento en que se terminó el templo, la cara de un pilar de la sala-patio fue adornado con la figura de la misma princesa, ya de adulta, y cuyo nombre fue rodeado por el cartucho real precedido por el título de Gran Esposa Real. Algo más tarde sería a su vez Merit-Amón, la hija mayor de Nofretari, quien fuera investida con esa función. La princesa, a la que vemos en una estela esculpida en la misma roca, cerca del gran *speos* de Abu Simbel, llevó a cabo los ritos en compañía de su padre; mientras que en la parte inferior de la escena, Nofretari, que aparece sentada, da la impresión de no haber representado su papel habitual. Una tercera hija de Ramsés, Nebet-Taui, y probablemente otras más, hasta llegar a Henut-mi-Re, sin duda la más joven de todas ellas, se vieron adornadas con ese título.

Hay que señalar una innovación de este reinado, cuyo soberano parece haber tenido muchas más hijas-esposas que ningún otro rey: permitió la entrada en el círculo de la mujeres de la familia real —el más cerrado de todos— a una extranjera; no sólo en Palacio, sino también en el país. Al entronizar a la hija del rey de los Hititas como Gran Esposa Real, sellaba el primer gran tratado internacional de la historia, destinado a mantener durante cerca de cuarenta años la tan deseada paz entre las dos grandes potencias de la época en Oriente Próximo. Pero fue sin duda a su amada Nofretari a la que dedicó los más notables monumentos consagrados a la gloria de una mujer. La calidad de los relieves pintados en el templo pequeño de Abu Simbel acentúa aún más la juventud luminosa de esta reina, que emerge en

altorrelieve de la fachada cual radiante aparición. La rotunda silueta de satisfecha Gran Esposa Real pintada en su tumba destaca, para toda la eternidad, todo el atractivo que la desconocida belleza debió ejercer a lo largo de muchos años sobre un rey harto de un entorno atento a complacerle.

Cuando su tocado era rematado por dos plumas remeras de halcón, sobre las que destacan el sol y los altos cuernos de Hathor, Nofretari merece, más todavía si cabe que las reinas precedentes, los epítetos que acompañan a sus imágenes: «*De dulce voz, manos vivas, bello rostro y elegante con su doble pluma.*»

El papel religioso de la Gran Esposa Real

Respecto al dios

Ya desde el Reino Antiguo la reina no se limitaba a secundar al faraón, acompañándolo durante la realización de las ceremonias del culto oficial. Durante los primeros reinados de la XVIII Dinastía, la Gran Esposa del rey a menudo es investida del título y la función de *Hemet Netjer*, es decir, esposa del dios, que corresponde a la participación activa por parte de las reinas y las princesas en el culto de Amón. Del Reino Medio se han descubierto algunos, muy pocos, indicios de esta dignidad concedida a mujeres de las clases superiores de la sociedad, como la dama Iimeret-Nebes, cuya estatuilla¹¹ pone de relieve, de manera particular y excepcional, los encantos femeninos. El dios del que es la «esposa» no aparece mencionado, pero parece que no hay duda de que era uno de los aspectos del demiurgo; el papel de «Esposa del Dios» es, sobre todo, el de encarnar el principio femenino necesario para apaciguar los ardores creadores del poderoso Señor Universal; tanto más cuanto que otro cargo complementario de la sacerdotisa era el de *Djeret Netjer*, es decir, Mano del Dios, de cuyo símbolo ya hemos hablado¹².

Fue la reina Ahmes-Nefertari, y no su madre Ahhotep¹³, la primera en ser investida con el título y la función de Esposa del Dios.

En esa época, la hermana-esposa de Ahmosis el Libertador ya había recibido el cargo de Segundo Profeta del dios Amón, que abandonó en beneficio de una donación: cinco *aururas* de tierras cultivadas, algo menos de una hectárea y media (bastante lejos de las tres mil trescientas *aruras* legadas mucho más tarde por la poderosa Shapenipet II, de comienzos del Período Saíta, que fue cuando las Divinas Adoratrices reemplazaron definitivamente a los sacerdotes de Amón en Tebas), que le fue permitida para poder convertirse en Esposa del Dios. No obstante, esas cinco *aruras* contaban con todo el personal necesario para su explotación, con importantes reservas de alimentos, de metales preciosos y, para poder celebrar el culto, de los necesarios cosméticos, pelucas y diademas con los que debía tocarse la reina.

En adelante, podría mantener todo un colegio de sacerdotisas en su heredad «particular», que pese a algunos altibajos no dejará de hacerse cada vez más grande. Tanto a Ahmes-Nefertari, como a Hatshepsut cuando no era más que Esposa Real y después a su hija Nefereure y, por ejemplo, a la reina de Tutmosis III, Hatshepsut-Meritre, se les concedió el título de Mano del Dios junto al de Esposa del Dios.

En cuanto a la función de Esposa del Dios, por lo que respecta al caso de la reina que aparece en la Estela de Karnak y que acabamos de mencionar, debía transmitir los bienes de la heredad de «heredero en heredero» (*sic*). Si las herederas inmediatas de la Primera Esposa fueron investidas con la función (como Ahmose, Merit-Amón [esposa principal de Amenofis I], Satamón y Satkamose), da la impresión de que en ocasiones se produce una cesura en la elección, o la designación, de la titular; durante ese período el culto debía celebrarlo una sacerdotisa. Ese fue el papel que desempeñó la dama Huy, Adoratriz del Dios; no pertenecía a la familia real, pero parece verosímil que asumiera el cargo de sacerdotisa de la Esposa del Dios y, en la práctica, realizara el culto en lugar de la reina. Fue la primera en recibir el nuevo título de Superiora de las Reclusas de Amón. Hay que destacar un hecho importante, Huy, un muy poderoso miembro del clero femenino de Amón, pudo hacer que su hija, Hatshepsut-Meritre, que se convirtió en la Gran Esposa Real de Tutmosis III, se beneficiara del

título de Esposa del Dios, que durante ese período no fue asignado a nadie.

La última reina de la XVIII Dinastía considerada como heredera del cargo fue Tiaa, una de las esposas de Amenofis II y madre de Tutmosis IV. También recibió el título de Mano del Dios. El cargo sólo volverá a ser ejercido de nuevo con Sat-Re, esposa de Ramsés I, el fundador de la XIX Dinastía, y madre de Seti I y, posteriormente, por Tuy, esposa de este último y madre de Ramsés II. De modo que hasta ese momento, el título no dependía verdaderamente de la herencia dinástica.

Estas reinas sacerdotisas, esposas terrestres del dios Amón en Karnak, eran algo así como la encarnación de la diosa Mut, esposa celeste del dios. Por esa razón llevaban sobre su peluca el tocado de buitre, emblema de Mut —la madre protectora—. Encima del cráneo un soporte en forma de grueso anillo, a menudo rodeado de cobras erguidas, sujetaba dos altas plumas que imitaban las remeras de las alas de un buitre¹⁴. Contra las plumas se apoyaban dos cuernos muy esbeltos, distintos de los de la Vaca Sagrada, entre los que aparecía una imagen del sol.

A comienzos de la XVIII Dinastía las reinas que eran Esposas Divinas llevaban, en el ejercicio de su función, la severa túnica arcaica, sujeta en la cintura mediante un cordón, y la peluca corta rodeada por una pequeña diadema metálica con dos caídas rígidas por detrás de la nuca. Los textos dicen que su ascendiente sólo es equiparable a su belleza; puesto que deben, sobre todo, «alegrar» el corazón del dios y fascinar a sus ojos; referidas a ellas encontramos las siguientes expresiones, tan sugestivas como elogiosas: «Grande de amor», «Señora del encanto», «Aquella cuya belleza contenta al dios», «Grande de maravillas en la casa de su padre», etc.

Verdaderas y poderosas sacerdotisas, las reinas Esposas Divinas conservaron su propia heredad en torno al templo funerario de Ahmes-Nefertari, la primera titular del cargo entre las Grandes Esposas Reales y, de alguna manera, su patrona. Esta heredad se enriqueció progresivamente, llegando a acoger a un colegio de sacerdotisas y asistentes del culto, que era administrado por un mayordomo rodeado de

escribas contables y que contaba con intendentes del ganado y con intendentes de los graneros. Como en cualquier otra institución, encontramos artesanos y campesinos que cultivaban la tierra que formaba la heredad; sin olvidarse del responsable de los barcos con los que se podía ir desde la orilla izquierda, donde se encontraba la heredad, hasta la orilla derecha, a la ciudad de Tebas, delimitada al sur por el templo de Luxor y al norte por el inmenso reino de Amón en Karnak.

En cuanto a la realización del culto, es evidente que en el caso de la Divina Adoratriz no podía limitarse a tocar el sistro «con sus bellas manos» al tiempo que presentaba el «collar *menat*», objetos por excelencia de las seguidoras de Hathor, mientras tarareaba las melodías de las «cantantes de Amón». Antes de entrar en el santuario, la Esposa del Dios se purificaba. Junto a los sacerdotes especializados, participaba en oficios propiciatorios en el transcurso de los cuales se quemaban imágenes de los enemigos del dios y se transmitían las telas adecuadas para apaciguar a la diosa Uadjet; también ayudaba a convencer al dios de que aceptara los ágapes de la noche. Su papel como personificación del encanto, la seducción y su capacidad para apaciguar, que en ocasiones se entremezclaba con momentos en los que llegaba a inspirar miedo y terror, permite deducir que la Esposa del Dios ocupaba en esas ocasiones el lugar de la hija de Atum, Tefnut o Maat; es decir, el de la Lejana, el Ojo de Re. De ese modo transmitía la satisfacción del dios al mismo tiempo que su poder, ceremonias tradicionales que servían para mantener el orden universal¹⁵.

Respecto al rey vivo

No parece muy lógico que en el momento en que comenzaban a despuntar los primeros síntomas de la herejía amárnica, cuando se iba a suprimir o cuando menos a renovar profundamente el ritual, anticuado o demasiado alejado de la comprensión de la gente común, los protagonistas de la reforma decidieran terminar por completo con la principal función sacerdotal de la reina. Antes al contrario, la impor-

tancia de la mujer del rey es tal durante esta época que se llega al caso de no ver en las escenas religiosas, o en los monumentos reales, junto a la pareja regia, Amenofis III y Tiyi, más que a las princesas, hijas del soberano. Tiyi ocupa siempre un lugar de privilegio. La reina está junto al rey, como ya hemos mencionado, igual que «*Maat está junto a Re*».

Fue entonces cuando, en la Nubia sudanesa, en Soleb, al norte del magnífico templo erigido a mayor gloria del tercero de los Amenofis, se construyó en Sedeinga un santuario dedicado por el rey a su Gran Esposa, Tiyi. De modo que, gracias a estas construcciones gemelas, los principios masculino y femenino son glorificados en la persona de los soberanos. Pero el papel religioso de la reina todavía es definido con más precisión sobre los muros de la capilla funeraria tebana de Kheruef, uno de los más altos funcionarios de la Corte en esa época. Todo transcurre durante las extraordinarias ceremonias del gran jubileo real. Cuando Su Majestad Amenofis III va a manifestarse en toda su gloria, después de haber atravesado todas las pruebas de la renovación cósmica, no aparece seguido por Tiyi, como era habitual. Para estar seguros de la entera eficacia de los ritos hay que tener en cuenta otro ambiente, por completo diferente. Los ritos conseguían su fuerza gracias a la acción de la reina, no tanto por su calidad de gran sacerdotisa, sino por su condición de forma divina desdoblada. De modo que en los relieves vemos, al lado de la imagen del faraón sentado en su trono, a Hathor, diosa del gran secreto de la muerte, pero también del amor, dispuesta a recibir en su seno al difunto y preparando de este modo su renacimiento en el mundo divino. Este primer aspecto en el que se integra la reina se ve completado por el de la diosa Sothis, cuya aparición «helíaca» anuncia la llegada del Sol regenerado, que aparece coronada con dos altas plumas remeras delante de las cuales dos afilados cuernos flanquean al sol, tocado adoptado por las soberanas en tanto que Esposas del Dios. Podemos ver entonces, representadas por las imágenes de las diosas, las dos fases del misterio del que tenía que formar parte el faraón para disfrutar de la renovación de su vigor divino. En ese sentido la acción de la reina es primordial, y su doble presencia junto al rey esencial. (Cf. fig. p. 55).

Utilizaremos ahora los vestigios de la época conocida como «herética» aparecidos en la ciudad del Disco Solar, Akhet-Atón¹⁶, para analizar el comportamiento de la célebre pareja formada por Amenufis IV/Akhenatón y Nefertiti. ¿Cuántas veces hemos leído que el Reformador siempre quiso expresar la realidad de la existencia sin recurrir ni a las figuraciones arcaicas ni a las imágenes simbólicas, anticuadas y desprovistas ya de su significado a fuerza de ser alejadas de su mensaje inicial? Es evidente que todo en las representaciones gráficas y plásticas de la nueva escuela parece espontáneo y natural, dándonos la impresión de ser una representación, en ocasiones incluso exagerada, de la realidad. Sin embargo, si profundizamos en ello, vemos que ese juicio no puede aplicarse a ciertas creaciones muy concretas, como son las que describen la vida íntima de la pareja real; como por ejemplo las frecuentes imágenes en las que aparecen juntos el rey y la reina rodeados de princesas —escenas en las que incluso Nefertiti, sentada sobre las rodillas de su esposo, mantiene sobre su regazo a muchas princesitas—. En otro lugar un cortesano cualquiera hizo esculpir en una pared de su tumba a la familia del faraón apiñada en el balcón de «apariciones» para distribuir recompensas. Por último, la imagen más sorprendente es aquella en la que se ve a los dos soberanos, con gran pompa, abrazados tiernamente, de pie sobre su carro, mientras los caballos, al galope, los conducen por las calles de la capital. (Cf. fig. pag. 56). La irrealidad de estas actitudes nos lleva a reflexionar; conociendo la extrema castidad del lenguaje plástico egipcio, nos sorprendemos incluso frente al esbozo de una estatua que representa al monarca con una figura femenina (¿Nefertiti?) sentada en su regazo y a la que besa carnalmente en la boca.

Todo queda aclarado si admitimos el deseo del Reformador de demostrar, mediante un lenguaje figurado lo más explícito posible, el papel desempeñado por la indisociable pareja de los elementos complementarios de la Corona: el principio creador masculino y su contrapartida femenina, faraón y faraona, Akhenatón y Nefertiti. Las imágenes en las que se ha querido reconocer el deseo de Akhenatón de introducir en el arte el realismo de la vida cotidiana no son, de hecho, más que la representación visual de una noción fundamental,

de la que todos debían de ser muy conscientes. Se trata incluso de su afirmación en lo absoluto y en el secreto de las tumbas: la pareja de soberanos (rodeada de su complemento, las pequeñas princesas) constituye la encarnación divina, la garantía de la fuerza vital, de la que es la demostración más tangible. De modo que tanto tiempo como se perpetúen para los humanos esas escenas «constructivas», tanto tiempo durarán las generaciones de hombres y mujeres, que se sucederán unas a otras, y la naturaleza y los animales se reproducirán —¡incluso los minerales vivirán!—. El lenguaje simbólico ha cambiado, pero sin que se viera transformado el fin que antes se pretendía alcanzar al confiar a la reina, en el secreto de los santuarios, la obligación de actuar como Esposa del Dios.

Otras escenas todavía más provocativas pueden deberse a los mismo motivos, que el rey intentó alcanzar mediante esa buscada exageración. Basándose en ejemplos de esa clase, algunos egiptólogos han apuntado teorías, sin duda demasiado extremistas, en las que se sugiere una especie de corregencia o de gobierno bicéfalo ejercido por los esposos sobre el trono de sus antepasados, con Nefertiti tratada con todos los miramientos de un faraón¹⁷. ¡Que mejor demostración de la igualdad de derechos entre ellos!

Sabiendo que comprendió lo bien fundado de la reforma amárnica y que quiso aprovecharse de ella, pero enmascarando sus aspectos provocadores ¿cuál fue la reacción del gran Ramsés ante lo esencial del cargo? Tanto su madre, Tuy, como su abuela, Sat-Re, habían ostentado el título de Esposa del Dios. Si Nofretari, durante tanto tiempo compañera favorita del rey, hubiera sido una hija real de Tuy, la reina madre, la herencia le habría sido transmitida sin dificultad y de manera automática; pero es evidente que la dignidad no le estaba destinada ni le fue concedida. Sin embargo, recibió el título de *Superiora de las Reclusas del Culto del Rey* divinizado, Ramsés. Un faraón que se afanó también por reanudar los esfuerzos realizados en tiempos de Amenofis III para divinizar la figura regia y que no pensaba quedar al margen de esa «escalada». ¿Para qué conceder el título de Esposa del Dios a Nofretari si podía actuar de una manera más directa? No eligió a su favorita para que representara el papel de una sublime y

regia sacerdotisa, si no que creó todo un sistema mediante el cual, actuando junto con las fuerzas cósmicas y, gracias a su esposa —complemento esencial de su propio personaje—, podría imitar el regreso de la Lejana y, al mismo tiempo, la renovación de la divinidad real que traía la Inundación.

Con ese fin buscó inspiración en las dos creaciones de Amenufis III en la Nubia sudanesa: el templo meridional de Soleb para el principio masculino y, algo más al norte, el de Sedeinga, para Tiyyi; pues sin duda fueron los mismos principios los que movieron a estos soberanos a construir esos edificios. Ramsés quiso incluso sublimar el rito. Buscó río abajo de la Segunda Catarata, la de uadi Halfa¹⁸, dos salientes rocosos a orillas del Nilo en los que mandó excavar dos grutas de diferente tamaño¹⁹; en la actualidad conocemos ese lugar como Abu Simbel. El más impresionante de estos *speos* es el que dedicara a su propia gloria, que consta de una fachada en la que se excavaron cuatro colosos sedentes de veinte metros de alto. Al norte de este santuario una gruta más pequeña está dedicada a la reina, a Hathor y a Sothis. La imagen de Nofretari, de siete metros de alto, aparece esculpida dos veces sobre la cara de la montaña, flanqueada en ambas ocasiones por efigies del soberano; todos los días, al alba, parece despertarse con las primeras caricias del sol. Un hecho que hay que mencionar es que los ejes de ambos templos, consagrados en la orilla occidental a los dos principios, no son paralelos, sino que se juntan en medio del Nilo para un himeneo ritual. El gran misterio tenía lugar en el interior de los *speos*, pero parece como si el resultado fuera proclamado por las efigies de piedra de la fachada: Ramsés-Sol naciente y Nofretari-Sothis resplandeciente.

En este mismo lugar era donde cada año el hijo de Seti I debía regenerar su potencial divino y asegurar al mundo su perfecta simbiosis con el nuevo sol, del que era la imagen encarnada. Justo encima de la puerta de entrada del templo, aparece como un hombre de anchas espaldas y con cabeza de halcón solar. Cada una de sus manos se apoya sobre unos jeroglíficos gigantes que, junto al hombre hieracocéfalos, servían para componer su nombre de coronación: *User-Maat-Re*, «Poderosa es la Maat de Re».

La mujer en la realeza

Esta renovación anual del Sol —y del faraón— tenía lugar en el momento del retorno de la inundación —la Lejana regresaba de las entrañas de África—; es decir, el 19 de julio del calendario juliano. Este Acontecimiento, verdaderamente cósmico para los egipcios, su día del «Comienzo del Año», gracias al cual revivía todo el país, venía precedido por un fenómeno astronómico. Durante setenta y cinco días la estrella Sothis había desaparecido del cielo y, repentinamente, reaparecía en un lugar muy próximo a aquel en el que amanecía el sol. Este «orto helíaco» de la estrella Sothis era un constante milagro para Egipto. De este modo, la confirmación del poder real, celebrada en todos los templos de Egipto y festejada en los palacios e incluso en las casas más humildes, era el refuerzo divino del faraón, conseguido gracias a la estrella Sothis, que traía de regreso a la Lejana y que incluso se confundía con ella. Utilizando de nuevo una imagen ya empleada por Amenofis III, Ramsés cedió ese papel a su contrapartida femenina confiriéndole esa identidad. Cada año, la estrella de la mañana debía traerlo al mundo ritualmente, después de haber atravesado las entrañas de la Gran Hathor, representadas por la gruta²⁰. Efectivamente, en la antecámara del *speos* pequeño de Abu Simbel asistimos, esculpida en el muro, al desarrollo de una escena única: Nofretari transformada en diosa. La figura (Fig. 13), de una esbelta belleza, aparece vestida de lino transparente con la peluca corta con pendientes y recibiendo de Hathor y de Isis, que la flanquean, el alto tocado de Sothis. Nofretari todavía sujeta su cetro de reina en una mano, mientras que con la otra agarra la cruz de la vida, el *ankh*; algo que sólo las divinidades están capacitadas para hacer. Para completar la eficacia del ceremonial, la decoración ritual del sanctasanctorum evoca la reaparición del faraón, a partir de ese momento también divinizado, y su resurgir a la luz acompañado de la Inundación, identificada con Nofretari-Sothis. Este es uno de los numerosos efectos sobrenaturales que Ramsés supo utilizar en su provecho para afirmar su divinidad. Sin embargo, no pudo hacerlo sin su contrapartida femenina favorita en ese momento: la Gran Esposa Real Nofretari.

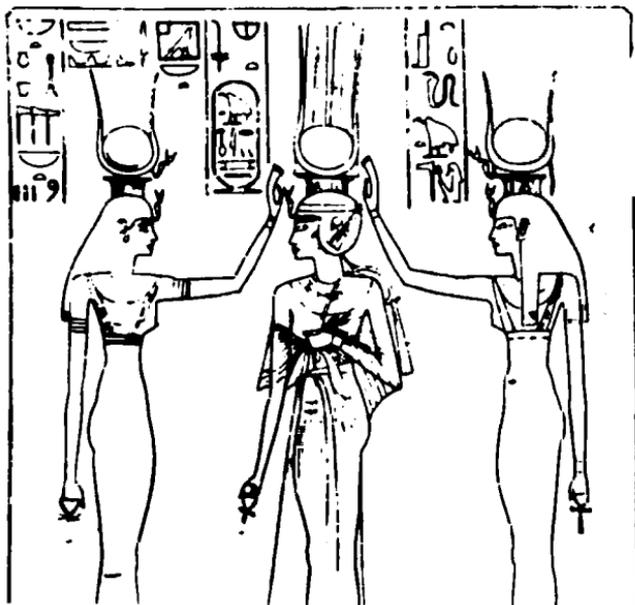


FIG. 13. Nofretari, transformada en diosa, recibe de Hathor e Isis el tocado de Sotih.

Respecto al rey difunto

La acción de los hombres destinada a socorrer —o cuando menos a ayudar— al difunto soberano durante su viaje hacia la eternidad, apenas es visible en los textos religiosos y todavía menos en los muros de las fastuosas cámaras de las sepulturas reales, recubiertas de fórmulas e imágenes de los rituales menos relacionados con esa preocupación de la familia del difunto.

Sin embargo, los objetos que forman el único ajuar funerario de un faraón encontrado casi intacto, el de Tutankhamón, nos revelan la abundante presencia de la esposa real, representada en sus momentos de intimidad con el joven rey prestándole delicadas atenciones. Ahora bien, cualquier intervención mágica de la que se esperara un resultado benéfico debía expresarse simbólicamente bajo la anodina apa-

riencia de un acontecimiento habitual de la vida diaria. Ese es el motivo de que la joven viuda de Tutankhamón aparezca representada en el respaldo de un sillón, impropriamente bautizado por los egiptólogos como «trono» del rey. Atareada en aplicar sobre los hombros del monarca un unguento oloroso —destinado a recomponer la carne de la momia del joven soberano, tocado con la corona del sol naciente—, la reina lleva la alta corona de Sothis. En el panel de marfil de un cofre aparece arrodillada a los pies del faraón, cargada con un pesado tocado ritual, mientras le señala dos enormes peces (los del renacimiento) que debe capturar durante su tiro con arco profiláctico. Algo más allá le ofrece los lotos del porvenir.

Todos estos actos nos llevan a pensar que Anhkseenamón, viuda regia y Gran Esposa, no sólo demuestra un amor juvenil por su difunto esposo, si no también una atención de tipo religioso. La duda queda completamente resuelta cuando estudiamos la pequeña naos, que tiene las paredes exteriores esculpidas y cubiertas de placas de oro. Los distintos y minúsculos paneles nos presentan una sucesión de escenas con un mensaje muy evidente para quien conoce la simbología egipcia. Comprendemos entonces el importante papel representado por la reina tras el deceso del soberano, que seguramente debía ser imitado durante las ceremonias que tenían lugar durante el período de la momificación y, posteriormente, en el día del funeral. Esta acción se prolongaba en la tumba gracias a las escenas allí representadas. De hecho, éstas constituyen todo el ceremonial que tenía que realizar la regia esposa del difunto que, en el marco de las fastuosas estancias del palacio, representaba el drama de Isis ocupada en preparar el cuerpo de su esposo —víctima temporal de la muerte— y reanimando sus adormecidos ardores para que la fecunde con vistas a su resurrección en el mundo eterno. Amante y madre, la viuda, reina y sacerdotisa, se aproxima a la imagen estática del soberano, la mayoría de las veces sentado, al que ofrece los diferentes símbolos de la preservación: unguentos, flores y joyas rituales. Se pueden reconocer cinco momentos esenciales y críticos durante el primero de los cuales la soberana mantenía y sublimaba, mediante toda suerte de productos y joyas, el cuerpo «ideal» del difunto. A continuación le ofrecía la

«Grande en Magia», compuesta por los instrumentos de la transformación divina: el collar con rodete o *menat*, el cuerpo de la diosa Hathor, dentro del cual iba a forjarse su devenir eterno, y el *sistro naos*, destinado a hacer aparecer la imagen del niño solar con la que se manifestaría. Una tercera imagen confirmaba el acto en el que participaba la reina. Sentada y parcialmente desnuda frente al rey, también sentado y ataviado con todos sus adornos, recibe con evidente emoción el líquido derramado en su mano desde una aceitera sostenida por el faraón (Fig. 14). Es la consumación del acto del amor. Para la entrega de los instrumentos mágicos y para ese interludio sexual tan castamente representado, la reina lleva el tocado de la diosa Sothis. En cuarto lugar debía venir el período de gestación en el que, dentro del seno de la reina-sacerdotisa, el nuevo embrión elevado hasta la inmortalidad iba a transformarse lentamente. La joven soberana aparece sentada delante de Tutankhamón quien, sobre un taburete, está



FIG. 14. Ankhsenamón recibe una libación de manos de Tutankhamón.

La mujer en la realeza

ocupado disparando flechas a unos patos salvajes que aparecen sobre una mata de papiro. Para desbaratar los siempre posibles ataques del Maligno, la regia oficiante guiará las flechas del faraón, que deben atravesar a los nocivos palmípedos de las marismas*, cuya travesía es obligatoria antes de conseguir la resurrección. La quinta y última escena describe la inminente entrada del faraón en el mundo eterno. El soberano, en pie, pero de paso todavía inseguro, es guiado hacia una salida invisible por la reina, que le presta toda clase de atenciones. Solícita, le sujeta agarrándole por el brazo, como si el faraón todavía no hubiera recuperado todas sus fuerzas, mientras le dirige con una energía a la que nadie podía ya oponerse.

Así, hasta la muerte del faraón y más allá de la desaparición terrestre de su *alter ego*, la gran Esposa Real elegida por el rey debe también, en esas circunstancias, asumir una función religiosa de múltiples facetas.

* En según qué contexto, el pato era interpretado por los egipcios como un símbolo de las marismas, en donde creían que habitaban los espíritus malignos. De ahí que el faraón dispare contra el palmípedo, pues matar al animal significaba acabar con las fuerzas del caos (N. del T.).

Capítulo tercero

Los harenes de la Corona

El concepto de harén

La institución del harén real aparece, desde los primeros momentos de la época histórica, a la vez que la administración real, pero independiente de ésta. El *ipet-nesut* es el lugar de residencia de la reina y donde se educaba a los hijos reales; también era donde debían residir las mujeres secundarias, los «ornamentos del rey» (*Hekerut-nesut*), y las *neferut*, las Bellezas vivas de Palacio, cuyos cantos, bailes y comportamiento estaban destinados a distraer a Su Majestad. El *Cuento de las remeras*, que se remonta a comienzos del Reino Antiguo y se conserva en el célebre papiro Westcar, sin duda hace alusión a esta última categoría de jóvenes mujeres:

«Un día el rey Esnefru recorría todas las habitaciones de palacio buscando [alguna diversión, pero no encontró ninguna. Entonces dijo:] “Id y traed ante mí al jefe lector y redactor Djadjaemankh.” Enseguida fue traído. Entonces Su Majestad le dijo: [“He recorrido todas las habitaciones] del palacio [...] buscando alguna diversión pero sin llegar a encontrar [ninguna].” Djadjaemankh le respondió: “Que Tu Majestad vaya al lago del palacio [...] Hazte con una barca con todas las bellas jóvenes del interior de tu palacio. El corazón de Su

Majestad se divertirá viéndolas remar arriba y abajo. Y mientras contemplas la belleza de la espesura de tu lago, mientras ves los campos que lo rodean y sus bellas riveras, tu corazón se divertirá con el espectáculo. No cabe duda de que voy a organizarme [dijo el rey] un paseo por el agua. Que me traigan veinte remos de ébano recubiertos de oro, con sus mangos de madera olorosa, guarnecida de oro fino. Y que me traigan a veinte mujeres que tengan el cuerpo bonito, que tengan un pecho [firme] y cabello sujeto con una redecilla, y cuyo seno no haya sido abierto todavía por el parto. Que me traigan también veinte redecillas y que se ponga esas redecillas a esas mujeres en cuanto se hayan despojado de sus vestidos". Todo se hizo según ordenaba Su Majestad.

»Remaron arriba y abajo y el corazón de Su Majestad se regocijó viéndolas remar¹...»

La historia continúa con un prodigio realizado para recuperar el colgante de turquesa nueva que una de ellas dejó caer al fondo del agua.

La organización del harén

La anécdota narra uno de los aspectos encantadores, pero secundarios, de esa imponente institución que era el harén, que tenía una organización estructurada dirigida por un jefe de la Administración, asistido por un adjunto, que controlaba a un gran número de escribas del harén, inspectores y funcionarios subalternos que llevaban el título de Escriba de la Puerta del Harén y el de Guardián de las Puertas. Naturalmente, semejante agrupación humana necesitaba los cuidados de numerosos artesanos y servidores, sin contar con aquellos que hacían germinar las riquezas de las heredades asignadas a la fundación, cuyos ingresos podían ser considerables. Se trataba del ganado, los cultivos y la comercialización de los productos agrícolas, así como de la pesca, de los productos de los propios talleres y también de los ingresos producidos por los impuestos que debía recaudar su administración. En toda esta organización no había lugar para los eunucos, que parece que nunca existieron en el Egipto faraónico y menos aún tener razón de ser.

La función del harén, controlado por la Gran Esposa Real, era la de recibir a las esposas con las que, a título diverso, había contraído matrimonio el faraón y que llegaban escoltadas por un séquito. Esta circunstancia implicaba disponer con antelación de grandes grupos de casas en las que vivirían las damas, rodeadas de los hijos que le habían dado al rey. Se explica así que la segunda Gran Esposa Real de Tutmosis III, la reina Hatshepsut-Meryre, contara entre sus títulos con el siguiente: «Aquella que es amada por el Señor del Doble País, detentadora de favores en Palacio, la *regente de las Esposas Reales*, aquella que nunca se aleja del Señor del Doble País.» La reina era secundada por la Superiora del Harén, como lo fuera la hermana de Huy, que llegó a ser virrey de Nubia durante el reinado de Tutankhamón, y que es conocida por haber conseguido que ingresara en el harén de su rey, entre otras muchas, una deslumbrante princesa del país de Uauat (la Nubia egipcia).

El harén se convirtió rápidamente en el centro de la política matrimonial del faraón, y la presencia de princesas extranjeras en el entorno real favoreció la introducción de sabia nueva en la Corte y en las clases altas de la sociedad, en especial a partir de la XVIII Dinastía. Ya hemos mencionado que Amenofis III hizo emitir, en el año 10 de su reinado, un escarabeo conmemorativo de su matrimonio con Gilukhipa, hija de Shuttarna II, rey de Naharina². Ésta llegó a Egipto acompañada por trescientas diecisiete mujeres de su séquito. Limitándonos a añadir a ese grupo de jóvenes bellezas las cuarenta mujeres originarias de Gaza enviadas también al harén de Amenofis III, como nos informa una tableta cuneiforme encontrada en los archivos de Tell el-Amarna, tenemos un mínimo, sólo con dos fuentes, de trescientas cincuenta y seis extranjeras acogidas en los harenes de Amenofis III.

Los distintos harenes

De hecho, la institución del harén no constaba más que de una «Casa de las Damas». Había un harén en Menfis y otro más en Tebas. En Tell el-Amarna, la ciudad herética se ha podido localizar un harén

del norte y un harén del sur. Seguramente debía de existir también un harén de Palacio, llamado *harén de acompañamiento*, que podría seguir al faraón en sus desplazamientos. Esto explica la orden que Ramsés II dio a su hijo mayor cuando iba a comenzar la batalla de Kadesh, a orillas del Orontes: «¡Que se aleje a las mujeres y los niños!»

De todos los harenes, el más famoso, y también el más importante, fue el de Gurob, que debía formar una pequeña ciudad a la entrada de el-Fayum y que en la Antigüedad era conocido como Mirur³. Las orillas del lago Karun y el desierto que las circundaba eran el lugar al que gustaban ir los faraones del Reino Medio y del Reino Nuevo para cazar y pescar. La vegetación entre el lago y el canal paralelo al Nilo, llamado el «Río de José⁴», era bastante exuberante. El agua corría en abundancia y las poéticas riveras verdeaban en una región que, en nuestros días, ha merecido el apelativo de Pequeña Suiza. Las primeras excavaciones hicieron aparecer restos inequívocos de las estancias que construyeron los reyes Amenofis III, Amenofis IV y Tutankhamón. Otros vestigios podrían hacer pensar que la reina Tiyi terminó sus días aquí, en vez de en la capital de Malkata, frente a Tebas. El célebre busto, tan realista, tallado en una madera de boj muy oscura, proviene de estas ruinas⁵. También se han encontrado restos de algunas Damas de tiempos de Ramsés II, lo que permite suponer que la esposa hitita del rey, Maat-Hor-Neferu-Re residió aquí. En cualquier caso, muchos parientes ancianos de la familia real debían residir habitualmente en este harén, intercambiando con el faraón una correspondencia regular para mantenerle informado de lo que pasaba en él.

Las artes suntuarias debían ser explotadas al máximo en este entorno femenino de mujeres educadas y de gusto. La música, la danza, la poesía y todos los artificios de la seducción formaban parte de sus preocupaciones diarias.

No obstante, el harén también era un centro de producción. Así por ejemplo, una de las principales actividades de las superiores del harén era, si no el tejer, cuando menos la supervisión de los talleres de tejido, una propiedad real de renombre en todo el país y fuera de sus fronteras, pues sus productos abastecían a Palacio y a ciertas cortes

reales amigas de Egipto. También sabemos que a esas labores estaban destinadas sirvientas de libertad reducida provenientes del extranjero, principalmente de Oriente Próximo. Del mismo modo, se supone que la heredad contaba con talleres en los que se fabricaban los objetos de tocador utilizados por las mujeres, así como los empleados en los cuidados de su belleza: recipientes y botes de ungüentos diversos, kohol y aceites olorosos. Se trabajaba la madera, la frita dorada, el marfil y, sobre todo, el cristal coloreado y, de manera excepcional, el transparente. Todos esos objetos delicados y escasos eran, de alguna manera, el eco de la vida refinada de las bellas mujeres más cercanas al faraón (Fig. 15).

Las Damas del harén

En los harenes vivían damas de muy diversas categorías. Bajo la preeminencia de la Gran Esposa Real, que debía vivir en el harén, a menudo con sus hijas todavía niñas, se encontraban situadas, en primer lugar, las mujeres o esposas reales secundarias, ya fueran egipcias

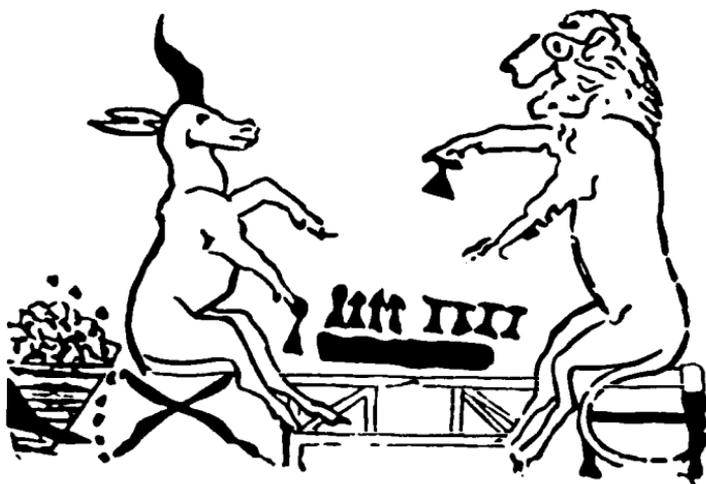


FIG. 15. Caricatura del rey y de una favorita jugando al *senet*.

o de origen extranjero, cada una acompañada por su progeñie. También había estancias para las «favoritas» y los «ornamentos reales»⁶. Estas últimas, cuyo momento de gloria duraba tanto como el capricho del rey por ellas, iban ataviadas con una corona muy particular, adornada con flores de tallo largo sujetas en una diadema (las sirias añadían en su parte frontal una o dos pequeñas cabezas de gacela⁷). Estos mismos tocados eran los que llevaban las hijas del rey cuando se desposaba con ellas y se convirtieron en la gozosa marca del favor real. Las «favoritas» no tardaron en ser llamadas Damas del Harén⁸; algunas de ellas podían ser concedidas en matrimonio a altos funcionarios de la administración real. Por otro lado, la expresión «ornamento real» parece haber ido perdiendo gradualmente su significado inicial para pasar a designar a las Damas de la Corte, que no tenían nada en común con las mujeres del harén, excepto que podían haber estado al servicio de la Gran Esposa Real. El faraón se ocupaba de otorgarlas en matrimonio a sus colaboradores más próximos, lo que favorecía la carrera de éstos.

Las estancias privadas

Es de lamentar que el yacimiento de Gurob haya sido saqueado en numerosas ocasiones; pero cabe esperar que nuevas excavaciones en las ruinas nos proporcionen datos del mayor interés. No obstante, será una información incompleta, igual que los resultados de la excavación en Malkata del palacio de Tiyi y de la primera princesa favorita Sat-Amón e, incluso, las de Tell el-Amarna relativas al palacio norte de Nefertiti. Sin embargo, las sepulturas de los nobles enterrados en la ciudad del Disco Solar, Amarna (Akhetatón en la Antigüedad), reproducen en representaciones figuradas las estancias de las Damas reales (Fig. 16). En ellas vemos la pérgola que daba sombra a la puerta de entrada del edificio, rodeado por sucesivos muros de recinto guardados por porteros. El edificio principal, con un gran vestíbulo y una sala central cuyo techo en terraza era soportado por elegantes columnas de capitel floral, tenía anejas numerosas habitacio-



FIG. 16. Habitaciones de las damas reales.

nes secundarias puestas a disposición de la reina y de sus hijas que, asistidas por profesoras, aprendían allí a cantar, a bailar y a tocar el laúd y el arpa. Más allá, algunos personajes están muy ocupados en dar buena cuenta de una comida y, por todas partes, circulan servidores —sólo de sexo masculino— para mantener la limpieza y el frescor del edificio, así como para preocuparse de que nada faltara para el correcto desarrollo de la vida diaria. También hay que destacar que, en estas estancias en las que sí eran admitidos sin problemas los hombres respetuosos, ya fueran administradores o miembros del servicio, no se ve a ninguna mujer realizando labores propias de la servidumbre. Las excavaciones en las dos capitales han proporcionado unos restos de pinturas murales en las que podemos basarnos para imaginar el esplendor de la decoración que rodeaba la vida de las reinas y princesas: bosques de papiros azulados desde donde emprenden el vuelo patos salvajes, y matorrales floridos por entre los cuales juegan pequeños terneros. En ocasiones, el suelo estaba pintado con representaciones de estanques repletos de lotos abiertos que rozaban al nadar peces de colores nacarados. No cabe duda de que una de las obras de arte de la pintura egipcia es la decoración de la pajarera del palacio norte de Nefertiti: en ella aparecen pintados con un estilo

«impresionista», unos matorrales de papiro cuya punta se comba por su propio peso. Esta tupida vegetación aparece salpicada de tórtolas azules y rosas que parecen columpiarse en las cañas, o de martines pescadores negros y blancos que picotean la base de las plantas acuáticas. La atmósfera así lograda desprende una inefable poesía. El refinamiento, la búsqueda estética, el gusto por los tonos matizados y alegres debían predominar en esas residencias consagradas a la belleza. En la decoración mural de una de esas estancias femeninas de Amarna se puede ver, incluso, una habitación en donde, cerca de una gran cama, aparecen tres más pequeñas para sugerir la presencia de tres hijas reales (Fig. 16). En la parte superior de las columnas, los adornos imitan grupos de pájaros con la cabeza inclinada hacia el suelo y las alas desplegadas. Algo más lejos —como ocurría de hecho con la capital de Ramsés, Pi-Rameses, en la zona oriental del Delta— placas de tierra cocida vidriadas en color azul turquesa rodeaban los marcos de las puertas y ventanas, mientras que en el suelo, las losas barnizadas recordaban con su dibujo un encantador jardín con su estanque de recreo.

Las jarras y los recipientes —que contenían las reservas de víveres, las bebidas o los bienes preciosos de sus propietarios— eran adornadas con guirnaldas de flores, la mayor parte de las veces pintadas de un color azul cielo de luminosa tonalidad: el «azul tebano».

En cuanto a los cofres para la ropa o las joyas, estaban fabricados con maderas provenientes del Sudán o de Oriente Próximo, las más preciosas de la época, incrustadas con marfil o adornadas con elementos calados y dorados o incluso con placas de oro. A menudo, los paneles estaban adornados con verdaderas miniaturas pintadas. Las camas tenían «somieres» de cáñamo trenzado, también decorados; sillas, sillones y taburetes plegables completaban el mobiliario. Los cojines de piel de gacela podían, como era el caso de los de la princesa Sat-Amón, estar rellenos de plumón de tórtola.

Estas descripciones nos alejan un tanto de la arquitectura de la conocida torre «almenada» de entrada al templo de Ramsés III en Medinet Habu, en donde la presencia de unas encantadoras siluetas femeninas, con las que el rey parece estar en galante compañía, ha

hecho pensar durante mucho tiempo que ese edificio era el harén del rey. Sin embargo, nada más lejos de la realidad si lo comparamos con los palacios que acabamos de describir. De hecho, la torre de Medinet Habu, llamada «Gran Lugar Superior⁹» es de un tipo innegablemente ritual, como el propio templo, y las jóvenes que aparecen tocadas con la alta diadema de flores de las favoritas reales son, como nos revela la inscripción que las acompaña, hijas del faraón. Se trata por tanto de un local en el que pudieron haber tenido lugar actos mágico-religiosos destinados a renovar el entusiasmo amoroso del soberano. Esta decoración está acompañada por un poema de amor muy corto en el que se exaltan los «encantos» del amado.

Los hijos reales y su educación

En el harén debía estar situada la «Casa de los Hijos Reales», en donde las «nodrizas», escogidas de entre las damas de la nobleza, y los preceptores, a menudo generales al final de su vida activa como militares, vigilaban a los jóvenes príncipes y princesas bajo la responsabilidad efectiva de la madre real. Puede que fuera allí a donde iba la Gran Esposa para, en el transcurso de importantes ceremonias que celebraban el alumbramiento, traer al mundo a sus hijos y que allí residiera, recluida, durante las correspondientes purificaciones posteriores.

En Palacio había una escuela en donde los jóvenes nobles compartían la enseñanza proporcionada a los príncipes. Eso al menos es lo que nos dice un notable, Ptahshepses, que nació durante el reinado de Micerino y *«fue educado con los hijos reales en el gran palacio del rey, en la Residencia, en el harén del rey, y fue apreciado más que ningún [otro] niño»*. Estaba tan bien relacionado, que cuando tuvo edad de contraer matrimonio *«recibió a la hija mayor del rey [Khamaat] como esposa, porque Su Majestad deseaba que ella viviera con él más que con cualquier [otro] noble»*. Los retoños reales continuaron recibiendo su educación acompañados por hijos de nobles, pero a partir del Reino Medio lo hicieron en una especie de colegio en el que también

podían ingresar los hijos de jefes extranjeros, que se beneficiaban así del elevado nivel de conocimientos, de las enseñanzas morales y de la calidad de vida del Egipto faraónico. Esta institución se llamaba el *Kap*, y los compañeros de clase recibían el título de Hijos del *Kap*¹⁰, dignidad que les acompañaba durante toda su vida. Es difícil demostrar el que *Kap* acogiera en su seno a asiáticos o semitas (el joven Moisés podría haberse encontrado entre ellos); pero podemos citar entre sus miembros a un gran número de príncipes nubios. Algunos de ellos, que elegían la carrera de las armas, se convertían en los mejores oficiales de los hijos del soberano, con quienes se habían educado y crecido. Otros, como un tal Heka Nefer, príncipe de Miam en tiempo de Tutankhamón, regresaban a su lejana provincia meridional y se convertían en los más activos aliados del faraón.

Un agradecido hijo del Kap

Afortunadamente, la capilla funeraria del virrey de Nubia, Huy, contemporáneo de Tutankhamón, ha conservado una pintura mural con una de las imágenes más vívidas, una especie de «instantánea», del ambiente de Tebas hace 3.300 años; en donde vivió un antiguo Hijo del *Kap* fiel a las instituciones del harén que le habían educado. Se trata precisamente de Heka Nefer, príncipe de la provincia de Miam, conocida en la actualidad con el nombre de Aniba, ciudad y región de Nubia situada al norte de Abu Simbel¹¹.

Al salir del *Kap* el príncipe había regresado a su calurosa Nubia y, aunque imbuido de los conocimientos y de unos hábitos de los que no renegaba, quiso regresar a las costumbres de su país. En la pintura aparece representado a la cabeza del cortejo, guiado hasta la Corte por el virrey de Nubia, y prosternado delante de Su Majestad, el faraón, entre los «Grandes del País de Uauat» (los príncipes de la Baja Nubia) en actitud de respetuosa sumisión. Es imposible equivocarse, la inscripción nos rebela su nombre y su título: «*El Grande de Miam, Heka Nefer*». Las escarificaciones que llevaban los nubios entre la nariz y las mejillas aparecen en los rostros de esos nobles cuyo ensortijado cabe-

llo con forma de casquete aparece cubierto por una tela que sujeta a un lado de la cabeza dos plumas de avestruz. De sus orejas cuelgan dos anillos de oro, mientras que un collar «de perro» hecho de perlas multicolores rodea su cuello. Piel de felino cubren su espalda y sus hombros. Sin embargo, podemos ver un taparrabo plisado a la egipcia, que lucen con un ancho cinturón tejido con hilos multicolores de estilo nubio. Van descalzos, mientras que los «hijos de los Grandes de todas las provincias extranjeras» van calzados con sandalias blancas, como en Egipto.

Estamos, por tanto, frente a un antiguo alumno del harén, que paga al faraón su deuda de gratitud mediante lo más bello que puede ofrecerle, una magnífica princesa acompañada de su «casa», compuesta por azafatas y bellas mujeres, jóvenes sirvientas, pajes, y robustos y activos servidores (Fig. 17). Todos ellos fueron educados en las costumbres egipcias por deseo de Heka Nefer, y tanto su actitud como sus vestidos son una prueba de ello. La princesa lleva un magnífico vestido de lino blanco plisado, un rico collar «ancho» cubre su



FIG. 17. La princesa nubia destinada al harén del faraón.

pecho y sus hombros; su peinado, al igual que el de los miembros de su escolta, está formado por la peluca corta sobre la que aparece una especie de pequeña corona, según la moda del momento. Los hijos de los jefes de su séquito se adornan de la misma manera y también van vestidos con lino blanco plisado. Sólo los pendientes de pasamanería y las colas de gato salvaje que llevan atadas a los brazos revelan su origen étnico.

La princesa destinada al harén del faraón posee una tez más clara que las nubias que la acompañan, y su alta cuna le había conferido el derecho a andar erguida, como debe hacerse, sobre un carro conducido por una jovencita de torso desnudo y largos cabellos que caen libremente sobre sus hombros. El carro no era arrastrado por caballos, como sucedía en Egipto, sino por un tiro de bueyes moteados que la había llevado desde la residencia de su padre hasta el barco, para que pudiera descender el río hasta alcanzar la orilla de Tebas. Una vez allí, el tiro de bóvidos había conducido de nuevo a la joven belleza; pero esta vez hasta las puertas de Palacio, desde donde tendría que llegar a pie delante del faraón. Al contemplar esta originalísima pintura, parece que asistimos a la entronización de una mujer secundaria del soberano. El grupo formado por las tribus amigas —y sin duda también emparentadas— se encuentra allí y todo el entorno forma la escolta y la dote principesca de aquella que iba a entrar en el harén del rey. La guardia de la princesa está bien equipada, pues se amontonan las armas, obra de los mejores artesanos: mazas, arcos y escudos recubiertos con pieles de animales. Muy próximos, y repartidos en numerosos registros, se exponen el tesoro y el mobiliario. Cofres, butacas con reposabrazos torneados, taburetes (algunos plegables) con las patas en forma de cuello de pato, camas y reposacabezas, e incluso un segundo carro, dan testimonio de la habilidad de los artesanos nubios, que sabían trabajar las duras maderas de África y completar la ornamentación con incrustaciones de marfil forrar ciertos elementos con cueros finamente teñidos y utilizar plumas de avestruz para hacer abanicos de todo tipo.

El mobiliario que acompañaba a la futura desposada se completaba con defensas de elefante, pieles de guepardo, sacos y anillos de

oro, metal que era particularmente abundante en Nubia. Obras maestras de los orfebres nubios, los platos decorados de oro y electro¹² representaban paisajes nilóticos compuestos sobre todo por palmeras dum, que en ocasiones acogen entre sus ramas a pequeños y ágiles cercopitecos¹³, y cuya fruta era muy apreciada por los nubios, que aparecen representados de pie o arrodillados pero siempre con una pluma de avestruz sujeta a sus cabellos. A menudo se representaban jirafas delante de las palmeras. Jirafas, esta vez de verdad, formaban parte de los obsequios, marchando delante de los rebaños de gordos bueyes necesarios para la celebración de la fiesta Opet, durante el mes del Nuevo Año.

Esto es, de manera resumida, lo que debía acontecer cuando la Corte recibía a una princesa extranjera durante una reunión diplomática. Si esto sucedía cuando se trataba de un princesa de Nubia, Estado asociado a Egipto y de escasa población, podemos imaginarnos cual sería el esplendor y el tamaño del cortejo que trajera a Egipto a una princesa del país de Naharina o de Hatti. Vendrían centenares de mujeres en flor e innumerables cabezas de ganado, escoltadas por guardias que garantizaban la seguridad de la caravana y porteadores encargados del mobiliario más delicado, entre el que había carros ligeros, los más bellos instrumentos musicales heredados de los asiáticos (a excepción del arpa egipcia), cofres repletos de telas de colores, de joyas y de metales preciosos: oro y plata en lingotes y hojas de hierro brillante como la plata, al igual que piedras semipreciosas como el lapislázuli, originario de Bactriana; sin olvidarnos de los vasos de orfebrería. La palabra «grandioso» —a menudo utilizada en nuestros días con exageración— describiría a la perfección la increíble colección y exhibición de semejantes riquezas.

Las conjuras del harén

El harén era una importante institución que tenía una gran relevancia en Egipto. En él vivían un gran número de esposas, principales y secundarias, de las que el faraón podía disfrutar —sin contar a las

favoritas—, y cada una de ellas estaba acompañada por miembros de su familia, consejeros, sagaces y ambiciosos confidentes, y partidarios varios, todos ellos enfrentados unos a otros; sin mencionar a los hijos, que poseían diferentes categorías. De modo que las rivalidades debían estar a la orden del día y, muy a menudo, manifestarse en forma de conjuras. Muchas de ellas se limitarían a luchas entre las favoritas por lograr más influencia; algo que debía ser muy frecuente. Pero las conspiraciones más graves eran las que atentaban contra la vida misma del soberano en beneficio del hijo de tal o cual esposa secundaria —egipcia o extranjera— cuyo nacimiento no le permitía competir con el primogénito de los hijos habidos por la Gran Esposa Real.

Durante el Reino Antiguo

Estos acontecimientos, capitales en su mayor parte, debían ser mantenidos en secreto, puesto que se referían a la figura casi divina del faraón; lo que sin duda fue el caso para las épocas más antiguas de la historia de Egipto. No obstante, el texto biográfico de un alto funcionario de la VI Dinastía, Weni, nos proporciona la primera referencia cierta de un incidente ocurrido en el harén. Pese a glorificar su extraordinario mérito, Weni se muestra muy discreto cuando nos cuenta que, por dos veces, fue llamado *solo*, sin siquiera la presencia del visir, para juzgar a la reina principal, favorita y esposa del rey Pepi I (desgraciadamente, el nombre de la reina es mantenido en secreto): «*Su Majestad me nombró Agregado del Estado en Hieracópolis (juez) [puesto que] tenía confianza en mí más que en ningún otro servidor. Escuché las querellas, estando sólo en compañía del visir del Estado, en todo asunto secreto [y todo incidente que concernía] al nombre del rey, porque el corazón de Su Majestad tenía más confianza en mí que en cualquiera de sus magistrados, cualquiera de sus dignatarios, cualquiera de sus servidores [...] Hubo un proceso secreto en el harén real contra la Esposa Real y Gran Favorita. Su Majestad me nombró para escuchar [la declaración], sin que hubiera ningún visir, ni ningún magistrado, sólo yo, porque era capaz, y debido a mi fidelidad en el corazón de Su Majes-*

tad y porque Su Majestad tenía confianza en mí. Fui yo quien puso el proceso oral por escrito, sólo con un magistrado, aunque mi rango fuera [sólo] el de un Director de los Empleados del Gran Palacio. Nunca antes alguien de mi categoría se ocupó de un secreto del harén real...»

Del texto, prolijo en sus cumplidos al funcionario, pero lacónico sobre los hechos, se desprende que hubo un incidente muy grave provocado por la Gran Reina favorita. También parece que el rey ya no tenía confianza en sus funcionarios y que designó a Weni, sin ninguna compañía, para que actuara como juez extraordinario de un tribunal de excepción y escuchara la «confesión» de la culpable de un crimen del que pocos debían de estar enterados. El hecho de que no se cite el nombre de la reina demuestra que había caído en desgracia y que no era necesario hacer «vivir su nombre»*. De modo que todo nos lleva a sospechar que el rey desconfiaba de sus funcionarios superiores. Todavía en la Baja Época, el historiador Manetón mencionaba que el padre de Pepi I fue asesinado por su guardia personal. Esto nos induce a pensar que Egipto comenzó a sufrir un período de desórdenes. Descubierta el complot y desaparecida la reina (¿desterrada? ¿o condenada a «darse muerte?»), el rey se desposó, una detrás de otra, con dos nuevas Grandes Esposas Reales que eran hermanas y tenían el mismo nombre, Meryre-Ankhenes. Cada una le dio un heredero para hacerse cargo de la sucesión: primero Merenre y después Pepi II.

Una persona suspicaz podría coger a estos personajes, típicos de una novela de serie negra, y, siguiendo el razonamiento habitual de tal clase de literatura, preguntarse ¿a quién favorece el crimen? Verá entonces que todo termina bien por lo que respecta a nuestro fiel héroe y a sus familiares. Weni, el «héroe», es originario de Abydos, pues allí es donde se grabó la inscripción que acabo de citar¹⁴. Weni tenía en su familia a una tal Nebet, funcionaria del harén real que

* La autora se refiere al hecho de que, para los egipcios, cualquier cosa escrita revivía al ser leída, como los nombres de las personas, las listas de ofrendas en las tumbas, etc. La creencia estaba tan arraigada que, en los Textos de las Pirámides, los jeroglíficos que representan a personas o animales potencialmente peligrosos, como leones o cocodrilos, aparecen mutilados para que no puedan causar ningún mal al faraón (N. del T.).

probablemente ayudara a desenmascarar la conjura. Una nueva prueba de lealtad que el monarca tuvo en cuenta y que, poco después, le convenció de lo adecuado que sería casarse con las dos hijas de esta mujer, salida de la pequeña nobleza de provincias. En cambio, un lector menos malintencionado no consideraría que la destitución del visir Raur, ocasionada por su participación en otra conjura, se debiera al resultado de una persecución por parte de la tentacular familia de Weni. Tampoco vería como una coincidencia sospechosa la desaparición de la primera reina y el posterior matrimonio del rey con las dos hijas de la Dama Nebet. Asimismo, nada le extrañaría el hecho de que Djau, su hermano, se convirtiera en visir poco después. Simplemente vería en ello que, en un clima de conjuras contra la Corona, una familia originaria del alto Egipto, de Abidos concretamente, era incondicionalmente fiel al rey...

Durante el Reino Medio

Tras un funesto período de desórdenes e invasiones, Egipto volvió a su ser bajo la dirección de un valeroso príncipe originario de Tebas, Montuhotep, que subió al trono y fundó la XI Dinastía. La dinastía siguiente fue dirigida por una *gens* cuyo creador fue el primer Amenemhat. Nos encontramos en el siglo XX antes de nuestra era y hete aquí que el séptimo día del tercer mes de la estación de *Akhet*, durante el trigésimo año de su reinado, el fundador de la XII Dinastía murió asesinado. Según los prolijos cálculos de astrónomos y matemáticos, el acontecimiento tuvo lugar exactamente el 15 de febrero del año 1962 antes de nuestra era.

Los tiempos habían cambiado, de modo que una vez que pasó y, sobre todo, se superó el funesto suceso, éste fue narrado en un cuento novelesco por aquel que, muy a su pesar, fue parte de la aventura. De este modo, el drama fue utilizado en su beneficio por el legítimo heredero del trono egipcio mediante un texto pseudoautobiográfico cuya intención, apenas oculta, era hacer propaganda política. El texto es conocido como *Las Instrucciones de Amenemhat I*, una especie de testa-

mento dictado por el propio rey en favor de su hijo y en el que narra cómo fue asesinado tras sufrir una pesadilla y cuya moraleja es que Sesostri I, su legítimo heredero, debía desconfiar de todo el mundo. Así fue como los conjurados, algunas mujeres de Palacio, según nos informa el texto, hicieron asesinar durante la noche al viejo soberano:

«Fue tras la cena, cuando llegó la noche, me tomé una hora de reposo, echado sobre mi cama. Estaba fatigado y mi corazón comenzó a seguir al sueño. Súbitamente, se escuchó un ruido de armas y oí palabras que se referían a mí, mientras permanecía como una serpiente del desierto. Me desperté dispuesto a combatir, [pero] estaba solo y era un ataque de la guardia. Si hubiera cogido mis armas con rapidez hubiera podido rechazar a los conspiradores, pero nadie es valiente por la noche, nadie puede combatir en solitario. No hay ninguna salida victoriosa sin un protector [...] ¿Alguna vez se ha visto que las mujeres amotinaran a las tropas? ¿Alguna vez se educó en Palacio a promotores de disturbios?»

Los acontecimientos que siguieron al asesinato aparecen relatados parcialmente en el cuento de Sinuhé, una de las grandes obras de la literatura egipcia¹⁵. Gracias a él sabemos que de regreso de una expedición punitiva contra los libios, el hijo primogénito y corregente de Amenemhat, Sesostri I, fue alcanzado por unos mensajeros que venían presurosos a comunicarle con gran secreto lo que había sucedido en las estancias reales. Nada más oírlo, el príncipe salió precipitadamente hacia la capital sin comunicárselo a nadie. Pero otros enviados, pertenecientes a la facción de los asesinos, también habían llegado para advertir al otro de los hijos reales que había acompañado al ejército del corregente, que era su hermanastro, y en favor del cual había sido cometido el asesinato. Sinuhé los escuchó de manera fortuita. Oigamos su relato:

«Su Majestad había enviado un ejército al país de los Timhiu y su hijo primogénito era el jefe [...] ahora estaba de regreso con prisioneros [...] los amigos de Palacio enviaron [mensajeros] hacia el lado

oeste del Delta. Los mensajeros le encontraron en el camino, llegaron a él durante la noche. Sin perder un instante el halcón (es decir, Horus, el heredero del trono) emprendió el vuelo con su séquito sin informar a su ejército. Pero [también] se había enviado [a alguien para informar] a los hijos reales que le acompañaban con el ejército y se llamó a uno de ellos. Yo me encontraba allí y escuché su voz, aunque hablaba alejado [de todos], yo estaba cerca [de él]. Mi corazón se agitó, mis brazos se separaron de mi cuerpo, un temblor recorrió todos mis miembros. Me coloqué entre dos matorrales para mantenerme oculto de cualquiera que anduviera por el camino. Me dirigí hacia el sur. No tenía intención de regresar a la Corte, pues pensaba que había luchas y creía que no podría sobrevivir [más] tras esto¹⁶.»

De modo que no sólo el corregente y príncipe heredero había sido alertado del drama acaecido, sino que uno de sus hermanos menores, probablemente hijo de una esposa secundaria y en beneficio del cual había sido perpetrado el atentado, había sido informado. Sinuhé escuchó por casualidad esta conversación, que debía ser secreta. Sin duda desconocía que su príncipe ya volaba camino del lugar del crimen. Temió entonces que hubiera una revuelta en Palacio y que, como testigo incómodo que era, le mataran si era sorprendido. Es evidente que los regicidas debían pertenecer al entorno inmediato del rey y que las mujeres del harén desempeñaron un papel esencial en la conspiración. ¿Acaso algunos descendientes directos, venidos a menos, de los soberanos de la XI Dinastía consideraron a Amenemhat I como un usurpador? Está claro que la actitud de Sinuhé, por más que pone de manifiesto una extrema emoción (emotividad que todavía hoy podemos ver en los hijos del Nilo) al enterarse de un secreto de Estado, no fue de un gran valor personal (temía una guerra civil). Esto nos permite dudar de su afecto por su príncipe, con quien debía haber intentado reunirse. No obstante, no conocemos todos los datos necesarios. Aunque en esa época era muy joven, ya era «*Compañero que acompaña a su Señor y, sobre todo, un Servidor de la Primera Dama del harén real, la Gran Favorita, la Esposa Real de Sesostris e hija real de Amenemhat [...] Neferu, la Venerable.*»

Habitual de Palacio, debió de reconocer la voz del príncipe contrario a su señor y podría haber sido acusado de cómplice.

Las fuentes literarias nos revelan de una manera bastante evidente que ya en las proximidades del año 2000 antes de nuestra era algunas mujeres de los harenes reales desempeñaron un peligroso papel político; una práctica que debió existir desde siempre, dadas las costumbres y tradiciones inherentes a la noción de «matrimonio» para los faraones.

Durante el Reino Nuevo

La época ramésida nos proporciona los testimonios históricos más abundantes y prolijos. Entre ellos se encuentran documentos, provenientes de fuentes muy diversas, que se refieren a una gran conspiración del harén en tiempos de Ramsés III y al aparatoso proceso —con secuelas— que le siguió. Ya no se trata de alusiones veladas a una falta sin especificar reprochada a una Gran Esposa; tampoco de una narración novelada del asesinato de un faraón rodeado por el casi total anonimato de aquellos que lo perpetraron. Ahora se trata del relato concreto de los acontecimientos, del desarrollo de la investigación y de las incidencias inesperadas¹⁷. Por último tenemos la conclusión del proceso entablado, del que conservamos todo el procedimiento en el papiro jurídico de Turín, que probablemente proceda de la biblioteca del templo jubilar de Ramsés III en Medinet Habu. Si el atentado hubiera tenido éxito, seguramente no conservaríamos ningún dato sobre el mismo. Durante mucho tiempo se creyó que el rey había muerto víctima de la conspiración; pero al analizar con detalle el papiro judicial de Turín da la impresión de que el texto fue redactado por orden del príncipe heredero Ramsés IV para hacer recaer por completo en su padre la responsabilidad de la extrema severidad de la sentencia, cuyas repercusiones hicieron mucho daño a la Corona. De hecho, no parece que el rey muriera como consecuencia de la conjura, como es evidente que pasó con Amenemhat I (la momia de Ramsés III se conserva, y en modo alguno deja ver indicios de muerte

violenta), ni siquiera que la trama hubiera tenido un éxito parcial¹⁸. Además, el complot tampoco habría tenido lugar a finales del reinado, como se ha sugerido en ocasiones¹⁹.

En primer lugar, hay que señalar que el harén en el que se gestó la maquinación, que es llamado «harén de acompañamiento», una especie de harén de Palacio²⁰, no debía encontrarse en un lugar concreto, como los de Menfis y Gurob, sino que era uno de los que seguían a Ramsés III en sus desplazamientos, a Medinet Habu, por ejemplo, pues el complot debía tener lugar durante la celebración de la Bella Fiesta del Valle, en el marco de la rivera izquierda de Tebas. Cuando los principales inculpados aparecen mencionados son ridiculizados con motes degradantes; fueron, según lo acostumbrado, «desbautizados» para hacer desaparecer su identidad. También es evidente que las esposas secundarias, las *Rheneret*, las «reclusas», estaban en continuo contacto con personas del exterior, amigos, militares y miembros de su familia y que utilizaban a numerosos intermediarios, hombres y mujeres.

Estas pequeñas confabulaciones puede que se vieran favorecidas por el hecho de que Ramsés III parece no haber designado de entre sus Esposas Reales a la madre de su primer heredero. Su «reina consorte» durante la época del proceso era Isis, una de sus hermanastras o, más probablemente todavía, una de sus hijas. Con ésta y con mujeres de su harén tuvo numeroso hijos; los cuatro primeros murieron jóvenes y el quinto estuvo implicado en el proceso, donde muy verosímilmente compareció con el falso nombre de Pentaur. El sexto parece que le sucedió con el nombre de Ramsés IV.

Es probable que la falta de decisión del faraón a la hora de atribuir su favor a sus esposas incitara a una de las más intrigantes y con mas experiencia en el harén, Tiyi, a maniobrar para que su hijo, el «Pentaur» del proceso, subiera al trono. Se las ingenió para organizar una verdadera rebelión que debía culminar con el asesinato de Ramsés III. Por lo demás, parece que una conjura semejante no podía encontrar un lugar más favorable para desarrollarse que el harén.

Estos son los hechos: Tiyi, Esposa Real, confabulada con otra poderosa dama del harén y, sobre todo, con seis fieles seguidores que

servían como agentes de enlace, atrajo a su causa a ciertos funcionarios del harén y la administración, como Pluka (El Licio) e Imeri, ambos chambelanes²¹, y sobre todo al mayordomo Paibakkamen (el «Servidor Ciego») y al gran chambelán Mesedsure («Re le Abomina»), persona de gran importancia, puesto que se encargaba de los principales contactos con el exterior. Era quien se encargaba de «*transmitir las palabras [...], difundía las instrucciones a su madre y hermanos fuera del harén*». De modo que a la familia de las dos damas se le había encargado de soliviantar a la población y preparar las hostilidades contra el rey. Al mismo tiempo, otra mujer del harén originaria del país de Uauat —la Nubia egipcia— empujaba a su hermano Bine-muaset («el mal se encuentra en Tebas») a cometer traición escribiéndole: «*Reúne al pueblo, haz impopular a nuestro Señor e incita a los enemigos a rebelarse [contra él].*» Lo hizo tan bien que llegó a ganarse para la causa al comandante del ejército, Paiis. No podemos definir con exactitud la extensión del complot, pero los documentos que se conservan permiten conocer los nombres de veintiocho hombres y un número indefinido de mujeres de las que sólo Tiyi sale del anonimato. (Recordemos que los culpables aparecen mencionados con los nombres difamantes que les fueron atribuidos en el momento de su procesamiento).

Los conspiradores emplearon todos los medios, incluida la magia. Así fue como un tal «Superior del Ganado, Penhoruben» les proporcionó un rollo de papiro con escritos mágicos... que provenía de la biblioteca del hijo real y que fue robado gracias a la complicidad de algunos escribas de la Casa de la Vida. Siguiendo las instrucciones de ese «manual de uso», se hicieron figurillas de cera y filtros mágicos que debían entrar en Palacio de manera clandestina, gracias a los manejos de Paibakkamen, para cegar y paralizar a aquellos a quienes se quería neutralizar. De hecho, y a modo de experimento, ya se había dejado impotentes a numerosos funcionarios. Otros especialistas de relieve en estas prácticas fueron tanteados, como un sacerdote de Sekhmet, esa gran fuerza que, por medio de sus «emisarios» y principalmente durante los cinco días epagómenos del año, hacía correr los más horribles peligros, incluida la peste, a Egipto... y ¡a la Corona!

La conjura fue descubierta a tiempo y el faraón fue implacable. Ordenó la inmediata creación de un tribunal de excepción, sin comparación con la clásica Gran Corte, destinada por lo general a ocuparse de los asuntos importantes y que se limitaba a juzgar a los culpables, dejando al faraón la misión de infligir el castigo adecuado. El tribunal especial estaba compuesto por doce funcionarios de la Corte, oficiales del ejército y miembros habituales del tribunal central, el Kenebet. El visir no formaba parte de él. Estos altos funcionarios tenían la misión de recibir las instrucciones del faraón, pero también, y de manera excepcional, de dar un veredicto, decidir las penas y hacerlas ejecutar. El faraón había declarado desde un principio que no quería saber nada de este asunto, que sólo quería que se aclarara la verdad, que se castigara a los culpables, pero que se cuidara mucho de no hacer lo mismo con los inocentes. Sin duda debido a que algunos acusados no eran de origen egipcio, el faraón hizo que entre los jueces hubiera dos chambelanes de nombres extranjeros, en concreto, uno de ellos era asiático.

El tribunal reunió a los acusados por categorías y comenzó su trabajo delante —se piensa— de seis jurados, citados una sola vez. El procedimiento parece haber sido muy simple: los acusados, hombres y mujeres, agrupados según los crímenes que se les imputaban, eran introducidos ante el tribunal y declaraban su estado civil y a continuación se les leían las acusaciones que había contra ellos. Parece que, poco después, el tribunal decidía sobre la justicia de los hechos y pronunciaba el veredicto.

Sin embargo, a medida que se desarrollaba el proceso, aquellos conspirados que pudieron librarse de la cárcel se esforzaron por retrasar o dificultar los debates. Con tanto celo lo hicieron, que en un momento dado se hizo evidente que cinco de los doce jueces se habían pasado a su facción, entre ellos tres magistrados y dos oficiales de policía. Todos ellos se reunían para celebrar fiestas —a decir verdad, verdaderas orgías— en casa de uno de los hombres de leyes acompañados por uno de los principales procesados y también por algunas acusadas o esposas de los conspiradores. Fueron asimismo encarcelados y se les instruyó un proceso.

El primer grupo de inculpados estaba formado por diecisiete personas, que fueron reconocidas como culpables, entre ellas Paibakka-men y Mesedsure, un administrador del tesoro real, dos escribas de la Casa de la Vida, un sacerdote Jefe Lector y el sacerdote de Sekhmet, todos ellos habían ayudado directamente a la reina Tiyi, esforzándose por fomentar el desorden entre la población. Se cree que la sentencia fue la pena capital²². El segundo y el tercer grupo estaban formados por funcionarios superiores corruptos y por el príncipe Pentaur, quien fue condenado a suicidarse. En cuanto a los jueces y los dos militares, entre los que se encontraba el general Papis, que tomaron parte en las orgías con las mujeres del harén en casa de uno de ellos, sólo uno fue absuelto. Se trata del juez Hori, contra el que no se pudo reunir ninguna prueba; por lo que respecta a los demás, uno de ellos se vio obligado a suicidarse tras quedarse solo en la sala del tribunal, y los otros tres sufrieron la pena infamante de que se le cortara la nariz y las orejas. De este modo quedaban deshonorados de por vida.

Parece que Tiyi no prestó declaración ante este tribunal, sin duda el rey se «encargó» personalmente de su caso.

Así, a finales de la XX Dinastía, tiene lugar ante nuestros ojos un espectacular proceso de harén, del que afortunadamente se ha conservado la mayor parte de los archivos. Nada habríamos podido conocer de esta dramática circunstancia si hubiéramos interrogado al respecto a los únicos monumentos erigidos por Ramsés III: vestigios de uno de sus palacios en Pi-Rameses o en Tell el-Yahudiyeh²³ (Leontópolis) al este del Delta, su templo jubilar en la orilla izquierda de Tebas o incluso su tumba, una de las más importantes del Valle de los Reyes.

Un ejemplo como el que acabamos de describir nos introduce de golpe en la atmósfera de un harén, en tiempos de crisis, y nos permite saber hasta qué punto, en este campo como en otros, todavía son esporádicos e incompletos los elementos con los que contamos para reconstruir la verdadera —y diaria— existencia de la mujer en el antiguo Egipto. ¿Acaso el acontecimiento fue especialmente grave durante el reinado del gran rey que rechazó a los Pueblos del Mar, que amenazaban con una temible invasión de todo Egipto? Los libios habían sido dominados a duras penas, hasta el punto de que el faraón

La mujer en la realeza

se vio obligado a inmolar a Meshesher, hijo de Ka-aper, su jefe, pese a las súplicas de éste. Evidentemente, tras el cese de las hostilidades princesas libias ingresaron en el harén real. ¿Acaso ocultaban un odio latente, apreciable en la instigación a la rebelión contra Ramsés? Tampoco sería inimaginable que, de haber tenido éxito el complot, la revancha hubiera sido completa para Tiyi, si admitimos, claro, que hubiera ingresado en el harén formando parte de los tributos de los vencidos por el faraón.

Capítulo cuarto

Necrópolis, reina divinizada y faraonas

Necrópolis de reinas

Es evidente que la importancia de la Gran Esposa Real, la madre del heredero, quedaba de manifiesto por su hábitat terrestre; es decir, su palacio y el harén, sobre los que señoreaba su autoridad. Con mayor motivo que cualquiera de las damas que lo habitaban, la Gran Esposa debía tener una «residencia de Eternidad» acorde a su rango. En modo alguno se trataba de contar con un lugar secundario en la sepultura de su regio esposo. Por motivos evidentemente religiosos, se produjeron excepciones a esta costumbre durante la época amárnica y lo mismo sucedió cuando la empobrecida Corona dedicó menos recursos a sus necrópolis. Así por ejemplo, la tumba de Psusenes en Tanis, de la XXI Dinastía, sólo contiene dos cámaras forradas de bloques de granito, una para el rey y la otra destinada a su reina, Mutnedjemet.

Los primeros tiempos: el Reino Antiguo

En la parte de Abidos donde se encuentran las tumbas arcaicas se conservan los restos, fechados en la I Dinastía, de lo que no cabe duda que es un agrupamiento de edificios funerarios de las Damas de

la Corte. En su zona central, como ya hemos mencionado, las «estancias» funerarias de las reinas parecen verdaderos «palacios *post mortem*», que incluso se agrupan en una zona muy concreta.

En la época de las grandes pirámides, el edificio escalonado construido en Sakkara por Djoser, el más conocido de los reyes de la III Dinastía, ocultaba unas salas y galerías subterráneas que muy probablemente sirvieron para conservar, cerca del rey y de sus tesoros, a miembros de la familia del monarca. A partir del comienzo de la IV Dinastía, y debido a las necesidades del culto real, las necrópolis de los faraones del Reino Antiguo se llenaron de complejos monumentales que rodeaban a la imponente pirámide, «cuyos muros también sirvieron de techo» a las habitaciones y la cámara funeraria en donde reposaba la momia del soberano. Alrededor de la pirámide, ya sea en Dashur, Medum, Guiza, Gurob, Abu Rowash, Sakkara, etc., y en el desierto que circundaba a Menfis, la antigua capital, las reinas fueron enterradas en conjuntos piramidales; evidentemente de menor tamaño, pero aún así de gran importancia.

La zona al oeste de la pirámide de Keops en Guiza, por ejemplo, está dedicada a las sepulturas de los miembros de su familia, mientras que la parte este quedó reservada para las tumbas de sus hijos preferidos. Por lo general, éstos fueron inhumados en unas tumbas con forma de banco, o *mastabas*, erigidas en las proximidades de las de sus respectivas madres reales, que fueron enterradas en tres pequeñas pirámides para reinas que contaban, cada una, con su propia fundación funeraria y su personal especializado. En ocasiones, además, el culto ritual de las capillas que formaban parte del complejo podía ser realizado por personal afecto a la fundación del soberano. Al igual que en el caso de la sepultura del faraón, en éstas se empleó la piedra, dejando el ladrillo sin cocer para las viviendas de los vivos. Fue aproximadamente en su quinto año de reinado cuando Keops comprobó los terribles saqueos sufridos por la tumba de su madre, Heteferes, situada en la necrópolis de Dashur, próxima a la pirámide de Esnefru, su padre. Ese fue el motivo por el cual decidió trasladar cerca de su pirámide lo que se había salvado de la depredación de los ladrones, incluido su sarcófago de alabastro... sin el cuerpo de la

reina Heteferes*. Aquello que pudo rescatarse de su mobiliario funerario nos permite imaginar la riqueza y el lujo que rodearía a las demás soberanas difuntas, de las que nada ha llegado hasta nosotros.

En esta época, la tumba de la reina no siempre tenía la forma de una pirámide. Según todos los indicios, el monumento de Guiza impropriamente llamado «la cuarta pirámide inacabada», perteneció a la reina Khentkaus. Situado entre las calzadas de acceso de las pirámides de Kefren y Micerino, de hecho era una imponente construcción en forma de sarcófago edificada sobre la roca natural que le servía de base y revestida después con bloques de caliza. Esta reina, hija de Micerino, es el lazo de unión entre la IV y la V Dinastías y al casarse con Userkaf, que no pertenecía a la familia real, le permitió acceder al trono.

Tampoco las reinas —ni los hijos— de Keops tuvieron una pirámide que cubriera sus sepulturas, que fueron excavadas en la escarpadura que hay al este de la necrópolis; sus capillas, adornadas con vívidos relieves y pinturas, todavía están bien conservadas. La variación y el cambio en la arquitectura funeraria de las soberanas continuó durante todo el Reino Antiguo, por más que la reina Nebet, una de las esposas de Unas, último monarca de la V Dinastía, fuera enterrada, al igual que otra esposa real, bajo una *mastaba*, o capilla construida con caliza. Sin embargo, la forma de pirámide volvió a hacer acto de presencia para las reinas Neith, hija primogénita de Pepi I, Iput y Udjebten, de la VI Dinastía. Lo más destacable de estas sepulturas es que, prerrogativa suprema, las paredes de sus cámaras funerarias, situadas en el desierto de Sakkara, fueron recubiertas con los *Textos de las Pirámides* que, cuando hicieron su aparición durante el reinado de Unas, parecían reservados exclusivamente para el faraón.

* Esta reconstrucción de los acontecimientos, que se debe a Reisner, el descubridor de la tumba de Heteferes en los años 20 de nuestro siglo, carece de todo apoyo documental, pues ni en Dashur ni en ninguna otra necrópolis de la III Dinastía se han encontrado restos de la teórica tumba original de la madre de Keops. Para más información y otras interpretaciones más modernas, el lector puede consultar en español el libro PARRA ORTIZ, J. M.: *Historia de las pirámides de Egipto*, Madrid: Editorial Complutense, 1997, p. 198-200 (N. del T.).

Igual que a comienzos de la V Dinastía, cuando la reina Khentkaus, que fue enterrada en Guiza, tenía una pirámide en Abusir*, durante la VI Dinastía la reina Iput, madre de Pepi I, tuvo un cenotafio en Kopros. Se sabe que más tarde algunas soberanas, igual que los faraones, fueron dotadas de cenotafios en el territorio de Osiris, en Abidos.

El Reino Medio

El Reino Medio comienza con la XI Dinastía, de origen tebano, tras salir Egipto de una época de desórdenes que trajo el hambre al país; un período durante el cual las momias de las princesas de la familia real, reinas y esposas secundarias, fueron acogidas en el interior del complejo funerario de los reyes Montuhotep, excavado en la ladera de la montaña de Deir el-Bahari. No obstante, en cuanto se fundó en la provincia de el Fayum la nueva capital de la XII Dinastía, las reinas recuperaron su «autonomía» *post mortem*¹. A partir de entonces se suceden las pirámides de reinas y princesas, más pequeñas que las de los faraones pero, con el mismo sistema de construcción a base de ladrillo sin cocer revestido de losas de caliza. Algunos restos dejados por los saqueadores han permitido que llegaran hasta nosotros joyas exquisitas, diademas, coronas, collares, colgantes y cinturones de perlas y de orfebrería². En esta época, junto al lapislázuli, la turquesa y la cornaliza se utilizaba la amatista, extraída del uadi el-Hudí, cerca de Asuán. De entre esas maravillas, cuya delicadeza nunca fue igualada después, destaca, para alegría de la vista, el célebre tocado de la reina Khnumit, que imita a una corona de flores silvestres formada a base de hilos de oro superpuestos y entrelazados sobre los que se distribuyen pequeñas piedras semipreciosas a modo de bayas separadas entre sí por adornos en forma de cruz de Malta y de flores de loto enfrentadas³.

* En la actualidad se sabe que esta pirámide pertenece a una reina distinta pero con el mismo nombre. Remito al lector a la página 283 de la obra mencionada en la nota anterior (N. del T.).

La XVIII Dinastía

Ya conocemos el importante papel desempeñado por las esposas de los príncipes liberadores a comienzos del Reino Nuevo, cuando Egipto salió de un oscuro período durante el cual los misteriosos Hiksos (¿tribus beduinas de Asia?) se adueñaron de las fuerzas vivas del país, y las atenciones de las que fueron objeto por ello. Al igual que las tumbas reales de todas las épocas, sus sepulturas, que contenían unos tesoros de cuya existencia todos tenían conocimiento, fueron violadas y a menudo destrozadas. Sólo la suerte ha permitido encontrar algunos restos ocultos en humildes cuartuchos excavados apresuradamente, o reunidos por los sacerdotes en sepulturas sin utilizar, la más famosa de las cuales es la «*cachette* de Deir el-Bahari». Da la impresión de que, a principios de la XVIII Dinastía, los reyes y las reinas fueron enterrados al pie del acantilado tebano, frente a la llanura de Tebas y cerca de su templo (jubilar) «de Millones de Años»; algo que resulta muy evidente en el caso de la reina Ahmes-Neferтари⁴. Sin embargo, justo después de la época en la que ella y su hijo Amenofis I reorganizaran el culto, los sucesores inmediatos del faraón, empezando por Tutmosis I, utilizaron el uadi conocido entonces como «La Gran Pradera» y que hoy día identificamos con el Valle de los Reyes, que se convertiría en la necrópolis de los faraones hasta finales del Reino Nuevo. No parece que se diera el mismo caso con las reinas, las Grandes Esposas Reales y las esposas secundarias de Su Majestad. En ocasiones, delante del acantilado tebano se han encontrado restos reihumados de tumbas saqueadas de Damas reales del comienzo de la dinastía. Muy poco después, se decidió elegir los uadis secos al sur del Valle de los Reyes para enterrar las momias de las mujeres de la familia del faraón. Comenzó a funcionar entonces lo que en la actualidad conocemos como el Valle de las Reinas, pero que en la XVIII Dinastía era llamado *Ta Inet Aat*; es decir, el «Amplio Valle». En el suelo rocoso de su parte central se excavaron pozos y, a unos seis o siete metros de profundidad, se acondicionaron pequeñas sepulturas que sirvieron para enterrar a las princesas (hijas reales).

Pero ¿dónde reposan las Grandes Esposas de esta dinastía? No tenemos ni una sola pista, posiblemente fueran enterradas todas en una necrópolis cercana. La única certidumbre es la que nos proporciona la existencia de la cámara funeraria que se hizo excavar Hatshepsut cuando sólo era la Gran Esposa Real de Tutmosis II. El emplazamiento elegido se encontraba en otro uadi, llamado en nuestros días «Sikkat Taget Zeit», en la ladera de la montaña, bastante al sur del Valle de las Reinas. Izar hasta su emplazamiento el sarcófago rectangular de cuarcita roja fue todo un alarde. Al final no fue utilizada por aquella que terminaría sentándose en el trono de los faraones y que sería enterrada en el Valle de los Reyes. Muy cerca se preparó, también embutida en un hueco de la pared rocosa del uadi Gabbanat el-Gurud, y siempre al sur del Valle de las Reinas, una tumba para la hija de Hatshepsut, Neferure. En el primer tercio del siglo XX se descubrió, algo más lejos y de manera fortuita, la tumba rupestre de tres esposas sirias de Tutmosis III. Las joyas que pudieron recuperarse, tanto de manos de los beduinos de la región, convertidos en «vendedores» habituales de este tipo de mercancía, como durante la limpieza de la tumba realizada por Winlock, permitieron conocer algunas piezas de formas muy puras: ajuar funerario, objetos de orfebrería, cubiletes, botes de unguento, brazaletes y anillos de estilo egipcio, además de una especie de recubrimiento para pelucas realizados con piezas de orfebrería articulada con incrustaciones de rosetas de pasta de vidrio compartimentada, de innegable estilo oriental, y en el revés de las cuales unos textos jeroglíficos con unos signos muy particulares revelan un origen probablemente sirio. Una diadema adornada con dos pequeñas cabezas de gacela⁵, análogas a las que llevaban las favoritas —como era el caso— de la corte del faraón, también proviene de la misma tumba⁶.

A partir del reinado de Amenofis III, todo cambia, tanto por motivos religiosos como políticos. La ciudad de Tebas, en la orilla derecha del Nilo, dejó de ser la capital para pasar a serlo Malkata, en la orilla izquierda. El rey también eligió un nuevo uadi desértico para hacer excavar en él una tumba en forma de profundo pasillo, en el que reservó un espacio para la cámara funeraria de su Gran Esposa

preferida, Tiyi, y otro para su hija primogénita y también Gran Esposa, Sat-Amón; se trata del Valle del Oeste. Cuando Akhenatón, su sucesor, fundó su capital «herética» en Amarna, también hizo lo mismo y mandó que se preparara, en la misma orilla oriental, en el centro del acantilado, en *Dar el-Melek*, un hipogeo destinado a recibir su momia, así como la de Nefertiti y la de su hija mayor Meryt-Amón. De regreso a Tebas, el joven Tutankhamón fue enterrado tras diez años de adolescencia en el trono. No obstante, en una tumba con las habitaciones reducidas al mínimo, no había sitio para la reina, por lo que se regresó a las antiguas tradiciones de comienzos de la dinastía. ¿Sabremos alguna vez dónde fue enterrada la pequeña Ankhse-namón? Por el contrario, Ay, que se encargó de las exequias del joven rey, fiel a los últimos Amenofis, se hizo preparar al fondo del Valle del Oeste una vasta cámara funeraria en donde la momia de su esposa, nodriza de Nefertiti antes de convertirse en efímera reina, fue enterrada al lado de la suya.

Con la llegada de Horemheb, su sucesor, un soberano a medio camino entre la XVIII y la XIX Dinastía, todo pareció volver a la normalidad. Su tumba es una de las maravillas del Valle de los Reyes y su primera compañera fue enterrada en la magnífica tumba que el monarca se hizo construir en Sakkara cuando todavía era el generalísimo del faraón⁷. En cambio, todavía no se ha podido encontrar la sepultura de su gran Esposa Mutnedjemet.

La XIX Dinastía y el Valle de las Reinas

La XIX Dinastía supuso una innovación. Ramsés I y sus inmediatos sucesores quisieron reunir a sus Grandes Esposas Reales y a algunas de las secundarias en el Valle de las Reinas, que en adelante se llamó *Ta Set Neferu*, el «lugar de los ardores vitales» (o de la creatividad divina). En cualquier caso, Ramsés II, que convirtió a la mayoría de ellas en Grandes Esposas Reales, hizo inhumar allí a buena parte de sus hijas. Si la mujer de Ramsés I (un faraón que sólo gobernó durante unos dieciocho meses) no posee más que una pequeña sepul-

tura, la tumba de la esposa de Seti I, Tuy, madre de Ramsés II, tiene una planta y unas dimensiones impresionantes; desgraciadamente, la decoración ha desaparecido casi por completo. Todavía no se han encontrado todas las sepulturas de esta necrópolis, en donde la autora continúa trabajando, mientras que otras, destrozadas y reutilizadas en numerosas ocasiones durante la Antigüedad, aún no nos han dejado conocer el nombre de su propietaria original. Afortunadamente, conocemos la más bonita de todas, la de la esposa bien amada de Ramsés II, Nofretari, cuya decoración muy probablemente sea la más notable manifestación de la pintura oficial del tiempo de los faraones. Hay que mencionar también las imponentes dimensiones del hipogeo de la hija primogénita y Gran Esposa Real, Bentanta; sólo la dimensión de las formas divinas y las de la reina, que aparecen modeladas sobre sus muros recubiertos de estuco, ya sobrepasa a todas las demás representaciones de las paredes de las tumbas anteriores.

Otro signo de la evolución, además del reagrupamiento de la mayoría de las mujeres ramésidas⁸, es que acceder a la tumba ya no es tan difícil. En vez de por medio de un pozo cuadrado, estrecho y profundo, el descenso se hace ahora mediante una escalera tallada en la roca y cuya pendiente será cada vez más suave según pase el tiempo. La variedad de temas religiosos de los muros, menos estricta que la de los hipogeos de los reyes, nos hace pensar que quizá las soberanas eligieron la decoración en razón de su propia personalidad. Como quiera que sea, también se puede observar un hecho interesante: algunas de las tumbas más pequeñas debieron ser excavadas y sus inscripciones terminadas por completo pero dejando vacío el nombre del cartucho, que permaneció así hasta conocerse quien sería la destinataria del monumento.

Una reina divinizada

Al igual que los reyes, las soberanas que permanecían a su lado pudieron haber sido consideradas como dotadas de una especie de halo sobrehumano, puesto que durante determinadas ceremonias rea-

les, o ritos religiosos, representaban el papel de un ente divino. Hasta tal punto, que una de ellas alcanzó en el cariño del pueblo un favor excepcional que se transformó en una veneración tan grande que, desde el período en que vivió —comienzos de la XVIII Dinastía— hasta el final de la época ramésida (es decir, 500 años), fue adorada como una verdadera diosa y consiguió —principalmente en la necrópolis tebana— una celebridad como nadie nunca consiguió después.

Se trata de Ahmés-Nefertari, una de las «mujeres fuertes» de la familia de los liberadores de Egipto, hija de Sekenenre Tao, hermana-esposa de Ahmosis y madre de Amenofis I. No sólo vivió muy próxima a estos tres reyes, sino que además conoció, por lo menos, a otros dos faraones de su familia directa: Kamose, su hermano mayor y, Tutmosis I, el sucesor de Amenofis, durante cuyo gobierno murió.

Fue íntima consejera de su esposo y llegó a estar investida temporalmente con el título de Segundo Profeta de Amón, que nunca antes había sido concedido a una mujer, aunque perteneciera a la familia real; además fue entronizada por él en calidad de Esposa Divina, de cuyas prerrogativas se benefició. Da la impresión de que también fue la primera soberana en recibir ese título y en convertirse en el intermediario predilecto para dirigirse a Amón, el dios dinástico.

Gracias a los monumentos que se conservan de su reinado, se puede suponer que, por el bien de su país, simultaneó un importante papel religioso, como atestiguan el número y la calidad de las donaciones realizadas a los diversos templos de Egipto, con una actividad económica muy marcada que incluyó volver a poner en explotación las canteras. Sin duda fue una valiosa ayuda para su hijo, Amenofis I, y durante su reinado juntos llevaron a cabo dos obras esenciales para su país, en donde tantas instituciones debían de volver a ser controladas e incluso instauradas tras la época de desorden de la que «salía». En primer lugar, no es imposible que ambos colaboraran con algunos sacerdotes-eruditos que residían en Tebas, en la elaboración del conocido *Ritual del culto divino diario*⁹, y que por lo tanto hubiera que reconocerles la paternidad del mismo. El gran interés que puso Ahmes-Nefertari en esta importantísima labor, que significaba la «puesta en marcha» de nuevo del culto en los templos de Egipto, sin

duda fue uno de los motivos de su extraordinaria celebridad en el corazón de aquellos que —por citar las palabras de Heródoto— eran «los más religiosos de los hombres».

Un segundo factor tuvo quizá más relevancia en la imaginación popular. No cabe duda que contando con el acuerdo de su hijo, la reina se había preocupado por terminar con la anarquía que reinaba en las necrópolis de los faraones. El proyecto consistía en reunir en un mismo lugar todas las sepulturas de los faraones venideros y darles la pompa necesaria. Para conseguirlo era necesario crear una corporación de artesanos especialmente dedicados a la realización de ese nuevo tipo de tumba, que había que excavar y acondicionar en las laderas rocosas de un imponente uadi seco —el Valle de los Reyes—, situado detrás del acantilado tebano y dominado por una montaña que tenía, de manera natural, forma de pirámide. Esta empresa se culminó con Tutmosis I; pero los soberanos que la comenzaron siempre fueron considerados como los bienhechores fundadores de la institución de «los obreros de la Tumba»; unos funcionarios que dependían directamente del visir y que fueron instalados de manera oficial en el vallecillo de Deir el-Medina, situado entre el Valle de los Reyes y el Valle de las Reinas.

Ese es el motivo de que se vean, en estelas y en los muros de las capillas de los nobles tebanos o en oratorios privados, imágenes divinizadas de la reina y su hijo mientras son llevados en procesión durante la celebración de la «Bella Fiesta del Valle». Durante la misma, los ídolos visitaban los templos funerarios-jubilares de los faraones, haciendo una larga parada en el de la reina, posiblemente el *Men-Set*, terminando su «salida» en Deir el-Bahari (en la capilla de Hathor). Sin embargo, este ritual no apareció más que tras la muerte de Ahmés-Nefertari. Su estatua, de madera recubierta de betún y tocada con altas plumas, se encontraba en el sanctasanctorum de su templo funerario, al pie de la colina de Dra Abu el-Naga, frente a los santuarios de Karnak y, embellecida por los cuidados de Tutmosis I, se convirtió en la época ramésida en un lugar de peregrinación. Ahmes-Nefertari estaba esculpida sujetando los cetros de los faraones: el látigo y el gancho. A finales del reinado de Tutmosis IV, las repre-

sentaciones públicas de la soberana comenzaron a aparecer con la piel negro-azulada de su estatua de culto; color que, durante la época ramésida, terminó por sustituir por completo al rosa o amarillo dorado de sus primeras representaciones. No es nada sorprendente el hecho de verla asumir la tez de los que, habiendo penetrado en las tinieblas, se ocupaban de los muertos, una labor que también era el papel esencial de Anubis, el perro negro, o del difunto osisiaco en transformación dedicado a un renacimiento eterno. También era la más cercana a Amón-Min, el Genitor, cuyos ardores surgían de la noche cósmica.

Su barca, llamada *Utes-Neferu*, como la de los dioses, y que en ocasiones tenía a proa y a popa unos mascarones con su busto adornado con el collar ancho, le permitía realizar sus diferentes «apariciones» públicas (Fig. 18). De ese modo también podía llegar por vía fluvial al templo de Amenofis I. La imagen de éste esperaba al cortejo de la Madre Real en el muelle, dentro de su palanquín y delante del pilono. Era la «Salida Fluvial de Ahmes-Nefertari»... gracias a la cual los artesanos de la necrópolis eran gratificados con dos días de des-

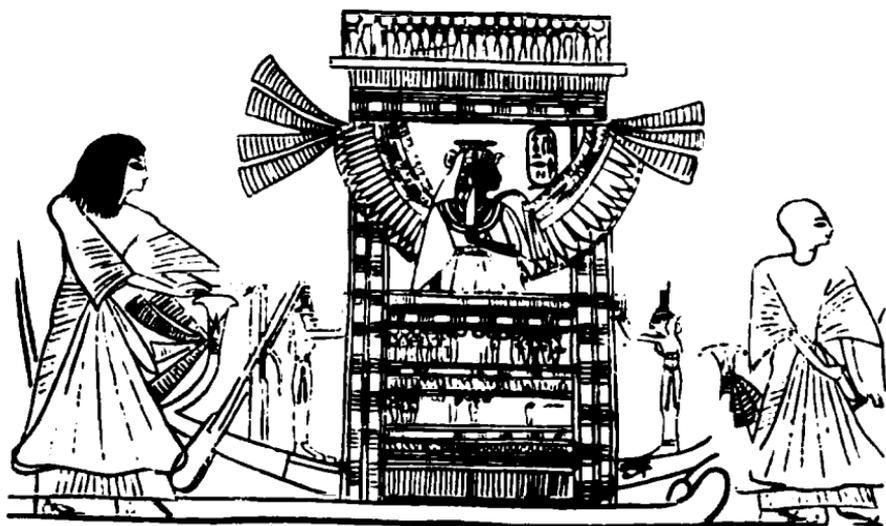


FIG. 18. Estatua de culto de Ahmes-Nefertari en su barca funeraria.

canso, el décimocuarto y el décimoquinto día del mes de *Shemu*¹⁰. Su estatua de culto también participaba en las ceremonias de la fiesta de Amenofis I.

Los habitantes del antiguo poblado de Deir el-Medina fueron los primeros adoradores de la talentosa esposa de Ahmosis. Aunque no llegara a inspirar un oráculo, como fue el caso de su hijo Amenofis I, las gentes de la orilla izquierda de Tebas se dirigían a ella a menudo como la protectora que atendía sus oraciones; en Hieracómpolis y Abidos se han encontrado señales de su culto.

Su perfil también aparece en los muros del templo de Gurna, en los del templo de Karnak, honrada por Ramsés II, y esculpida o pintada en las paredes de las tumbas tebanas de la XIX Dinastía, entre las representaciones de reyes ancestrales o contemporáneos. Estatuillas para devotos —ídolos de madera dorada o pintada— fueron producidas y adoradas hasta el final de la época ramésida. Hay que decir, no obstante, que este culto sólo fue local, nunca llegó a más y no tuvo en todo Egipto el éxito de esas poderosas figuras de «santos» en las que durante la Baja Época se convirtieron los grandes eruditos y arquitectos de Djoser y Amenofis III: Imhotep y Amenhotep, hijo de Hapu.

Faraonas

Algunos egiptólogos, sin duda cegados por un conformismo algo desconcertante para nuestra época, han pretendido que los antiguos egipcios «no podían tolerar que el “Horus Vivo” —es decir, el faraón— fuera una mujer, por más que numerosas reinas consortes de Egipto intentaran usurpar las prerrogativas masculinas». Esta declaración se suma a aquellas que reprochan a esas reinas haber «utilizado el poder en su provecho», circunstancia que demuestra un desprecio total por el respeto que los habitantes del Nilo tenían por las mujeres de su país y por esa igualdad entre los dos sexos que, en el Egipto de los faraones, nunca fue puesta en duda y menos aún discutida.

De modo que no se trata, en este capítulo dedicado a la mujer-faraón, de legitimar, defender o disculpar, tras tantos milenios de

prescripción, las pretendidas usurpaciones, logradas o no, que intentaron esas «peligrosas aventureras» (no obstante ser auténticas herederas de los faraones) rodeadas de conspiradores, verdadera camarilla que manipulaba a aquellas a las que habían conseguido hacer llegar al poder.

Tenemos que integrarnos en la época y el lugar en el que investigamos sobre las mujeres y hacer tabla rasa de los prejuicios —y las intenciones— que todavía asaltan a los nostálgicos de la ley sálica.

Dado que existía una total igualdad entre la mujer y el hombre, en la mayoría de los casos el problema no existe, de modo que tenemos que tener en cuenta el punto de vista del egipcio del período faraónico, ¡al César lo que es del César! El rey gobierna, muy a menudo aconsejado, y cada vez más con el paso de los milenios, por su *alter ego*, la Gran Esposa Real, que vive en su intimidad y le conoce mejor que nadie. ¿Acaso no tuvo desde los primeros tiempos el título de «La que ve a Horus y Seth» (es decir, aquella que revela todas las cualidades y los defectos de su rey y de lo que él encarna). Junto al faraón y los hijos reales, la reina representa en Palacio y en los templos una actividad complementaria esencial e indispensable, y lo mismo sucede con ciertos aspectos del culto. ¿Qué motivos tendría para sustituir al príncipe destinado a gobernar Egipto si su actividad como princesa era igual de insigne, necesaria e irremplazable que la de éste? La historia de Egipto es la mejor confirmación de ello, por lo que la llegada de algunas mujeres al trono del país no es más sorprendente que la existencia de las dos reinas Isabel de Inglaterra, de Catalina de Rusia o de las actuales reinas de Holanda y Dinamarca.

¿Cuál sería la «usurpación» en los casos de Nitocris, Neferu Sobek, Hatshepsut o Tausert, las únicas soberanas realmente conocidas como tales que, durante tres mil años y casi siempre en períodos de desórdenes, reemplazaron a faraones demasiado jóvenes o inseguros y que, por tanto, probablemente demostraban ser incapaces de gobernar? En el caso de Nitocris, Neferu Sobek, puede que Nefertiti, y Tausert, se trata de mujeres que subieron al trono al final de unas dinastías gloriosas, cuando el linaje de los reyes estaba perdiendo su poder, extinguiéndose incluso, y el país padecía los desórdenes inhe-

rentes a la debilidad de la monarquía. El caso de Hatshepsut es diferente porque, en vez de estar cayendo en la anarquía, Egipto salía lleno de esperanza de un largo período de abatimiento, y porque la princesa poseía todos los requisitos legales para reinar y el trono carecía, atendiendo a lo que creemos saber de la sucesión de los faraones, de un heredero más directo que la hija de Tutmosis I. De modo que es preferible hablar en primer lugar, siguiendo un orden cronológico, de las faraones efímeras: Nitocris, Neferu Sobek, Nefertiti (?) y Tauseret. A modo de mera referencia temporal Hatshepsut aparecerá mencionada en su lugar, pero sin más detalles. Después recibirá un tratamiento especial, a la medida del excepcional lugar que ocupa esta soberana en la historia del antiguo Egipto.

Nitocris

Es una reina casi legendaria. El historiador Manetón, que no menciona a ninguna otra faraona, dice de ella que reinó (puede que doce años) al final de la VI Dinastía, tras Merenre II. Eratóstenes menciona seis años de reinado. Los archivos egipcios sólo han conservado de ella su nombre *Neit-Ikeret*, que aparece citado en los anales ramésidas¹¹, en donde se dice que reinó ;dos años, un mes y un día! A decir verdad, los únicos «datos» que poseemos sobre ella se limitan a las alusiones que nos dejaron Eratóstenes y Heródoto, basándose en una tradición literaria muy de Baja Época en la que también se mezclaron acciones atribuidas, entre otras, a la cortesana griega Rodofis, amante de Esopo. Heródoto nos cuenta que, llegada al trono de su hermano, que acababa de ser asesinado, Nitocris se vengó de los asesinos por medio de una trampa que mató a muchos egipcios, tras lo cual se suicidó. Manetón (según la versión amárnica de Eusebio) afirma por su parte: «Hubo una mujer, Nitocris, que reinó; era más valiente que todos los hombres de su tiempo, y era la más bella de todas las mujeres; tenía el físico de una rubia de mejillas sonrosadas. Se dice que construyó la tercera pirámide.» De todos esos datos amalgamados, podemos entresacar, como mucho, que esta reina, que sin

duda no permaneció mucho tiempo en el trono a finales de la VI Dinastía, quizá tomara parte en los trabajos de la pirámide inacabada de Micerino, en Guiza¹². El conocimiento de su belleza desafió al tiempo, probablemente confundido en parte con la de Rodofis (= de tez sonrosada); pero el rubio de sus cabellos, sorprendente en una «hija del Nilo», del que todavía se hablaba en la época griega, sin duda hace referencia a una moda egipcia comprobada arqueológicamente gracias a las pinturas de unas tumbas de la V dinastía cercanas a las pirámides: ¡las princesas gustaban de engalanarse con pelucas de cabellos claros!

Soberana de destacado valor e incomparable belleza, ese es el destacado requiebro «feminista» que Manetón, el único historiador antiguo de Egipto, hace a la única faraona —aunque efímera— de un Reino Antiguo que se disponía a caer en la guerra civil.

Neferu Sobek

La segunda faraona de Egipto aparece de nuevo al final de una época brillante de la historia del país del Nilo, en un momento en que éste entra en declive; se trata de Neferu Sobek¹³, que parece cerrar la XII Dinastía, en el Reino Medio. Hija de Amenemhat III y hermana de Amenemhat IV, da la impresión de que subió al trono entre esos dos reinados y que lo hizo por un período de tiempo muy corto. El papiro o «canon» de Turín dice que su reinado fue de tres años, diez meses y veinticuatro días. No nos ha llegado ningún detalle sobre su existencia, pero tenemos una prueba fehaciente de su condición de faraona en el torso fragmentado de una de sus estatuas, que pasó a formar parte de las colecciones del Museo del Louvre hace una quincena de años. La soberana aparece representada de una manera muy original —y excepcional—, con un vestido femenino sobre el que viste el faldellín masculino con la delantera almidonada de los faraones. En su cuello lleva la doble «bolita» de los reyes del Reino Medio. Fue enterrada en una pirámide cerca de Amenemhat IV, en Mazghuna.

Hatshepsut

Aparece citada aquí para situarla en el tiempo, dado que más tarde le será dedicado un capítulo especial.

Pese a la sistemática y despiadada destrucción que sufrieron sus monumentos, es uno de los faraones del Reino Nuevo del que podemos describir relativamente bien las etapas de su reinado.

Nefertiti (?)

Ciertos indicios que singularizan la actividad de esta Gran Esposa Real han llevado a algunos egiptólogos (principalmente Harris, a quien sigue Samson) a sugerir una coregencia entre Nefertiti y Akhenatón, que terminaría con su plena soberanía a la muerte del rey. Entonces la reina habría llegado a tomar el nombre de Esmenkhare, considerado hasta ahora como un joven hermano del rey que le sucedió durante dos o tres años. La argumentación, aunque muy atractiva, carece por ahora de pruebas plenamente convincentes¹⁴.

Tausert

La cuarta reina coronada como faraona, aunque por muy pocos años, es la Tausert de quien Theophile Gauthier tomó prestado el nombre, con la forma Taoser que había leído Champollion, para dárselo a la heroína de su *Roman de la momie*. Fue la última de las mujeres-faraón antes de la conquista de Egipto por parte de Alejandro Magno y del reinado de los ptolomeos, que terminaría con la valerosa y dramática vida de Cleopatra, faraona alejandrina.

La desgraciada Tausert, de aspecto débil y gentil en esa imagen esculpida en el montante de una puerta del templo nubio de Amada, no tuvo una existencia reposada a finales de la XIX dinastía, durante la que tanto se había destacado el gran Ramsés. La familia real, cuyos herederos parecían agotados e incapacitados, se aferraba al trono que

deseaba un tal Amenmes, puede que bisnieto de Ramsés, de quien no sabemos donde situar su corto reinado. Da la impresión de que el canciller Bay, un vistoso y poderoso sostén de la Corona, representó un papel decisivo junto a la reina. Finalmente, un sirio, Iarsu, se hizo con el poder en plena anarquía y reinó comportándose como un tirano; pero terminó siendo expulsado del mismo por Sethnakht, el fundador de la XX Dinastía. En medio de todo aparecen tres protagonistas que sellaron sucesivas alianzas de suerte diversa y sobre cuyo orden sucesorio todavía existe controversia: Seti II, Tausert (Fig. 19) y Siptah¹⁵. Los monumentos que se conservan, en especial sus tumbas —en el Valle de los Reyes—, permiten suponer que hubo enfrentamientos y que se produjeron luchas internas, como reflejan los nombres de los soberanos, que fueron borrados, reemplazados por otros e, incluso, suprimidos para siempre.

Al morir Mineptah (decimotercer hijo y sucesor de Ramsés II) le sucedió Seti, el segundo de ese nombre, con seguridad un heredero legítimo. Para reforzar su legitimidad se habría casado con la princesa real Tausert. Seti II no reinó más que seis años, y su Gran Esposa Real fue Tausert, a la que vemos en uno de sus brazaletes de plata¹⁶ ver-



FIG. 19. Tausert con sistros en las manos.

tiendo vino en un cubilete que le tiende el rey. Tras fallecer el faraón, debería haberle sucedido su hijo Siptah; pero fue entonces cuando debió hacer su aparición Amenmes, de la familia real y eterno pretendiente al trono. Puede que se sentara en él, pero sólo durante un corto período de tiempo, ya que parece que el Gran Canciller «de toda la tierra», Bay, estaba vigilante y, según sus propias palabras, «puso al rey sobre el trono de su padre». No cabe duda de que Su Majestad Siptah todavía era un niño, y Tausert no habría podido conseguirlo ella sola, dado lo disputada que estaba la sucesión. Bay apoyó al partido en el poder, de modo que no sabemos si la reina hubo de plegarse ante sus maniobras o simplemente fue su aliada. Como quiera que sea, fue regente durante los seis años que se sabe que estuvo en el trono Siptah; tras su prematura muerte, fue enterrado en el Valle de los Reyes. A continuación Tausert se sentó en el trono y se hizo coronar con el nombre de «Hija del Sol¹⁷». Durante su regencia se preocupó de que se le construyera, como si fuera un soberano de pleno derecho, una tumba en el Valle de los Reyes, donde la vemos representada, en los relieves que cubren los muros, al lado de Siptah. Más tarde, convertida ya en reina, quiso recordar en su mausoleo a su esposo Seti II. Ese fue es el motivo de que, en la escena en la que hace una ofrenda a Geb junto a Siptah, suprimiera los nombres del joven rey para reemplazarlos por los de Seti. Se trata de una suposición lógica, pero todavía no sabemos demasiado sobre lo que ocurrió realmente.

El último año que se conoce del reinado de Tausert es el octavo¹⁸. ¿Estuvo todos esos años en el trono o sólo dos a los que añadió sus seis años como regente? Si fue así, es señal de que sólo pudo resistir durante dos años las ambiciones del sirio Iarsu. Su tumba (la n^o 14 del Valle de los Reyes), que refleja los ataques que debió sufrir la soberana, debió complementarse con un templo, que sólo fue esbozado, situado al sur del Rameseum; su palacio debió de encontrarse en Pi-Rameses, en donde puede que utilizara el de su gran antepasado Ramsés. Nubia y el Sinaí conservan restos de su pacífica actividad real. Nadie sabe cómo desapareció; pero durante un período de anarquía no se puede desechar la posibilidad de una muerte violenta. Una

certeza relativa es que Iarsu no se preocupó por cuidar su memoria y que Setnakht se adueñó de su tumba y muy probablemente hizo destruir su momia. Sin embargo, algunos «fieles» permanecían vigilantes, por lo que pudieron salvar algunas joyas de la soberana, que reenterraron en una sepultura anónima del propio Valle de los Reyes, que hizo las veces de discreto escondrijo, y donde fueron encontradas¹⁹. De este tesoro provienen los dos brazaletes de plata en donde, todavía como esposa real, la vemos graciosa y atenta frente a Seti II. Otras joyas próximas a las de la reina llevan el nombre de su primer marido: unos voluminosos, pero ligeros, pendientes de oro adornados con ancha y elegante pasamanería en forma de granada; adorno que sólo era llevado por los príncipes de corta edad y por las princesas.

En otro escondite de piezas de orfebrería encontrado en el Delta oriental, concretamente en Zagazig, junto a conocidas joyas ramésidas, entre ellas el «bote de la cabrilla» y los dos brazaletes «con patos» de Ramsés II, apareció una copa de oro con la forma de un loto blanco abierto con el nombre de la reina Tausert. De modo que es a la última princesa de los tiempos faraónicos llegada al trono de Egipto a quien debemos este ejemplo único y tangible de un cáliz utilizado por los soberanos. De este utensilio real son de destacar las escenas que lo decoran, que representan la vida privada de palacio y que recuerda el episodio en el que Tausert le ofrece el vino de la embriaguez a Seti II, su faraón, aquel a quien puede que amara.

Capítulo quinto

Amón y el destino de las esposas del dios

La gloriosa época del Reino Nuevo termina cuando se extingue la familia de los ramésidas, cuya decadencia facilitó la llegada de una era de constantes desórdenes llamada por los egiptólogos Tercer Período Intermedio. Durante esta época, el trono egipcio, tras haber sido ocupado por faraones descendientes de un antiguo Visir del Norte, convertido en rey con el nombre helenizado de Esmendes (XXI Dinastía, primer milenio a.C.), lo fue de manera sucesiva por dinastas de origen extranjero. Esta fase se termina con la XXV Dinastía, antes del renacimiento saíta y la invasión de los nubios-sudaneses, llamados por los historiadores griegos «Etiopes» (mediados del siglo VII antes de nuestra era).

Amón soberano

Los faraones se alejan entonces de la antigua capital, Tebas, y de Pi-Rameses, que parece haber gozado del favor de los ramésidas, para instalarse en Tanis, un poco más al noroeste, después de haber saqueado los tesoros que conservaba la anterior ciudad real. Antes de nada hay que constatar un fenómeno que aclara muchos puntos oscuros: todos los aspectos de lo divino, sobre todo aquellos que florecieron en

la antigua ciudad de los Ramsés, incluidos los del temible Seth acompañado por divinidades de origen extranjero, desaparecieron en favor de Amón. El confirmado monoteísmo¹ parece haberse extendido por todo el país. Desde Tebas hasta Tanis, Amón de Karnak² es soberano. Su ciudad (Tebas) o su nombre (Amón) pasan a formar parte de los nombres de ciertos monarcas de Tanis, como el del hijo de Esmendes: Psusenes (en egipcio: *Pa-Seba-Kha-en-Niut*, es decir, «La Estrella que aparece en la ciudad», —Tebas—), el de Amenemope: «Amón está en Luxor», o el de Siamón: «Hijo de Amón...». Es el creador de todas las cosas, la Luna y el Sol (lo que viene a significar la «Eternidad»). Es el Primordial, de naturaleza insondable. Amón es como su nombre *Imen* indica, el *Oculto*. La teología tebana llega casi a un concepto monoteísta que va a favorecer tanto al clero como al Palacio; el inmenso prestigio del dios va a ser utilizado por la realeza durante este período de inestabilidad política. En la medida en que se lo permitan sus modestas posibilidades, los faraones se ocuparán de los asuntos de Estado desde la ciudad de Tanis; en Tebas, los grandes sacerdotes, que reivindicaban para sí el título de reyes, gobiernan por medio del oráculo de Amón, ante quien se presentan todos los asuntos en litigio... incluso los de índole familiar.

Nesykhonsu, la esposa de un gran sacerdote de Amón

A este respeto, un papiro que acompañaba a los restos mortales de la Noble Dama Nesykhonsu, enterrada en la «cchette» de Deir el-Bahari, nos descubre de manera insospechada, bajo una nueva luz y con un punto de vista desconcertante, cómo era el mundo privado de los grandes sacerdotes y de sus nobles esposas al comienzo de su período de decadencia.

De esta manera nos enteramos de un escabroso asunto concerniente a un intento de asesinato que habría maquinado la esposa del sumo pontífice, Pinedjem II, contra su propio esposo. Si éste no había descubierto nada ¿sospechaba al menos la perversidad de su cónyuge? ¿o temía una persecución debida a una venganza, a unos

celos implacables o incluso a un eventual complot inspirado por el faraón de Tanis? Especialmente si tenemos en cuenta que Nesykhonsu era hija del segundo matrimonio de Esmendes con la dama Tahendjehuty y que, siendo así, estaba en condiciones de velar desde muy cerca por los intereses de su padre en Tebas. De modo que, al morir la Dama y atacado por una comprensible desconfianza, el gran sacerdote hizo que Amón emitiera un oráculo que debía ser la mejor protección para él mismo, sus mujeres y sus hermanos, contra la eventual acción *post mortem* de su esposa.

He aquí, resumido, el decreto: «Así habló Amón-Re, yo, rey de los dioses, el Gran Dios Poderoso que fue el primero en manifestarse en la existencia...» Siguen unas palabras... diplomáticas... y favorables a la Dama. Tras las cuales aparece una seria advertencia:

«Guiaré el corazón de Nesykhonsu, la hija de Tahendjehuty, de manera que no cause ningún mal a Pinedjem, el hijo de Isiemkheb.

Guiaré su corazón y no le permitiré acortar su vida [la de Pinedjem].

Guiaré su corazón y no permitiré que cause nada que pueda ser perjudicial al corazón de un hombre vivo [...]

Guiaré su corazón para que ella le desee el bien durante tanto tiempo como viva [...]»

Una estrecha relación (en ocasiones peligrosa, como acabamos de ver) une a las dos formas, monárquica y sacerdotal, del «poder»: las mujeres de la familia real, cuya influencia política aumenta por intermedio de la esposa del gran sacerdote de Amón y de la «Esposa Divina del Dios». Además, después de su jefe de filas, Herihor, todos los grandes sacerdotes de Tebas fueron, por medio de sus madres, descendientes de los soberanos tanitas. Mencionaremos a título de ejemplo, a comienzos de la XXI Dinastía, al gran sacerdote Piankhi, nacido de la princesa Tentamón y del rey Esmendes, que se casó con una hija de éste, Henuttauy, y a su hijo, Pinedjem I, que se desposó a su vez con Isiemkheb, hija de Psusenes I, rey de Tanis, y de la reina Mutnedjemet.

Sus esposas ocuparon numerosas funciones sacerdotales, pero ante todo fueron investidas con el cargo ya concedido a la princesa Mutnedjemet, esposa de Herihor, el de «*La más grande entre las concubinas de Amón-Re*», que en este caso hace referencia al harén de Amón en el templo de Karnak. Era un cargo ya desempeñado durante el Reino Nuevo por una sacerdotisa que, a menudo, sustituía a la Esposa del Dios y se hacía cargo de sus obligaciones cuando la dignidad no había sido concedida a la reina.

Las nuevas esposas del dios

Asistimos entonces a un traspaso de este importante y muy secreto ministerio de la Esposa del Dios. En adelante sólo sería confiado y de manera absoluta, a una *hija del rey*, consagrada en Tebas; ciudad en donde era proveída con una heredad, una Corte y un personal administrativo. Pero, dedicada como estaba al amor sobrenatural del dios de quien debía, más que nunca, satisfacer los ardores sexuales para que la marcha del mundo no se interrumpiera, se consagraba a ello exclusivamente y permanecía estrictamente virgen, dedicada a un celibato terrenal que ningún «consorte morganático» debía perturbar nunca.

Esta dignidad ya no volverá a ser patrimonio de la reina, la primera a la que, entre otras muchas, le había incumbido, sino de una hija del soberano que, en tiempos pasados, podía convertirse, siguiendo el ritual, en una Gran Esposa Real. Se pondrá, sin intermediario ni suplente, en contacto con *el dios*. Además, su título se enriquecerá con el de dios, mencionado sin circunloquios; a partir de ahora será la «Esposa de Amón», excluyendo a cualquier otra forma divina. De este modo, tres poderes (el faraón, el gran pontífice de Tebas y la hija del rey-Esposa de Amón), cada uno casi soberano en sus atribuciones, se repartieron por las dos grandes regiones de la Corona, el Norte y el Sur; es decir, la nueva capital y la ciudad de Amón: Tanis y Tebas. Un poder intermedio, cuya imprescindible presencia debía morigerar los eventuales deseos de los reyes-sacerdotes

del Sur por hacerse con el poder de los soberanos del Norte, estaba constituido por la hija real, esposa e «inspiradora» personal de Amón.

Parece que la primera de estas nuevas Esposas divinas fue la princesa Makare, hija del rey Psusennes I y de la reina Henuttauy. El descubrimiento de su cuerpo momificado en la «cchette» de Deir el-Bahari, acompañado por una pequeña momia que en el momento de su excavación se pensó que era la de un niño de pecho, suscitó los más desfavorables comentarios respecto a la princesa, a la que se le atribuyó un comportamiento contrario a la castidad que debía guardar. ¡Se llegó a decir que la cólera divina había actuado en el momento del nacimiento y que «el hijo del pecado» no sobrevivió, e incluso que fue suprimido! Todas estas desagradables hipótesis quedaron en nada hace una decena de años, cuando el objeto de la controversia fue sometido a una radiografía que demostró que se trataba de la momia... ¡del mono favorito de la princesa! La reputación de las vírgenes sagradas acababa de librarse de un grave ataque.

De las otras cinco princesas Esposas de Amón que se conocen de la XXV dinastía, hay que citar a Karomama³, que es innegable que era nieta de Osorkón I, faraón de la XXII Dinastía, y cuya preciosa estauilla de bronce damasquinado de oro y electro se encuentra expuesta en el Louvre. Aparece representada en la pose de las tañedoras de sistro. Es una de las obras maestras que Champollion se trajo de Tebas y se merece ampliamente uno de los epítetos destinados a la función de la dama representada: «de bellos andares en la Casa de Amón».

Durante el reinado de los reyes «etíopes»

A finales del reinado de Osorkón III, el poder de las Esposas de Amón se incrementará todavía más con la intervención de los reyes «etíopes», que desean la Corona de Egipto en detrimento de los grandes sacerdotes de Amón y de sus riquezas. En efecto, nada más convertirse en señor de Tebas, el soberano de Napata (Sudán) Kashta, hizo que su hija Amenirdis I fuera adoptada por la Esposa del Dios,

Shapenipet I (Fig. 20), hija del difunto Osorkón. Ejerció el poder durante el reinado de Shabaka y Shabataka como heredera indiscutida. El proceso apenas esbozado continuó y, desde entonces, las Divinas Esposas de Amón se sucederán mediante adopción, formando así una dinastía propia. Amenirdis I hizo lo mismo con Shapenipet II, hija de Piankhi⁴, que gobernó en Tebas durante los reinados de Shabataka, Taharka y Tanutamón.

Las colecciones egipcias del Louvre conservan un precioso estuche de bronce damasquinado con oro y plata con una incrustación que lleva la imagen —y el protocolo— de la Gran Shapenipet II mientras adora a la gran tríada tebana. Esta joya del trabajo del metal contiene en su interior una tablilla de marfil que, desgraciadamente, quedó soldada al metal por el ambiente húmedo en donde permaneció. Si se pudiera, mediante la técnica adecuada (¿la tomografía?) leer el texto grabado sobre la plaquita, sin duda nos proporcionaría una valiosa información sobre los títulos de entronización de la soberana litúrgica.

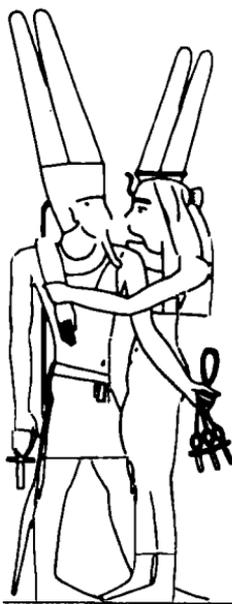


FIG. 20. Shapenipet y Amón en la capilla de Osiris-Onnofris-en-el-corazón-de-la-persea.

Durante el reinado de los reyes saítas

La última «etíope» fue Amenirdis II —también conocida como la Joven—, hija de Taharka.

El rey saíta Psamético I, que en esa época no controlaba realmente el norte del país, obligó a ésta y, sobre todo a la adoratriz precedente, Shapenipet II, a que adoptaran a su hija Nitocris (mediados del siglo VII a.C.). Las negociaciones (tras un largo toma y daca con la hija de Taharca y el prefecto de Tebas, Monthuemhat) y la misma adopción aparecen relatados en la «Estela de la Adopción⁵». Como no podía ser de otra manera, incluye el obligado inventario de los bienes transmitidos provenientes de Shapenipet II, pero también los de la familia de Monthuemhat y los del clero de Amón y otros importantes santuarios y terrenos situados en once provincias —o nomos— del Alto Egipto y del Delta.

Debido a la adopción de Nitocris, y durante este período de empobrecimiento del país, podemos apreciar cuál era la extensión de los dominios de la Esposa divina, que ciertamente no igualaba en riqueza a los grandes templos. Nitocris recibió de Shapenipet un total de 3.300 aruras (900 hectáreas), aunque hay que tener en cuenta que la tierra de las zonas irrigadas de Egipto es mucho más productiva que la de Europa. Además de esto, recibía los pagos en especie que diariamente le proporcionaba su «casa»: once medidas de vino (cinco litros y medio), pasteles, tres manojos de legumbres y ciento noventa panes. Cada mes se le proporcionaban también tres bueyes, cinco ocas, pasteles, legumbres y veinte jarras de cerveza.

Todos estos ingresos le eran proporcionados por el Primer, el Tercer y el Cuarto Profetas de Amón, por la mujer del cuarto Profeta y por el Inspector de los Profetas.

Esta adopción, que entonces tenía lugar a menudo entre tía y sobrina, siempre mencionaba la doble filiación de la nueva Esposa divina, la de su madre espiritual (la Adoratriz anterior) y la de su madre carnal (la Gran Esposa Real). Uno de los bajorrelieves del Louvre representa el día de la adopción de Nitocris por Amón. Éste participaba en la ceremonia sentado en un trono, igual que cuando investía, según el

ritual, a un nuevo soberano. El rey permanecía arrodillado delante del demiurgo y le daba la espalda. Recibía entonces del dios el tocado del rey, el *kheperesh*, mientras que su divino protector le imponía las manos. La nueva candidata a la función de esposa del Dios aparece representada exactamente en la misma postura que la del príncipe promovido a la realeza, viviendo así, como si fuera una soberana, su entronización.

Se ha comprobado que, en ciertos casos, la madre adoptiva y la Adoratriz adoptada podían ejercer sus funciones en una especie de corregencia, siguiendo así el ejemplo del faraón.

Durante la Baja Época

A la saíta Nitocris le sucedió la hija de Psamético II y de la reina Takhut, la princesa Ankhnesneferibre, que también ocupó el puesto de Primer Profeta de Amón. Su magnífico sarcófago se conserva en el *British Museum*. A su vez, ella adoptó a Nitocris II, hija de Amasis. Las dos princesas, verdaderas soberanas, reinaron sucesivamente en Tebas hasta la llegada de los persas. Parece que durante la gestión de los sátrapas una sacerdotisa pudo mantener en el feudo de Amón, aunque fuera de manera muy distinta a lo que solía, la tradición de la Esposa del Dios; de tal modo que, cuando Heródoto fue a Tebas, escuchó hablar de la «*mujer que se acostaba en el templo de Zeus y que no podía tener contacto carnal con ningún hombre*» (I, 182). Lo que nos cuenta el historiador griego hace alusión al estado de la princesa, «místicamente» relacionada con Amón y rodeada de un harén virginal (las reclusas). Está claro que no tienen ningún punto en común con las palácidas o las hieródulas, de costumbres mucho más liberales, que habrían ejercido la prostitución en los templos y de las que hablaron Estrabón e incluso Diodoro de Sicilia.

La función de las esposas del dios

La información más rica sobre las Esposas de Amón proviene de los monumentos que pertenecieron a las princesas «etíopes» y que por

una afortunada casualidad completan los restos de las épocas anteriores. Eran verdaderas soberanas de Tebas y se les reconocían la mayoría de las prerrogativas reales. Los dos nombres de su protocolo aparecían dentro de cartuchos. Podían dedicar edificios (principalmente capillas) y realizar los ritos de fundación aunque, sin embargo, no estaban asociadas a la construcción de los monumentos de los reyes de la XXV Dinastía. Igual que el soberano, realizaban el culto, consagraban ofrendas, llevaban a cabo los ritos de adoración, ofrecían la oblación suprema de la imagen de Maat (el equilibrio cósmico) y, como el faraón, eran transportadas en el palanquín de la fiesta jubilar —la fiesta *Sed*—, que como el rey, ellas también realizaban. Disfrutaban de casi todos los privilegios regios, con una sola excepción: los años seguían siendo mencionados según el reinado del único faraón, una prueba de la estrecha y privilegiada relación que unía al rey con el regreso del año y con la inundación del Nilo que señalaba esa esencial renovación. No obstante, las capillas de las adoratrices podían ser decoradas con el desfile de los responsables de la Inundación⁶. En ciertos monumentos, su nombre aparecía asociado en título al del rey y, en la época etíope, en ocasiones la Esposa de Amón podía aparecer representada junto al faraón. Tratada igual que él, a veces se la reproduce con forma esfinge —algo que sucedía con algunas princesas desde el Reino Medio—. Además, al igual que al señor de Egipto, le estaba permitido realizar los «ritos de dominación», lanzar bolas mágicas y tirar con arco sobre blancos situados en los cuatro puntos cardinales, así como participar en la «exaltación de los vínculos divinos relacionados con esas direcciones».

¿Cuál era la principal función de esa verdadera soberana «regional» que era la Esposa del Dios? Seguramente se trataba de su intenso y casi permanente diálogo con el demiurgo tebano, de quien, en calidad de esposa, debía mantener su omnímodo poder creador, «satisfiriendo» así al «dios»; yendo, por tanto, mucho más lejos de lo que habían llegado anteriormente las reinas del Reino Nuevo. Su imagen, ya aparezca en los relieves o en forma de estatuas y estatuillas, sobre todo y de manera innegable ponía de manifiesto su incontestable feminidad; en la época etiópica son muy abundantes las representa-

ciones de la Esposas divinas acompañadas de Amón, mucho más bellas y carnales que ninguna otra representación femenina. A menudo frente a su esposo, y de tamaño similar, el dios le ofrece el signo de la vida, el *ankh*, a «la que llena el santuario con el olor de su perfume» mientras le expresa su satisfacción: «mi corazón está muy satisfecho», se lee al lado de los personajes. Al norte del gran templo de Karnak, en la región en la que fueron consagradas capillas a la forma «calmada» de Amón —que toma entonces uno de los aspectos de Osiris—, se encuentra una de las escenas más sugestivas, que nos muestra a la Esposa divina abrazando al demiurgo, apretado contra ella, pecho contra pecho y sujetándole por un hombro. Ella rodea con sus brazos el cuello del dios y uno de sus muslos se frota contra el de Amón. Además, el fragmento de un grupo escultórico, que se conserva en el Museo de El Cairo, materializa la unión mística de esta pareja, pues en él se ve a la Esposa divina Amenirdis, sentada sobre las rodillas de Amón, siendo abrazada por éste; una imagen de una libertad extrema en la tan casta iconografía egipcia, cuyo prototipo se remonta a la época amárnica. Los lánguidos calificativos con los que eran llamadas las Esposas del Dios durante el Reino Nuevo todavía se utilizan. A esas escenas de amor les corresponden títulos concedidos a la Mano del Dios: «La que regocija las carnes del dios, la que se une al dios, la que se recobra al ver a Amón...» En ocasiones se la confunde incluso con su hija: «La hija de Amón, de su cuerpo, a la que él ama.»

Representada a menudo con el cuerpo ceñido por una larga túnica y en ocasiones revestido por un manto que cae por detrás y le cubre un hombro, la Esposa podía ir tocada con la peluca corta; pero era más habitual que llevara su largo cabello coronado por dos altas plumas y los cuernos de Sothis, que recuerdan su función original. Cerca de ella aparece el gran mayordomo, que era un importante personaje, pues en las procesiones seguía sus pasos representando al *ka* real. Estaba rodeada de funcionarios especialmente asignados a su «casa»: un gran chambelán, toda una jerarquía de escribas, servidores y damas de honor de diversa importancia.

No conocemos todavía el lugar exacto en el que fueron enterradas, pero creemos saber que las tumbas de las Esposas de Amón del

La mujer en la realeza

Tercer Período Intermedio debieron de ser excavadas en el antiguo complejo funerario de Ramsés II, el Rameseum, donde al fin y al cabo fueron construidas las capillas de las Adoratrices. El destino de las «etíopes» fue diferente, pues sus capillas todavía se pueden visitar en la zona suroeste del gran templo de Medinet Habu; pero sus sepulturas todavía no han sido encontradas.

De modo que cuando comienza el declive de Egipto, queda confirmado el poderoso papel político, regio incluso, que representaba la princesa que se convertía en Esposa terrestre del Dios; algunas de ellas llegaron a suplantar e incluso a eliminar al gran Sacerdote de Amón en Karnak.

Capítulo sexto

Hatshepsut, Gran Esposa Real y regente

La leyenda de la reina

De la imponente y tres veces milenaria lista de faraones del antiguo Egipto, dos personajes destacan aún hoy desde varios puntos de vista, como las más originales y excepcionales personalidades de la XVIII Dinastía (siglos XVI-XIV antes de nuestra era) y, sin embargo, sus sucesores sobre el «trono de Horus» se esforzaron por hacer desaparecer cualquier vestigio de sus reinados y borrarlos de la memoria de los hombres. Se trata de la reina Hatshepsut (1504-1483 a.C.) y del rey Amenofis IV/Akhenatón, dos personajes perfectos para inspirar escritos modernos llenos de un romanticismo en ocasiones delirante.

La venganza de los antiguos, por más que se realizara con cuidado en el caso de la soberana, fue imperfecta. Le correspondió al genial padre de la egiptología, Champollion, descubrir, nada más llegar a Egipto, los primeros indicios de la existencia de un «rey-reina», como escribía tras su visita en 1828 a las ruinas, llenas de escombros y de siglos de arena y polvo, de Deir el-Bahari, su templo jubilar. Pese a que se habían borrado a martillazos los cartuchos reales, pudo apreciar la terminación femenina de los nombres que contenían. A partir de ese mismo momento, la alarma, si podemos llamarla así, había

sonado y cada generación de egiptólogos contribuyó a reconstruir, al vaivén de importantes, o ínfimos, pero a menudo esenciales descubrimientos, lo que, según los monumentales restos de la soberana de la que se había querido hacer desaparecer cualquier vestigio, era un gigantesco rompecabezas. El faraón Hatshepsut se materializó realmente para la historia cuando, en 1858, Auguste Mariette desenterró, en el mismo templo de Deir el-Bahari, la columnata sur al fondo de la cual todavía yacían, si bien dañados, los relieves que describían la expedición al país del Punt.

Los relieves de esta faraona se hicieron tangibles, pero el silencio de sus coetáneos y de los que les sucedieron continuaba. No sólo ninguna de las listas reales que mandaron hacer, encontradas en diferentes excavaciones arqueológicas, hacía alusión a la reina, sino que, además, se sacaron a la luz pruebas que demostraban una destrucción sistemática que alcanzó también a los miembros de su entorno. Sin embargo, su reinado había sido conservado en el secreto de las «Casas de la Vida» de los templos de Egipto, donde los escribas llevaban al día con escrupulosa atención los archivos de cada dinastía. Sin esos documentos a los que tuvo acceso, Manetón, encargado por Ptolomeo II Filadelfo de reconstruir la larga lista de los faraones, no hubiera sido capaz de mencionar la existencia de esta soberana de la XVIII Dinastía, de la que menciona que «reinó veintiún años y nueve meses», como parece que fue.

Las opiniones todavía están divididas con respecto a esta, en cualquiera de los casos, excepcional mujer; pero, en su mayoría, se manifiestan como aborreciblemente tendenciosos. ¿Acaso no encontramos, escritos por la pluma de ciertos egiptólogos de prestigio internacional, algunos juicios, los menos desagradables de los cuales dicen cosas como: la «temible Hatshepsut», «que llegara a convertirse en rey fue una barbaridad», «una usurpadora, puesto que una mujer no podía desempeñar adecuadamente la función de faraón ni tampoco ocuparse de las necesidades de Egipto»? Otros destacan que nunca «habría podido hacer nada sin una presencia masculina cerca de ella». El hombre en el que se piensa es Senenmut, su más íntimo colaborador: «Es inconcebible que una mujer, incluso con un carácter

tan viril como esta, haya podido alcanzar un puesto de tal categoría sin un apoyo masculino.» Se habla también del «todo poderoso favorito, que nunca deja de existir en semejante gobierno femenino». De modo que estos mismos autores, no cabe duda, deben considerar natural, cuando no indispensable, la presencia de Richelieu al lado de Luis XIII; saludable para Luis XIV la existencia de Colbert; y benéfica para su reina la de Disraeli, a quien la sabia «Abuela de Europa» supo recurrir.

Se insiste también en la dominación del clero; se insinúa que la reina fue un juguete en manos del Primer Profeta de Amón, Hapuseneb, que era quien detentaba el poder efectivo, y en las de Senenmut, Segundo Profeta de Amón y, probablemente, ¡su amante! Insisten, por último, en considerar que la toma de poder de la reina sólo fue posible gracias al papel fundamental y prácticamente en solitario representado por Senenmut. En resumidas cuentas, que Hatshepsut es considerada sobre todo como «una usurpadora que ejerció el poder indebidamente y que estaba demasiado ocupada en las diferencias creadas por ella misma como para dedicarse a los asuntos de Asia». Es, en definitiva, «la que impidió hasta el momento de su muerte que Tutmosis III floreciera». Ahora bien, en el momento en que Hatshepsut comenzó a ser la responsable del país, el futuro Tutmosis III debía tener como mucho ¡cuatro o cinco años!

Todas estas acusaciones encontrarán adecuada respuesta en los diferentes apartados que componen nuestro estudio de la soberana; pero antes de comenzar conviene, para no dar al lector una opinión demasiado mala sobre la mentalidad de los egiptólogos, destacar la generosa lucidez de Budge, Naville, Lacau, Gardiner y Daumas, quienes admiten que «esta reina de fuerte personalidad tuvo un reinado pacífico y próspero [...] sin verdaderas guerras más allá de sus fronteras y sin provocar revueltas internas, dejando tras de ella importantes construcciones y favoreciendo al mismo tiempo las explotaciones mineras». Otros, mucho más prudentes, para los cuales la toma de poder de la reina parece un extraño suceso, se complacen en reconocer que «el reinado no fue desdeñable, pues supo rodearse de hábiles servidores» (Vercoutter). Algunos, por último, dejan traslucir en sus

juicios un pequeño matiz admirativo «para esta notable mujer», de la que reconocen «sus cualidades políticas y artísticas, y sus pacíficas actividades e iniciativas»; una mujer que supo «crear una era de paz y prosperidad». «Sin ninguna duda —añaden Steindorff y Seele— era una mujer muy guapa, con talento y dotada de todo el encanto femenino, pero también de una inteligencia fuera de lo común y de una personalidad y una voluntad poderosas. Tuvo la suerte, además, de encontrar en Senenmut un consejero y un canciller que era capaz tanto de saciar su sed de poder como de llevar a cabo sus proyectos.» De modo que, como hemos podido ver, la historia de esta reina no deja indiferente a nadie, ya sea en la Antigüedad, ya en nuestros días.

La Dra. Suzanne Ratié logró recientemente reunir la gran mayoría de los documentos accesibles en la actualidad sobre la soberana. Es cierto que, de manera legítima, aunque con demasiada dureza, se le han reprochado algunos errores y yo misma me esforzaré en corregir algunas omisiones y de aportar algunos datos complementarios; pero su trabajo es una buena base para la investigación que no hay que despreciar. Si no, se podría sospechar que sus detractores no le perdonan su evidente y comprensible simpatía por una faraona a la que la injusticia de la historia a golpeado durante demasiado tiempo.

Terminados los preliminares, sólo nos queda juzgar la objetividad de las fuentes de las que disponemos para describir el reinado de la gran soberana. En su mayoría provienen de relatos dejados o inspirados por la propia reina y que sus detractores juzgarán evidentemente parciales. Habría entonces que aproximarse con la misma prevención a los testimonios dejados por Tutmosis III, Amenofis III, Horemheb, Seti I, Ramsés II..., lo que nos llevaría a ver cercenadas la mayoría de las raíces de nuestra historia. Permanezcamos, no obstante, prevenidos ante la ampulosidad típica de la palabra en Oriente.

Los primeros años de la princesa

Se cree que el faraón Amenofis I, hijo de la reina Ahmes-Nefer-tari, murió sin descendencia. Para continuar con la dinastía se recu-

rió a un tal Tutmosis, nacido de una mujer que no era de sangre real, Seniseneb, pero que se había casado con la princesa Ahmose, muy probablemente hermana del difunto rey. Parece que no reinó más que diez años. Cuatro hijos nacieron de este faraón, el primero de los Tutmosis, y de la Gran Esposa Ahmose-Nebet-ta, de los que por lo menos tres vinieron al mundo antes de la consagración de sus padres sobre el trono. Se trataba de los príncipes Amenmes, Uadjmes y de la princesa Neferubity (o Akhbitneferu). ¿Nació también Hatshepsut antes de que sus padres se convirtieran en los señores de Egipto? No tiene mucha importancia, porque en los muros de la columnata norte, en el segundo piso de su templo de Deir el-Bahari, dejó para la posteridad el relato de su nacimiento, haciendo representar las principales fases de la teogamia, acto que posteriormente harían suyo Amenofis III (Fig. 21) y Ramsés II. Se trata de un recurso al que recurrieron numerosas religiones.

Por lo que respecta a nuestra reina, en el momento del himeneo de sus progenitores humanos, el dios Amón, que deseaba sentar a su

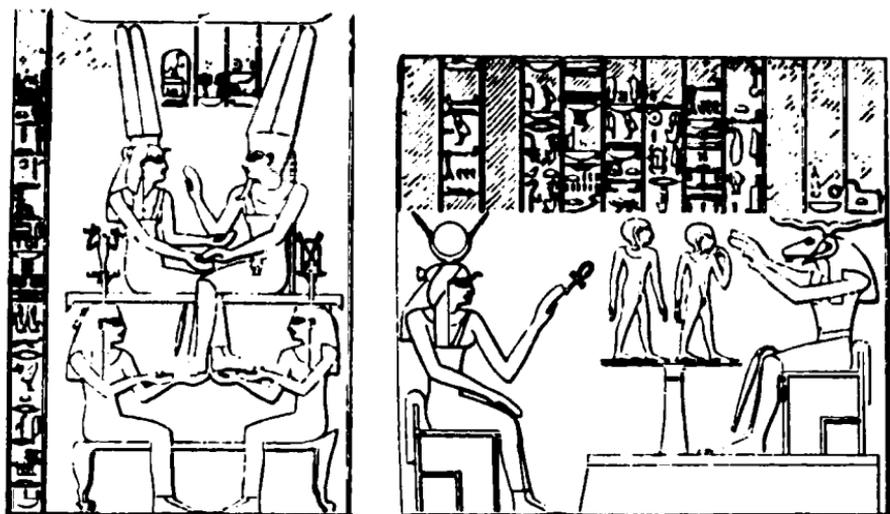


FIG. 21. Izquierda: «Teogamia» cuyo resultado será el nacimiento de Amenofis III. Derecha: El dios alfarero moldea al niño-rey y a su «Ka».

heredero terrestre sobre el trono de Egipto, sustituyó al faraón, el esposo mortal. Primero envió a Thot, su mensajero, como explorador:

«Esa joven mujer que decías que destacaba entre las nobles, [le informa la forma divina con cabeza de Ibis], es Ahmose, la más bella de las mujeres del país en su totalidad. Es la Gran Esposa del rey Aakheperkare (Tutmosis I) cuya Majestad todavía es joven.»

«Entonces Amón, el magnífico dios, señor del trono del Doble País, se transformó y tomó la apariencia de Su Majestad [...] el esposo de la reina. La encontró dormida en la belleza de su palacio.»

«El perfume del dios la despertó e hizo sonreír a su Majestad. En cuanto se acercó a ella, la deseó ardientemente (i.e. su corazón la deseó). Hizo que ella pudiera verlo con su forma divina. Después de acercarse a ella estrechamente y de que ella se extasiara contemplando su virilidad, el amor de Amón penetró su cuerpo. El palacio estaba inundado del perfume del dios, del que todos los aromas provenían del Punt. La Majestad de este dios hizo todo lo que quiso, [Ahmose] le dio todo el goce y le besó...»

Entonces la Esposa Real, la madre real Ahmose, habló y le dijo al dios: *«Cuan grande es tu poder: es delicioso poder contemplar tu cuerpo una vez que te has derramado por todos mis miembros.»* Y la Majestad del dios volvió a hacer con ella todo lo que quiso.»

Después Amón declaró solemnemente: *«Con certeza Khenemet, Imen, Hat, Shepeset será el nombre de la hija que he dejado en tu seno según las palabras que han salido de tu boca. Ella ejercerá esta ilustre y bienhechora función real en todo el país por entero. ¡Estará en posesión de mi fuerza y mi gran corona, reinará sobre las Dos Tierras, en todos sus nombres, sobre el trono de Horus de los Vivos...!»*

Así que incluso el nombre de la futura soberana fue elegido por el dios, inspirándose en las palabras pronunciadas por Ahmose durante su éxtasis: Khenemet. Imen = *«La que se une a Amón»*, Hat. Shepeset = *«La que se encuentra a la cabeza de los nobles»*, o más bien *«La del noble busto»*.

De modo que en los muros del templo podemos ver como se desarrollan una serie de escenas en donde se distingue —pese a todos los intentos que se hicieron por borrarla— a Khnum, alfarero de los dioses, que tras haber recibido la orden de Amón modeló en su torno, con tierra del Nilo, el cuerpo del futuro recién nacido y también el de su *ka* (emanación divina), destinado a acompañarla en la tierra desde el momento mismo de su nacimiento. El niño es un varón, que no quede ninguna duda al respecto, pues todo el que muere se convierte en un Osiris, y cualquier candidato al trono adquiere la forma, en el Más Allá, de un pequeño Horus. De modo que en esta imagen del bebé no se hace ninguna alusión al varón en el que debía convertirse Hatshepsut. Además, Amón se refiere a ella llamándola «hija mía».

Posteriormente, Thot el heraldo de los dioses, fue, cual arcángel, a anunciarle al reino la satisfacción de Amón y la cercana «natividad» del retoño divino encarnado. Por último, para nacer fue introducida en la sala ritual, en la que fue entregada por los genios rituales del alumbramiento (Fig. 22). El niño, siempre seguido por su *ka*, fue pre-

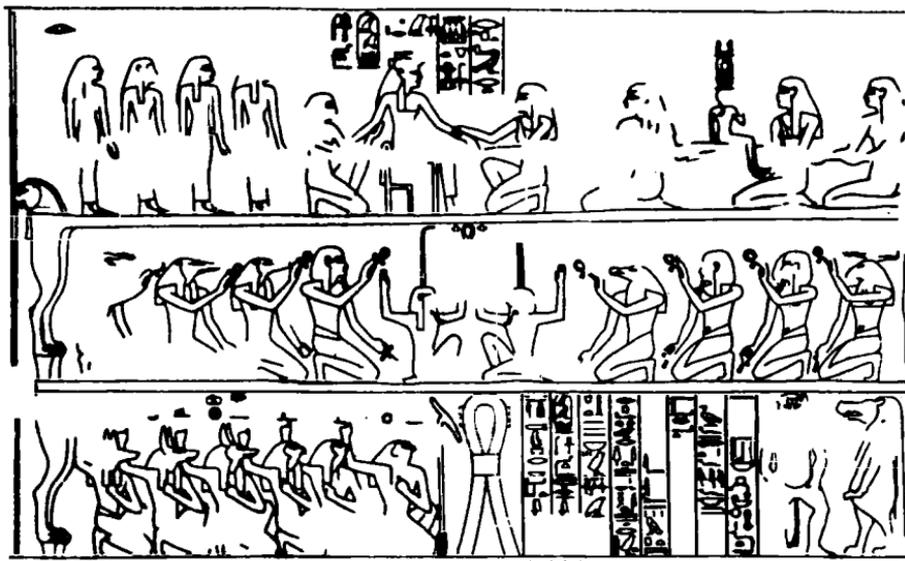


FIG. 22. Nacimiento divino de Hatshepsut.

sentado a su creador Amón antes de ser purificado por los dioses y ser amamantado por Hathor, la nodriza divina. Sin embargo, en palacio, la pequeña princesa tuvo numerosas nodrizas terrenales, la más importante de las cuales tenía el nombre de Sat-Re, pero a la que llamaban Inet.

Hatshepsut, Gran Esposa Real y madre de Neferure

En las inscripciones en donde la soberana narra su juventud, no deja de señalar que *«era una bella jovencita en flor, de naturaleza serena»*. Durante esta época, sus dos hermanos y su hermana fallecieron uno detrás de otro, por lo que pudo disfrutar más a menudo de las atenciones de su regio padre, que se hizo acompañar por ella durante las grandes peregrinaciones que tenían lugar en algunas de las poblaciones santas próximas. Era la única heredera de la Gran Esposa Real, descendiente de las más conocidas princesas de comienzos de la dinastía y la milagrosa teogamia confirmaba su rango divino. Al morir su padre, la princesa Hatshepsut era la única garante pura de la monarquía. En palacio vivía su hermanastro, nacido de una esposa secundaria de Tutmosis I, Mut-Nefret. Para que pudiera acceder al trono del faraón, Hatshepsut recuperó el proceso mediante el cual su madre había legitimado el reinado de su esposo. De modo que Hatshepsut se casó con su hermanastro, que se convirtió entonces en el segundo de los Tutmosis, pasando a ser ella la Gran Esposa Real del nuevo reinado; era el octavo día del segundo mes de la estación de Akhet.

Investida con todos los cargos y todos los honores que le correspondían a la Primera Dama de las Dos Tierras, se le reconoció la calidad de «La que ve a Horus y Seth», que no había asumido ninguna Gran Esposa después de Ahmes-Nefertari, y que se encargó de que apareciera repetido doce veces en su primer sarcófago; también se le reconoció la calidad de Mano del Dios, siendo la primera reina que recibió este apelativo. No tardó en traer al mundo a Neferure, una hija cuya educación confió a un veterano de las guerras de liberación:

Ahmosis Pennekhebet; más tarde a dos hermanos llamados Senmen y, sobre todo, a Senenmut, que había comenzado su carrera en el ejército y cuyas cualidades debían de haber sido apreciadas por el entorno del trono y, en especial, por el sabio Ineni, un muy fiel compañero del difunto Tutmosis I.

Parece que el joven esposo de Hatshepsut era de naturaleza débil y durante su reinado, sin duda bastante corto, sólo dirigió dos expediciones punitivas y de corta duración contra nubia y los beduinos de Asia. La faraona le incitó a fundar capillas y templos en Kumeh, Nubia, y después en el Alto Egipto, en Esna, Medinet Abu y Karnak. Los soberanos también mandaron preparar sus tumbas. La de Tutmosis en el Valle de los Reyes, que en el momento de su muerte todavía no estaba decorada. En cuanto a la Gran Esposa Real, su cámara funeraria se excavó en un uadi lejano al oeste de Tebas, el Sikkat Taget Zeit: en el flanco de un alto acantilado, a unos 40 metros de la cima y a 67 metros del suelo del valle; estaba orientada de tal manera que los últimos rayos de sol del día del equinoccio de otoño penetraban en la tumba directamente. Nunca fue ocupada; pero el magnífico sarcófago funerario de cuarcita amarilla preparado para la Gran Esposa Real, hija real, hermana real, Esposa del Dios y Señora de los Dos Países se encontró en su interior.

Hatshepsut, viuda y regente

Tutmosis no le dio a su hermanastra ningún otro hijo además de Neferure (Hatshepsut-Meritre, que se desposó posteriormente con Tutmosis III, nunca fue considerada como una hija de la pareja, por más que muchos egiptólogos lo hayan supuesto). Mientras tanto, una oscura concubina, Isis, trajo al mundo a un hijo de Tutmosis llamado como su padre. Era el tercero en la línea de sucesión, aunque cuando falleció Tutmosis II —que da la impresión de que no pasó de los treinta años ni pudo sobreponerse a la enfermedad cutánea que parece haberle derrotado— se repitieron las circunstancias a las que se enfrentaban los súbditos del faraón desde que falleciera Amenofis I:

no fue la hija de la Gran Esposa Real la que subió al trono, sino el príncipe «media»-sangre, de cuatro o cinco años de edad. En modo alguno necesitaba la joven viuda volver a casarse para legitimar su acceso al trono. Además, no existe ninguna prueba —pese a las numerosas afirmaciones en ese sentido— a favor de una unión entre el bastardo y la pequeña princesa Neferure.

Lógicamente, Hatshepsut, basándose en los numerosos precedentes, se convirtió en la regente del reino dada la minoría de edad del nuevo Tutmosis, ése fue el comienzo de su gran aventura. Es innegable que las ceremonias de acceso al trono, es decir, la entronización del nuevo heredero, tuvieron lugar inmediatamente después de la muerte del faraón y, siguiendo la fiel relación de los acontecimientos que hiciera Ineni, el real compañero de Tutmosis I, sabemos que:

«Tutmosis (el segundo) partió hacia el cielo y se mezcló con los dioses. Su hijo (Tutmosis III) ocupó su lugar como rey del Doble País y reinó desde el trono de aquel que le había engendrado.»

«Su hermana (en realidad su hermanastra), la Esposa del Dios Hatshepsut, dirigía los asuntos del país. Las Dos Tierras estaban sometidas a su voluntad y la servían. Egipto estaba sometido [...] pues ella era un jefe excelente de estrategia que confortaba a las Dos Regiones con su verbo.»

Además se le hacen al viejo alcalde de Tebas, Ineni, las siguientes alabanzas:

«Gloriosa semilla del dios, nacido de él, Cable anterior de las Provincias del Sur, Poste de amarre de las Meridionales, también es la Excelente cuerda posterior de los Países del Norte y del Sur, la Señora de las Órdenes verbales cuyos planes son excelentes, que contenta a las Dos Orillas cuando habla.»

El oráculo de la coronación

Así es como sabemos que, desde entonces, Hatshepsut gobernaba el país. No parece que haya sido considerada faraón desde el primer momento, aunque algunos textos sugieren que hizo que la coronaran delante de toda la Corte en el segundo año de su reinado, dejando ver que hacía mucho tiempo que había sido elegida como heredera por su padre. Éste le había recomendado encarecidamente que realizara su coronación durante el período del Nuevo Año: «*Mi padre conocía las ventajas de un coronamiento el día de año nuevo*», se lee en uno de los muros de Deir el-Bahari. Este rito fue considerado siempre como el comienzo de una era nueva, un recordatorio de la creación del Universo por Re. La ceremonia (Figs. 23 y 24), que la reina menciona que tuvo lugar en el año dos de su gobierno, puede que sólo se debiera a su deseo de dejar constancia de una fecha en la cronología del, en ese momento, supuesto reinado de Tutmosis, con un año de diferencia con respecto a la coronación de éste. Ya que es indudable



FIG. 23. La regente Hatshepsut la víspera de su coronación.

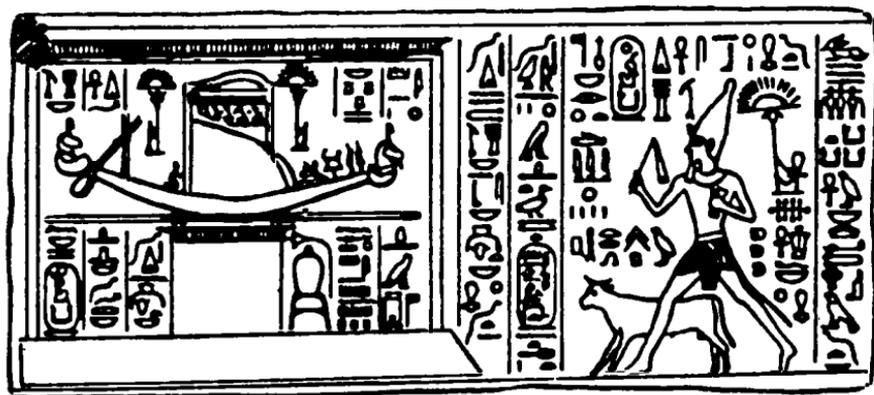


FIG. 24. La carrera real: una de las ceremonias de la coronación.

que el niño-rey fue coronado en el año uno de su gobierno y que Hatshepsut tuvo que asistir a él como regente que era del reino.

Los años siguientes afirmaron la autoridad de Hatshepsut, descrita por Ineni, y que una parte de la Corte debía reconocerle por sus orígenes y también, por supuesto, por su personalidad, de persuasiva y brillante palabra. Cuando, a partir del séptimo año de reinado del niño Tutmosis, Hatshepsut se asentó definitivamente como la verdadera reina del Alto y del Bajo Egipto, haciéndose representar como faraón, con el faldellín masculino y las coronas del Doble País, por fin pudo aludir con libertad a las posibles ceremonias que la entronizaron; puede que incluso que renovar por su cuenta aquellas que se habían celebrado en honor del niño del que ejercía la regencia. Todas las alusiones que conciernen a ese acontecimiento se conservan en monumentos erigidos por la reina mucho más tarde: su templo de Deir el-Bahari (a partir del año 8-9), sus obeliscos de Karnak, el *speos* Artemidos de Egipto Medio y la capilla de la Barca, que se fecha casi a finales de su reinado.

En las martilleadas escenas de la coronación de Deir el-Bahari se pueden observar, sin embargo, bastantes detalles que sugieren que el acontecimiento tuvo lugar durante la época de la Inundación. Algu-

nos indicios hacen pensar que para esta celebración la reina habría podido aprovecharse de la fiesta Opet, de la cual ya había ampliado el ritual y en la que de manera anual los miembros de la tríada tebana, acompañados por el soberano titular y cada uno en su barca, dejaban Karnak para, en medio de un gran alborozo popular y con gran pompa, dirigirse al templo de Luxor para regenerar el potencial divino (el *ka*) del faraón. En cualquier caso, los testimonios que se conservan en los bloques de cuarcita de la capilla de la Barca consagrada a Amón por Hatshepsut, nos muestran a la reina acompañada por el joven Tutmosis, pues no dejaba de hacer que se representara su imagen a su lado en las manifestaciones oficiales. Como se nos recuerda en la punta de uno de sus obeliscos, se permitió que las ceremonias de la coronación fueran ratificadas en Luxor y después en Hermontis, la Heliópolis del sur, algo al sur de Luxor.

Salió hacia la ceremonia desde su palacio de la orilla derecha, construido por Tutmosis I, que le tenía tanto cariño que lo llamó: «*No me alejaré*» y que podemos localizar a la altura del actual cuarto pilono, al norte del templo, desde donde un canal proveniente del Nilo daba acceso a la «Doble Gran Puerta» de la residencia real. Así fue como la reina se dirigió al encuentro del oráculo de Amón, que había predicho el encuentro. Diferentes ceremonias religiosas tuvieron lugar entonces en el templo de Karnak, principalmente en la sala de las columnas de Tutmosis I en donde, rodeada por todas las formas tutelares divinas de Egipto, Hatshepsut recibió en primer lugar los «Ornamentos de Re»; es decir, las coronas del Alto y del Bajo Egipto. Después, Amón fijó sobre su cabeza el tocado *kheperesh*, impropia-mente llamado «casco de guerra», y con el cual debía aparecer a menudo acompañada del niño Tutmosis. En el *temenos* de Karnak representó la carrera hacia la barca de Amón, con el paso de un rey con el torso desnudo, llevando el remo y el timón, y escoltada por el toro al galope. Sabemos cómo era la capilla que contenía la barca del dios; fue trasladada en la antigüedad y en la actualidad se expone en el «museo al aire libre» que se encuentra al norte del gran templo. Se trata del edificio de alabastro llamado *Amón el de los monumentos duraderos*, que fuera construido por Amenofis I y Tutmosis I.

Poco después de haber recibido los «Ornamentos de Re» no cabe duda de que Hatshepsut abandonó la vestimenta de Esposa del Dios; aunque no todos los investigadores estén de acuerdo. La función le fue transmitida entonces a su hija Neferure. Era, parece ser, el vigésimo noveno día del segundo mes de la estación de *peret* de su segundo año de reinado. Convertida ya en la soberana del Alto y del Bajo Egipto, Hatshepsut no podía volver a asumir las funciones de aquella que debía despertar los ardores amorosos del dios. Ya fuera a partir de entonces, o del año siete de su reinado, fecha en la que ya no hay ninguna duda de que la soberana ostentaba todo el poder, ésta se vio obligada a modificar su comportamiento. De forma definitiva y oficial se sacrificó, renunciando a comportarse oficialmente como una mujer; en adelante se comportaría en toda circunstancia como un faraón. Sin embargo, en el protocolo real, compuesto por los cinco nombres recibidos durante las ceremonias religiosas y anotado por Seshat, «la divina analista», nunca figuró el título de «Toro poderoso», dado a todos los soberanos varones, y los calificativos tendrán la terminación del femenino, igual que Amón la reconoció siempre públicamente como «su hija».

Los dos primeros obeliscos del reinado

A partir de entonces reinaría con el nombre de Maakare. Para confirmar este excepcional acontecimiento, la faraona Hatshepsut hizo erigir un primer par de obeliscos en el extremo este del templo de Karnak; ocupándose de que se representara el transporte de los mismos en la primera columnata de Deir el-Bahari. Testigos de los primeros años del reinado, aunque todavía no están perfectamente situados en la cronología del mismo, llevan el nombre de aquella que los hizo consagrar acompañados por sus títulos de faraón. Sin embargo, una inscripción de Asuán, próxima a las canteras de granito rosa de donde fueron extraídos, otorga al intendente de la reina, Senenmut, la paternidad de la iniciativa: *da a su Señora los títulos de Mujer del Dios y Gran Esposa Real*, y la representa ataviada con un

largo vestido y tocada con dos altas plumas. Lo que viene a significar que en el momento en que se estaban realizando los monolitos todavía no había subido, ni personal ni materialmente, al trono. Testimonios igual de ambiguos nos llevan a constatar que la reina actuó como señora del país desde la infancia de Tutmosis III, pero que al principio, y desde un punto de vista oficial, sólo estaba investida de las funciones de regente. Se comprende mejor entonces porqué los magníficos vasos de alabastro, provenientes de la tumba de las tres sirias que fueran mujeres secundarias de Tutmosis III, sólo llevan grabado el nombre de la Gran Esposa Real, Mujer del Dios, Hatshepsut. Las princesas debieron morir (¿debido a una epidemia?) un poco antes del séptimo año de reinado de Tutmosis III, que fue cuando Hatshepsut se impuso definitivamente como faraón. El pequeño rey sin duda tendría ya doce años (no olvidemos que a Ramsés II se le dotó de un harén cuando sólo contaba con ocho años).

Los dos obeliscos, transportados desde las canteras sobre trineos, fueron situados, base contra base, sobre el puente de una enorme chalana. Los dos juntos tenían una longitud total de 54 metros. El barco era de madera de sicómoro y tenía una longitud de 90 metros con un total de cuatro remos-timón. Parece que esta inmensa gabarra era arrastrada por 27 navíos, propulsados por unos 864 remeros, dispuestos en tres filas. Tres barcos de escolta acompañaban a esta flotilla que los marineros y los reclutas arrastraron, siempre sobre trineos, hacia el este del templo en presencia de sacerdotes y, sobre todo, de Hatshepsut y del joven Tutmosis III.

Senenmut

Como hemos visto, el maestro de obras de la reina ya era Senenmut. Hombre de confianza en Palacio desde Tutmosis II, no tardó en verse recompensado con cargos de extrema importancia; pero sobre todo le gustaba decir que estaba encargado de todos los templos de su señora, que era el título del que parecía estar más orgulloso. Intendente de la Casa de Amón, de sus jardines, de las hereda-

des, de los servidores y del ganado, también era jefe del Doble Granero del dios y sacerdote de la Barca divina *Usirhat*, sacerdote de la diosa Maat y jefe de los Profetas de Montu en Hermontis... «El que está en los secretos de la Casa de la Mañana, intendente de la Doble Casa del Oro y de la Plata, director de las Fiestas.» Desempeñaba un total de veinte diferentes funciones administrativas y religiosas, de modo que se trataba del dignatario más cercano a la soberana. Intendente en jefe de la casa de Hatshepsut desde que ésta se casara con Tutmosis II, puede que debiera su entrada en Palacio a su madre Hatnefer, llamada Tia-Tia, que posiblemente estuviera al servicio de la reina Ahmose. Su padre, de orígenes modestos, se llamaba Ramose. Senenmut tuvo dos esposas, de las que una, Ahhotep, era su hermana (más bien su prima). Parece que no tuvo ningún hijo, puesto que en la primera tumba que se hizo construir, antes de que la reina se confirmara definitivamente como faraón, el lugar del hijo como mantenedor del culto funerario de su padre está ocupado por uno de sus hermanos, Minhotep. En su segunda tumba, construida posteriormente, es otro hermano, Amenemhat, quien representa ese papel.

Para poder convertirse en Director de Todos los Trabajos del Rey y Director de los Directores de los Trabajos debía ser uno de los arquitectos más experimentados del país, cuyo innegable talento demostró en su obra maestra: Deir el-Bahari. Padre nodriza de la hija real y gobernador de su Casa, fue la segunda figura del país durante algo más de los quince primeros años del reinado de Hatshepsut. Parece que su fidelidad fue total. Ligado a todos sus logros, dejó ver por ella un respeto rayano casi en la devoción. En sus propios monumentos repetía con profusión el nombre de su soberana, escribiéndolo mediante «criptografía», sistema adecuado no sólo para protegerlo de eventuales ataques mágicos, sino también para provocar la curiosidad y la atención de los lectores. Su fértil imaginación destacó en todas las manifestaciones del reinado y las actividades desempeñadas a lo largo de su ascenso estuvieron completamente asociadas a la obra regia. Siendo así, es una posibilidad muy seductora la de imaginar un grado de intimidad todavía mayor entre los dos protagonistas

del período y suponer que la soberana —a la que su condición de mujer le vedaba, evidentemente, la posibilidad de elegir una Gran Esposa Real, y le obligaba a un definitivo celibato— profesaba tiernos sentimientos por el más fiel de sus fieles, ese hombre dotado de talento plenamente dedicado a su obra y que se preocupaba de que todos los proyectos llegaran a buen fin.

Los grandes funcionarios del reinado

La reina también supo rodearse de altos funcionarios experimentados, empezando por el Primer Profeta de Amón, Hapuseneb, que dirigía a todo un grupo de sacerdotes de Amón pertenecientes a familias de una probada lealtad. Gobernador de las provincias del Sur, puede que al final de su vida fuera nombrado prefecto del Norte. Siguiendo por sus visires, primero Ahmosis, y después su hijo User (User Amón), que fuera visir del Sur, un gran personaje apasionado por la moral y afecto a las más profundas ideas religiosas, cuyo sobrino se convertirá en el célebre Rekhmire, visir de Tutmosis III. Destacan también Antef, como gobernador de los oasis; y de entre los gobernadores de las Minas de oro de Amón, Sennefer; Nakhtmin, intendente de los graneros; Minmose, del que sabemos que tomó parte en el transporte de los obeliscos; el príncipe Turi, uno de sus confidentes; y el comandante Nehesy, el canciller del Norte que dirigió la expedición al Punt. Citemos también al Segundo Profeta de Amón, Puyemre, a quien Hatshepsut encargó algunos delicados trabajos en el templo de Karnak; a Thuty, noble orfebre del oro del tesoro real; a Amenhotep, que se ocupó de los monumentos de la fiesta *Sed* de la soberana, que fue su confidente y en cuya tumba se encontraron alusiones a la coronación en el día de Año Nuevo; a Uadjerenput, Djehuty-Renput y otros más como Inebseni, virrey de Nubia, y los tres médicos de la reina que aparecen en la capilla de la reina de Deir el-Bahari. Podríamos seguir así hasta citar a cuarenta funcionarios del mayor rango, fieles al servicio del Estado. Tras la desaparición de la faraona, muchos de ellos prosiguieron con norma-

lidad su carrera bajo el reinado de Tutmosis III; por lo que hay que ser bastante cautos a la hora de considerar la supuesta venganza de éste contra su tía y su pretendida «camarilla».

Probablemente a instigación de Senenmut, algunos de estos eminentes personajes, que ya disponían todos de una magnífica tumba con capilla decorada en la orilla izquierda de Tebas, recibieron, al igual que él, el derecho de hacerse excavar un cenotafio en el acantilado del Gebel Silsileh, allí donde las dos orillas rocosas del Nilo se estrechaban, al sur de Tebas y de Edfú. En este lugar, donde a principios de año la impetuosa marea de aguas turbulentas se precipitaba hacia Egipto, uno podía beneficiarse de la bendición de los espíritus que habitaban como «colegio divino» en el retorno de la inundación e identificarse con ellos tras la muerte. En muchos de los monumentos dedicados por Senenmut se puede ver esa preocupación por relacionar la resurrección de los muertos osiriacos con el regreso de la vida a Egipto en Año Nuevo. ¿Acaso no se lee lo siguiente en la estatua votiva que le representa de pie llevando a la pequeña Neferure¹?:

«Yo soy quien sigue al que aparece con la marea, aquel al que se le ha atribuido el desbordamiento del río, para que [yo] pueda disponer en tanto que [Osiris] Inundación.»

En las capillas, que posteriormente fueron martilleadas por los detractores de la reina, aparecían juntos los nombres de Tutmosis y Hatshepsut.

Las fundaciones de la reina

Senenmut fue requerido para trazar los planos de numerosas fundaciones religiosas; y se sabe con certeza que la reina le confió la restauración de los santuarios del Egipto Medio, abandonados—cuando no parcialmente destruidos— durante la ocupación de los Hiksos; como nos demuestra la inscripción que la reina mandó gra-

bar en el interior de la gruta dedicada a la diosa Pakhmet, conocida posteriormente como el *speos Artemidos*. Sus predecesores, demasiado ocupados en expulsar a los invasores, en restablecer el orden en un país parcialmente arrasado y en reorganizar las finanzas del Estado, apenas tuvieron oportunidad de animar de nuevo la producción de los artesanos-artistas de Egipto, ni de atraerlos al Alto Egipto, pues la capital de la gran época anterior, el Reino Medio, fue fundada en el Fayum, a más de 500 kilómetros al norte de Tebas.

Secundada por Senenmut, Hatshepsut pudo crear en Tebas, esa capital que nunca había contado con un verdadero taller real, pero a la que habían regresado la opulencia y la paz, una escuela de escultores que eligió como prototipo para sus obras el retrato de la reina. Ese modelo femenino con un encanto muy suyo, con unos ojos almendrados que dotan de una innegable malicia a un delicado rostro bastante triangular, terminó por influir en toda la estatuaria de la época; hasta tal punto que, posteriormente, todas las representaciones del reinado de ese soldado vigoroso que fue Tutmosis, convertido ya en el faraón guerrero y conquistador por excelencia, dejan ver que la fisonomía recibió un tratamiento caracterizado por la gracia de las efigies de su famosa tía.

Después de este notable período de calma, probablemente entre los años tercero y sexto del reinado paralelo del joven rey y de la regente, Senenmut adoptó para los monumentos de su soberana las elegantes columnas fasciculadas papiroformes con capiteles cerrados, cuya nueva versión encontramos en el primer patio de Luxor (capilla de las Barcas).

Indicios fechados en los años tercero y cuarto nos permiten imaginar cuales fueron los primeros proyectos de construcción del templo de Deir el-Bahari, que recibiría el apelativo de «Sublime entre los sublimes» (*Djeser-Djeseru*). La reina le había echado el ojo a un amplio espacio situado en uno de los circos rocosos de la montaña que se veía, en la orilla izquierda del río, frente a Tebas. Decidió ocupar la parte norte del emplazamiento, donde todavía se encontraban el templo-capilla de Montuhotep y las cámaras funerarias de la familia real. Pretendía Hatshepsut aproximarse a los grandes ancestros

La mujer en la realeza

tebanos de la Corona, de comienzos del Reino Medio, y reafirmar así su derecho a heredar el trono. Gracias a una estela de Senenmut, encontrada en el templo septentrional de Montu en Karnak, sabemos que en el cuarto año (decimosexto día del primer mes de la estación de *Shemu*) del reinado de la soberana había almacenes en el templo *Djser-Djeseru*.

Capítulo séptimo

El faraón Hatshepsut-Maakare

La reina a partir del año 7

El año 7 es un punto de inflexión en el reinado de Hatshepsut, sin duda fue cuando finalmente se materializó el texto del oráculo de Amón: «Habiendo abandonado la corona de la Esposa del Dios, se vio sublimada por los ornamentos de Re.» A partir de entonces, en todas las inscripciones que se refieren a ella, la reina aparecerá ya con el título de rey del Alto y el Bajo Egipto. En un país reorganizado y próspero comenzó una intensa actividad. Hatshepsut gratificó a los padres de Senenmut con una tumba en la heredad real (segundo día del cuarto mes de la estación de Peret) y ordenó a éste que construyera un santuario al este del templo de Karnak, cerca de los dos primeros obeliscos extraídos de las canteras de Asuán. Este templo, destinado a albergar una gran naos de alabastro (habitada por estatuas de la reina y de Amón) debía estar orientado hacia el sol levante que aparecía por la cadena arábiga; posteriormente sería usurpado por Tutmosis III y después transformado por Ramsés II. Los restos que quedan permiten hacerse una idea de la voluntad innovadora de la reina, que quería crear con él el primer elemento de unión entre Amón y ella; estaba destinado a sus súbditos, para que se dirigieran al emplazamiento al aire libre del templo y allí les solicitaran a los dos «que escucharan sus súplicas».

El templo de Deir el-Bahari

Fue entonces cuando la soberana dedicó más atención a la construcción —bajo la dirección de Senenmut— del magnífico templo jubilar del que, a la espera de la inauguración oficial de los trabajos, éste ya había dibujado los planos y sentado las trazas. Desde el año 7 al 11 se dispuso todo para erigir, con la caliza de la mejor calidad, el monumento que debía convertirse en la gloria de la reina y servir de recordatorio de las grandes líneas y logros de su reinado. Amón sería el dios titular, acompañado por Hathor y Anubis. En el extremo superior norte de este edificio escalonado apoyado contra la roca, Hatshepsut hizo construir un altar solar al aire libre. Esta construcción, dedicada a la faraona y a sus creadores, era un verdadero himno a la belleza arquitectónica, formando un sublime pedestal de paneles plisados de caliza proveniente del gran circo de Deir el-Bahari, dominados por la sagrada cima tebana. Tres alturas sucesivas permitían el acceso a la última de las terrazas que, con sus nichos excavados en la roca en el año 10, albergaba veintisiete estatuas rituales de la soberana, la mayor parte de ellas talladas en granito rosa y ocho representadas arrodilladas. Al sur se construyó una capilla para su culto, el de su padre, su familia e incluso el de Tutmosis III. La magnífica estatua sedente de la reina realizada en una especie de mármol compacto quizá provenga de este santuario¹.

Las dos primeras terrazas estaban unidas entre ellas por dos rampas centrales que hacían de pasajes ascendentes y revalorizaban la armoniosa verticalidad de las fachadas. La elegancia y la majestuosa originalidad del conjunto, que con tanto acierto y equilibrio se integra en el célebre yacimiento, son el mejor reflejo del gran reinado de una gran reina que, como hemos visto, siempre reservaba un lugar honorable para el rey Tutmosis. Numerosos arquitectos y responsables superiores participaron junto a Senenmut en esta obra maestra, entre ellos Thuty y Puyemre; el director de los trabajos era Hapuseneb, ayudado por Nehesy, Minmose, Uadjrenput, Pahekamen (llamado Benya), Nebamón, Amenemhat, Peniaty y Duayerneheh. La mano de obra fue solicitada a particulares o grupos, y muchos notables tuvieron a gala

incluir en la construcción bloques de caliza que habían dedicado e inscrito con sus nombres para beneficiarse de la atención real y divina.

Decenas de esfinges, con el rostro de Hatshepsut pintado de amarillo, flanqueaban el camino desde el canal que nacía en el Nilo hasta el patio inferior. Tenemos que reconocer en esta calzada de acceso triunfal, que los griegos llamaban dromos, una innovación de la soberana de la que se aprovecharon todos sus sucesores. Siete pares de esfinges con melena de león flanqueaban la avenida central del patio, que estaba adornado con perseas, tamariscos, palmeras y con piletas destinadas a recibir las libaciones de leche de algunos ritos. Era el lugar reservado por la reina para plantar los conocidos árboles de incienso llegados del país del Punt. Bajo sus pórticos aparecen largos relieves pintados con anales religiosos e históricos. Entre otras cosas, se podía ver el nacimiento divino, la coronación, el transporte de los dos primeros obeliscos del reinado, la famosa expedición al país del Punt y escenas religiosas propias de la resurrección de la faraona.

Senenmut había hecho esculpir, apoyadas contra los pilares, estatuas osiriacas de su soberana (Fig. 25), que la representaban, igual que el dios de los muertos envuelto en su sudario, tocada con las coronas



FIG. 25. Pliar osiriaco de Hatshepsut.

Blanca y Roja de la realeza, los brazos cruzados sobre el pecho y las manos sujetando cetros. Era la imagen del rey durante su jubileo anual, celebrado para renovar todo su ser al mismo tiempo que su poder. Sin embargo, Senenmut no se limitó a destacar la presencia, en las manos de la reina-Osiris, de los cetros del dios difunto; añadió, junto al gancho *heka* y al flagelo *nekhakha* de Osiris, el signo *was* y el signo *ankh*, emblemas de la vida radiante transmitida por el sol, que más tarde veremos en las manos en que terminaban los rayos solares emitidos por el Disco solar de Atón. De este modo, el gran arquitecto y sabio se puso de acuerdo con su soberana para utilizar los símbolos adecuados para revelar una de las verdades esenciales de la profunda teología egipcia: las grandes leyes de la eternidad cósmica descritas y representadas en la piedra por las imágenes jubilaires del faraón. Osiris y Re eran los dos aspectos de una misma fuerza: adormecida (la muerte, Osiris) o despierta (la vida, el sol). De este modo quedaba perfectamente ilustrada la frase del capítulo XVII del *Libro de los Muertos*: «*Por lo que respecta a Osiris, es el ayer; por lo que respecta a Re, es el mañana.*»

Una columnata protodórica estaba pegada al santuario de Anubis, situado al norte, con su tranquilo pero vivo ordenamiento, conseguido a base de sombras y luces. Las figuras de la reina del interior del edificio, donde aparece como una joven mujer de sobria túnica, no fueron martilleadas. En el sur se encuentra la capilla de Hathor, guardada de la Vaca Sagrada, que acoge y prepara para la vida eterna a todos los fallecidos; también fue construida por deseo de la reina, pues constituía el final de la anual Bella Fiesta del Valle, que duraba once días. Cuando era luna nueva, la faraona y el pequeño rey (o bien sus estatuas) dejaban el templo de Karnak montado cada uno en su propio navío y, acompañados por una fastuosa procesión, se dirigían hacia «El sublime entre los sublimes».

La tumba del Valle de los Reyes

En este mismo séptimo año, Hatshepsut, deseando actuar sin tardanza al tiempo que confirmaba su supremacía, abandonó su pro-

yecto de utilizar la cámara funeraria que había hecho excavar en el flanco de un uadi perdido de la montaña tebana. Soberana de Egipto «por completo», pensaba que tenía que ser inhumada un día en el Valle de los Reyes. Su Gran Sacerdote Hapuseneb fue el encargado de ejecutar sus deseos. De modo que comenzó la excavación de una tumba (la nº 20 del Valle de los Reyes) en la parte posterior del acantilado sobre el que se apoyaba el templo de su reina; los trabajos continuaron hasta el año 16, cuando se abandonó sin ser terminada y, por tanto, sin decoración ni textos. La galería de acceso realiza un recorrido curvo de aproximadamente 213 metros de longitud, ya que el arquitecto intentó alcanzar, sin conseguirlo, la parte trasera del santuario de Deir el-Bahari. La cámara funeraria, rectangular, está a unos 97 metros de profundidad. En su interior se encontraron dos sarcófagos de cuarcita preparados para la reina, uno de ellos transformado para Tutmosis I. Basándose en estos datos, algunos autores sacaron la conclusión de que Hatshepsut hizo transportar la momia de su padre, puede que después de que fuera saqueada, a su propia tumba; pero es una hipótesis que está lejos de haber sido demostrada.

Otras actividades en el país

Nada quedó olvidado en el fastuoso programa de «renacimiento» pacífico del país. Hatshepsut nos lo recuerda con el énfasis propio del verbo faraónico en su célebre inscripción del *speos* Artemidos. No sólo hizo florecer aquello que estaba decrepito desde que los asiáticos reinaran en Avaris, al norte del Delta, y fueran expulsados por sus valerosos ancestros: «*fue el deber que tuvieron en su tiempo los padres de nuestros padres*», sino que ya hemos comprobado lo mucho que le preocupaba erigir monumentos duraderos, así como reparar e incluso agrandar los santuarios. Se dio cuenta de que para que su país fuera respetado y viviera en paz, tenía que renovar el material de un ejército que los primeros Tutmosis utilizaron, muy probablemente, sin preocuparse por rejuvenecerlo. Cuando menos, es eso lo que se nos dice en el mismo *speos* consagrado a la diosa Pakhet: «*Mi ejército, que care-*

cía del equipo adecuado, está recubierto de riqueza desde que me convertí en rey.» El simple hecho de que lo mencionara demuestra a la claras que se había dado cuenta de su importancia y de lo necesario que era, al tiempo que pone de manifiesto la inteligencia de una soberana preocupada por que se respetara su territorio.

Política exterior

Durante su reinado no estalló ningún conflicto de importancia con el extranjero. Sólo se tiene noticia de una incursión en Nubia, al comienzo de su gobierno, que aparece mencionada en un texto grabado en las rocas de la isla de Sehel: «*Seguí al dios (el faraón) [...] Le vi derrotar a los nómadas y sus jefes fueron traídos como prisioneros.*» Esta expedición, dirigida por un oficial llamado Ty, puede que terminara en la isla sudanesa de Sai, en donde se erigió una estatua de la reina.

Las guerras que se han querido atribuir a la soberana, y sólo a finales de su reinado, fueron casi con seguridad dirigidas por Tutmosis III. A partir de su octavo año de reinado, Egipto reafirmó su prosperidad maniobrando, bajo la pacífica dirección de Hatshepsut, con una habilidad tan grande que no perdió ninguna conquista ni pacificación lograda por su padre, el primer Tutmosis: «*¡No hay rebeldes en el Sur, ni enemigos en el Norte!*»

Utilizando su sabia y previsora autoridad, Senenmut supo hacer que los tributos entraran regularmente en el tesoro de Amón, y los impuestos fueron recaudados con normalidad. Sin exigencias desmesuradas y sin agresividad, pero sin que se pudiera dudar de su fuerza, la imagen que ofrecía la gestión de esta reina fuera de su país era tal que nadie pensó en poner en duda el poder del faraón. Por eso pudo decir: «*Mi frontera Sur llega hasta las orillas de Punt, mi frontera de Oriente alcanza los confines (los conocidos por Egipto) de Asia [...] En Occidente he gobernado Libia.*»

Envió dos expediciones comerciales hacia las «Escalas de Levante» (las «Escaleras», como se decía) y en ese revoltillo de gentes diversas del interior de Asia, que traían los lejanos productos de las

caravanas, y los mercaderes de la costa, se distinguía a los habitantes de las islas, de Chipre y de la más alejada Creta, que desembarcaban y se dirigían hacia Egipto. A menudo llegaban por vía marítima —la más segura— y los tebanos asistían admirados al desfile de extraños y elegantes personajes con faldellines bordados y adornados con pompones, con el cuerpo envuelto con anchos y cortos cinturones, con pequeños botines y el pelo bastante largo, pero recogido en mechones separados con las puntas vueltas. Sobre los hombros llevaban los productos más originales de sus artesanos: centros de mesa de oro cincelado con las asas adornadas con flores, pájaros con formas variadas y los famosos ritones con cabezas de animal. Eran los Kheftiu, los cretenses², que en ocasiones llevaban de la mano a niños pequeños. No cabe duda de que querían que se les compraran sus productos y establecerse en Egipto, donde podrían comerciar. Así fue como una cerámica de formas «prehelénicas» y con decoración de «pulpos», entró en Egipto. Los muros de la primera tumba de Senenmut, igual que las de otros funcionarios superiores de la época, conservan el recuerdo de lo descrito (años séptimo y noveno de su reinado).

A partir del año 5, la reina volvió a organizar expediciones al Sinaí para proveerse de turquesa en el uadi Serabit el-Khadim y el uadi Maghara. Se repitieron con regularidad. La reina no utilizó ni esclavos ni prisioneros de guerra para trabajar a las órdenes de sus ingenieros de minas; para completar el grupo de contra maestros, escribas, tesoreros, médicos-magos (encantadores de serpientes) y, por último, el pequeño contingente armado encargado de proteger la intendencia y la cosecha de piedra azul de los saqueadores, recurrió a voluntarios egipcios y, sobre todo, ya en campaña, a beduinos. Sin duda fueron los ancestros de éstos quienes, desde el Reino Medio, intentaron adaptar algunos de los jeroglíficos que los escribas egipcios trazaban o grababan delante de ellos en las paredes rocosas; esta circunstancia desembocó en una escritura simplificada cuyos principios, mediante sucesivas contaminaciones y deformaciones, se difundieron por toda la cuenca del Mediterráneo oriental. Los signos fueron transformados por los fenicios y después adoptados por los griegos,

que fueron quienes nos transmitieron las formas más antiguas de nuestro alfabeto.

Con un ambiente semejante, no es de extrañar que ni en los muros de los templos, ni en las paredes de las capillas de las tumbas aparezcan las representaciones de prisioneros de guerra que fueron clásicas en otros reinados. Antes al contrario, el número de príncipes extranjeros educados en la corte aumenta, y da la impresión de que se dictaron disposiciones humanitarias para los refugiados y los que eran siervos.

La expedición al país del Punt

Los preparativos

La política exterior de Hatshepsut, basada en una actitud de paz defensiva, se presenta en forma de hábiles acercamientos para acrecentar las relaciones comerciales y el conocimiento de países de costumbres todavía desconocidas y dotados de unos recursos y productos naturales que sería bueno importar a gran escala.

Fue así como, al comienzo de su octavo año, todo estaba dispuesto para que los navíos pudieran partir hacia el legendario país del Punt, la tierra del dios, cuyos principales y más nobles habitantes, de tipo kamita, llevaban la barba de Osiris; de ahí su nombre *Khebestiu* («las gentes de la barba *khebeset*»). Desde antiguo, los egipcios mantenían relaciones con estos productores de incienso; pero ahora lo que se pretendía era organizar una expedición de gran envergadura de la que se hizo responsable al canciller Nehesy, un nubio, sin duda. Oficialmente, y para adecuarse a la mentalidad de la época, se consideraba que la reina estaba obligada a cumplir con un oráculo de Amón que le ordenaba ir a buscar árboles de incienso, resinas y aromas a Punt. Pero esta empresa —uno de sus principales logros— probablemente no debía limitarse a realizar esas adquisiciones, por útiles y preciosas que fueran. Los textos egipcios no sitúan con exactitud la Tierra del Dios, por más que su nombre deje ver bien claramente lo

venerable y próxima a sus orígenes que estaba. Los escritos de la época de Hatshepsut mencionaban que se encontraba a «*ambos lados del la Muy Verde*». Muchos han querido identificar esas palabras con una descripción de Eritrea, Hadramut, la tierra de Saba, el país de Ofir e incluso de Yemen y el «cuerno de Opone³». Otros lo hacen con el sur del Sudan y con la región del Nilo superior y esa zona del oriente tropical.

Nos detendremos en esta región sugiriendo que la reina no sólo incluyó entre los miembros de la expedición a zoólogos, ingenieros y botánicos, sino puede que también a sacerdotes-eruditos del Nilo (hidrógrafos, es decir, especialistas en la irrigación, tan importante en Egipto en todas las épocas), encargados de estudiar el régimen de las providenciales lluvias tropicales que presentían debían condicionar las crecidas del río, inexorable regulador de toda la vida de Egipto. Había demasiado en juego como para que una reina tan aguda y avisada como Hatshepsut, para quien los consejos de un sabio como Senenmut tenían una importancia fundamental, no se ocupara de un fenómeno de semejante importancia. Aunque Rekhmire, sobrino del visir de la reina y futuro colaborador de Tutmosis III, declaraba haber estado profundamente preocupado por el origen y el régimen de las lluvias que alimentaban la inundación anual (?), todavía no era el momento para volcarse *abiertamente* en los fenómenos atribuidos hasta entonces a la solicitud del dios.

Aunque la literatura egipcia no carece de hipérboles para sublimar a los dioses, ensalzar oficialmente al faraón y alabar a quienes realizaban acciones humanitarias, la cosa cambia cuando se trata de hablar sobre la construcción de una pirámide, la extracción de un obelisco o las dificultades de una expedición hacia la tierra del incienso, se produce entonces la mayor de las discreciones y los detalles son prácticamente inexistentes. A este respecto, Hatshepsut se limitó a hacer representar en uno de los muros de su templo⁴ la salida desde Tebas y la llegada al Punt, desde donde se hacen a la vela de nuevo para terminar exhibiendo en la capital los productos traídos nombrándolos en presencia de la imagen de Amón. ¿Pero qué camino siguieron para llegar a su destino? Para el viaje se dispusieron cinco

barcos magníficos, de unos 21,5 metros de largo y 5,5 metros de ancho, con una gran vela en un mástil central de algo menos de 7,5 metros de altura. La expedición pudo estar formada por 210 hombres, de los que 30 por cada barco eran remeros.

Dado que la partida tuvo lugar desde Tebas, ¿qué ruta siguieron? Llegar por mar significaba, bien descender el río hasta Menfis y desde allí alcanzar el canal de agua dulce que, desde el Reino Medio, comunicaba el Nilo con el mar Rojo, entre el lago Timsah y los lagos Amargos, bien atravesar el desierto oriental a la altura de Tebas por el uadi Hammamat. Este recorrido debía hacerse en caravana hasta el puerto de Koseir, donde se construían barcos.

Llegar por el Nilo significaba, en cambio, remontar el río hasta la región próxima a Atbara y, por tanto, enfrentarse al problema de atravesar las cataratas. En este caso, la solución habría consistido en rodearlas mediante caminos de arrastre recubiertos de barro del Nilo humedecido, sobre los que se podría haber arrastrado a los barcos.

La llegada al Punt

La prueba de la existencia y del empleo de este último procedimiento fue descubierta en las cercanías de la ciudadela de Mirgissa, guardiana de la Segunda Catarata. En el caso de la expedición organizada por Hatshepsut era, quizá, la mejor solución, ya que las dimensiones de los barcos eran menores que las de los que se utilizaban para navegar por el mar, que ya en la III Dinastía tenían cerca de 52 metros de largo.

Como quiera que sea, todavía podemos admirar en Deir el-Bahari la magnífica escena de la llegada al Punt. Las aguas del río están repletas de peces —en especial de una especie de crustáceo que los especialistas afirman que puede ser encontrado tanto en el mar como en los ríos—. El canciller Nehesi baja del barco almirante y, apoyándose en un alto bastón, presenta al jefe del país los presentes de una bienvenida pacífica. Sólo le acompaña una guardia de honor compuesta por ocho soldados. Encima de los cofres situados en el

suelo se exponen algunos objetos manufacturados, armas y, en especial, unos abalorios formada por collares y brazaletes que, gracias a sus brillantes colores, debían ser para los habitantes del Punt verdaderos tesoros. Pa-rehu, el esbelto Grande del País, recibe los presentes con una dignidad que carece de cualquier servilismo, mientras que detrás suyo se puede ver a un monstruo de obesidad, atacado por una esteatopigia que parece no molestarle en absoluto (Fig. 26). Se trata de su esposa, la reina Ity, que está acompañada por el burro que le sirve de transporte. El resultado del intercambio, claramente expuesto a su regreso a Tebas, es parcialmente visible alrededor y sobre los barcos durante el proceso de carga. Se ven sacos de gomas aromáticas, de incienso, de olíbano, «bolsas» de oro, de electro, ébano, marfil y pieles de felinos, que nos dicen qué es lo que los egipcios podían encontrar en la región. A su vez, Nehesi, para recibir a Pa-rehu, el emisario de la Gran Reina, le ofrece sacos de gomas aromáticas, anillos y sacos de oro y electro, que aparecen situados con un orden impecable al lado de un montón bastante grande de marfil y madera de ébano.



FIG. 26. El rey y la reina del país del Punt.

Uno de los barcos de la expedición había traído una escultura en granito rosa que representaba a Hatshepsut al lado de Amón; fue entregada al príncipe para que la colocara en la orilla en la que había atracado la flotilla.

Los «etnólogos» de Hatshepsut supieron apuntar en sus papiros, para poder reproducirlos después en los muros de Deir el-Bahari, los diferentes aspectos de la civilización de esta región del mundo, en donde descubrieron una población mixta de Kamitas puros —que para nosotros presentan un tipo etíope—, mestizos y también negros. Vivían en chozas sobre pilotes a las que se accedía mediante escalas. El paisaje, donde predominan las palmeras dum —que son visibles a partir de Nubia—, es parcialmente nilótico; pero también crecen árboles de incienso que producen la goma que debía olerse en los santuarios de Amón.

El regreso a Egipto

La actividad aumentó febrilmente en los alrededores del puerto (Fig. 27). Mientras que los expertos observadores de la reina se distribuyeron por todo el país, los marineros recibieron órdenes de reunir todos los productos que no tardarían en ser embarcados, como las diversas gomas aromáticas y los metales y aleaciones preciosas, entre ellos el electro, que los alquimistas de la reina analizarán y a partir de entonces producirían artificialmente en sus talleres. Defensas de elefante, largos troncos de ébano, panteras «del Sur» vivas sujetas con correas y también sus pieles, guepardos, monos hamadriades en libertad que demostrarán su curiosidad por todos los rincones de los barcos y bóvidos, así como piedras de malaquita, especias y cortezas aromáticas como la canela. Todo queda bien ordenado en los barcos, a los que suben libremente los habitantes del Punt que sienten el deseo de ir a la Tierra del Faraón: mujeres, hombres y niños. Hay también algo maravilloso: treinta árboles de incienso cuyas raíces, cuidadosamente alimentadas por su tierra, van protegidas en grandes cestas.

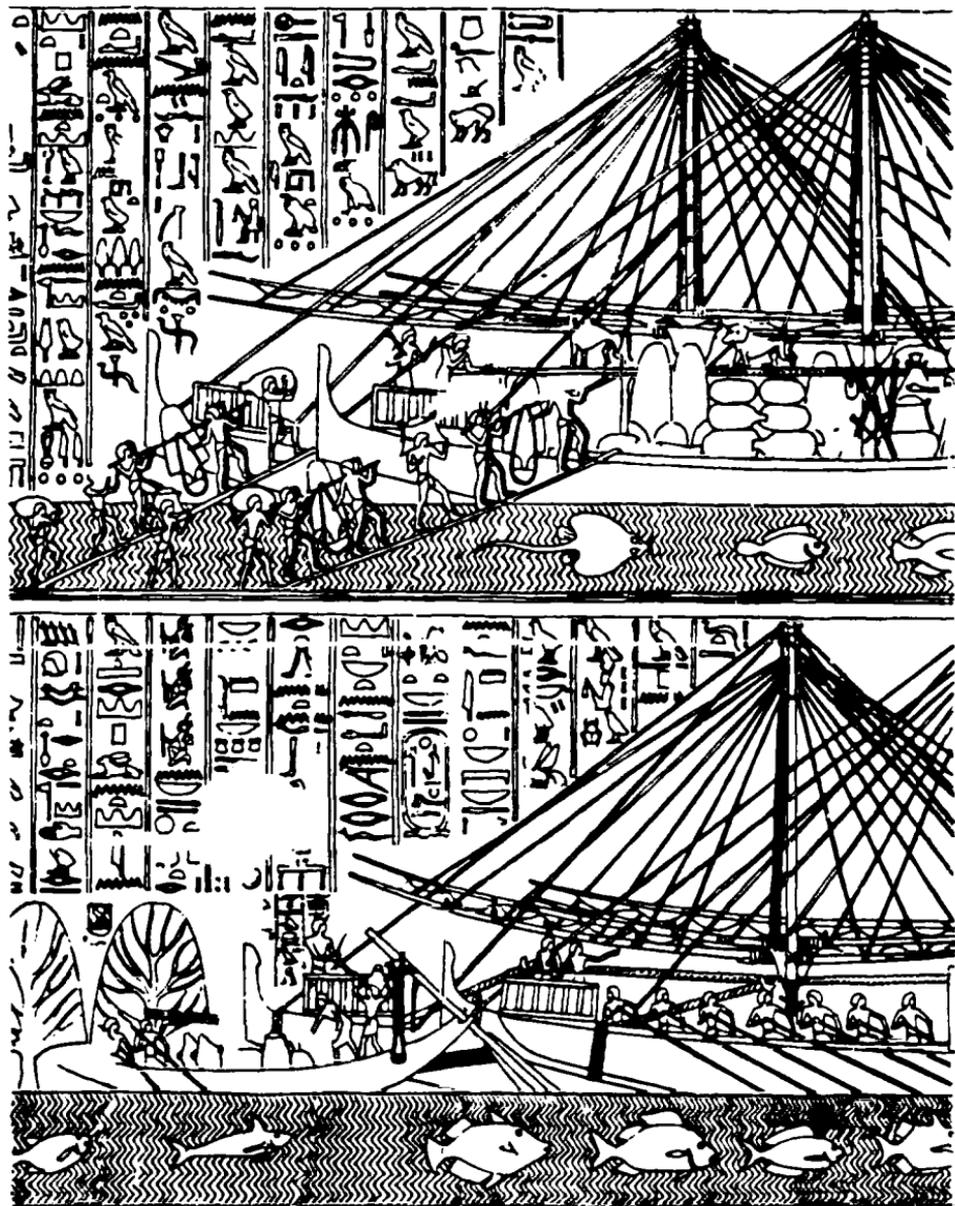


FIG. 27. Los barcos de la expedición al Punt siendo cargados para regresar a Egipto.

Una expedición semejante, que tenía que alimentar y dar de beber a hombres y animales, además de regar adecuadamente con agua dulce los árboles que traía, cuya aclimatación era una de sus principales misiones ¿habría podido alcanzar Tebas desde el mar Rojo? Una inscripción de la XVIII Dinastía localizada en Asuán sin duda debe referirse a la expedición al Punt, puesto que en ella se habla de panteras y monos conseguidos en ese país, así como de perfumes... Creo que no será necesario recordar que Asuán y la Primera Catarata se encuentran en el punto en el que el Nilo penetra en Egipto después de recorrer las profundidades de África.

En el año 9 de su reinado, se prepararon en Tebas grandes festejos en los que la soberana, junto a la que se encontraba Tutmosis, alabó grandemente, en presencia de Senenmut y Nehesy, el resultado de la expedición. Todos los productos llegados fueron exhibidos, inventariados, pesados y medidos; los árboles, que recibían todos los miramientos, fueron replantados en el jardín sagrado de Deir el-Bahari. Nehesy recibió un cuádruple collar y armillas de oro. La prosperidad y seguridad del país habían permitido la realización de la primera gran expedición comercial y había hecho que el extremo sur quedara abierto para las relaciones e intercambios comerciales pacíficos.

Neferure

La princesa Neferure, que había heredado de su madre la función de Esposa del Dios, ostentaba también los títulos de Hija Real Amada de su Padre (Tutmosis II), Señora de las dos Tierras y Regente del Sur y del Norte. Eran títulos que siempre habían recibido (y así seguiría siendo) las hijas del rey; pero esta princesa *nunca* se casó con el que habría de convertirse en el tercero de los Tutmosis y a quien llamaba «su hermano». Aparece sin grandes alardes en los muros de Deir el-Bahari y también en el *speos* de Batn el-Baggara en el Egipto Medio; pero nunca la veremos tan a menudo como durante su dulce juventud, cuando en las estatuas de su padre «nodriza» se podía ver su joven carita de gata apareciendo por entre un pliegue del manto con

el que la cubría Senenmut, o bien sentada entre sus piernas y, en una ocasión, llevándola en sus brazos. La imaginación de Senenmut para escoger variadas poses con las que ser representado, a menudo poco conformes a los «tipos» tradicionales, no tiene límites. Sus estatuas y estatuillas debieron ser innumerables dado que, pese a la sistemática destrucción de la que fueron objeto, en nuestros días conocemos veinticinco de ellas.

La última vez que vemos a Neferure es en una estela en el Sinaí (en Serabit el-Khadim), fechada en el año 11, donde aparece realizando una ofrenda a la diosa Hathor. Lleva el largo vestido ajustado típico de la época y, además del uraeus en la frente, está tocada con las dos altas plumas de su función sacerdotal. Su intendente, Senenmut, aparece de pie detrás de ella mientras sujeta un gran abanico. Esta visión de la pequeña princesa convertida en una jovencita es la última representación que los monumentos han conservado de ella. Neferure debió morir cerca del año decimocuarto de reinado, y puede que fuera enterrada no demasiado lejos de la primera tumba preparada para su madre, en el flanco de una falla rocosa del uadi Gabbant el-Gurud, detrás del Valle de las Reinas.

Las prerrogativas de Senenmut

Por esas fechas, Senenmut acababa de recibir la autorización real para construirse una segunda tumba en Deir el-Bahari, al norte del templo debajo del que se encontraba la cámara funeraria, a la que se accedía por unas escaleras seguidas por un corredor. Las tres pequeñas habitaciones de esta nueva sepultura quedaron sin terminar; pero en una de las paredes se puede ver a Senenmut, con una actitud muy respetuosa, inclinarse delante de los nombres de Hatshepsut. En el techo, a dos pasos de la segunda cámara, el intendente de la reina hizo representar una especie de resumen de sus conocimientos astronómicos, un tema que dominaba, y una imagen de cómo era en esa época el cielo de Tebas. Al contemplar el trazado imaginario de las estrellas circumpolares, del Toro, que era para ellos la Osa Mayor, y el Hipo-

pótamo, que era la Osa Menor (de la que una de sus patas anteriores es la Estrella Polar); al considerar los doce grandes círculos que representan el año, repartidos en tres grupos estacionales de cuatro meses cada uno; al identificar los decanatos en la parte sur del panel y a Sothis, la estrella más brillante de la constelación del Perro, que reaparece en el cielo para anunciar la Inundación, seguida siempre por Orión, que no puede alcanzarla; al encontrar el símbolo del Camino sagrado, comprendemos cuan sabio era Senenmut, el dueño de la tumba. Los excavadores del Museo Metropolitano de Nueva York, que «interrogaron» a todo el yacimiento, encontraron en las ruinas del mausoleo una jarra de vino que llevaba una etiqueta del año 16 del reinado de Hatshepsut (octavo día del primer mes de la estación de Akhet). Sin duda fue el año de la muerte de Senenmut.

Poco antes, la reina le había concedido el insigne honor de permitir que su nombre figurara en los muros del templo de Deir el-Bahari (Winlock pudo apreciar los restos de ¡sesenta menciones!) y en otros templos también. Lógicamente, lo primero que hicieron desaparecer aquellos que perseguirían después la memoria de la soberana, fueron las señales de su intendente. Sin embargo, Senenmut conocía los beneficios de las imágenes escondidas, que así quedaban protegidas de las maniobras destinadas a eliminarlas para aniquilar su efecto. Por eso dibujó con tinta su retrato en las capillas superiores de Deir el-Bahari, de tal manera que quedara oculto tras las puertas abiertas de éstas. La representación se ha conservado y nos muestra el perfil de alguien de fuerte personalidad. Tiene el rostro alargado, dominado por una peluca corta de tipo nubio, con las mejillas hundidas y la nariz huesuda, debajo de la cual se ven las dos escarificaciones típicas de las personas de esta región y que todavía en nuestros días se pueden ver en algunos viejos nubios (Fig. 28).

Había disfrutado del favor de la reina por lo menos durante los dieciséis primeros años del reinado, y se había vinculado a su heredera, Neferure, cuando Hatshepsut todavía no era más que la Gran Esposa Real de Tutmosis II. Este importantísimo colaborador, mentor, protector de la Corona, talentoso innovador y sabiamente prudente, no merece el calificativo de favorito que en ocasiones se le ha



FIG. 28. Grafito de Senenmut en su tumba.

querido atribuir sin motivo. De excepcional valor, fue un consejero sin par. ¿Ocupó un lugar de privilegio en los sentimientos de la reina? No tenemos pruebas de ello, pero no sería nada extraño. En cualquier caso, tras su muerte la imaginación de algunos de sus detractores pudo, como veremos, hacer de él el objeto de sus burlas. Al carecer de pruebas convincentes, sólo quedan las suposiciones. Por mi parte, con todas las salvedades que se imponen, sugiero a continuación una hipótesis posible.

¿Un hijo del amor?

Hace casi un siglo salió a la luz en el Valle de los Reyes la tumba de uno de esos raros personajes que, aunque sólo están relacionados con la Corona de manera lejana, gozaron del privilegio de una sepultura en la zona reservada a los soberanos del país. Era la tumba de un

tal Maiherpera «Portaflabellum a la derecha del rey». Este título, creado durante el gobierno de Tutmosis I, sólo fue concedido a las jóvenes personalidades que tenían una muy estrecha relación con el soberano. Senenmut también lo recibió en su juventud, donde parece que comenzó su carrera en el ejército. Ahora bien, Maiherpera era un hijo del *Kap* y había sido educado en la escuela de Palacio. Seguramente era nubio, pues el magnífico papiro funerario que lo acompañaba, un auténtico obsequio regio depositado en la tumba, lo representa con una piel de ébano y tocado con la pequeña peluca rizada del país del Sur. Este documento posee una extraordinaria cualidad y se puede admirar en el primer piso del Museo de El Cairo, desenrollado a lo largo de un gran muro. Su momia nos reveló muchas más cosas. Sobre el sudario, otro presente del faraón, aparecieron el cartucho y el título real de Maakare. ¿Acaso fue Maiherpera un hijo «morganático» de Senenmut —un alto personaje con unas escarificaciones típicas de los nubios y posiblemente originario de la frontera septentrional del país de Nubia⁵— que fue educado discretamente en la Corte? ¿El efímero consuelo de una faraona excepcional pero sujeta a un implacable destino?

La gran fiesta de Opet

Parece que durante el decimosexto año del reinado tuvieron lugar importantes celebraciones. Senenmut, a punto de desaparecer de escena, participó en ellas, pero sería al nuevo intendente de la reina, Amenhotep, quien se encargaría de preparar las fiestas del Nuevo Año, que coincidían con la aparición de la estrella Sothis, que anunciaba el comienzo de la Inundación. En la actualidad todavía son visibles, pintados en los muros de su tumba tebana⁶, los suntuosos presentes que se le hicieron a la reina en tamaña ocasión. En esta época la soberana decidió celebrar su gran jubileo, cuyas fastuosas manifestaciones debían confirmar su propia coronación. Era muy importante que recordara, reforzándolo todavía más, el carácter fundamental de las ceremonias religiosas. Muy probablemente eligió el momento del

peregrinaje a Luxor para organizar, o reorganizar, el excepcional desarrollo de una fiesta que veía a la tríada de Amón abandonar Karnak con gran pompa para dirigirse hacia el «harén⁷» de Luxor. Era la fiesta de Opet, el motivo por el cual se habían erigido, en el «harén del Sur», tres capillas intermedias destinadas a recibir a cada uno de los miembros de la tríada que vivía en Karnak: Amón, Mut y Khonsu.

Todas las escenas a las que vamos a referirnos formaban la decoración de la capilla de la barca de Amón, construida bajo sus órdenes entre los años 16 y 17 de su reinado. Estaba edificada con unas delicadas hileras rectangulares, de sólo un codo de alto, de cuarcita roja pintada de encarnado que reposaban sobre una base negra de dos codos de alto; la decoración estaba formada por relieves rehundidos pintados de amarillo. El santuario, precedido por un vestíbulo, estaba flanqueado por dos pequeñas estancias. Situado en el patio de Karnak, delante del cuarto pilono, que en esa época era la fachada occidental del templo, este edificio fue desmontado por Tutmosis III, que quería situar en ese espacio su «Habitación de los Anales», en el centro de la cual hizo erigir con granito rojo su propia capilla para la barca. Afortunadamente, los bloques del edificio de Hatshepsut fueron en parte utilizados como material de relleno en el gran pilono erigido por Amenofis III delante de las edificaciones de sus predecesores. Gracias a eso, a partir de 1899, un total de doscientos ochenta y seis bloques —todavía faltan muchos— fueron encontrados en este y otros lugares de Karnak, pudiendo ser recogidos por los arquitectos encargados de la dirección de los trabajos de restauración del Servicio de Antigüedades.

Pese a su rara cualidad plástica, los bloques recuperados no permiten reconstruir la totalidad de la decoración. Los que han salido a la luz son una gran fuente de información ya que, al haber estado protegidos por su reutilización en construcciones posteriores, nos ofrecen una serie de imágenes intactas. Muchos de ellos vienen a confirmar lo que otros monumentos muy estropeados, como Deir el-Bahari u otros edificios, dejaban suponer; mientras que otros nos proporcionan nuevos detalles. Ante todo hay que recordar el gran deseo de la reina por confirmar con gran pompa las ceremonias de una

coronación de la que era importante que presentara su desarrollo para reforzar así su legalidad. Se trata también de una especie de resumen de las acciones del reinado. El importante texto de la juventud de Hatshepsut, el oráculo de Amón, tan dañado por los martillazos en Deir el-Bahari, apareció intacto junto a una gran cantidad de imágenes de ofrendas y actos rituales relacionados con el protocolo de la coronación. Su diálogo y su abrazo con el dios Amón-Min, el creador, Kamutef, de quien ella sacaba la fuerza y delante del cual aparecen los aromas y el oro (para dorar los monumentos) traídos del Punt, aparecen representados como recordatorio de la famosa expedición. La vemos realizando los ritos de fundación de santuarios y en las grandes fiestas durante las cuales se reanimaba a las estatuas reales. La fiesta Opet se realizó, sobre todo, en honor de su jubileo real, que decidió celebrar en este su decimosexto año de reinado. Tutmosis está presente detrás de la reina y aparece mencionado como un soberano: «El dios vivo, Señor de las Dos Tierras»; por su parte Hatshepsut llevaba los títulos de «Rey del Sur y del Norte, Señor activo...»

Así es como las diversas fases de esta fiesta, cuyas manifestaciones públicas eran visibles entre Karnak y Luxor (¡todavía en nuestros días se honra su recuerdo en la zona!), fueron conocidas por primera vez. Conocíamos su pintoresco desarrollo posterior gracias a los relieves protegidos por la famosa columnata de Tutankhamón en Luxor, pero sabemos que Hatshepsut ya había fijado las etapas básicas y todos los bailes sagrados, durante los cuales las bailarinas realizaban la ritual y sugestiva figura del «puente» mientras sonaban los sistros-carracas de las sacerdotisas. La venerable barca de Amón era recibida, en el camino que llevaba a Luxor, en una serie de paradas-lugares de descanso, creados por la reina, y en donde tenía que detenerse la procesión. Los especialistas concuerdan en reconocer seis de ellos⁸. Representados en la capilla roja, permiten reconstruir un quiosco con dos rampas-escaleras para la entrada y la salida de la barca divina; los accesos estaban encuadrados por imágenes osiríacas de la soberana. Con esta actitud jubilar, el faraón se preparaba para reforzar su potencial divino mediante la regeneración de su ka en el seno del santuario del «harén», es decir, Opet (Luxor). Seguramente esto le permitiría mantener en su proto-

colo real el título de «Poderosa de *ka*», que reemplazaba con fortuna al de «Toro (*ka*) poderoso» que llevaban los demás soberanos y que no podía usar sin un cierto ridículo. La iniciativa de la reina fue seguida por muchos reyes, como Horemheb, que también sancionaron su coronación durante la celebración de la fiesta Opet. Además, y en relación a las paradas-lugares de descanso utilizados en estas ceremonias, conviene mencionar que se han encontrado restos de una construcción de este tipo delante del pequeño templo tutmósida de Medinet Habu, así como los vestigios de otros dos más en la linde del dromos que conducía al gran dominio religioso de Deir el-Bahari.

Los dos obeliscos recubiertos de electro

Los preparativos de todas esas celebraciones, comenzados en el año 15 de su reinado, llevaron a Hatshepsut a proyectar, en la tranquilidad de su palacio, un acto grandioso que pudiera gustarle a su padre Amón. Inspirada por él, pensó que le complacería la erección de otro par de obeliscos, consagrados en el corazón de la Sala de Tutmosis I, entre el cuarto y el quinto pilonos de Karnak.

La aventura aparece narrada en la base del único obelisco que todavía permanece en su sitio, que tiene una altura de veintiocho metros.

«[...] Hete aquí que me senté en mi palacio y que pensé en aquel que me había creado (Amón). Mi corazón me indujo a hacer en su honor un par de obeliscos de electro [...] Entonces mi ánimo se agitó, imaginando lo que dirían los hombres que vieran estos monumentos pasados muchos años, y hablarían de lo que hice.»

Sin embargo, habiendo recabado información de Hapuseneb, de Senenmut y de Puyemre, encargado de que se forjara el metal a imagen de las agujas de piedra, la reina supo que el electro traído de Punt y el oro con el que ya podían fabricarlo, guardado en el tesoro de Amón, no era bastante para ejecutar su voluntad. Decidió por tanto,

para no abandonar por completo su proyecto, dotar a sus nuevos obeliscos de un lujo del que hasta el momento sólo estaban revestidos los piramidones, haciéndolos recubrir por entero de electro.

«En lo que concierne a los dos obeliscos que Mi Majestad a [hecho] revestir de electro para mi padre Amón, para que mi nombre sea duradero y perpetuo en este templo hasta el final de los siglos. Están hechos de una piedra única como es el granito duro y sin empalmes [...] He actuado en favor de Amón en testimonio de mi afecto, como actúa un rey en favor de su dios. Deseaba hacerlos fundir de electro, [pero como era imposible] por lo menos cubrí la superficie de su fuste [con electro].»

La soberana nos informa de que el trabajo fue terminado en sólo siete meses, desde la extracción de los obeliscos en la cantera de Asuán hasta su colocación en su emplazamiento, el último día del cuarto mes de la estación de la Inundación, y que el recubrimiento de electro fue realizado por Puyemre con la ayuda del orfebre Thuty. Las ranuras laterales en las que se introdujeron las hojas de electro todavía son visibles en el que todavía se conserva *in situ*. Su compañero, roto, aún es visible en el camino del lago sagrado representado por su piramidón. Éste conserva la imagen de la reina arrodillada, con el torso desnudo como un joven rey, girando la espalda a la noble imagen de Amón, que está sentado sobre su trono y enfrascado en equilibrar sobre la cabeza de Su Elegida, el tocado *kheperesh* del reino. Estas largas y elegantes, a la vez que impresionantes, masas de granito rojo ocupan cerca de 140 metros cúbicos de piedra, con un peso aproximado de 320 toneladas. Los diez remolcadores utilizados, cada uno equipado con treinta y dos marineros y braceros, descendieron el Nilo vigilados por el oficial Tetiemre, el príncipe Seteptau, intendente de los de This, y por Minmose.

A falta de la presencia de Hatshepsut, que no estuvo mientras tenía lugar el acontecimiento, la atención personal de la reina por el proyecto queda demostrada por su trono y el gran abanico real, visibles sobre la cubierta del navío de cabeza. La chalana de transporte

medía alrededor de 83 metros de largo. El trabajo había sido realizado bajo la responsabilidad del sucesor de Senenmut, que podemos suponer que ya estaba enfermo por esas fechas. Se trataba del nuevo Director de los Trabajos, Amenhotep, que también era nuevo Director de la Casa Real gracias a su reciente ascenso concedido por la reina, que le había pedido que realizara una verdadera hazaña: introducir los obeliscos en la sala hipóstila de su padre. Fue necesario, no sólo abrir una gran brecha en uno de los muros, sino derribar el tejado-terracea y, en la propia sala, echar abajo cuatro columnas en la parte norte y otras dos en la parte sur. Es lógico pensar que la operación inversa, sacar los obeliscos de la sala, no podría ser realizada con facilidad. De modo que, a falta de una solución mejor, cuando Tutmosis III (?) decidió hacer invisibles los dos rayos de sol petrificados, indudablemente privados ya de su recubrimiento de electro, se vio obligado a hacer construir un muro de veintidós metros de altura; los cálculos demuestran que era necesario alejarse de ellos más de cien metros para distinguir los últimos registros.

El final del reinado y el acceso al trono de Tutmosis III

No es mucha la información que ha llegado hasta nosotros concerniente al período localizado entre el decimosexto y el vigésimo segundo año de reinado de Hatshepsut, época durante la cual desaparece por completo el rastro de la reina. Egipto parece seguir disfrutando de la tranquilidad de los años anteriores. Hacia el año 18 se terminaron los relieves de Deir el-Bahari, por más que el edificio nunca fue acabado del todo. La reina ordenó también que se construyeran la mole del octavo pilono de Karnak, por donde debían pasar las procesiones y que así recorrieran una vía triunfal. Tutmosis III reorganizó ese sector del templo, hizo construir muros para bordear el pasaje este (su hijo, Amenofis II, se encargó de adornar con sus hazañas la cara sur del octavo pilono). Sin embargo, la autoridad de Tutmosis se hacía cada vez mayor y en el año 16 y, especialmente, en el año 20, dirigió, en nombre de la faraona, pero también en el suyo propio, una expedi-

ción al Sinaí que dejó rastros en el uadi Maghara. Los dos soberanos aparecen juntos por primera vez, Maakare llevando el *kheperesh* del reinado delante del dios Anuris y Tutmosis III, tocado con el *pshent*, adorando a Hathor. A partir del año 21 Hatshepsut ya no aparece en ninguna representación que nos permita suponer que todavía estaba viva; en cambio, Tutmosis, definitivamente investido con el poder supremo en solitario, se adueñó de la capilla roja de Karnak, en donde hizo grabar sus propios relieves sobre los registros, que todavía carecían de imágenes. Poco después mandó arrancar el revestimiento de electro, en previsión de un empleo futuro en beneficio de su propia obra. También es posible que suprimiera algunas efigies de la reina. Más tarde dio orden de desmontar el monumento para acondicionar en su lugar, en esa parte del templo particularmente atractiva para los ancestros de la dinastía, unos monumentos consagrados a recordar sus altos logros.

Los propios bloques de la capilla roja incluyen alusiones al templo (*Djeser Akhet*) que el sobrino de la reina, con la bendición de ésta, había comenzado a edificar ligeramente al sur del *Djeser Djeseru*, dominando a los dos venerables santuarios de Montuhotep y la faraona. En numerosas ocasiones hemos visto que Hatshepsut nunca, desde el comienzo de su extraña «corregencia», dejó de asociar al joven Tutmosis en todas las fundaciones del reinado. La prueba la encontramos tanto en Nubia (capilla de Kasr Ibrim) como en el propio Egipto, en Karnak y en Deir el-Bahari, por ejemplo; ambos adoran a Amón y durante la Bella Fiesta del Valle, sus respectivos barcos navegan juntos. También los encontramos representados juntos en la capilla roja de Karnak, en los *speos* perdidos del Egipto Medio e incluso en el Sinaí; lo mismo sucede con las estatuas, empezando por algunas de las efigies de Senenmut; sin contar su presencia como coetáneos en adornos arquitectónicos, joyas, escarabeos...

En primer lugar, la desaparición de Senenmut se ha querido achacar, no se sabe bien porqué, a una supuesta venganza de la reina tras haber caído éste en desgracia. Después se acusó a Tutmosis, que queriendo tomar cumplida revancha de su odiosa y usurpadora tía habría hecho destruir las principales obras de ésta. Senenmut habría

sido entonces la víctima del sobrino, que sentía contra el favorito de Hatshepsut un justo rencor. Ninguna de estas hipótesis está sólidamente fundada. En cualquier caso, en lo concerniente al intendente de la soberana, ciertas hipótesis caen por su propio peso cuando comprobamos que, en el templo de Tutmosis III que domina Deir el-Bahari, aparece la figura de Senenmut llevando en el brazo derecho el cartucho del rey. El grupo escultórico del Museo de El Cairo formado por Senenmut con la pequeña Neferure sobre sus rodillas estaba dotado de una inscripción que decía, sin ninguna ambigüedad, que la estatua debía disfrutar de las ofrendas anteriormente de Tutmosis III. Indicios de este tipo nos llevarían más bien a pensar que el devoto consejero de la reina habría dado muestras también de su lealtad hacia el joven rey. De modo que sería bueno que cogiéramos todas las hipótesis sugeridas y nos preguntáramos sobre los supuestos conflictos que habrían enfrentado a los dos «corregentes» y a sus «fieles», mejor que a sus «partidarios».

¿Tan funesto había sido el reinado de su tía cuando Tutmosis III se convirtió por fin en el señor del país, en el año 22, el décimo día del segundo mes de la estación de Peret? Apenas habían transcurrido dos meses cuando, el cuarto mes de la misma estación, Tutmosis pudo, a la cabeza de un ejército bien preparado, realizar la primera de sus diecisiete victoriosas campañas en Asia. Puede que hubiera llegado el momento de demostrar con hechos, allí a lo lejos, el poder del faraón y de atajar posible rebeliones; pero nada de lo que había realizado como soberana Hatshepsut había sido perjudicial para el país ni había sobrepasado las posibilidades del reino de Egipto, antes al contrario.

El «perseguidor» de la faraona

Su momia nunca fue hallada y no se encontraba en las dos «cachettes» reales. ¿Acaso fue enterrada en la amplia tumba —sin decorar— que se excavó para ella en el Valle de los Reyes? Nunca ha aparecido ningún indicio relativo a ella, excepto dos grafitos con tinta, obscenos y degradantes, descubiertos recientemente en una de

las pequeñas capillas rupestres del piso superior de Deir el-Bahari. La intención con la que fueron realizadas estas dos imágenes satíricas —que representan relaciones groseras y ridículas entre dos personas que no pueden ser más que Hatshepsut y Senenmut— dejan ver un tema propio de la época ramésida, que fue cuando se escribió el famoso papiro «erótico» del Museo de Turín. De hecho es a este período al que debemos atribuir las principales destrucciones de imágenes de Hatshepsut —igual que las de Amenofis IV/Akhenatón—, de quien Ramsés suprimió las referencias en las listas reales. No cabe duda de que, al volver a grabar el nombre de Amón hecho desaparecer a martillazos durante la herejía amárnica, Ramsés borró el recuerdo de la reina. En efecto, en los muros de Deir el Bahari podemos ver cortas frases, añadidas a las inscripciones originales por orden del rey, en las que se lee que User-Maat-Re (nombre de coronación de Ramsés II) ha «renovado» *el monumento para su padre Amón*. Además, se puede comprobar que, por lo que a él respecta, Tutmosis III sólo *en muy contadas ocasiones* reemplazó el nombre de la reina por el suyo propio y parece que nunca antes del año 42 de su reinado. Probablemente fuera Ramsés quien sustituyera las menciones de la soberana por las de su hermanastro y esposo Tutmosis II, y por las de su padre Tutmosis I. Este inexplicable comportamiento ha contribuido no poco a hacer casi inextricable cualquier aproximación al excepcional personaje que fue la faraona Hatshepsut.

Hatshepsut, gran soberana e innovadora

Hatshepsut fue la instigadora de innovaciones en las que su sucesor encontró una gran fuente de inspiración. En efecto, no sólo prosiguió la construcción de su templo en el recinto de Deir el-Bahari, sino que, además, terminó el octavo pilono de Karnak. En el año 3 de su reinado recibió del señor del Punt otros cuatro árboles de olíbano que todavía se conservan representados en la tumba de Poyemre. Éste sirvió tan fielmente a Tutmosis como lo había hecho con su soberana y cuando, después de las guerras del conquistador, el tesoro de Amón

fue capaz de proporcionar en abundancia el metal precioso, este mismo Puyemre erigió para el sobrino los obeliscos de electro macizo que no pudo realizar según los deseos de la tía. Su recuerdo quedó conservado en un pesado cilindro recubierto de signos cuneiformes con el nombre de Asurbanipal⁹. Según el asirio, los obeliscos pesaban cada uno 1.250 talentos; es decir, cerca de 37.875 kilos (aproximadamente 38 toneladas). Se los llevó como botín a su país. De modo que fueron cerca de 75.750 kilos de electro (casi 76 toneladas) las que evitaron a la ciudad de Tebas un saqueo completo, como el que generalmente se le supone a los asirios. Otras muchas iniciativas de la reina tuvieron continuación. Inspirándose en su interés por los animales y las plantas de los países «exóticos», Tutmosis trajo consigo, al regreso de sus expediciones en Asia, ejemplares con los que formar o por lo menos representar su conocido jardín botánico de Karnak. El altar solar al aire libre de Deir el-Bahari es el ejemplo en que se inspiró Tutmosis para construir el suyo al norte de su monumento conocido como Akh-Menu, en Karnak. También incluyó su imagen en el santuario oriental en el cual la reina, acompañada por Amón, había instituido una especie de oratorio en donde recibir las súplicas de sus súbditos.

Ramsés II se apropió *in situ* de las últimas innovaciones de la reina, construyendo, no demasiado lejos de su emplazamiento, el templo-capilla de «Amón-que-concede-las-súplicas», al igual que en Abu Simbel, al norte del gran templo, encontramos el altar solar cuyo modelo ya había copiado en Gurna para su padre Seti I.

Pero una de las cuestiones que más preocupaban, y que más investigó la faraona —también Senenmut—, se adelantó mucho a su tiempo, siendo continuada con otro lenguaje por Amenofis IV; se trata del mensaje del misterio osiríaco, revelado a la posteridad. Hatshepsut se atrevió a utilizar su propia imagen del jubileo real como «crisálida» nocturna en la que, como Osiris, llevaba los cetros del dios muerto; pero, además del símbolo de la «renovación» diurna, también llevaba en la mano los signos *ankh* y *was*, símbolos del Sol, señor de la vida. Los sacerdotes de Osiris nunca le perdonaron semejante revelación, que comenzó a desacralizar el impenetrable misterio del que habían sabido rodear el mito y el culto osiríacos.

La mujer en la realeza

Igual que Amenofis IV/Akhenatón, Hatshepsut se había ganado el oprobio de la religión oficial, puesto que en sus monumentos, así como en los de las personas cercanas a ella, se pudo detectar el mono-teísmo latente en el que se inspiró Pahery, príncipe de el-Kab y tutor de los dos hermanos mayores de la reina, para mencionar en los textos de su tumba el destino de los muertos junto a un dios único «Aquel que está en los hombres», el dios de los sabios¹⁰.

«¡Ojalá que puedas alcanzar tu lugar con el Señor de la Vida! [...] Entonces contemplarás a Re en el horizonte del cielo. Verás a Amón cuando se alza [...] Alejarás de ti todo el mal de la tierra, siempre estarás en dulzura de corazón, en el favor del Dios que está en ti.»

Su Gran Sacerdote, Hapuseneb, no estaba en deuda con nadie para tener que dar pruebas de su misticismo:

«He ido hacia mi lugar de duración infinita; mi alma está en el cielo, mientras que mi cuerpo permanece en mi tumba: me he reunido con dios.»

Nunca se le perdonaron a la reina, las libertades que se tomó con un dogma arcaico; como tampoco fueron aceptadas durante mucho tiempo durante el reinado de Akhenatón, que deseaba hacer de ellas el centro de su vida. De modo que sí que hay que atribuirles a Seti I y a Ramsés II la indudable violencia ejercida contra esos dos soberanos; intentaron hacerlos desaparecer de la historia por todos los medios.

Sin embargo, el ánimo y lo bien fundamentadas de estas reformas despertaron el sentido de la oportunidad de Ramsés II. De puertas afuera las condenó y después, como el usurpador con talento que era, las tradujo a un lenguaje simbólico adecuado para no herir las sensibilidades tradicionalistas. Al mismo tiempo que se presentaba como el más furibundo detractor de los «revolucionarios religiosos» perpetuó en cierta manera su obra, de tal forma que el mensaje final de Hatshepsut, en vez de desaparecer, cobró vida.

Parte tercera

La mujer en Egipto

Capítulo primero

La mujer libre y la mujer sometida

La mujer egipcia

Su lugar en la sociedad

Por mucho que nos remontemos en el período de formación de la civilización del Nilo egipcio, cuando algunas criaturas comienzan a expresar, mediante el dibujo —o la plástica—, su preocupación por la supervivencia, siempre encontramos representaciones del hombre o de la mujer, cada uno en la función que les otorgó la naturaleza. El hombre aparece como un guerrero y un cazador, puede incluso que como un mago. La imagen de la feminidad expresa el amor, la fecundidad o la dedicación; es decir, la amante, la madre, la plañidera (o «duelista»), la que provoca el deseo, concede la vida o vela al difunto que se dirige hacia su eternidad. Al representar estos papeles aparece como deseable, respetable y protectora; en cualquiera de ellos, materializa una atracción, una necesidad y un consuelo.

Así, las primeras visiones de la egipcia, fechadas en la prehistoria, son siluetas de formas llenas que destacan, todavía con un énfasis algo desmañado, su feminidad y que, a menudo, llevan un niño en brazos; mientras tanto, las plañideras o bailarinas fúnebres, de caderas tor-

neadas, alzan los brazos elegantemente curvados por encima de la cabeza en un gesto que se perpetuará durante milenios.

Gracias al descubrimiento en las tumbas de finales del neolítico de pequeñas estatuas de hueso y marfil podemos constatar que, ya en esos tiempos, las mujeres se protegían con mantos-capas adornados en un hombro con un trozo de tela plisado; podemos también admirar las formas de un cuerpo cuya silueta se refinó rápidamente y que representa el ideal físico femenino de piernas largas y delgadas, de pelvis esbelta, de cuerpo espigado y pecho erguido. En cualquier caso, ya se trate de mujeres vestidas o desnudas, todas llevan el pelo largo con un encantador peinado de cuidados mechones sujetos mediante una elegante cinta adornada con un nudo detrás de la cabeza. Desde entonces las egipcias ya no prescindirán de esa coquetería recién descubierta y que perdurará a través de los siglos.

¿Qué impresión se lleva el turista al contemplar las imágenes de ese ser seductor que aparece con profusión en los relieves y pinturas de los monumentos o los museos? Desde los primeros visitantes hasta los últimos testimonios anteriores a la llegada de Alejandro Magno, la mirada del viajero siempre se ha detenido en la figura de la mujer, sentada con majestuosidad frente a una mesa de ofrendas, en ocasiones junto su esposo, en comunión para su reposo eterno. Se desplaza libremente, vestida con sobriedad o con estudiada atención, por el campo y los talleres, en la intimidad de sus ocupaciones como madre y también engalanada durante una recepción o una fiesta. Es la igual de su esposo y así es como ha llegado a nosotros, formando junto a su marido —en ocasiones rodeada de niños— los famosos grupos escultóricos en bulto redondo depositados en las capillas de las tumbas. En vano se han querido interpretar las diferencias de tamaño o de actitud del dúo, incluso la posición de los brazos, como la prueba de una dependencia o desigualdad, pero cuando se profundiza en ella la hipótesis cae por su propio peso. Tanto la postura, con el hombre sentado y la mujer en pie (aunque también existen casos en los que se intercambian estas posiciones), como las proporciones del hombre, en la mayoría de las ocasiones dominando a las de su esposa, representan más bien la mayor estatura del esposo y la menos fuerte complexión de su cónyuge.

La mujer libre y la mujer sometida

Tipo físico, coquetería y modas

Estos grupos escultóricos subrayan, de hecho, una circunstancia que era uno de los mayores deseos de todo egipcio, ya fuera hombre o mujer: la estrecha relación existente entre los miembros de una pareja y lo apegados que estaban a la unidad familiar.

Cada objeto del antiguo Egipto pone de relieve la belleza camito-semita —a menudo casi europea— y la natural elegancia del tipo físico de sus habitantes; aumentados si cabe en el caso de la mujer, con la tez por lo general más clara que la del hombre, merced a un cuidado en la vestimenta y a una coquetería que deja ver un innegable deseo de gustar.

Se trata, evidentemente, de representaciones de la mujer ideal de la clase alta de la sociedad; pero es un ideal hacia el que se tendía, esforzándose por acercarse a él lo más posible: esbelta, de pecho pequeño y con las piernas largas, unas proporciones ya perceptibles en la prehistoria. Había que evitar la gordura y desde luego no es en las sepulturas de las damas de la alta sociedad donde se han encontrado copas llenas de «cabellos de la Tierra», los rizomas de unas plantas acuáticas, *ciperaceas ninfáceas*¹, adecuadas para proporcionar las redondeces que gustaban a ciertos notables de pequeña categoría. Las campesinas, más expuestas al aire que las damas de la alta sociedad, en ocasiones tenían una tez bronceada, en contraste con la piel casi nacarada de la mayoría de las nobles tebanas.

Los mayores cuidados los recibieron en primer lugar los peinados, en los que se utilizaron muy a menudo juegos de mechones trenzados u ondulados. Según las épocas y el rango social, las pelucas rodeaban el rostro con una masa corta pero favorecedora o los enmarcaban con una capa voluminosa que en ocasiones llegaba más abajo del pecho. Las cintas y las flores eran el complemento de esos ornamentos, básicos para la seducción. También los vestidos, desde el más discreto al más sofisticado, desde la simple túnica hasta el precioso vestido de lino plisado, evolucionaron siempre siguiendo los mismos principios de líneas simples y de un refinamiento del que quedaban excluidos el exceso y los elementos recargados; pero también fue una preocupación

La mujer de Egipto

constante moldear el cuerpo femenino sin falsos pudores. Durante los Reinos Antiguo y Medio casi siempre dos anchos tirantes sujetaban el ajustado vestido de lino, en ocasiones mostrando un escote en V que, en el caso de las sirvientas y, más tarde, de las plañideras a sueldo, podía dejar los pechos al descubierto. Las joyas, grandes cuentas alrededor del cuello, o anchos collares en forma de gorguera, se completaban con brazaletes de estilo geométrico (Fig. 29). La cinta de la cabeza podía ser, en el caso de las nobles damas, de oro con decoración floral. Desde que los invasores hiksos los introdujeran junto con otros adornos, los pendientes fueron utilizados por los egipcios. De igual modo, a comienzos del Reino Nuevo, tras las primeras conquistas realizadas en las cercanas regiones de Asia, en donde los egipcios encontraron un lujo y una profusión de riquezas a las que no estaban acostumbrados, asistimos, en todos los campos, a un cambio de la moda que se tradujo en una mayor preocupación por la utilización de los materiales y las formas, pero nunca en un exceso de detalle ni en tonos agresivos.

Los peinados de las mujeres se convirtieron en verdaderas creaciones en las que, para las grandes ocasiones, reaparecían las cintas y las trenzas variadas, que formaban una capa en la que los juegos de luz revalorizaban el preciosismo de los mechones trenzados de diferentes maneras, a menudo coronados por el flexible tallo de una flor de loto que se abre sobre la frente. El color negro de la peluca contrastaba con las elegantes caídas del lino plisado y, en muchas ocasiones, transparente, de los largos vestidos de anchas mangas, hechas de una especie de chal con listas anudado sobre los senos y cuyos faldones se confundían con los del vestido, que llegaba hasta el suelo. El lujo alcanzó su



FIG. 29. Diadema de Nofret y brazaletes de Heteferes

La mujer libre y la mujer sometida

apogeo durante los reinados de Amenofis III y Amenofis IV; época en la que un verdadero «pañó mojado» cubría el cuerpo con su plisado. Ese suntuoso vestido, cubierto en muchas ocasiones por un manto del mismo estilo, perduró hasta el final de la época ramésida. Pese a todo, las egipcias nunca se excedieron, excepto, quizá, durante las fiestas y banquetes en los que los perfumes y ungüentos eran derramados con profusión sobre los invitados. La parte superior de los bellos vestidos de resplandeciente blancura tomaba entonces el color ambarino de los aceites de olor y de los conos de grasa de perfumes embriagadores, destinados a fundirse lentamente desde la parte superior de la peluca:

*«[He aquí] un vestido blanco,
Bálsamo para tus hombros,
Guirnalda de flores para tu cuello.
[Llena tu] nariz de salud y alegría;
[Sobre la cabeza] ponte perfumes [...]
Pasa un día de fiesta.»*

Dado el inconveniente que supondría que los ungüentos mancharan las finas túnicas en cada fiesta, esta descripción podría interpretarse como la descripción de las mujeres que asistían al *banquete funerario*; sin embargo, los textos poéticos hacen muchas alusiones a esas grasas de olor que impregnaban la tela de los vestidos utilizados en diversos acontecimientos:

*«Te deajo ver mi belleza
En una túnica del más fino lino real
Impregnada de esencias balsámicas,
Y empapada en aceite perfumado.»*

Tenemos también este deseo de enamorado:

*«¡Si pudiera ser su lavadero!
¡Sólo durante un mes!
¡Mi alegría sería lavar los aceites
De moringáceas [que impregnan] su traslúcido vestido!»*

La mujer de Egipto

De modo que los vestidos de las damas siempre fueron de lino blanco. El único toque de color aparecía en la decoración de los ceñidores, probablemente tejidos. En ningún caso se ve a las egipcias engalanadas con los atavíos de volantes, con bordados y adornados de infinidad de colores, típicos de las mujeres de Oriente Próximo. Y, sin embargo, esas vestiduras llamaron la atención de los súbditos del faraón que, desde muy temprano, gustaron de representarlas en sus pinturas decorativas. Así fue como, durante el Reino Medio, un nomarca² de Beni Hassan hizo representar en su capilla rupestre el desfile de las beduinas que le visitaron acompañando a sus esposos. Sus vestidos rectos, que llegaban a media pantorrilla, tenían dobladillos festoneados, dejaban al aire uno de sus hombros y estaban adornados con lunares, lazos y diversos motivos geométricos con los que los egipcios hubieran decorado sus tapices, pero ciertamente no sus ropas. En esa misma época vemos aparecer en los vestidos de las «porteadoras de ofrendas» —quizá imitándolos— una decoración en forma de rejilla, ya sea bordada o pintada, que creaba un efecto original y muy elegante.

Las más acomodadas llevaban unas sandalias que no eran más que una suela sujeta mediante cortas correas de cuero. En el Reino Nuevo su uso se hizo más habitual y, durante el período ramésida, su perfil, con la parte anterior levantada, prefiguraba el estilo «a la *poulaine**». Realizados con piel blanca, podían estar adornados con incrustaciones de cuero teñido e, incluso, con florecillas de oro.

Una descripción, por breve que sea, de la mujer del Nilo no estaría completa si no se hiciera alusión al maquillaje, en principio verde y después negro, utilizado para resaltar todavía más la intensidad de unos ojos ardientes cuyo iris estaba a menudo desplazado hacia la parte superior de la córnea, lo que les confería una mirada de lánguido encanto. Podremos ver con más detenimiento todos los tarros de perfumes y de ungüentos de las damas de la alta sociedad cuando nos introduzcamos en sus casas.

* Zapatos con la punta retorcida (N. del T.).

El estatuto general de la mujer

La igualdad entre el hombre y la mujer

Así era como se presentaba, según todos los indicios, la mujer egipcia, afortunada ciudadana de un país en el que la igualdad entre los sexos parece haber sido considerada, desde los primeros instantes de esa civilización, como un hecho natural y tan profundamente arraigado que no parece que nunca supusiera un problema. Ya en una época muy temprana de la historia de Egipto, Merikare deja constancia de ello en sus *Instrucciones*, cuando declara que los seres humanos, «*el rebaño de Dios*», goza de una suerte envidiable. «*El creador hizo el cielo y la tierra para ellos, rechazó para ellos la amenaza de las aguas, e hizo el aliento para que vivan sus narices, puesto que son a su imagen y semejanza, salidos de sus miembros. Brilla en el cielo para ellos, igual que para ellos hizo las plantas, los animales y los peces, para alimentarlos.*» A imagen de las parejas divinas, los humanos disfrutaban de la paridad de la creación, cuyo concepto está profundamente enraizado en las creencias religiosas egipcias. No podíamos esperar menos de un pueblo que hizo de la diosa Isis la «Dama del género humano», la hermana atenta, la esposa fiel y la amante solícita, convertida en maga para inventar, con su talento, los medios de perpetuar la virilidad perdida de Osiris más allá de su muerte y realizar la sucesión desde éste a su hijo. La noción de igualdad entre los dos sexos estaban tan arraigada en las costumbres del país del Nilo que se introdujo en la antropomía, donde se daba el caso de que un nombre propio podía designar tanto un hombre como a una mujer.

De modo que Egipto fue durante la Antigüedad, el único país que dotó a la mujer de un estado legal igual al del hombre; algo que se puede comprobar sin dificultad durante todo el período de Reino Antiguo y de manera mucho más clara durante el Reino Nuevo. ¿Sucedió lo mismo durante el Reino Medio, una época importante de reconstrucción nacional entre dos sombríos períodos de desorden? Algunos indicios podrían llevarnos a constatar un cierto retroceso en ciertos derechos reconocidos de la mujer; pero no se trata de algo

completamente seguro y la falta de documentos de relieve es el principal factor de vacilación o de duda a este respecto. Un estricto estudio cronológico de los hechos es difícil. Sin contar con que los testimonios encontrados, todos fragmentarios, no han permitido hasta el momento reconstruir la biografía completa de una dama egipcia conocida. Sin embargo, la calidad de los textos basta para que podamos hacernos una imagen general de sus prerrogativas. Ya a finales del siglo XIX, Reveillu y Paturet, especialistas en derecho egipcio, habían trazado las líneas maestras de la posición social de la mujer a orillas del Nilo a través del estudio de los textos demóticos de los últimos siglos anteriores a nuestra era (desde entonces, la investigación ha continuado interesándose en las épocas anteriores, mucho menos prolijas, sobre todo y recientemente, gracias a los estudios de Théodoridès, Allam y Pestman). Todo parece confirmar que las egipcias, jurídicamente las iguales de los hombres, recibían el mismo trato que ellas. Lo mismo sucedía entre hijos e hijas. La mujer podía poseer bienes, realizar adquisiciones, contratos o comprometerse por escrito con total libertad. Es cierto que la madre era el corazón de la familia, pero no era de ahí de donde provenía su autonomía. Desde que nacía poseía plenos derechos y su matrimonio y sus alumbramientos no suponían *ninguna* modificación en este estado de cosas. Desde el momento en que alcanzaba la mayoría de edad³ o se casaba, tenía plena y completa libertad; pero parece que una niña podía contraer obligaciones legales desde el momento en que era capaz de apreciar el significado y evaluar las consecuencias de las mismas.

La libertad de la mujer

La mujer egipcia no conocía la tutela a la que se veía obligada la mujer romana, siendo el *poder de sus progenitores* —principalmente el padre— más que nada una *protección* para ella. En materia de herencia, las transmisiones eran idénticas tanto para el hombre como para la mujer. También da la impresión de que la mujer egipcia fue —respetando ciertas reglas, entre ellas el consentimiento paterno— relati-

La mujer libre y la mujer sometida

vamente libre a la hora de elegir a su futuro esposo. Esta independencia era tan grande en los últimos momentos de las dinastías originarias del país, que abusaron de ella; hasta tal punto que Sófocles y Eurípides, en muchas de sus obras, describieron a los egipcios diciendo de ellos que «*permanecían sentados en un rincón de su hogar mientras la mujer se encargaba de todos los asuntos de la casa*». La reacción contra esta libertad tuvo lugar gracias a la preocupación de Ptolomeo Filopator, quien hizo públicos sus famosos *Prostagna*, modificando parcialmente el derecho egipcio para regresar a la noción de igualdad entre los dos sexos, poniendo fin a una situación de la que las mujeres se habían aprovechado hasta el exceso.

La capacidad jurídica de la mujer libre

Las virtudes de la mujer

La noción de «casta» no parece haber existido en Egipto y, con excepción de la sirvienta-esclava, a la mujer se le reconocen todas las prerrogativas de las que gozaba el hombre. Igual que éste, es citada por su nombre que, a partir del Reino Medio, aparecerá precedido, si está casada, por la expresión *nebet-per*, que significa «señora de la casa». Es el título que toda jovencita aspira a conseguir; así se expresa una de ellas:

*«¡Oh tú, el más bello de los hombres!
Mi deseo es [preocuparme de tus bienes],
[Convirtiéndome] en la señora de tu casa.
¡Que tu brazo descanse sobre mi brazo
Y que mi amor te sirva [así]!»*

La mujer de clase media, ciudadana de un poblado o una ciudad importante, a menudo era llamada una *ankh-en-niut*, una «habitante de la ciudad». Esta ciudadana libre propietaria de bienes era una *nemehyt* y si, como sucedía en ocasiones, adoptada a los hijos de una

de sus sirvientas-esclavas a las que se le reconocía el derecho a poseer bienes, los «libertos» se convertían a su vez en *nemehu*.

En muchas ocasiones se ha pretendido que la mujer no disfrutaba, en la época de las pirámides, de unos derechos tan amplios como durante el período de las grandes conquistas de los Tutmosis y los Ramsés. Pero, de hecho, parece que su posición no era menos satisfactoria en esos primeros momentos. Sus prerrogativas eran considerables, indudablemente iguales al respeto que le era debido.

Más adelante veremos en qué condiciones jurídicas... y afectivas, podían casarse las egipcias, pero podemos destacar desde ahora que, durante el Reino Antiguo, su posición legal era por completo equivalente a la del hombre; sin embargo, se le exigían unos requisitos para su matrimonio. En primer lugar, ser virgen y, en segundo, conservar el estado de mujer casada, es decir, no cometer adulterio. Respecto a esta segunda condición veremos los diversos arreglos a los que se llegaba, pero el castigo que las esperaba era la muerte. No se han encontrado indicios de que alguna vez se aplicara un castigo tan expeditivo; en cambio, los cuentos populares nos ofrecen una visión de ellos, como para recordar la amenaza y hacer que las mujeres volubles recapacitaran. Así por ejemplo, la *Historia del marido engañado*⁴, contada a Keops para distraerle, era una seria advertencia. Se trata de la mujer de un mago (sacerdote lector) llamada Ubaone que organizó un encuentro galante con un lugareño de los alrededores del que se había prendado (lo que demuestra su libertad). Traicionada por el jardinero de su esposo, sufriría la implacable venganza de éste. Gracias a sus conocimientos, el mago dio vida a un cocodrilo de siete dedos de largo fabricado con cera. Tras los jugueteos amorosos de la pareja en el pabellón del jardín, el amante, «cuando llegó la tarde, se dirigió al estanque con agua. Entonces el servidor arrojó detrás de él, en el agua, al cocodrilo de cera. Este se transformó en un cocodrilo de siete codos y se tragó al personaje»; después, por orden del rey, se lo llevó al fondo del agua. En cuanto a la esposa del sacerdote mago, «el rey hizo que llevaran a la mujer Ubaone a un terreno situado al norte del palacio, la hizo quemar y después sus cenizas fueron arrojadas al río.»

Este castigo era mencionado a título de ejemplo, algo que no sólo se da en el Reino Antiguo. El *Cuento de los dos hermanos*, del período ramésida, está formado por las increíbles aventuras sufridas por una mujer con evidentes deseos adúlteros que fue rechazada por el hermano pequeño de su marido, al que había intentado seducir, igual que José lo fue por la mujer de Putifar. El hermano mayor, cuando supo por fin la verdad, mató a la provocadora, quien le persiguió con todas las formas que tomó en cada uno de los intentos de destrucción realizados por su esposo. En cualquier caso, resulta evidente que se exigía fidelidad a la esposa y que transgredir esa norma era una falta grave⁵.

Propiedad libre, legados y testamentos

¿Una independencia constante o con altibajos?

Ya en la III dinastía, la dama Nebsenit, madre del alto funcionario Methen, tenía toda la libertad para usar y disponer de su patrimonio, e hizo por tanto testamento en favor de sus hijos (la parte de Methen era de cincuenta aururas). Está claro que cada uno de los miembros de una familia: padre, madre e hijos, poseía sus propios bienes y disponía de ellos según quería. La mujer no se encontraba, ni bajo la autoridad de su marido, ni bajo la de su hijo primogénito. No sufría ninguna tutela, siendo su igual tanto en dignidad como en derechos legales. Podía heredar de su esposo igual que sus hijos. La igualdad sucesoria de los hijos e hijas confirma la igualdad jurídica de los dos sexos. Por eso una mujer tenía plena capacidad para adquirir, igual que un hombre, un bien inmobiliario. Sabemos del respeto que profesaban los hijos por sus progenitores, algo que apenas ha cambiado en Egipto desde la Antigüedad, pero se trata de disposiciones voluntarias ya que, como hemos mencionado, el poder paterno no podía ejercerse sobre niños mayores de edad.

En cambio, da la impresión de que la mujer —por lo menos desde finales del Reino Antiguo— podía no verse encargada de la

tutela de los hijos pequeños en caso de deceso del padre. En el Reino Medio un papiro de Kahun nos llevaría a pensar que un hombre podía imponer, en el caso de que llegara a morir, un tutor a su mujer para aquellos de sus hijos que fueran menores. El texto añade: «*En cuanto a mi tumba, quiero ser enterrado junto a mi mujer, prohibiendo a cualquiera que se oponga a ello.*» Si faltaban los hijos, las hijas podían encargarse del culto funerario de sus progenitores y, de este modo, hacer «revivir su nombre». Mencionemos, sin embargo⁶, que si una estela está dedicada por una hija al *ka* de una difunta y después al *ka* de su esposo, se debe a que la mujer representada sí es su madre, pero el hombre sólo es su padrastro.

Muchos historiadores⁷ han creído apreciar una disminución en los derechos de la mujer durante el Reino Medio; pero eso sólo ocurre en contadas ocasiones. Un papiro de Kahun relativo a un testamento y fechado en el año 39 de Amenemhat III, incluye la prueba de la anulación de una herencia legada inicialmente por un hombre a su esposa. Habiéndose divorciado posteriormente, anuló ese acto y lo rehizo en favor de la esposa con la que acaba de casarse.

«Transmito mi oficio de filarca a mi hijo Imyotef, hijo de Meri, llamado Iuseneb, a condición de que sea el "báculo de mi vejez", puesto que ya no soy firme [...]. En cuanto a las actas de transferencia que con anterioridad establecí en favor de su madre, son revocadas; y en cuanto a mi casa, situada en la región de Hatmadet (?), será para los hijos que pudieran nacer para mí y para Satnebet-Nenisu, la hija del guarda del consejo del distrito, con todo lo que ella contiene [...].»

En cambio se puede apreciar hasta qué punto, a comienzos de la XIII Dinastía (hacia el 1785 a.C.), una mujer casada disfruta de una independencia jurídica completa, que le permitía incluso llevar ante la justicia a su padre para proteger sus propios intereses. Por ejemplo, Tehenut presentó una querrela contra su progenitor, que había favorecido a su segunda esposa en detrimento de los hijos habidos en su primer matrimonio:

La mujer libre y la mujer sometida

«Mi padre a cometido una irregularidad (?). Hay en su posesión objetos que me pertenecen [y que] mi marido me dio. Pero él (el padre) se los ha legado a su [segunda] mujer Senebtisi.

»;Puedo recuperar mis bienes⁸?»

Las herencias

En caso de deceso, los bienes del difunto, como está escrito, pasan a los familiares que le sobreviven; los hijos legítimos reciben cada uno una parte igual, sin que se tenga en cuenta su sexo, como ya hemos mencionado. Si carece de descendencia, todo va a parar a la esposa.

Se dio el caso de que un padre pudo «testar sobre una parte de sus bienes, dejando a la ley ocuparse del resto con igualdad.» Así nos lo dice una estela de El Cairo⁹, según la cual un padre quiso favorecer a su hija preferida «*que había sido buena con él*», haciéndole una donación especial sin privarla por ello de la parte que recibiría de la herencia a repartir entre sus hermanos y hermanas. Para explicar lo bien fundado de esas prodigalidades, la beneficiaria reconoce, con un candor simulado, una intención divina: «*¿Qué es dios, se pregunta, sino los padres?*».

En un caso extremo, una mujer podía desheredar a algunos de sus hijos disponiendo libremente de sus propios bienes, recibidos en herencia o conseguidos fuera de los haberes conyugales. Éso es lo que hizo una mujer de condición modesta, Naunakhte, casada con un obrero de la necrópolis tebana¹⁰. La principal beneficiaria será una de sus hijas, mientras que deshereda a tres de sus hijos. Estos son los argumentos que da en su testamento:

«He criado a estos ocho [hijos], vuestros servidores, proporcionándoles todo el equipo [para fundar un hogar], formado por todas las cosas que se constituyen para aquellos que se encuentran en su situación. Pero mirad, me he vuelto vieja y mirad, ¡ellos no se ocupan de mi a cambio! En cuanto a todos los que han puesto sus manos sobre las mías, les daré mis bienes, pero en cuanto al que no me ha dado nada, no le daré mis bienes» (sigue la lista de los testigos).

Sin embargo, esos ejemplos de ingratitud no parecen haber sido frecuentes.

Actas jurídicas

Mientras que en la misma época en Mesopotamia los derechos sucesorios de la mujer eran muy restringidos, en Egipto eran oficiales. El caso más célebre que ha llegado hasta nosotros, y en el que aparecen mujeres con capacidad para recibir una herencia, es el famoso proceso de Mes, concerniente a unos beneficios militares concedidos en tiempos por el rey Ahmose (comienzos de la XVIII Dinastía). El bien constituido en copropiedad era inalienable¹¹. Pese a que así estaba estipulado, los derecho habientes sucesivos no tardaron en reclamar su parte individual. Durante el reinado de Horemheb (finales de la XVIII Dinastía), la corte del visir los autorizó, pese a la cláusula, a recibir cada uno su parte. El proceso se prolongó y henos aquí ahora ¡durante el reinado de Ramsés II! La causa, siempre pendiente de resolución, se estancó en la Corte suprema de justicia durante años, y ahora enfrentaba a numerosas mujeres, descendientes del primer propietario de los bienes raíces, de las que una había sido nombrada administradora de todos los bienes en litigio: la dama Urneru, que representaba a los coherederos, entre ellos a sus propios hermanos pequeños. Todas tenían la capacidad de heredar su parte y acudir a la justicia. Eso fue lo que hizo la madre del conocido Mes, que consideraba que había sido desposeída de la parte que le correspondía por derecho. Se observaron irregularidades en el proceso y se apreció que los archivos habían sido falsificados en los registros de la administración central. Durante el proceso, las diferentes hermanas rechazaron las decisiones del reparto... sin necesitar para ello la autorización de sus esposos respectivos.

En el Egipto faraónico la mujer actuaba bajo su propia responsabilidad, sin el consentimiento de un tercero o, si estaba casada, de su esposo (Fig. 30).

De modo que podía llegar libremente a un acuerdo privado con un interlocutor cualquiera, ya fuera hombre o mujer. Conocemos el

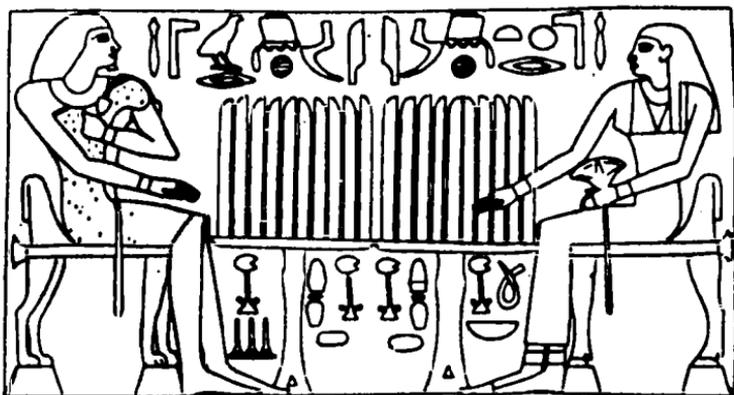


FIG. 30. Igualdad completa entre el hombre y la mujer, aquí sentados en la mesa delante de una «comida» funeraria. (Época de las pirámides).

caso de una mujer que se puso de acuerdo con un ciudadano para alquilarle el trabajo de una sierva durante diez días a diez unidades de plata por día... a cambio de un recibo convenientemente firmado por la dama. Esto ocurrió el vigésimo quinto día del cuarto mes del quinto año del reinado de Akhenatón.

Delitos

Cuando se comete un delito, la mujer es perseguida por la autoridad competente sin intermedio de ninguna tutela. Ése fue el caso de una aldeana en el domicilio de la cual, pese a sus negativas, se recuperaron objetos robados. A falta del veredicto del tribunal local, que fue incapaz de fijar una pena, para aplicar a la ladrona un castigo ejemplar, la autoridad superior a la que se recurrió se basó en el castigo impuesto tiempo ha, en condiciones análogas, a la esposa de un funcionario.

La difamación era un delito juzgado por los tribunales rurales. Un día un personaje importante fue calumniado por una mujer y tres hombres. Todos ellos fueron condenados a una paliza con varas de

madera y la mujer no fue perdonada. Del mismo modo, algo más tarde, pero también en el período ramésida, durante el procedimiento judicial organizado tras el robo de una de las tumbas reales, los acusados, de uno y otro sexo, fueron tratados... y maltratados del mismo modo.

No obstante, poseemos pruebas de que —en el caso de la clase media— ciertos castigos infligidos a las mujeres eran menores que para los hombres. Así por ejemplo, un falso testimonio a menudo significaba el exilio de un hombre a la ciudad de Toske o de Aniba, en Nubia. Por el mismo delito la mujer podía ser asignada a la servidumbre («reducida al barrio de los sirvientes»).

Aunque por regla general la mujer actuaba libremente, sin el consentimiento de ningún representante masculino de la familia, ciertos textos nos permiten sospechar que —por lo menos en el caso de las clases más humildes de la sociedad— es posible que la esposa *pudiera* sufrir el castigo junto a su marido, en el caso de éste cometer algún delito merecedor de sanción. Esa es la amenaza con la que Seti I intentó intimidar a los eventuales ladrones del ganado del templo de Abidos: el delincuente sufriría la pena prevista para los ladrones —ablación de los cartílagos de la nariz y las orejas—, pero además el rey se ocuparía de «*que a continuación fuera puesto como cultivador en los terrenos del templo, mientras que su mujer y sus hijos se convertirían en servidores*». Semejantes amenazas debían disuadir a los egipcios de caer en la tentación, que colocaba la existencia de un armonioso ambiente familiar en primer lugar de sus preocupaciones, sintiendo por los suyos un afecto real y muy profundo.

La mujer en la servidumbre

La sirvienta

La lectura de los cuentos populares y la contemplación de las escenas de la vida diaria representadas con profusión en los muros de las capillas funerarias, describen los terrenos y las residencias de los

La mujer libre y la mujer sometida

terratiente o de los ciudadanos que empleaban a un abundante personal. De modo que en ocasiones es difícil distinguir entre la mujer de la servidumbre que vivía con la familia del dueño y la que estaba obligada por unos vínculos diferentes. Igual que sucedía en Egipto hace muchos lustros (algo que hoy en día es cada vez menos frecuente), las familias de subordinados y sus hijos casi formaban parte del hogar de aquellos que los empleaban y les eran fieles. Las disputas domésticas eran frecuentes dentro de la casa y, en ocasiones, llegaban hasta las habitaciones de la señora de la casa, que podía tener que quejarse de la agresividad o las exigencias de tal o cual rebelde, disfrutando entonces de una evidente independencia para resolverlos. Lo que no impide que, llegado el caso, la culpable recibiera un castigo corporal.

La «sierva»

No obstante, no podemos excluir en Egipto la existencia de una especie de condición de servidumbre —en modo alguno comparable a los excesos de la esclavitud de los griegos y los romanos—, pero que parece haber privado de una parte de su libertad a determinadas categorías de individuos, hombres o mujeres.

Numerosos factores sustentaban la noción de servidumbre en Egipto. En primer lugar la «corvea», de la que nadie estaba exento. En efecto, ciertas tareas eran inherentes al régimen geográfico en el que vivía el país, como la inundación anual, para la que había que preparar los terrenos adecuados, vigilar el buen estado de los canales y luchar contra sus perjuicios. La solidaridad exigida a todos los habitantes durante períodos limitados de tiempo para las grandes obras, entre ellas, naturalmente, la construcción de los monumentos reales, empezando por las pirámides, debía aplicarse imperativamente durante ciertas estaciones*. En ocasiones había algunas deserciones:

* Hoy día se sabe, gracias a descubrimientos realizados por R. Stadelmann en la Pirámide Roja de Dashur, que las pirámides permanecían en construcción durante todo el año (N. del T.).

La mujer de Egipto

naturalmente los que huían eran capturados, ya fueran hombres, mujeres o, en ocasiones, parejas, a las que no se separaba de sus hijos.

Una segunda categoría de delincuentes de ambos sexos también era susceptible de encontrarse parcialmente privada de libertad, los condenados de derecho común.

La compra de una «sierva»

En la mayor parte de las ocasiones, esta servidumbre era aplicada a extranjeros traídos a Egipto, ya fueran prisioneros de guerra solteros o acompañados por sus familias. Los egipcios que no se habían beneficiado de los efectivos de prisioneros concedidos por el faraón en recompensa por el valor demostrado en combate, podían recurrir a los mercaderes sirios que, principalmente durante el Reino Nuevo, ofrecían una empleada doméstica reclutada a buen precio lejos, en su país. Como hay que decirlo todo, parece que de las personas que eran «siervos» pertenecientes a estas tres categorías, los que eran tratado con más benevolencia eran los de origen extranjero. Su suerte era relativamente similar a la de esos raros egipcios que se «vendía» y entraban a formar parte de una especie de «mercenariado» voluntario, en la mayor parte de las ocasiones para pagar una deuda. Cuando se trataba de una mujer, quedaba bien estipulado en el acto de venta que esta situación recaía también en los hijos que engendrara con su marido... o con el señor de la casa a la que acaba de quedar ligada.

La adquisición de una «sierva» era (como en el caso de un hombre) registrada oficialmente en una oficina del gobierno. La mayoría de las mujeres quedaban afectas a residencias, algunas entraban al servicio de los almacenes del templo —formaban parte de las *meryt* y de las *hemut*—, y llevaban la cabeza completamente afeitada, excepto una coleta en forma de «rabo de cerdo».

Las mujeres extranjeras, sin duda llegadas en épocas muy tempranas a Egipto como consecuencia de campañas militares, eran un apreciable contingente abocado a ese estado de sumisión. También se había convertido en algo habitual ver llegar a la capital, como quedó

La mujer libre y la mujer sometida

recogido en los muros del templo de Sahure, en la V Dinastía, a las mujeres y los hijos de los jefes libios capturados, desfilando acompañados por ovejas y cabras, mientras eran registrados por la diosa Seshat, que los contaba.

El relato conocido con el título de *Admoniciones*, contemporáneo del primer gran período de desorden social ocurrido a finales del Reino Antiguo, nos permite comprobar la naturaleza y el grado de tolerancia que caracterizaba la condición de los «siervos», cuyo estado todavía no se nos aparece claramente y que dependía de los diversos empleos a los que fueran asignados.

*«¡Mirad, el hombre de noble origen,
Ya no se le ve!
¡El niño nacido de su mujer
Es tratado como el de una sirvienta!»*

Y los «nuevos ricos» tampoco tienen el menor respeto por los antiguos señores:

*«Mirad, los sirvientes hablan ahora con libertad.
¡Cuando la señora habla, los miembros de la servidumbre no le prestan atención!
¡Mirad la que no tenía ni una caja,
Ahora posee un cofre,
Y la que no podía contemplarse más que en el agua,
Posee ahora un espejo [...]!»*

Corveas y la «Gran Prisión»

Sin embargo, pasada la revolución, los faraones fundadores y señores del Reino Medio se hicieron con las riendas del país con más firmeza si cabe que anteriormente, y la severidad se convirtió en regla. Un papiro¹² nos revela que los condenados a la servidumbre de la prisión eran, sobre todo, encarcelados en la Gran Prisión, una especie de

campo de trabajo en donde egipcios y extranjeros convivían en condiciones de igualdad. Se habían convertido en trabajadores gratuitos y su condición podía ser transmitida de generación en generación. Se sabe que las mujeres —sin estar obligadas a los duros trabajos del campo— estaban sujetas a la «corvea» obligatoria. El registro de los encarcelamientos de la prisión menciona el caso de Teti, hija del campesino Sianhur, al servicio del escriba de los campos de This, que no había realizado la labor encomendada y que además había huido. El medio empleado por la administración para asegurar el regreso de la fugitiva fue simple, se limitaron a encerrar a su familia; de modo que nuestra fugitiva, obligada por su sentido de la responsabilidad familiar regresó para convertirse en prisionera. Todos sus seres queridos fueron liberados ¡Esperemos que la pena de Teti no fuera demasiado severa!

El mismo documento registra otro acontecimiento muy típico, relacionado con el tema que nos ocupa: la venta, durante la XIII Dinastía, en el año 1 del rey Sebekhotep III, de noventa y dos servidores (hombres y mujeres) de esta clase concreta a Ha-Ankhef, intendente de los campos tebanos. Al año siguiente se los cedió a su esposa Senebtisi, transmitidos, todo hay que decirlo, como si fueran simples objetos. En la lista que acompaña el derecho de propiedad de estos «servidores» aparecen muchos nombres extranjeros. Además, en el registro de inscripción se indica si eran «semitas de Siria» o «semitas de Palestina». También se especifica su especialidad; se observa entonces que los egipcios de la lista apenas poseen formación y llevan nombre «plebeyos», sin patronazgo divino. En cambio, los extranjeros, que eran de una clase muy superior, tenían oficios reconocidos, motivo por el que a menudo eran mejor tratados que los egipcios; además de porque no eran prisioneros de derecho común.

Extranjeras y prisioneras de guerra

W. Hayes, que fue quien publicó ese importantísimo papiro, señala la ausencia de guerras contemporáneas al documento, y se pregunta si esos asiáticos —igual que José, que fue vendido por sus her-

manos— no llegaron a Egipto por medio de los mercaderes, que en esas fechas ya causaban estragos. Desde el momento en que quedaban instalados en los dominios señoriales, las sirvientas de este tipo se integraban entre los miembros de la familia. Nunca se separaba a los hijos de su madre y las mujeres no sólo se beneficiaban de una cierta libertad sino que, además, estaba prohibido hacerlas trabajar en los días de mucho calor.

Por el mismo procedimiento, habitantes del Punt fueron introducidas, en fecha tan temprana como el Reino Antiguo, en el gran harén de Miur, en calidad de *hemut* y sobre todo de *mery*, o incluso de *isuu* y de *bakut*, apelativos que no nos permiten ni apreciar ni precisar su grado exacto de servidumbre.

Los escritos y documentos del Reino Nuevo, más abundantes que en épocas precedentes, nos permiten hacernos una idea de esa condición cuyos contornos todavía permanecen poco definidos. Podemos ver entonces que esos «trabajadores», de una categoría especial, son en su mayoría de origen extranjero; siendo las guerras del faraón las grandes proveedoras. Los anales de Amenofis III, el rey más insensible de todos los soberanos que tuvo Egipto, nos informan de que tras una sola de sus campañas asiáticas introdujo en su país a 838 mujeres como botín de guerra: «Guerreros *maryanu*, 550, con sus 240 mujeres [...], *“hijos hembras”* de los príncipes, 328; *cantantes de los príncipes de todos los países extranjeros*, 270.» Se deja perfectamente claro que estas mujeres traían consigo sus bienes más preciados, es decir, sus joyas. El faraón se preocupaba de ellas desde el momento mismo de su captura, puesto que las bellezas orientales eran muy apreciadas a orillas del Nilo. Las menos atractivas no pasaban a formar parte ni del palacio¹³, ni de las haciendas de los grandes personajes, sino que a menudo se integraban en las fundaciones religiosas como cantantes, bailarinas y sirvientas. De igual modo procedieron Horemheb, Seti I y más tarde Ramsés II, quien se preocupó, además, de hacerlas «marcar» con su nombre. La fabricación de telas era trabajo de las mujeres; el trabajo del campo, el cuidado del ganado, la recogida del trigo, la fabricación de ladrillos y la albañilería eran cosa de los hombres. Desde el momento mismo de su captura se ocupaban constante-

mente de su seguridad. Así por ejemplo, cuando una de ellas, agotada tras la larga marcha, dio muestras de estar casi agotada, «entonces se la puso sobre el hombro del soldado, aunque tuvo que abandonar su equipaje, que fue saqueado por las demás. El soldado quedó encargado de la cautiva.» La cautiva de guerra era llamada por su apelativo semita, *serti* (del asirio: *esirtu*).

Los mercaderes y los precios de las «siervas»

El número de «prisioneros», cuya característica era la de haber sido comprados por aquellos que los utilizaban (de este modo el faraón vendía una parte de su botín) aumentó considerablemente durante el Reino Nuevo, y los mercaderes sirios —los *shutyu*— hicieron buenos negocios. Eran los mayores proveedores de «chicas de alegría» para las «casas de cerveza», que hacían más agradable la vida a los jóvenes estudiantes, sermoneados en vano por los venerables escribas dedicados a la enseñanza.

Sin embargo, estos proveedores se dirigían también a las amas de casa, deseosas de tener alguien que las sirviera. Conocemos, por ejemplo, la historia de la dama Irinefert, que hacía siete años que vivía en la casa del director del distrito (un tal Samut), cuando el mercader Raia vino a proponerle que comprara una joven esclava siria llamada por él Gemeni-Herimentet (nombre que significa: «la-encontré-en-Occidente»)... «Él me dijo: “*Hazte con esta adolescente [o niña pequeña] dándome el precio*” y el precio era de 4 deben y un kite de plata, cuyo equivalente era: 6 platos de bronce, 10 deben de cobre, 15 vestidos de lino, una vela, una manta y bote de miel¹⁴. Para pagar la compra, la dama tuvo que pedirle prestado a su vecina que, al ver que su dinero no le era reembolsado como se acordó, la citó ante el tribunal. Entre los testigos de cargo se encuentra su cuñado. Su marido, considerando sin duda que no era cosa suya se mantuvo «al margen del asunto». Hay que decir que un deben pesa 91 gramos y que la décima parte, un kite, corresponde a 9,1 gramos. Si hemos de juzgar por la información que nos proporcionan dos papiros, parece que los

«esclavos» costaban más baratos (en este período casi la mitad) que las esclavas. En un papiro del Louvre¹⁵ se lee que el precio de un «hombre del norte» era de 2,5 deben de plata; mientras que en otro texto del *British Museum*¹⁶ se nos informa que el precio del «esclavo» Painekh fue de 2 deben de plata. En esta época, no sólo los *trabajadores* quedaban registrados con la mención del lugar del que eran originarios, sino que también se anotaban los nombres de sus padres.

Alquiler de «siervas»

También existía como categoría la de los servidores que eran alquilados a una comunidad, a una administración e incluso a particulares. En la XVIII Dinastía había que entregar un buey a cambio de cuatro días de trabajo de una sierva, lo que parece un precio exorbitante. Como lo eran en tiempos de Akhenatón las unidades de plata reclamadas por la dama que, por ese precio, alquiló a su «sierva» a cambio de diez días de trabajo y de la que ya hemos hablado.

Los granjeros podían conseguir el alquiler de «días de esclavos» de una comunidad, que ponía a éstos a disposición de la colectividad. De hecho, así fue como una «sierva» se convirtió en propiedad de la ciudad de Elefantina. En el poblado de los obreros de la tumba de Deir el-Medina también encontramos empleados domésticos de la misma categoría, mujeres y niños, utilizados por algunas matronas que eran sus propietarias. En otras casas se observa el empleo de esa mano de obra gratuita, proporcionada a los obreros de la necrópolis igual que cualquier otro producto entregado para su sustento. Estas mujeres eran utilizadas para moler el grano de cada residencia; no obstante, la harina era trabajada por las esposas de los obreros, cuya principal misión, más que ninguna otra, era la de asegurar la fabricación diaria del pan de toda la casa.

Estas humildes sirvientas debieron de conseguir, al pasar de casa en casa y conviviendo con una gran cantidad de tipos humanos, una apacible filosofía «a la oriental». Ya lo decía el sabio Ptahhotep¹⁷ al hablar de ellas:

La mujer de Egipto

«La verdadera filosofía es más rara que la piedra verde, pero la encontramos [en ocasiones] en las sirvientas que trabajan en las muelas.»

Manumisión y adopción de «siervas»

La suerte que les estaba reservada a los siervos en el país del faraón no era cruel. Hasta el momento no se ha encontrado ningún contrato que ratificara una unión entre ellos, pero cohabitaban con normalidad. En cambio, sabemos que un hombre libre podía casarse con una mujer que fuera «sierva», nacida en una casa egipcia consiguiendo la aprobación de la señora de la casa (en ocasiones es la propia señora la que elige al marido). Con su matrimonio quedaba manumitida y los hijos de la pareja eran personas libres; una ley que fue abolida por los ptolomeos. Con ocasión del matrimonio, los amos proporcionaban una dote a la «esclava».

Para captar mejor lo que significaban estos matrimonios «mixtos» de los que resultaba una manumisión, conviene referirse a los propios textos.

En primer lugar (papiro de la Adopción), se trata de una dama que casa a su hermano Padiu con su joven «sierva»: *«Yo (el ama) lo acepto (a Padiu) para ella (la esclava). Por tanto está con ella [a partir de] este día. Ahora ¡Ved! He hecho de ella una mujer libre del país del faraón. Si ella trae al mundo ya sea un niño, ya una niña, se convertirán en gentes libres de la tierra del faraón, según el mismo proceso, [porque] vivirán con el señor de las caballerizas, Padiu, mi joven hermano»* (sigue la lista de los testigos).

También podía darse el caso contrario, si hemos de juzgar por un texto que se conserva en el Museo del Louvre. Se trata de una mujer libre que se casa con el «esclavo» de su tío, prisionero de guerra de Tutmosis III:

«Año 27 bajo la majestad del rey del Sur y del Norte Men-Kheper-Re [...] Hijo de Re, Tutmosis [...] El barbero real Sabastet se ha

presentado ante los Hijos del Kap del palacio real para declarar: el "esclavo" que me fue otorgado a mí y cuyo nombre es Amenyuau, lo gané con la fuerza de mis brazos cuando acompañaba al soberano. Oíd [...] del templo de Bastet, Señora de Bubastis, en lugar de mi padre, el barbero Nepsahenu. Ya no será detenido en ninguna puerta del rey. Le he dado a la hija de mi hermana Nebetta como esposa, que se llama Ta-Kamenet, y hecho una partición en su favor con mi esposa y también con mi hermana. En cuanto a él, ha salido del estado de necesidad y ya no es un indigente.

»Este escrito ha sido hecho [por el escriba real Ne]su, en presencia del guardián Amenemheb, del escriba real Baki, del escriba real Amenmes, del Director de la puerta, Amenpa [...]]»

Un hecho notable, pues una egipcia unía su vida a la de un prisionero de guerra con el consentimiento de toda la familia. Aporta a su esposo bienes e incluso el puesto de su antiguo amo, dispuesto a legarle su título de barbero del templo, heredado de su abuelo. No cabe duda de que el prisionero era un nubio cuya manumisión se realizó en presencia de los Hijos del Kap, a menudo originarios de Nubia¹⁸, que hicieron las veces de cónsules. Parece evidente que los egipcios no tenían prejuicios raciales.

Todas las clases sociales podían adoptar «esclavos»; incluso conocemos el caso en que damas con posibles adoptaron a los hijos de algunas de sus «siervas» y les hicieron, también, donativos importantes. Por lo que respecta a las herencias, las «siervas» podían ser legadas a los herederos junto a los demás bienes. En cambio, con la protección de su amo, los «esclavos» podían adquirir una propiedad y poseer tierras¹⁹ de padres a hijos; también podían poseer kites de plata (e incluso sus propios servidores domésticos). Todos estos bienes tenían que ser respetados por el amo.

En definitiva, podemos decir que, en cierto modo, eran personas libres, pero contando siempre con la aprobación del amo. Las mujeres y los hombres, como ya hemos visto, en ocasiones eran recompensa-

La mujer de Egipto

dos con la manumisión. Su dignidad y su capacidad de juicio les eran reconocidos, ya que se han encontrado casos de mujeres «serviles» que eran llamadas como testigos e incluso a las que se les reconocía la capacidad de declarar en contra de su amo. Estos ejemplos bastarán sin duda para demostrar que las «esclavas» disfrutaban en el antiguo Egipto de una condición más deseable que la de las «siervas» de nuestra Edad Media.

Capítulo segundo

Infancia, educación, amor y esponsales

La infancia

Cuando hayamos visto las condiciones en las cuales la hija de un artesano, de un pequeño burgués o de un gran señor contraía matrimonio, podremos acompañar a la joven desposada a su casa y asistir a su vida familiar; pero antes de eso convendría exponer cómo transcurrían los primeros años de una niña que comenzaba a andar, a hablar y dedicarse a los primeros juegos de la infancia. Hasta los tres años por lo menos, la niña todavía era alimentada parcialmente con la leche de su madre —o de su nodriza—. En verano, si vivía en el Bajo Egipto, y durante dos estaciones de tres si lo hacía en el Alto Egipto, donde hacía mucho más calor, correteaba desnuda por casa de sus padres o en la calle, pero llevando ya suspendida de un hilo la perla azul turquesa que debía protegerla contra el mal de ojo (costumbre todavía observada en nuestros días). Como todos los niños del campo y de los pueblos que viven al aire libre, una cierta intimidad la unía con los animales que la rodeaban: los cabritos, ocas, patos, palomos, abubillas domesticadas, gatos y perros de la casa, que ahuyentaban a las serpientes y los escorpiones, y en ocasiones también los cercopitecos de pelaje verde, divertido habitante del hogar familiar que, durante la temporada, se peleaba con ella por conseguir los higos del

sicómoro. En su mayor parte, los juguetes eran fragmentos de objetos domésticos que caían en sus manos, pero en las excavaciones se ha encontrado la sempiterna figurita con forma de animal tallada en madera y con ruedas a la que no había más que arrastrar con una cuerda, e incluso un tiro en miniatura de barro cocido que imita a la carroza del faraón y cuyos tripulantes habían sido reemplazadas por jmonos! Por lo menos durante la Baja Época, también existían muñecas de madera con los brazos articulados. Sin duda el mejor regalo era recibir una pequeña gacela capturada en el desierto, que las más afortunadas de las niñas de la clase alta podían sujetar en sus brazos como si fuera un precioso tesoro.

Las niñas practicaban ejercicios físicos, igual que los niños, y ambos compartían sus juegos. Frecuentemente se les veía correr juntos, incluso saltar en una especie de pídola en la que los jugadores no ofrecían la espalda, sino que estaban sentados en el suelo, mientras los demás debían saltar sin tocar sus brazos, levantados por encima de la cabeza (un juego que todavía se practica en nuestros días en el campo egipcios y que se llama *Khazza lawizza*). También participaban en clases de acrobacia adecuadas para prepararlas para las exhibiciones rituales de los panegíricos o de los ritos funerarios, e incluso en las fiestas populares. Los movimientos lentos se mezclaban con los juegos de habilidad en donde a menudo se utilizaban pelotas de cuero (Fig. 31).

Enseñanza y educación

Desde muy jóvenes, a partir de los cuatro años y durante muchos más, algunas niñas podían ser admitidas para seguir la enseñanza que se daba a aquellos niños destinados por sus padres a convertirse en funcionarios. Antes de nada, lo primero que había que conseguir era el grado de «escriba» (*sesb*). En el caso de las chicas no debía ser algo muy habitual, pero se daba, puesto que algunas profesiones estaban abiertas a las mujeres. Igual que sus camaradas, y orgullosas de poder referirse a la diosa de la escritura y los archivos, Seshat, iban al cole-

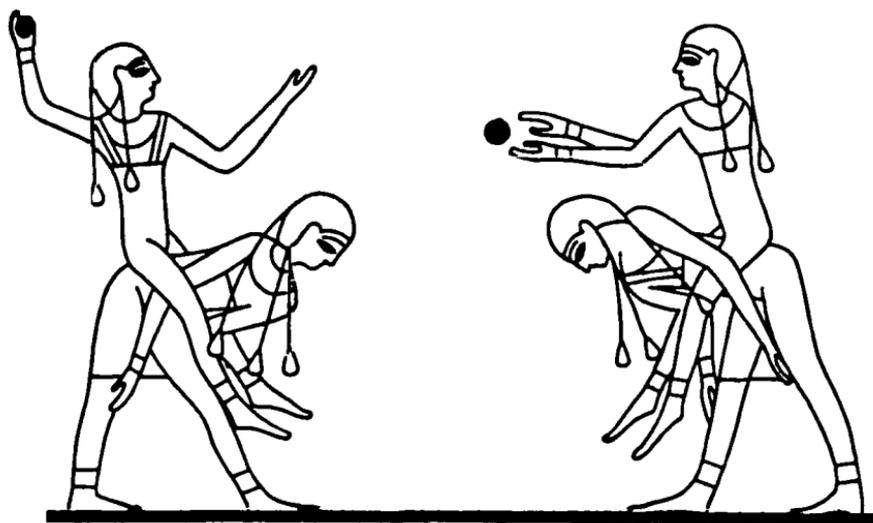


FIG. 31. Niñas jugando a la pelota.

gio, en donde la disciplina era estricta y los castigos corporales se aplicaban siguiendo una sana lógica:

«[...] No des golpes por faltas pasadas. Un pequeño castigo infligido en el momento es más efectivo que un castigo severo pero tardío.»

Lo primero que había que hacer era iniciarse en la complejidad de la escritura jeroglífica, que servía para expresar una lengua arcaica que sólo lejanamente se parecía al lenguaje hablado. En este sentido, había que comenzar por aprenderse las listas de signos, clasificados por categorías y acompañados por su pronunciación y su significado. Después había que dedicarse a los ejercicios, durante los cuales se copiaban pequeños textos clásicos que había que redactar con una escritura «uncial» que llamamos «hierático» y que reflejaba la lengua hablada de la época. También se hacían ejercicios de gramática y tampoco se olvidaba la conjugación de los verbos. Los escolares pasaban entonces a las redacciones, bajo el estricto control y supervisión del

maestro. Cada día el alumno fechaba su copia y las «bellas letras» penetraban gradualmente en su ánimo: textos literarios, tratados de sabiduría y obras de ficción, novelas y cuentos, a menudo con una base mitológica.

Al final del primer ciclo, que daba derecho al título de «escriba que ha recibido la escribanía», también se les inculcaban nociones de aritmética, matemáticas y geometría. Durante el período de escolaridad de su hijo, la madre debía llevar diariamente al maestro de escuela tres panes y dos jarras de cerveza. En el caso de las pocas jovencitas admitidas para profundizar en una disciplina, la especialización se realizaba, en la administración, bajo la tutela de un «anciano» que la guiaba, o en las Casas de la Vida que las grandes haciendas religiosas incluían en sus recintos.

De todas formas, la educación en el colegio, pero también en el ámbito familiar, era un deber de los padres, que enseñaban a sus hijos el respeto debido al principio de *Maat*, la obediencia a las reglas del comportamiento que impedían que se cometieran infracciones que vendrían a entorpecer el curso natural de las cosas: «*Una estatua de piedra, eso es lo que es ese pequeño imbécil a quien su padre no educó convenientemente.*» Había que preparar al futuro adulto para una vida feliz y comunitaria; es decir, la vida de «*aquel que se comporta según la Maat*», con un adecuado comportamiento hacia los demás y hacia el dios. H. Brunner decía que «el egipcio adulto, figura ideal del hombre que acepta la providencia de la mano de dios y que se integra en su entorno, es de trato agradable, tranquilo, modesto, disciplinado, leal y nunca se deja arrastrar por las emociones o es irreflexivo».

Tenemos la seguridad de que esta formación era igual de rigurosa para las chicas jóvenes y que daba sus frutos, hasta el punto de que, al final de las dinastía de origen egipcio, Petorisis, gran sacerdote de Thot en Hermópolis, podía decir, a propósito de su esposa, que había seguido fielmente esa ley:

«Su mujer, su amada, soberana de la gracia, dulce de amor, de palabra fácil, agradable en sus discursos, de consejos útiles en sus escritos; todo lo que sale de sus labios es semejante a los trabajos de Maat,

mujer perfecta, grande de favor en su ciudad, que tiende la mano a todos, diciendo lo que está bien, repitiendo lo que se ama, procurando agradar a todos, de los labios quien nada malo sale, grande de amor cerca de todos, Renpetnefret, hija del Grande de los Cinco, Maestro de los Lugares, Pefihauneith, y nacida de la dama Saturet.»

Las primeras beneficiarias de esta educación eran, naturalmente, las hijas de los nobles que habían podido ir a la escuela de Palacio con los hijos reales. De modo que no es nada sorprendente que ya en el Reino Antiguo encontremos la imagen de una mujer, la princesa Idut, en su capilla de Sakkara, paseándose en barca habiendo llevado con ella todo su material de escriba, posado con todo cuidado sobre el puente de su pequeña embarcación, detrás de ella se encuentra su «preceptora», llamada Seshseshet (Fig. 32).

Los egipcios no sufrían prejuicios de casta, sólo había que recordar que dios había creado iguales a todos los seres humanos, como

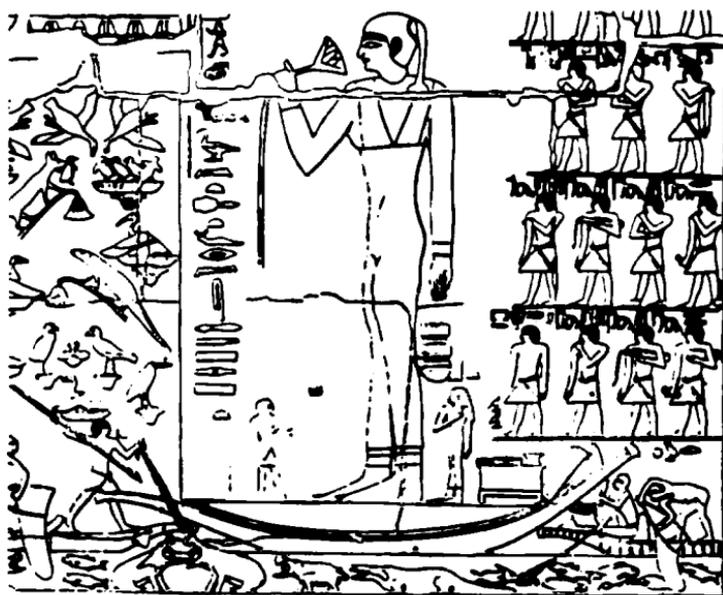


FIG. 32. Relieve de la tumba de Idut.

afirmaba el sabio. De modo que aquella que nacía en una casa modesta, pero desde su infancia demostraba las cualidades requeridas, podía esperar que un día la caña con la que escribía, el cálamo, «la llevaría hasta los pies del faraón». Una de las máximas de Ptahhotep (175-184) nos habla de esta promoción social abierta a todos:

«Si eres de origen humilde y formas parte del séquito de un hombre muy bien considerado, olvida que ese hombre también fue de origen humilde en tiempos. No seas arrogante con él por lo que sabes de su pasado. Respétale, visto su destino. Los bienes y la consideración no vienen por sí solos, es dios quien nos los concede.»

El aprendizaje de un oficio

Con esta posibilidad de promoción, las egipcias de los más modestos orígenes, pero que hubieran recibido una instrucción apropiada, podían esperar llegar a desempeñar ciertas profesiones manuales practicadas indistintamente por ellas o por los hombres; claro, que siempre en menor proporción que éstos. Desgraciadamente, la información a ese respecto es muy escasa.

Sin embargo, ha llegado hasta nosotros el ejemplo de una mujer que fue juez y visir, la dama Nebet. Se trata de la segunda suegra del rey Pepi I, de la VI Dinastía. Probablemente sea una excepción y posiblemente debiera su posición al hecho de que también pertenecía a la poderosa familia de Abidos que protegió al rey cuando se produjo un complot en el harén. Habrá que esperar a la XXVI Dinastía para que se produzca de nuevo un nombramiento similar.

Profesiones liberales, escribas y funcionarias

Algunas jovencitas fueron autorizadas a seguir las enseñanzas de medicina y cirugía, por lo menos desde fecha tan temprana como el Reino antiguo, puesto que sabemos que una tal dama Peseshet, ente-

rrada en una mastaba de Guiza que se remonta a la IV Dinastía, tenía el título de directora de las doctoras. Podemos suponer por tanto, que existía una profesión cuyas profesionales debían ser llamadas para atender, principalmente, a las mujeres y a los niños pero, sobre todo, a las damas de la familia real. Este es el primer ejemplo conocido en todo el mundo de una mujer médico.

El oficio de nodriza no requería preparación especial si se trataba de alquilar los servicios a las familias de clase media, pero las nodrizas reales, grandes damas de la clase alta que se ocupaban de las hijas reales e incluso de los pequeños príncipes, debían tener la instrucción necesaria para permitirles seguir los estudios de sus nobles y jóvenes señores, como Seshseshet, que era «preceptora» de la princesa Idut. Las comadronas eran de otra categoría, pues las que eran más apreciadas en la Corte habían recibido nociones de medicina. La mayoría de las veces, completaban su profesión con la de cantante-músico.

Los miembros del harén real se convertían a menudo en Superiores de los talleres de tejeduría del palacio, y las damas de la clase alta podían dirigir grandes talleres locales de tejido. Otras demostraban tener la suficiente capacidad como para ser nombradas intendentes de la habitación de las Pelucas, debiendo encargarse entonces de la fabricación de esos elementos, esenciales para el adorno de las mujeres de la realeza; pero también de los faraones, en especial a partir del Reino Nuevo.

Las mujeres que habían realizado estudios de escriba podían entrar en la administración, como es indudable por sus títulos¹. H. Fischer ha descubierto más de veinticinco diferentes, entre ellos los de intendente, Jefe del Departamento de los Almacenes, Controladora de los Almacenes Reales, Inspectora del Comedor, Inspectora del Tesoro, Tesorera, Supervisora de los Vestidos, Intendente de las Telas, Intendente de los Sacerdotes Funerarios, Intendente de las Plañideras..., Responsable de los Dominios Funerarios, Mayordomo de las Estancias Reales... Nunca hubo tantas mujeres en la administración como durante el Reino Antiguo. Da la impresión de que estos cargos disminuyeron a partir del Reino Medio, cuando la condición de *nebet-per*, señora de la casa, comenzó a hacer desaparecer de manera

espectacular la mayoría de las actividades femeninas. En cualquier caso, durante toda esta época se puede ver que, cualquiera que sea la edad o el sexo, los empleados que realizaban un mismo trabajo recibían una remuneración igual.

Durante el Reino nuevo la Administración estuvo por completo en manos de los hombres. Sin embargo, se daba el caso de que un funcionario de viaje era reemplazado por su esposa; como fue el caso de ese agente del fisco que había confiado a su cónyuge el poder de representarle y presentarle informes detallados.

Algunos oficios de mujer relacionados con la gestión de la intendencia se pueden descubrir en los documentos que subsisten del Reino Medio. Para acceder a ellos era necesario haber seguido el aprendizaje de escriba, como hizo una intendente del almacén de lino real para (?) la ofrenda del dios.

La carrera de gestor, «la del sello», también estuvo bastante frecuentada por mujeres durante el Reino Medio. Una de las titulares más conocidas de esta función es la dama Teshat, que gestionaba la heredad del nomarca Khnumhotep II de Beni Hassan, «tesorera (*sed-djautit*) y responsable de los bienes de su señor». Hablaremos con más detalle de ello en el capítulo dedicado a las «concubinas». También se encuentran rastros de mayordomos femeninos, cuyo cargo era lo bastante importante como para poder consagrar sus propias estelas en Abidos. Durante la XIII Dinastía las secretarías encontraban trabajo incluso en Palacio.

Una profesión privada que también pudo ser ejercida por las mujeres era la de una verdadera «mujer de negocios», como la dama Nenofer, terrateniente y poseedora de importantes bienes durante el Reino Nuevo. Delegaba en sus agentes comerciales (*shutyu*) la misión de dar salida a los productos que quería vender (los *shutyu*, o eran sirios, o estaban a menudo en contacto con sus homólogos de ese país).

Las fiestas tenían gran importancia en Egipto, no había acontecimiento, al nivel que fuera, en que no faltaran la música y el baile. No es difícil imaginarse cómo transcurrían las fiestas en la Corte o en las residencias de los ricos; las numerosas representaciones de banquetes

funerarios nos han proporcionado un lejano recuerdo de ellas. Mujeres que actuaban como funcionarias de Palacio, Superiores del Harén, Organizadoras de Fiestas y Placeres del Rey, Intendentes de las Bailarinas del Rey, Intendentes de las Cantantes e Inspectoras ponían a punto, supervisaban y eran responsables de las recepciones musicales, que adornaban con especiales cuidados, y de los momentos de relajamiento regio. Las opulentas habitaciones estaban llenas de todo ese personal femenino que unía su función a la de la hija de la familia. Pero también existían una especie de compañías de mujeres músicos y bailarinas adecuadamente formadas, que alquilaban sus servicios y que, en ocasiones, iban de ciudad en ciudad acompañadas incluso por acróbatas para las fiestas privadas, las celebraciones de matrimonios y también para ciertas fiestas religiosas que se celebraban con un gran despliegue de medios.

Los pequeños oficios

Los pequeños oficios que no necesitaban instrucción escolar eran los del pequeño artesanado que, en el caso de las mujeres, quedaba casi por completo reducido al arte de hilar, de tejer, de fabricar vestidos y al de confeccionar aceites perfumados y ungüentos. Todo lo relativo al embellecimiento de la mujer necesitaba la colaboración femenina: peluqueras, pedicuras, manicuras y masajistas. La mayoría de los demás trabajos artesanos era de dominio masculino. Incluso el trabajo de lavandería estaba reservado en su mayor parte a los hombres.

La mujer, que cuando la estación del trabajo así lo requería, iba todos los días a los campos para llevarle la comida a los hombres de la familia, no parece haber compartido el trabajo de éstos. Es muy raro encontrar una representación de una campesina ocupada en ordeñar una vaca, por ejemplo. Es más frecuente verla cribando el grano o espigando. De igual modo, cuando vemos en un muro o en un papiro funerario al soberano y a la soberana guiando un arado, podemos estar seguros de que se trata, simplemente, de una representación de la «corvea» a la que todo difunto estaba temporalmente obligado en el

otro mundo. Lo mismo sucede cuando lo que se ve es a una pareja de clase media o clase alta dedicada a recolectar o arrancar el lino.

Un caso diferente es el de la vendimia y la fabricación del vino. Una prohibición, sin duda ocasionada por la naturaleza misma de la mujer, le impedía participar en la recogida de la vid y en su prensado. En más de tres mil años de historia sólo conocemos tres excepciones en la aplicación de este tabú, y una de ellas se refiere a la vendimia “ritual” de las sacerdotisas del gran demiurgo Neith. Nada hay de extraño en ello si pensamos en algunas tradiciones de la Borgoña que, hasta no hace demasiado tiempo, impedían que la mujer entrara en las bodegas porque podían echar a perder el vino. En cambio, a las egipcias a menudo se les confiaba la fabricación de la cerveza.

Salariar y desecar la carne, los patos, los pájaros y los pescados era cosa de los carniceros y los pescadores, mientras que las molineras y las panaderas obraban diariamente en casa o en las propiedades, donde la mayor parte de las veces el trabajo de la cocina estaba reservado a los hombres, lo mismo que el cocido del pan. Por lo que respecta a las grandes heredades y a Palacio, si las sirvientas rodeaban con sus cuidados y atenciones a los señores, en cambio la limpieza de la casa y servir las comidas parece haber sido cosa de los domésticos masculinos.

El clero femenino

Hay un sector concreto abierto a las actividades de las mujeres que habían recibido instrucción, el del clero. En cierta medida, es en las épocas más antiguas cuando se encuentran más frecuentemente títulos de sacerdotisas. Ante todo se trataba del culto a Hathor, patrona de las mujeres, y en ocasiones del culto a Neith, la «Grande» de Sais. Al igual que Hathor podía ser honrada por sacerdotes, las oficiantes de su culto podía entrar al servicio de una forma masculina del dios, Thot, Ptah, Khonsu e incluso Min y, principalmente durante el Reino Medio, de Sobek, el dios cocodrilo (una reina de este período se convirtió incluso en sacerdotisa de Sobek). Realizando el culto igual que los hombres, recibían la misma retribución y el

título de Profetisa o Servidora del dios: *Hemet-netjer*. El clero subalterno y auxiliar estaba formado de manera natural por el sexo femenino: las «preparadoras», las «puras»: *uabut*, las que «velaban», las vigilantes: *ureshut*, las cantantes: *merut*, y las tocadoras de sistro. También podían ver como les confiaban el cargo de sacerdotisa funeraria: *Hemut-ka*, rodeadas de sus ayudantes, entre ellas las plañideras: *djerut*. Cumpliendo ciertos requisitos tenían derecho de acceso a determinados puestos de la administración de los templos, como esas dos hermanas de un gran sacerdote de Ptah durante la XII Dinastía, que fueron nombradas directoras de los trabajos del Dominio del Dios. También durante el Reino Medio apareció el cargo por completo femenino de Esposa del Dios o Divina Adoratriz, atribuido a mujeres que, en esta época, no pertenecían a la Corte. Ya hemos visto que este tipo concreto de sacerdotisa estaba encargada de despertar el apetito sexual de un dios como Min, Amón o Ptah. Uno de sus títulos, Mano del Dios, hace una referencia apenas velada a la creación, mediante la masturbación, atribuida al demiurgo Atum. El museo de Leyden posee una notable estatuilla de una de las primeras Esposas del Dios, la dama Iymeret-Nebes («Aquella a la que su señor desea») con una pesada peluca desmontable y sandalias doradas que es una de los más sensuales alardes de encanto femenino del antiguo Egipto.

Durante el período del Reino Nuevo, se aprecia una regresión casi total en la participación de las mujeres en las actividades de los templos, excepto en Tebas, en donde se han localizado algunas Segundas Profetisas del Dios. El cargo de Superiora del harén del dios está reservado, como ya hemos visto, a las grandes damas de la clase alta, mientras que las mujeres de «clase media» y «clase media alta» podían acceder principalmente a la función de cantante de Amón, mientras que el de Esposa del Dios se convirtió en un cargo casi por completo regio. Las cantantes de Amón disfrutaban no sólo de unos ingresos proporcionados por la tesorería del templo, sino también de una excepcional independencia. Podemos mencionar el caso de esa cantante que tomó la iniciativa de divorciarse de su marido... a petición de su amante². Da la impresión de que las cantantes de Amón formaban la única corporación en la que podían ingresar novicias de

La mujer de Egipto

origen muy modesto, esposas de tejedores o incluso de cordeleros, en los primeros grados de este colegio.

Sabemos que tras el Reino Nuevo el poder del clero de Amón se extenderá tanto que los soberanos recurrieron de nuevo a las mujeres, hasta el punto de que terminan por suplantar casi por completo a los sacerdotes a comienzos de la época saíta. Su papel llegará incluso al servicio funerario, en donde las «vertedoras de libaciones» remplazan a los «servidores del *ka*» de los antiguos templos; mientras que grupos de «jóvenes vírgenes depiladas» ejecutaban bailes en el transcurso de los misterios osiríacos.

El amor

Cuando una niña alcanzaba la adolescencia, tuviera o no una formación que le permitiera procurarse un verdadero trabajo, fuera cual fuese, incluso entrar en un templo, para lo que no era necesario el celibato, no había ningún obstáculo que se opusiera a su deseo más querido: casarse, tener su propia casa y traer al mundo a sus hijos. Recordemos las palabras de la joven virgen:

*«¡Oh tú, el más bello de los hombres!
Mi deseo es [preocuparme de tus bienes],
Como señora de tu casa.
¡Que tu brazo descanse sobre mi brazo
Y que mi amor te llene!
Confío a mi corazón
Con un deseo de amante:
¡Ojalá pueda tenerlo esta noche por esposo!
Sin él soy un ser en la tumba
¿acaso no eres la salud y la vida?»*

Pero antes de eso, la jovencita había pasado por un verdadero período de romanticismo, como es claramente visible en los poemas de amor que han llegado hasta nuestros días. En ellos encontramos

los primeros balbuceos de la pasión, la reserva, la discreción y la ansiedad; es decir, toda la frescura de unos sentimientos animados por un erotismo todavía tímido, todo el ardor de un ser joven que descubre púdicamente el amor:

*«Mi bien amado con su voz ha turbado mi corazón.
Me ha dejado presa de mi ansiedad.
¡Vive muy cerca de la casa de mi madre,
Y sin embargo no sé cómo acercarme a él!
¿Quizá mi madre pueda hacer algo al respecto?
Tengo que ir a hablar con ella (verla)*

*Desconoce mi deseo de tomarlo entre mis brazos
No sabe aquello que ha hecho que me confie a mi madre
¡Oh bien amado, ojalá que la Diosa de las mujeres,
La Dorada, me destine a ti!*

[...]

*Mi corazón late más deprisa,
Cuando pienso en mi amor,
No deja que me comporte “como es debido”
Se sobresalta cuando está donde él está.*

*Ya no soy capaz ni de vestirme
Desatiendo mis abanicos
Ya no pongo maquillaje en mis ojos
Ya no me perfumo con dulces olores.
“No lo dejes ahora, estás llegando a tu meta”
Dice mi corazón cuando pienso en él
¡Oh corazón mío, no me causes pena!
¿Por qué te comportas como un loco?*

*Espera sin temor, el bien amado vine hacia ti;
Pero [teme] los ojos de la masa.
no hagas que pueda decir de mí:
“¡Esta mujer está enamorada!”*

La mujer de Egipto

*¿Podrías permanecer calmado cuando piensas en él
Y no latir así, oh corazón mío?»*

Como sucede con todos los enamorados del mundo, la halagüeña y cómplice naturaleza es utilizada como testigo de la naciente pasión, y los árboles del jardín participan en los encuentros y retozos:

*(El granado) habla:
«A sus dientes se parecen nuestros granos,
A sus senos sus frutos se asemejan.
Del jardín soy el más bello árbol
Puesto que en todas las estaciones estoy.*

*La bien amada y su amigo
Bajo mi [sombra se pasean]
Ebrios por el vino y los sorbetes,
Perfumados con aceite y ungüentos.*

*Excepto yo, perecen
Todas las plantas del campo.
Yo atravieso los doce meses
De cada año y permanezco.*

*Si una flor se marchita,
Una nueva flor [surge] de mí.
También soy el primero de los árboles,
Pero, si el segundo soy considerado,*

*¡Que no comiencen de nuevo!
Pues no me callaré más,
No la esconderé más
Y se sabrá su artimaña.*

*El bien amado será descubierto entonces
Ella no volverá a engalanar a su amigo*

[...]

*Mira, el granado tiene razón,
Tenemos que halagarle,
¡Que disponga lo que quiera, todo el día,
Porque es quien nos esconde!»*

La higuera también participa en el diálogo, pero nada iguala el entusiasmo del joven sicómoro que plantó con sus manos:

*«El murmullo de [sus hojas]
[Se asemeja] al perfume de la miel.
Está lleno de gracia: sus finas ramas
Se transforman en [verdes y frescas].
Está cargado de frutos maduros
Más rojos que el jaspé;
Su follaje se asemeja a la turquesa,
Su corteza se asemeja a la fayenza.*

[...]

*Pone una misiva en la mano de una jovencita,
La hija de su jardinero;
La ha hecho correr hacia la bien amada*

[...]

*Ha tenido lugar entre mi sombra
El paseo de la bien amada.
¡Soy discreto
Y ninguna palabra revela lo que veo!»*

La enamorada tendrá momentos de inquietud, de ansiedad:

*«... mientras pienso en mi amor,
Mi corazón en mí se detiene.
¿Veo un pastel azucarado?
¡Es sal!
¡Y el vino delicioso y dulce,
Me parece verdadera hiel!»*

La mujer de Egipto

Pero la joven egipcia no tardará en hacerse desear:

*«La bien amada sabe perfectamente cómo lanzar el lazo,
Sin recurrir al recuento del ganado
Con su cabello, ella lanza contra mí sus redes,
Con sus ojos, ella me cautiva,
Con su aspecto ella me domina,
Con su lengua me marca al fuego.»*

Finalmente, terminará por ceder a su amor:

*«Cuando la tomo entre mis brazos
Y sus brazos me rodean,
Es como en el país del Punt,
Es como tener el cuerpo impregnado de aceite perfumado.*

*Cuando la abrazo
Y sus labios están entreabiertos
Me siento como embriagado
Sin haber bebido cerveza.*

*¡Ah! Servidor, te digo,
Date prisa en preparar el lecho,
Toma lino fino para cubrir su cuerpo,
No pongas en el lecho, para ella, una tela de cobertura,
Guardate de utilizar una simple tela:
Pondrás sobre su lecho telas perfumadas...*

*¡Ah! No soy su sirvienta negra,
La que lava sus pies,
Puesto que entonces podría ver la piel
De su cuerpo por entero⁴.»*

Para comprender mejor la posición del egipcio frente a la pasión amorosa conviene saber a qué hacen alusión los textos poéticos que

acabamos de citar cuando son aplicados a la vida real. ¿Acaso nos encontramos frente a una pareja de enamorados cuyos encuentros son escrupulosamente guardados en secreto? Y si es así ¿por qué? ¿Se teme la intervención de un miembro de la familia preocupado por preservar la virginidad de la hija de la familia? ¿Acaso se trata de una mujer infiel que quiere escapar así del crimen del adulterio? En cualquier caso, no parece que se refieran a las peripatéticas que, por lo menos durante el Reino Nuevo, guarnecían las tabernas de la orilla izquierda de Tebas, la mayoría de ellas antiguas «esclavas» sirias.

Como quiera que sea, podemos tener la certeza de que, aunque la mujer egipcia se muestra más reservada que el hombre en sus desahogos, se enamora de verdad y es capaz de sentir desde muy joven unas sensaciones físicas por completo incompatibles con la cruel ablación del clítoris que se practica en el África Negra y, en el Egipto musulmán, en algunas regiones del sur del país.

No obstante, algunos, muy pocos, pasajes de ciertos textos que hacen alusión a las «*chicas jóvenes que no han sido cortadas*», podrían hacernos pensar que pudiera haber existido para las mujeres algún tipo de ablación semejante a la circuncisión de los chicos; una ceremonia ritual que recuerda la costumbre, que en África se pierde en la noche de los tiempos, que servía para confirmar los sexos y diferenciar al hombre y la mujer de la naturaleza divina, que era andrógina.

Como quiera que sea, los contactos amorosos descritos en los Cantos de amor parecen —a menos que sean puramente imaginarios— incompatibles con una ablación total sufrida por una mujer tan «liberada» como la egipcia de los tiempos faraónicos.

Regresemos junto a nuestra enamorada, que en el caso de que su joven amigo cortejara a otra, podía sufrir ataques de celos. Entonces recurría a la magia y comenzaba por atacar aquello que, para el egipcio, poseía un innegable poder erótico: la bella cabellera tan cuidada de que las mujeres disfrutaban gustosas. Se han encontrado fórmulas mágicas destinadas a hacer que se le cayera el pelo a un ser detestado, a una rival: «*Cocer un gusano «anaret» en aceite de «ben» y frotar con ello la cabeza de la mujer odiada*» y también: «*Poner una flor de loto*

La mujer de Egipto

quemada en aceite y frotar la cabeza de aquel (o aquella) a quien se detesta⁵.»

Sin embargo, médico contra mago, la víctima no carecía de remedios, que eran recetados por su doctor. Para destruir la calvicie así provocada había que untarse la cabeza con un ungüento ¡a base de escamas de tortuga y grasa de pata de hipopótamo⁶!

Lo que más había que temer en cuestión de amores era el adversario al que no se veía; para ganarse el amor de alguien indiferente había que utilizar un «encantamiento» cuyas amenazadoras palabras debían ser determinantes: *«Levántate y consigue que aquel a quien estoy mirando sea mi amante, [porque] adoro su rostro⁷.»* Por su parte, frente a estos procedimientos femeninos, un enamorado podía responder eficazmente y llegar incluso a amenazar a los dioses si no conseguía su ayuda para convencer a la mujer deseada de que aceptara sus avances.

*«¡Saludos, Re-Horakhti, Padre de los dioses!
¡Saludos, a las siete Hathor,
Adornadas con cintas rojas!
¡Saludos a las divinidades,
Señores del Cielo y de la Tierra!
¡Haced que N, hija de N, me siga,
Igual que un buey sigue a su forraje,
Igual que una sirvienta sigue a sus hijos,
Igual que un pastor sigue a su rebaño!
¡Si no hacéis que me siga
Le pegaré [fuego] a Busiris
Y la quemaré!»*

Otros recurrían a una figurita de barro cocido o de cera que representaba a la mujer de la que se quería conseguir el amor. Se conoce un ejemplo concluyente fechado en la Baja Época. Arrodi-llada, la figura desnuda tenía que ser atravesada por trece agujas clavadas profundamente en todos los centros sensoriales y vitales del cuerpo y, junto al texto con el hechizo, ser depositada en la tumba de una persona muerta prematuramente o de manera violenta⁸. Segura-

mente existía un antídoto para desposeer a la desgraciada; posiblemente el exorcismo sería semejante a los bailes extáticos de los aldeanos egipcios, llamados *zikh*.

Los esponsales

Cuando una jovencita no encontraba al hombre de sus sueños, recurría a la Bella Hathor, «que escucha las oraciones de toda chica joven que llora y confía en ella». Normalmente las chicas podían casarse a partir de los doce o catorce años, mientras que los chicos da la impresión de que hacia los dieciséis o los diecisiete; pero nada se menciona expresamente y la edad de formar matrimonio variaba según los casos y los medios financieros de la futura pareja. Como quiera que sea, se aconsejaba al hombre que se casara joven para tener hijos. Citemos de nuevo las palabras del sabio: «*Funda un hogar y quiere a tu mujer en tu casa. Toma una mujer mientras todavía eres joven, para que pueda darte hijos, puesto que un hombre es considerado según el número de sus hijos.*»

Durante la época del Egipto clásico sin duda era necesario el consentimiento del padre de la joven que, en la mayoría de las ocasiones elegía para su hija a «un hombre de bien»; un abuelo llega a aconsejar a su hijo que elija para su hija a «*un marido prudente, pero no [necesariamente] un marido rico*». Esa es la razón de que los muertos que intentaban justificarse delante del tribunal divino declararan: «*No le cogido una hija a su padre [sin su consentimiento].*» Sin embargo, esta aprobación y selección efectuada eventualmente por el padre no impedía necesariamente a los hijos que buscaran un cónyuge que les conviniera; bastaba con obtener el consentimiento de los padres antes de tomar la decisión. De modo que, como demuestran los Cantos de amor para el Reino Nuevo, existía una cierta libertad.

En el caso del Reino Medio, se han encontrado pruebas del papel representado, llegado el caso, por las grandes terratenientes, que facilitaban el matrimonio de las jóvenes de su región presentándoselas a los solteros que buscaban «señoras de la casa».

La mujer de Egipto

Aunque por razones dinásticas los soberanos podían casarse con sus hermanas y por imperativos de filiación divina el faraón contraía matrimonio con algunas de sus hijas, este tipo de incesto, el matrimonio consanguíneo, no parece haber existido en el mundo "normal". Los amantes y los esposas se llamaban generalmente «mi hermana» y «mi hermano», pero J. Černý ha demostrado que se trata únicamente de términos cariñosos empleados por todas las clases sociales. Sólo en muy raros casos se ha comprobado el matrimonio entre un hermanastro y una hermanastra. Puede que durante la dominación persa se produjera un caso de incesto entre un padre (Djed-Hor) y su hija, pero su interpretación es dudosa.

A tenor de ciertos contratos matrimoniales, parece que la virginidad era necesaria para la chica y algo muy importante en el aspecto social; una característica que encontramos en los judíos en el mundo oriental y, andando el tiempo, en Occidente. ¿Había excepciones o los cantos de amor que nos hablan de relaciones amorosas sólo concernían a las mujeres «libres» o «liberadas»? ¿Acaso se trata de pura ficción?

No tenemos ninguna prueba de que antes de lo que consideramos el matrimonio hubiera habido un período obligatorio semejante a los esponsales. Las princesas extranjeras comprometidas con el faraón recibían, por medio de los embajadores de Su Majestad, la unción de los óleos del matrimonio. Puede que algún día aparezca un texto, que todavía no conocemos, en el que se habla de una costumbre semejante para el mundo laico.

Tampoco sabemos si el futuro marido le regalaba a su «prometida» una joya en prueba de su amor. Pero conviene que mencionemos «una concepción anatómica» observada por S. Sauneron en un texto tardío: para confeccionar un filtro de amor, que ha subsistido en copto con el nombre de *celupine*, bastaba con un poco de sangre del segundo dedo detrás del meñique de la mano izquierda, que en ocasiones correspondía al bazo, pero que era conocido como «el del corazón». Se comprende entonces por qué los anillos de compromiso y las alianzas, por lo general se llevan en Europa en el dedo anular de la mano izquierda.

Capítulo tercero
Matrimonio, poligamia, poliandria,
divorcio y adulterio

El contrato de matrimonio

Antes de hablar del matrimonio en sí mismo sería conveniente que habláramos de los documentos jurídicos y de las costumbres que se refieren a él. Los documentos que demuestran la independencia y la seguridad de la que disfrutaba la mujer egipcia se remontan a la XXII Dinastía¹. No obstante, la redacción de los textos nos permite suponer que la costumbre, que estaba profundamente arraigada en la sociedad y poco expuesta a los cambios políticos, ya existía en sus aspectos esenciales desde épocas mucho más antiguas, puede incluso que desde la época de las pirámides. Los tres primeros tipos de contrato de matrimonio se han documentado en el Reino Nuevo; aunque, dado su régimen matrimonial, para la mujer sólo eran una garantía *en caso de divorcio*. Este trámite documental no se exigía cuando comenzaba la convivencia, pues se sabe que en ocasiones se esperaba hasta siete años para realizarlo. No obstante, sabemos por un texto de la Baja Época que una dama de «clase alta» no aceptaba una unión de estas características hasta que se definía su «régimen matrimonial²».

No se ha encontrado ninguna prueba de que fuera obligatorio firmar el contrato; sin embargo, una ordenanza real nos dice que

había que «*dar a toda mujer su "sefer"*» y que tal era pronunciado delante del visir (no cabe duda de que se trata de garantizar los haberes o los derechos de una herencia). De hecho, todas las disposiciones que aparecían en los contratos pretendían, por un lado, fijar las «provisiones de subsistencia» de la mujer y, por el otro, asegurar la herencia de los hijos en caso de que se disolviera la unión (se trata más bien de divorcio antes que de repudio) o muriera un cónyuge. Los haberes se dividían en dos partes bien distintas. En primer lugar estaba lo que la mujer aportaba al matrimonio en el momento de comenzar a vivir juntos y, en segundo lugar, aquello que tenía derecho a recibir (o a serle reconocido) además de una parte de lo que había sido adquirido en común durante el período del matrimonio.

Los tres tipos de contratos matrimoniales son los siguientes. El primero aparece en un texto en el que es el marido quien parece haber contribuido en mayor medida a la financiación de la vida en común. Numerosos testigos pueden firmar este acuerdo, relacionado con el «*regalo-para-la-mujer (o regalo-de-virgen) y sus bienes personales*»: «*Te he tomado por mujer, te he dado (sigue la lista de su aportación al matrimonio). Si te repudio como mujer, ya sea porque te odie, ya porque quiera a alguna otra mujer que no seas tú, te daré (lista de las donaciones), y también te daré un tercio de lo que hayamos comprado entre nosotros a partir del día de hoy. Los hijos que me has dado (lo que significa que el contrato se firmó algún tiempo después de la unión) y los que me darás son los herederos de todo lo que puedo o pudiera adquirir. Tu hijo primogénito es mi hijo primogénito (el texto termina con la lista de los muebles y objetos aportados por la mujer en el momento del matrimonio acompañados, como siempre, por su valor venal).*»

Otro contrato diferente parece indicar que la mujer fue la única que aportó dinero. (La sentencia moral del sabio desaconsejaba este tipo de matrimonio, en el que la mujer tenía más posibles que el marido). Este acto se titula: «*El dinero para convertirse en esposa*»: «*Me has dado (sigue el valor de la dote expresado en plata y en cobre) como dinero para convertirte en mi esposa [...] Lo he recibido de tu mano y mi corazón está satisfecho. La cuenta ya está, y es exacta. No tengo, ni hoy ni nunca, ninguna reclamación que hacer en cuanto a eso concierne. [En*

cuanto a mí] te proporcionaré (sigue la cantidad de grano y de plata) para tu manutención cada año. Si en un mes (30 días) no te diera el dinero reclamado [de la dote] continuaría pagándote lo que te debo para tu manutención hasta el momento en que pueda dártela (la dote).» (A continuación el esposo, delante de testigos y del escriba que ha recogido los términos del acuerdo, empeña todos sus bienes para asegurar esos pagos y declara:) «*Tienes un derecho sobre los pagos para tu manutención.*»

El tercer tipo de acuerdo es todavía más favorable a la mujer y concierne, sobre todo, a su pensión alimenticia. Sólo está firmado por el escriba, el incontestable garante de los acuerdos: «*Me has dado (mención de la dote) como pensión alimenticia. Por mi parte te devuelvo (un cantidad en plata y de grano) como precio de tu alimentación y tu vestido. Para ti serán un tercio de todos mis bienes presentes y futuros, en nombre de los niños que has traído al mundo y que traerás al mundo para mí. Tienes derecho al pago de la pensión, que estará a mi cargo. No podré decirte: "¡Toma tu dote!" Sin embargo, si quisieras cogerla (es decir disolver la unión), te la daré. Todo lo que poseo o poseeré garantiza [esta promesa].»*

Lo primero que es evidente en relación al derecho a la «comunidad de bienes gananciales» es que, en el caso de que muriera uno de los cónyuges o se disolviera el matrimonio, los bienes pasaban directamente, según ciertas disposiciones de los legatarios, a los hijos; pero los gananciales revertían a cada uno de los cónyuges en una proporción de un tercio para la mujer y dos tercios para el marido. No sabemos si estos documentos eran los tres únicos capítulos aplicables a un contrato de matrimonio o si los esposos elegían según sus medios la solución que más les convenía. Los compromisos a los que se obligaba el hombre eran, como hemos visto, pesadas cargas, pero sólo en el caso de que quisiera divorciarse. La mujer tenía garantizadas todas las ventajas imprescindibles, incluida la libertad para pedir el divorcio y recuperar, si no era la culpable del mismo, todos sus bienes. Estos últimos podían ser administrados por el marido; pero en el estado actual de nuestros conocimientos es difícil precisar si todos los haberes y bienes muebles citados en los acuerdos que se conocen corres-

ponden a las aportaciones de la esposa. Muy a menudo el marido podía reconocerle a su esposa unos aportes ficticios que, mientras la unión fuera estable, se convertían en una seguridad para ella.

Por lo tanto, el egipcio debía ocuparse de atender las necesidades de su mujer, incluso en el caso de que ésta se separara temporalmente de su marido. A cambio, si el esposo estaba en apuros monetarios (o había contraído una enfermedad), la esposa y la familia de ésta debían ayudarle. Un *ostracón*³ nos informa de lo que podía acontecer en un caso semejante en un ambiente de clase modesta; se trata de una mujer que recurrió a su cuñada para que ayudara a su matrimonio: «Te enviaré una cantidad de cebada que harás moler. Añade espelta y hazme los panes, porque me peleo con mi marido. Dice que me va a repudiar, porque se pelea con mi madre a propósito del número de panes que necesitamos. Él dice: “Tu madre no hace nada positivo. Tus hermanos y tus hermanas tampoco se preocupan de ti”, ¡eso es lo que dice! Se pelea todos los días conmigo diciendo: “Ves lo que me has hecho, desde que vivo aquí contigo, mientras que cada día todos envían a los suyos pan, cerveza y pescado, en resumen que debes decirle algo a tus familiares, si no deberás irte”...»

También conocemos otro tipo de compromiso en el momento de la unión⁴. El padre de la recién casada le da a su hija diversos objetos y utensilios para que se establezca en la casa de su cónyuge. Además, se compromete a proporcionar al matrimonio una renta de cereales durante siete años, período que corresponde a una especie de «matrimonio de prueba» del que se han encontrado algunos vestigios⁵.

Poligamia y poliandria

Queda demostrado por tanto, que los acuerdos o contratos matrimoniales se firmaban en previsión de un eventual divorcio, y que estaban por completo al margen del matrimonio propiamente dicho. De hecho, hasta el momento no se ha encontrado ninguna ley que regulara este tipo de unión, que procede del derecho consuetudinario.

¿Podían los egipcios estar casados con dos esposas a la vez? Es decir ¿tener dos «señoras de la casa», *nebet-per*, al mismo tiempo? Se trata de una pregunta habitual que la mayoría de las veces ha recibido una contestación negativa. Sin embargo, algunos autores⁶ han afirmado que los «derechos de la mujer «se redujeron durante el período de anarquía» situado entre el Reino Antiguo y el Reino Medio y que la «merma en la condición jurídica de la mujer alteró la antigua monogamia». No sólo los príncipes, igual que los reyes, poseen muchas esposas, sino que se da el caso de personas de mucha menor categoría que tienen dos y tres mujeres a la vez y cuyos descendientes están legitimados, aunque sólo una de ellas ocupe el cargo de «señora de la casa». De hecho, para que un hijo sea reconocido por su padre es necesario que haya sido traído al mundo por la señora de la casa (más adelante hablaremos de la concubina Tchat). Es importante que tengamos una prueba concluyente de poligamia en el mundo civil igual a la que se daba en el caso del faraón⁷. Al analizar todos los casos estudiados, parece que algunos de ellos pueden referirse a viudas que, junto a la nueva esposa, mencionan en su estela funeraria a una primera esposa difunta. Esto es lógico si tenemos en cuenta que las egipcias morían frecuentemente al dar a luz y que había que darles una madre a los recién nacidos. Sin embargo, es evidente que ante el caso de Mery-Aa, que aparece representado junto a sus *seis* esposas, es difícil pensar en cinco viudeces consecutivas o en una mezcla de divorcios y viudeces sucesivos. Pero este caso es el caso extremo y, para explicar otros que son mucho menos espectaculares, podemos considerar el argumento ya mencionado: la muy frecuente mortalidad de las madres en el momento del parto.

Por lo que respecta a la poliandria, los ejemplos son todavía más dudosos, por lo que no es posible afirmar que una mujer estuviera casada con dos cónyuges a la vez. No obstante, durante el Reino Medio tenemos noticia de una tal dama Menket, que aparece representada en dos estelas del Louvre con dos esposos diferentes. En la primera estela⁸ está en compañía de su cónyuge Hor y en la otra estela⁹ junto a otro cónyuge llamado Nesu-Montu. De modo que aunque se pueden citar otros ejemplos análogos, nada hay que nos

permita pensar en la existencia de la poliandria, por más que los dos célebres escultores enterrados en Deir el-Medina tuvieran, en la misma época, a la misma mujer. Lo más probable es que la dama en cuestión se casara con estos dos artistas consecutivamente, con el segundo sin duda después de haber muerto el primero.

El divorcio y la protección de la mujer

Motivos de divorcio

Igual que el matrimonio, el divorcio es un ejemplo del derecho consuetudinario egipcio. El hombre y la mujer podían divorciarse; pero debido a las pesadas cargas que en ese caso tenía que asumir uno de los miembros de la pareja divorciada, por lo general el marido, la mayor parte de los matrimonios eran muy estables. Probablemente el motivo más frecuente pudiera ser el adulterio, que tenía fama de ser severamente castigado. No obstante, existían numerosos modos de «arreglarse» con aquello que los textos llaman «el gran crimen» o la «gran falta»; un delito por el que se corría el riesgo de morir entre las fauces de un cocodrilo. Mencionemos primero las palabras del sabio Ptahhotep¹⁰:

*«Si deseas que tu condición sea buena,
Sálvate de todo mal
Guardate de la avidez,
¡Es la enfermedad dolorosa e incurable!»*

[...]
*Enreda a los padres y las madres
Y también a los hermanos de la madre.
Separa a la esposa del esposo.»*

Nadie estaba libre de una calumnia y cuando el «Pesimista» de la literatura del Reino Medio se queja de no ser amado, dice: «*¡Que des-*

gracia! ¡Mi nombre es detestado más que el de una mujer cuando la han calumniado delante de su marido.» Para justificarse, la dama no tenía más remedio que pronunciar, a petición de su marido, un juramento delante de un testigo, puesto que se suponía que Dios castigaba con la ceguera el falso testimonio o que se invocara su nombre en vano. «*No he tenido contactos fuera de nuestra unión. No he tenido relaciones con nadie que no fueras [tú], desde que me uniera a ti en el año [...] hasta el día de hoy.*» Hecha la declaración, la acusación desaparecía; pero la mujer sospechosa quedaba ofendida. De modo que, por lo menos según un documento de la Baja Época, la reparación por daños y perjuicios se saldaba con una fuerte indemnización: «*En el caso de que ella pronuncie el juramento, no se tomará ninguna disposición contra ella, y él (el esposo acusador) tendrá que darle cuatro talentos y cien deben de plata.*»

Relajación de las costumbres entre los obreros de la necrópolis real

Antes de abordar el régimen de divorcio en las capas altas de la sociedad, será interesante dedicarle algún tiempo a lo que podía pasar en una época de evidente degradación de las costumbres, como fue el comienzo de la XX Dinastía, en Deir el-Medina, el poblado de los artesanos de la necrópolis real, que se encuentra al oeste de Tebas. Los textos encontrados durante las excavaciones francesas son lo suficientemente numerosos como para permitirnos reconstruir pequeñas «escenas» de la vida real y comprobar hasta que punto, en esa coyuntura y a ese nivel, podía minimizarse el «crimen» del adulterio. Diversos textos fragmentarios mencionan a Hasy-Sunebef, un antiguo siervo adoptado por uno de los jefes de los trabajos del poblado. Se había casado con una tal dama Hunur, llamada «su hermana, señora de casa», que parece que anteriormente había estado viviendo en «unión libre¹¹» con un obrero llamado Pen-Duau. Con su cónyuge legal tuvo un hijo y dos hijas, la mayor de las cuales se llamaba Ube-khet. Sin embargo, Hesy-Sunebef no hizo una buena elección. No sólo la infiel Hunur, sino también su propia hija, compartirán sucesiva-

mente el lecho del chico malo de Deir el-Medina, Paneb; además, el hijo de éste, digno retoño de su padre, sedujo a su vez a la joven Ubekhet apenas salida de los brazos de Paneb. Pero lo que es el colmo es que este último ¡también fue acusado de haber desviado de sus obligaciones a la dama Tuy, esposa del obrero Kenna! Comprendemos entonces porqué el infortunado Hesy-Sunebef se divorció¹² en el segundo año del reinado de Setnakht; no obstante, se le concedió a la indigna esposa una pequeña pensión mensual de grano. Todo este lío no impidió a Hesy-Sunebef quedar en buenos términos con su hija y a ésta casarse con el jefe de los obreros: Nekht-em-Niut.

Otros motivos de divorcio

Dejando aparte el adulterio, que parece que era, excepto en algunas clases populares de la sociedad, castigado severamente, los otros motivos de divorcio podían ser: lo que en la actualidad llamamos incompatibilidad de caracteres, que uno de los esposos se enamorara de un tercero y, sobre todo, la esterilidad. Incluso conocemos el caso de un cónyuge que utilizó una excusa falaz para divorciarse ya que, tras veinte años de matrimonio con su esposa, declaró que acababa de encontrar a la «mujer de su vida». La siguiente es la anécdota que se le pone como ejemplo a una dama cuyo marido acaba de decidir divorciarse de su mujer con mala fe y sin reproches válidos contra ella:

«Por lo que se dice, estás en la misma situación de la mujer ciega de un ojo que había estado durante veinte años en la casa de un hombre; pero él encontró a otra y le dijo esto (a la primera): “Me divorcio de ti porque eres ciega de un ojo”.

»Ella le respondió: “¿Y eso lo que has averiguado después de pasar veinte años en tu casa?»

En cuanto a la esterilidad, el moralista, que siempre indica el mejor camino a tomar, aconseja: «No te divorcies de una mujer de tu

casa porque ella no haya concebido un hijo» una solución mejor era pensar en la adopción.

Los derechos de la divorciada

No pudiendo basarse en un interdicto religioso para oponerse a la separación de los cónyuges, la estabilidad del matrimonio dependía del interés de los esposos. En el caso del marido también influía el temor a las cargas que pesarían sobre él en caso de separación, que en ocasiones podrían dejarle completamente desprovisto. Pero también tenía importancia la, por lo general, gran calidad moral de los matrimonios, que siempre tenían en mente el espíritu de la ley del equilibrio, que no había que perturbar. El padre de la novia, cosa que ocurría en todos los niveles de la sociedad, se preocupaba por garantizar al máximo el porvenir de su hija. De modo que el pretendiente, o incluso el marido, juraba ante su suegro sus buenas intenciones con respecto a su hija: «*¿Que Amón viva, que el soberano viva! Si alguna vez repudio (o injurio) a la hija de Tenermontu, declara un obrero delante de las autoridades del poblado, seré merecedor de un centenar de golpes y perderé todos los bienes adquiridos en común*» (juramento realizado delante de) *el jefe de los obreros, Khonsu, el escriba Amennakht, Neferher y Khaemun, el año 23 del primer mes de invierno, día 4 (durante el reinado de Ramsés III).*»

Si una mujer ricamente casada era repudiada¹³ sin haberlo merecido, debía recuperar «el-regalo-para-la-mujer» además del «dinero-para-convertirse-en-esposa». A esto se le añadía los «bienes personales de la mujer» (o su valor), el «capital de alimentación», e incluso una parte del patrimonio personal de su marido (lo que se conocía como: los «bienes-de-padre-y-de-madre», a menos que éste hubiera sido reservado para los hijos de la divorciada, que además percibía un tercio de los bienes adquiridos en común. En ocasiones recibía la totalidad de los gananciales (incluyendo los dos tercios que le pertenecían al marido) y, a veces, incluso el pago de un «castigo por divorciarse» (parece que el doble, en el caso de que el esposo la abandonara para

casarse con otra). Por último, en ciertos casos, la divorciada podía continuar viviendo en el domicilio conyugal. Si el divorciado no podía pagar de manera inmediata el «dinero-para-convertirse-en-esposa» o el «capital-de-alimentación» que se le reconocían a la esposa por contrato, era obvio que debía asegurar la subsistencia de su ex-esposa hasta el día en que pudiera entregarle esos bienes y esas sumas. Con semejantes arreglos, el matrimonio se presentaba como casi inseparable, de modo que la poligamia debía ser poco práctica; algo que, por consecuente, contribuyó mucho a establecer el régimen de monogamia.

Ya se ha visto que el padre velaba por los intereses de su hija y, tras el divorcio de un matrimonio pobre, nunca la dejaba sin techo: «*Eres mi hija, escribe uno de ellos, y si el obrero Baki te repudia del hogar conyugal, podrás vivir en mi casa, porque fui yo quien la construyó; nadie podrá echarte de ella.*» Además, si se daba el caso de que el yerno hubiera cometido actos deshonorosos, el suegro le expulsaba de su casa.

Parece que el divorcio no necesitaba de ninguna formalidad ni de la redacción de ningún documento: era efectivo con la sola repudiación oral de uno de los cónyuges por parte del otro miembro de la pareja (costumbre que todavía se conservaba a orillas del Nilo hasta hace poco tiempo, cuando bastaba con repetir tres veces «te repudio»).

No obstante, un escrito de formalización podía ser enviado por el esposo a su exmujer. En ese «documento-de-divorcio» (que no era constitutivo, sino meramente informativo) el marido renuncia a su derecho a la unión conyugal y declara solemnemente a su mujer que le deja completa libertad para casarse de nuevo. Si se carecía de este documento, la sabiduría popular decía que había que desconfiar: «*No te cases con una mujer cuyo marido todavía vive por miedo a que se convierta en tu enemigo [...] Sería algo peligroso y podría exponerte a acusaciones de adulterio.*»

El divorciado

Nos queda hablar de la situación, menos habitual, pero igual de válida, en la que se encuentra el esposo repudiado por su mujer. Si el

divorcio no había sido culpa suya, podía recibir la mitad del «regalo-para-la-mujer» (que había entregado en el momento del matrimonio). Según el caso, recuperaba, como estaba previsto, por lo menos dos tercios de los bienes adquiridos en común; en ocasiones, incluso el tercio reservado por lo general a la mujer era para él.

Advertencias a los futuros cónyuges

La víspera de tomar esposa, el joven egipcio no se imaginaba preocupándose por los consejos que le prodigaba su padre, referidos a la ancestral sabiduría del célebre Ptahhotep¹⁴, recuperada más tarde por el escriba Ani¹⁵:

«No espíes a tu mujer en su casa si sabes que es virtuosa. No le digas: “Tal cosa ¿dónde está? ;Traemela!” cuando está en su lugar. Que tu ojo observe mientras guardas silencio. Aprecia su valor. Cuando tu mano está unida a la suya es una alegría. Hay muchos que ignoran [como] un hombre hace que desaparezca el motivo de las peleas en su casa y tampoco sabe encontrar al autor. ¿Qué se prepara una pelea en la casa? ;Que el corazón se fortalezca entonces enseñuida.» (Enseñanzas de Ani, 8, 4-5.)

Ciertamente, palabras semejantes podían ayudar mucho en los primeros momentos de la vida en común, durante los cuales los temperamentos de los cónyuges tenían que acomodarse uno a otro sufriendo los inevitables enfrentamientos y choques de la vida diaria. Pero el escriba Ani también pensaba en las obligaciones que el joven esposo no tardaría en tener con respecto a sus hijos:

«Mientras eres joven, consigue una mujer y funda tu casa. Preoúpate de todo lo que engendres, a lo que vas a alimentar como a una criatura de tu madre. Que ella no tenga que censurarte, ni alzar los brazos hacia el dios, ni éste escuchar su queja»¹⁶

La mujer de Egipto

Tampoco faltaban recomendaciones para exaltar la armonía de la pareja y la fidelidad del marido hacia su esposa, en la que debían recaer las cargas de la casa:

«Si eres sabio, guarda tu casa, ama a tu mujer sin mezclas, aliméntala adecuadamente, vístela bien. Acaríciala y satisface sus deseos. No seas brutal, obtendrás más de ella con miramientos que con violencia. Si la rechazas, tu matrimonio se va a pique. Ábrele tus brazos, llámala; dale muestras de tu amor.»

Pero siempre queda una duda que debe prevenir al recién casado contra una falsa quietud e incitarle a no bajar nunca la guardia:

«Nunca se conoce el corazón de un hermano cuando no se ha recurrido a él en la miseria.»

[...]

«Nunca se conoce el corazón de un servidor antes del día en que su señor está arruinado.»

[...]

«No se conoce el corazón de una mujer, igual que nadie conoce el cielo¹⁷.»

La prosperidad del hogar depende de la alegría de la «señora de la casa», ese «campo fértil». Y el joven esposo hará bien en no olvidar que los *«perfumes y el maquillaje son remedios milagrosos»*.

Un hogar armonioso, muchos hijos y una mujer amante: ése era el verdadero deseo de la mayoría de los egipcios. Por lo general, el amor conyugal era el ideal al que aspirar. Un deseo en el que se veían ayudados por la aplicación práctica de la moral que se les había inculcado desde pequeños y que en Egipto tenía un papel mucho más importante que en ninguna otra civilización de la Antigüedad.

En cuanto a la joven, pese a toda la euforia del momento, ocupada como estaba en reunir su «ajuar» y en parlotear más que de costumbre con aquellas de sus amigas que habían conocido la alegría del amor antes que ella, también recibía a las matronas encargadas de aconse-

jarla adecuadamente y prepararla para su futura condición de mujer. Su madre completaba el panorama recordándole las enseñanzas de Maat, que atempera el ardor de la palabra y permite, gracias a la reflexión silenciosa, encontrar el camino adecuado en cualquier circunstancia y un juicio equilibrado, digno de aquella que iba a convertirse en el eje del hogar, en una madre con múltiples responsabilidades. Era entonces cuando se invocaba a la gran Isis, prototipo perfecto de la esposa, la que da a luz y cuyo amor, fidelidad y solicitud no desfallecen jamás. También se invocaba la bendición de Hathor, puesto que «*da hijos a las mujeres sin que la enfermedad ni la necesidad les toquen*». La joven nunca deberá olvidarse de decir oraciones por los difuntos, puesto que Hathor, Señora del Occidente, protege a las mujeres de la esterilidad e impide que los maridos se conviertan en impotentes.

La condena de la adúltera

Socialmente hablando, el matrimonio era considerado el estado ideal, y mientras los dos protagonistas de ese simple «acuerdo mutuo» siguieran el camino de Maat, elemento fundamental de la conciencia humana, nada podría impedir su armonioso desarrollo. Ese es el motivo por el que la infidelidad reviste una gravedad tal que se le presenta a los novios como el «gran crimen». A ambos se les recordaba la suerte que podían correr el amante y la mujer adúltera. Se les contaba como, habiendo tenido el marido noticias de la falta, fue el propio rey Kheops quien aprobó el castigo «mediante el cocodrilo» (papiro Westcar). Aparentemente, la amenaza del saurio seguía teniendo importancia en la sociedad del Reino Nuevo —época en la que vivió la imaginaria y joven pareja a cuya unión vamos a asistir—, ya que en un cuento del mismo período (*Verdad y Mentira*) el hijo de una mujer que había tenido una vida disoluta reconviene a su madre con estas palabras: «*Eso merecería que se reuniera a toda tu familia y que se llamara al cocodrilo.*» La joven también tenía que estar convencida de la enormidad de su falta al recordar el *Cuento de los dos hermanos*, en el que la protagonista —una mujer cuya única intención era engañar a su marido— fue casti-

La mujer de Egipto

gada con la muerte a manos de este último. A estos recordatorios había que añadirles la advertencia del viejo maestro a su alumno: «*Guárdate de la mujer forastera a la que nadie conoce en el poblado. No mires mientras anda detrás de su compañero; no la conozcas [sobre todo] carnalmente [...] Son aguas profundas de las que todavía no se ha podido sondear el fondo [...] Ella se detiene, pesca con la caña: [Es un] crimen que significa la muerte si se descubre, porque ella no tiene que guardar el secreto*¹⁸.»

La condena teórica

Tal circunstancia concernía a los dos futuros esposos, puesto que la justicia podía castigar a ambos culpables, tanto en la tierra como delante del tribunal divino, cuando se pide permiso para alcanzar la orilla de la Eternidad. «No he cometido adulterio¹⁹», dicen aquellos que recitan la conocida «declaración de inocencia» del capítulo CXXV del *Libro de los muertos*. El matrimonio y, en ocasiones el divorcio, son acontecimientos que quedan ratificados en el ámbito familiar mediante la voluntad de los esposos, sin ninguna intervención de la Administración, igual que cualquier otro «acuerdo de asociación personal o financiera». Sin embargo, el adúltero está sujeto a la acción del tribunal. El juicio iba seguido de una pena que, para el hombre considerado como el «violador», era la emasculación y, para la mujer consentidora, la amputación de la nariz, lo que debía desfigurarla y privarle de cualquier encanto. Si el «crimen» había sido realizado sin violencia, el hombre sólo recibía ¡cien bastonazos! pero esta es una información que nos llega a través de Diodoro²⁰. En otros lugares encontramos para el hombre la amenaza de la mutilación de la nariz, las orejas y una condena a trabajos forzados y, para la mujer, el exilio a Nubia.

En la práctica

Sin embargo, en la práctica existía una diferencia bastante grande entre los textos edificantes y lo que sucedía en realidad. Ya hemos

visto hasta qué punto podía ser relajada e incluso disoluta la vida de algunos obreros de Deir el-Medina, ya estuvieran realmente casados o viviendo en concubinato (cf. Divorcio). Las costumbres eran bastante liberales en ese pequeño mundo y, por lo que a los magistrados se refiere, eran conciliadores y muy comprensivos, como podemos comprobar por la siguiente anécdota, ocurrida también en el poblado. Un hombre se había unido a una mujer mediante matrimonio, pero no vivía con ella. Cada uno de los cónyuges vivía en casa de su propio padre. Mas resulta que un día el esposo sorprendió a la mujer acostándose con un marino llamado Mery-Sekhmet, hijo de Menna. Habiéndose quejado a los magistrados, éstos fallaron en su contra; sin embargo, un testigo imparcial sorprendió a los amantes. La decisión del escriba fue dirigirse al marinero culpable y hacerle prometer que nunca más volvería a hablar con su mujer; su padre hizo lo mismo y obtuvo de él el mismo compromiso, so pena de ser castigado a trabajos forzados. El escaso celo de los jueces pudo deberse al hecho de que los esposos no vivían juntos y quizá a que el matrimonio no había sido consumado.

Como quiera que sea, esta conclusión no sorprende demasiado y, de hecho, el adulterio no siempre era castigado con la severidad con que se suponía que lo era. ¿Acaso no existían en el mundo mitológico, lleno de enseñanzas, el ejemplo de Neftis, hermana y amante de Seth, que le fue infiel provocando a Osiris, que la convirtió en su concubina durante un corto espacio de tiempo...? Tampoco era cuestión de aplicarle la pena a una mujer que, para disculparse, declaraba haber sido seducida. Entonces se consideraba que había sufrido una especie de violación y, en esas circunstancias, su marido no estaba obligado a quejarse de ella, aunque en ocasiones se encontrara encinta tras la aventura.

Los propios «tribunales» daban muestras de debilidad. Nos referimos a una historia de adulterio que se saldó con el juramento solicitado al culpable de seguir en adelante una conducta ejemplar para evitar la mutilación. Sin embargo, éste reincidió y dejó embarazada a la «bella». El nuevo veredicto demuestra el extremado espíritu de conciliación de estos tribunales, que eran más «tribunales de testimonio y

arbitraje» que cortes penales capaces de imponer penas. Esta vez se exigió al culpable un nuevo compromiso: que se abstuviera, porque en caso contrario incurrirá en una «pesada pena».

En otra ocasión, un culpable se negó cinco veces en otros tantos oráculos, a admitir su reprehensible acto. Sólo confesó tras haber sido golpeado y... *¿debido a la presión de la opinión pública!* El ideal²¹ «era siempre juzgar los litigios de tal manera que las dos partes se fueran satisfechas y eso implicaba tener en cuenta a la opinión pública».

Las amenazas de muerte contra el adúltero revelan sobre todo el eventual ánimo vengativo del marido engañado, del que también se hizo eco Diodoro, aunque no referido a un caso concreto frente a un tribunal. De hecho, la «falta» era intentar seducir a una mujer *casada*, ya que esto traía consigo un sentimiento de ofensa y deshonor para el cónyuge. Mucho después de los primeros textos moralistas, el sabio Ankhsheshonk se esfuerza por señalar cual era la posición oficial respecto a la cólera inmediata que el marido, e incluso su familia más cercana, siente al descubrir que es engañado: *«En cuanto a aquel que hace el amor (meri) con una mujer que posee esposo, es muerto (o: puede ser muerto) sobre el escalón de su puerta (de la mujer)»*. Pero también hay que tener en cuenta otra clase de advertencia: no hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti. En efecto el sabio continúa: *«No copules con una mujer casada. Aquel que copula con una mujer casada, en su cama, podría ver como, a su vez, su propia mujer pudiera ser violada en el suelo.»*

Durante la Baja Época, en donde se suavizó una cierta doctrina rigorista, se aprecia una evidente benevolencia que atenúa muchas posturas. Ankhsheshonk intenta excusar la debilidad humana por la pasión, y la tolerancia es más realista que romántica. ¿Acaso no aconseja al infortunado que ha sido engañado que se olvide de la ofensa y que se limite a divorciarse para tomar otra esposa? También le recomienda que haga algo de introspección y vea si no había sido descuidado con respecto a su mujer. ¿No pudiera ser que tuviera motivos para ser censurado?

Sin embargo, era indispensable que subsistiera ese «miedo a la autoridad» y esa preocupación tan loable es la que hacía tan imprecisa

la aplicación de las sanciones correspondientes a aquello que se seguía llamando el «gran crimen»; puesto que antes que nada había que mantener el orden público vigilando la seguridad de todos los individuos y esforzándose por evitar los enfrentamientos entre el clan de los ofensores y el de los ofendidos. De hecho, un célebre papiro del tiempo de Ramsés III²² conserva la edificante afirmación de que «la mujer de Egipto podía ir por donde quisiera sin ser molestada» (¡El Estado la protegía de las violaciones!)

El matrimonio

Ya hemos visto que el matrimonio no dependía de ninguna ley, que era un acuerdo estrictamente personal entre los dos interesados, un simple pacto social. Hace sólo cien años²³, la simple frase «me otorgo a ti» dicha por la mujer púber al hombre que pretendía convertirse en su marido —con o sin presencia de testigos— la convertía en su esposa legal. Todavía en nuestros días, sobre todo en el campo egipcio, los musulmanes, notablemente fieles a la costumbre milenaria se limitan a la fórmula: «te acepto como marido, te acepto como mujer»; pero ahora pronunciada delante de ese agente del registro religioso conocido como el *maazum* y de dos testigos.

El acuerdo

Sobre el modo en que se celebraban los matrimonios en la época faraónica sólo sabemos que cada miembro de la futura pareja, uno detrás de otro, debía pronunciar las palabras consagradas por el uso: «te he hecho mi mujer», «me has hecho tu mujer».

Con anterioridad, el joven había ido a charlar con el padre de aquella a la que quería desposar y parece comprobado que, en ciertos casos, el padre se entendía directamente con aquel al que había elegido para asegurar la felicidad de su hija y, como ya hemos visto, llegaba a una especie de acuerdo con él. Después era la cohabitación la

que legitimaba de hecho la unión: la mujer abandonaba la casa de sus padres para entrar en la de su marido. En algunas ocasiones, muy raras, cuando la esposa era mucho más rica que el marido, era éste quien iba a instalarse en casa de su mujer, pero en principio se trataba de algo muy desaconsejado.

Tenemos que procurar no interpretar el acontecimiento con nuestra mentalidad de occidentales modernos. Ni el derecho canónico ni el derecho civil tenían nada que ver en esta ceremonia. Hay que rechazar por completo la sugerencia²⁴ de una «bendición nupcial» en el templo. La mayor garantía para asegurar los lazos conyugales era el *deseo* de mantener a la familia en un ambiente de seguridad gracias a una buena armonía y al nacimiento de hijos legítimos. Una seguridad reforzada por las exigencias de los «contratos matrimoniales» que, en ocasiones, terminaban con la unión tras un período de siete años de «cohabitación». Estos contratos, de origen tebano, en ocasiones hacían imposible los deseos que hubiera podido tener el marido de separarse de su «señora de la casa».

Las condiciones

El matrimonio debía ser contraído entre personas libres, pues ya hemos visto con anterioridad que un prisionero de guerra que esperaba casarse con una egipcia, hija de un barbero de Tutmosis III, tuvo que ser manumitido primero. Por lo mismo, había que «liberar» a una sierva para que pudiera casarse con un «hombre ciudadano».

Intento de reconstrucción de un matrimonio

La mayor parte de las personas que eran «siervas» vivían en «unión libre», lo que significa que la mujer no llevaba el título de señora de la casa. El mismo principio era adoptado a menudo por los artesanos de la necrópolis tebana en Deir el-Medina. Sin embargo, para las personas de condición modesta también existía la unión

marital. Se llamaba a la esposa *mujer, hemet*, o incluso «la vestida», *hebesu*²⁵. En la clase baja de la sociedad se sabe del caso de un guardián de ocas que contrajo matrimonio por un período de nueve meses, pasados los cuales entregó a su mujer una cierta cantidad de dinero²⁶.

Los dos esposos imaginarios de los que vamos a ocuparnos a continuación pertenecen a dos familias acomodadas en el período más brillante del Reino Nuevo, que se sitúa entre el último tercio de la XVIII Dinastía y la época de Ramsés II.

Alusiones en los textos de la Baja Época²⁷ nos permiten sospechar que, por lo menos durante ese período, llegada la noche del día elegido*, el padre de la novia la hacía llevar públicamente a la casa de su futuro yerno acompañada de regalos. Por su parte, el chico daba una gran fiesta a la que estaban invitadas numerosas personas que llegaban cargadas de regalos. Tras estas celebraciones, los cónyuges comenzaban su vida en común²⁸.

Detengámonos primero en el término egipcio que se refiere al matrimonio, sea cual fuere la naturaleza de éste: *hemes, hemesi* o incluso *hemesy-irem*, literalmente «sentarse» o «sentarse con», de donde por extensión viene el significado de cohabitar, vivir juntos. A nuestro entender habría que llevar la reflexión más lejos, incluso hasta el primigenio significado de la expresión «sentarse con». No podemos entonces dejar de pensar en las ceremonias matrimoniales que todavía se celebran, tanto en El Cairo como en la campiña egipcia, y que incluyen a una ingente cantidad de invitados, así como a multitud de miembros de la familia. Personas todas ellas que, en una gran sala de recepción, rodean a la pareja, que parece como si estuviera «expuesta» sobre un estrado, con el hombre y la mujer juntos, cada uno en un sillón, a ser posible dorado. Deben estar *sentados*, el joven con un traje oscuro y la mujer deslumbrante con su maquillaje, vestida de satén o de falla, resplandeciente con sus joyas o su bisutería, rodeada por grandes cantidades de tul y ambos rodeados de flores. Los acom-

* Quizá sería conveniente recordar que, para los egipcios, el nuevo día comenzaba con la caída de la noche (N. del T.)

pañantes festejan y se congratulan mientras los esposos son expuestos, estáticos, como los protagonistas de una presentación... fuera del tiempo. Si no fuera por los atavíos modernos, podríamos pensar que estábamos en el Reino Antiguo, viendo al grupo principesco formado por las estatuas de Rahotep y Nofret. En ocasiones, en el Reino Nuevo las actitudes se dulcifican; de tal manera que el movimiento de un brazo, la dirección del pie de la mujer o la inclinación de un rizo de su peinado son los únicos indicios que permiten a un ojo entrenado captar la intención del escultor que, respetando la extrema reserva egipcia, quiso sugerir así la atracción entre los dos seres o, incluso, mediante un gesto de seducción de la mujer, hacer una alusión apenas perceptible a la incitación al amor²⁹.

Es evidente que los grupos escultóricos provenientes de las capillas de las tumbas son los innumerables jalones de esta unión eterna, que era deseada por todos los egipcios y que se prolongaba tras la muerte, renovando así para perennizarla la que en vida había sido la razón de su existencia. En nuestros días, la danza del vientre que tradicionalmente se realiza durante la ceremonia del matrimonio, mientras suena la orquesta local al ritmo cada vez más endiablado de los crótalos³⁰, es un reflejo de los conciertos y los bailes que debían de ser el acompañamiento esencial y la alusión plástica del éxtasis amoroso. En la campiña y en Nubia hace tiempo, las canciones y bailes interpretados por las mujeres del poblado tenían lugar en una especie de círculo mágico delimitado por los miembros de la comunidad. Los cantos de matrimonio, muy bellos y *a capella*, casi «gregorianos», se elevaban en cálidas y graves vibraciones hacia el azul oscuro de la noche estrellada.

Otro punto que debía ser común entre el ceremonial de hoy día y el del Egipto faraónico era el desfile del «ajuar» de la joven desposada. Al pensar en el evidente paralelismo que hay entre los recién casados «*sentados*» de la Antigüedad, los llamados grupos funerarios, y la presentación actual de los esposos en el Egipto moderno, es imposible no establecer una similitud parecida entre la lista del «ajuar» de la esposa que se cita en la mayoría de los contratos de la Antigüedad (cada objeto acompañado por su valor) y el desfile del «ajuar» de las casadas

modernas, ya sea en los arrabales de El Cairo o en la campiña egipcia; y, por otro lado, entre éste y el desfile del «mobiliario» del difunto introducido en su capilla de eternidad para su unión con la diosa Hathor (Fig. 33).

Salvando las distancias, se trata de espectáculos parecidos y casi paralelos —con las voces de las plañideras de la antigüedad reemplazadas por los actuales gritos «yuyu» de las amigas de la recién casada—, en el que uno tras otro vemos llevados en procesión por las calles, a hombros de los parientes, los amigos y los servidores, la cama y su confortable colchón, dominado por el «reposacabezas», el sillón, la silla, los cofres para vestidos y para las joyas (collares (Fig. 34), brazaletes, anillos), los utensilios para el cuidado de la casa y los vasos para unguento, los objetos de tocador, los vestidos, las sandalias de piel blanca, etc. En la lista de objetos para el cuidado de la casa aparece siempre un vestido —o una gran pieza de tela— que sólo aparece mencionado en este tipo de inventario. Se ha sugerido que quizá se trate de una especie de tela ritual propia de las casadas³¹. Parece difícil identificarla con una sábana, pero es posible que estuviera destinada a



FIG. 33. Procesión del ajuar funerario del difunto.

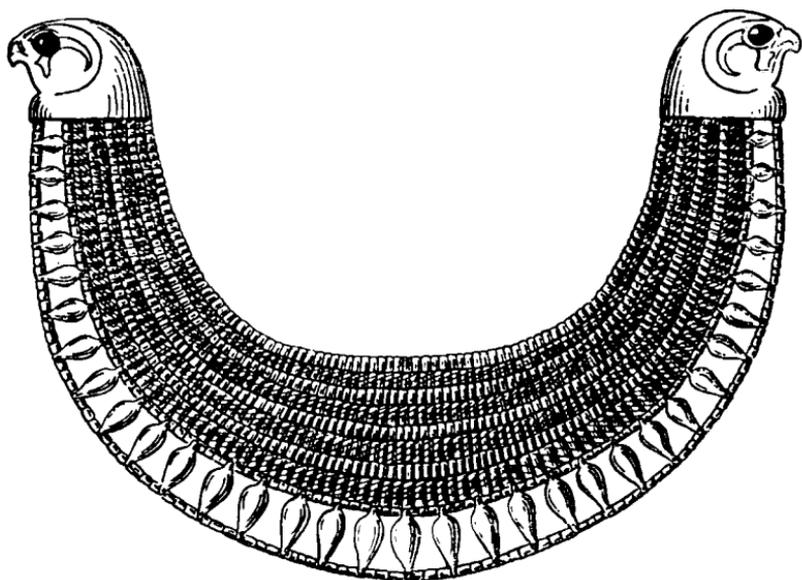


FIG. 34. Collar.

ser conservada en previsión de su empleo como mortaja (comparese con la tela-esponja con la que todo musulmán, aunque sea de muy elevada posición, se envuelve el cuerpo durante la peregrinación a la Meca para que le sirva de sudario en el caso de que muera de camino hacia la ciudad santa). Indagando un poco en el contenido del ajuar, podemos encontrar una explicación que quizá esté más próxima a la verdad. Si lo hacemos, vemos que hay en él un artículo esencial que todavía era mencionado entre los objetos reunidos en el momento de su matrimonio por las damas egipcias en tiempos de los mamelucos en Egipto, se trata de ¡una *mosquitera*! La cosa está lejos de ser imposible para la época de los faraones, porque se han encontrado ejemplos en el mobiliario de la madre de Keops y, más tarde, en el de Tutankhamón. El uso de semejante pieza de tela también aparece descrito en los muros de algunas capillas funerarias del Reino Antiguo.

En resumidas cuentas, con estos objetos la mujer tenía que hacer frente con éxito a sus compromisos y poder amueblar correctamente

el dormitorio, la antecocina y la cocina. Todo el mundo tenía que poder admirar la calidad y la variedad de los bienes con los que la había colmado su familia.

No sería nada extraño que, siguiendo un hábito profundamente enraigado en la mentalidad del país cuando se trata de una celebración cualquiera —costumbre que todavía se observa en nuestros días, sobre todo en cuanto uno se aleja un poco de las grandes ciudades—, la pareja que iba a verse cumplimentada por la tarde, hubiera ido muy de mañana a la tumba de la familia. Pero además, para mejor remedar la teogamia real, seguramente habría suplicado al pariente varón fallecido más recientemente, padre o mejor abuelo, el nacimiento de un hijo. Al «inspirar» la concepción del heredero por llegar, el ancestro permitía la continuidad familiar. De hecho, cerca de algunas tumbas se han encontrado pequeñas estatuillas de mujer con fastuosos peinados con un recién nacido en brazos, además de con las piernas señaladas con la tinta con la que se escribió la oración dirigida al antepasado para que «inspirara» y «provocara» la nueva vida.

Dado que la unión contribuía a perpetuar, no sólo la célula familiar, sino también la población del país, la fiesta tenía que ser memorable. Por otra parte, *heb*, la palabra egipcia que significa fiesta, se ha conservado en copto —que es la expresión final de la lengua egipcia escrita con caracteres griegos— con la forma *hop*, que no sólo significa «fiesta», sino también «fiesta de matrimonio».

El matrimonio en el cuento de Khaemuas

Así es cómo se desarrollaron las famosas fiestas de matrimonio por las que se interesó el faraón, tal y como aparecen descritas en el cuento de Khaemuas:

«El faraón le dijo al jefe de la casa real: “Que lleven a Ahuri a casa de Nenoferkaptah esta misma noche. Y que lleve con ella toda clase de bellos regalos”. Ellos me llevaron como esposa a la casa de

La mujer de Egipto

Nenoferkaptah y el faraón ordenó que se me diera una gran dote de oro y plata que me ofrecieron todas las personas de la casa real.

»Nenoferkapath pasó un día feliz conmigo; recibió a todas las personas de la casa real y durmió conmigo esa misma noche. Me encontró virgen y me conoció, y me volvió a conocer, porque cada uno amaba al otro.

»Cuando llegó el momento de mis purificaciones, no tuve purificaciones que hacer. Se lo fueron a decir al faraón y su corazón se regocijó mucho. Hizo que se cogieran muchos objetos preciosos de los bienes de la casa real e hizo que me trajeran muy bellos regalos en oro, plata y en telas de lino fino.*

»Cuando me llegó el momento de parir, di a luz a ese niño que está delante tuyo. Le pusimos el nombre de Maihet, y lo inscribimos en los registros de la "Doble Casa de la Vida".»

La identidad de la mujer casada

Una vez casada, la mujer no cambiaba de nombre, ni siquiera añadía al suyo el de su marido. Siempre estaba autenticada por su propia genealogía: parida por tal mujer y engendrada (o procreada) por tal hombre.

En cambio, en ciertas ocasiones se podía dar el caso de que se la llamara: la «esposa de tal».

* El texto se refiere a que, llegado el momento de la menstruación, días en los que las mujeres debían realizar algún tipo de purificación, no tuvo el período, es decir, que estaba embarazada (N. del T.).

Capítulo cuarto

La casa y la vida en el hogar

La casa

Lo que representa el hogar

Parece que el hogar era lo más querido a los egipcios, que lo identificaban con su amor familiar y su alegría de vivir. Alejado de su morada, el egipcio pensaba en ella constantemente, se inquietaba por lo que pasaba en ella y se informaba sobre la salud de los suyos y sobre los mil detalles que llenaban su existencia. Si su viaje se prolongaba, la tristeza le embargaba, de modo que para ofrecerle las palabras de consuelo que necesitaba para apaciguar los sufrimientos del Náufrago*, la Gran Serpiente de la isla mágica sobre la que una ola de la «Muy Verde» había lanzado al marino, le predijo:

«Estrecharás contra tu pecho a tus hijos, abrazarás a tu mujer y eso es lo más valioso del mundo. Volverás a tu país y vivirás junto a tus hermanos.»

* El lector interesado en leer en español la mayoría de los cuentos que aparecen citados en el libro puede remitirse a GALÁN, J. M.: *Cuatro viajes en la literatura del antiguo Egipto*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Banco de datos filológicos semíticos noroccidentales. Monografías, 3), 1998 y PARRA ORTIZ, J. M.: *Cuentos egipcios*, Madrid: Alderabán (Sileno, 4), 1998.

La mujer de Egipto

Cuando el marino estaba a punto de regresar a Egipto gracias a un navío que llegó de improviso a la isla, la Serpiente le confirmó:

«[Regresa] con salud, con salud, hombrecillo, a tu casa, que vuelvas a ver a tus hijos.»

Para que el matrimonio fuera feliz era necesario que viviera en su propia casa y no en la de sus padres. Las *Enseñanzas de Ani*¹ lo recomiendan con énfasis:

«Construye tu casa, verás que eso aleja el odio y el desorden. No digas: "Hay una casa en posesión del padre de mi padre que puede servir de morada diaria.»

La expresión «fundar una casa», *gereg per* en egipcio, equivalía de hecho a la de «formar matrimonio».

La hacienda rural

La casa, todos los elementos de la cual habían sido protegidos con fórmulas mágicas, se construía siempre con ladrillos de tierra sin cocer, material que todavía hoy se utiliza, tanto en la campiña como en los arrabales de las ciudades, pero que va camino de desaparecer. El edificio, que era cálido en invierno y fresco en verano, ya estuviera en la ciudad, con un espacio reducido, ya en el campo, en el centro de una gran hacienda, siempre incluía las tres partes esenciales que componían el hábitat del dios en los templos: patio, sala hipóstila y santuario (del dios o del difunto), provisto de un patio-jardín, una capilla y una cámara funeraria. Estas tres divisiones principales se corresponden a las necesidades esenciales de la vida en común: el acceso, la zona de recepción y la vida privada.

En las residencias señoriales, estos elementos estaban acompañados por numerosas habitaciones anejas que, en el caso de las viviendas de las gentes humildes, quedaban reducidas al mínimo

necesario. Gracias a las ruinas de la ciudad de «Kahun», los ejemplos para el Reino Medio son muy buenos; pero los vestigios anteriores nos permiten suponer que en el Reino Antiguo sucedía lo mismo. En el Reino Nuevo las pequeñas casas del poblado, protegidas por un muro, se construían pared con pared y se repartían a ambos lados de una calle central que desembocaba en la plaza de la población. La cocina, la tercera habitación del fondo, a menudo se completaba con un sótano cuya entrada podía quedar oculta por la piedra del hogar. Como es natural, la terraza, a la que se accedía mediante una escalera exterior, era de gran utilidad, tanto para la vida familiar como para depositar en ella los numerosos trastos imprevistos, el grano, o incluso animales a los que se cebaba para la próxima fiesta.

La joven desposada que nos ocupa se había casado con un importante, pese a su juventud, notable de provincia, un nomarca. Lo había dispuesto todo con diligencia y la propiedad recordaba a la residencia de Ineni, el viejo compañero de Tutmosis I que tan sabiamente había aconsejado a la joven soberana Hatshepsut al comienzo de su reinado. La casa de este personaje tenía un imponente muro de paredes blanqueadas con la parte superior provista de una especie de defensa de forma ondulada que dejaba entrever los dos pisos de la gran casa, que tenía pequeñas ventanas con barrotes y que se alzaba aislada de los silos y las demás dependencias, que en esta descripción sirven de compendio de los numerosos anejos de la casa. Al fondo se había situado el inmenso jardín, tan querido por el propietario que hizo un inventario de todas y cada una de las especies de árboles que contenía. Un ancho estanque rectangular completaba este magnífico lugar de descanso. La hacienda de nuestro joven y ficticio matrimonio (Fig. 35) era de una época algo más reciente, pues la XVIII Dinastía estaba terminando cuando los arquitectos a los que se les había confiado la construcción de la nueva ciudad deseada por Akhenatón (la actual Tell el-Amarna) se las habían ingeniado para dotar a sus habitantes de una mayor comodidad.

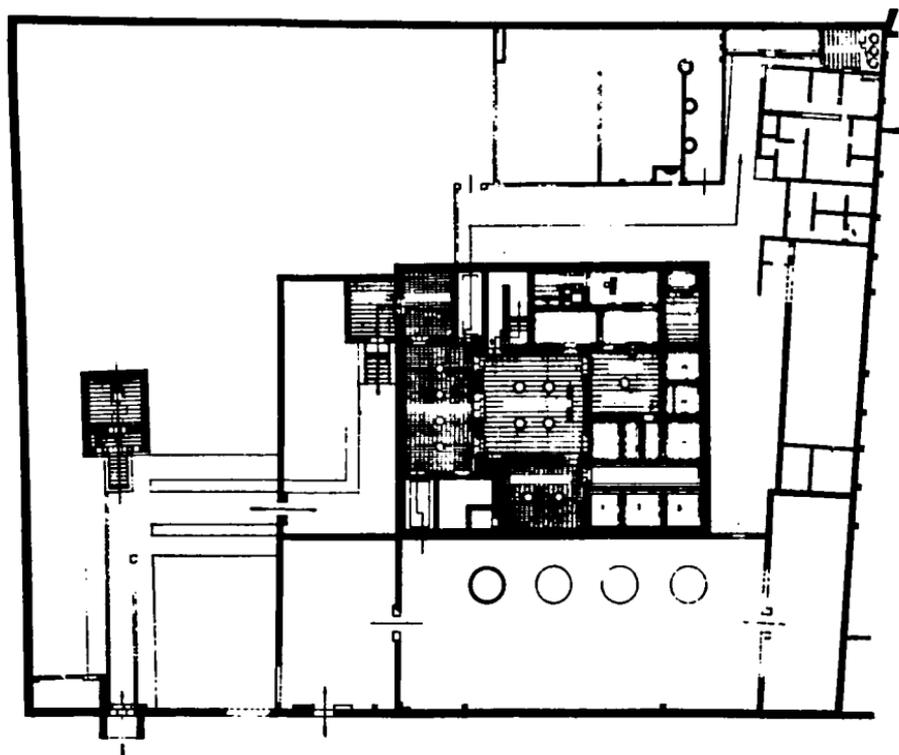


FIG. 35. Planta de una hacienda de Tell el-Amarna.

El acceso

Dos aberturas horadaban el muro del recinto, la que conducía directamente a la capilla donde se veneraba al disco solar, en la parte anterior del jardín, y la gran puerta cochera, que daba acceso a la casa y a sus anexos inmediatos. Por ésta podía pasar con facilidad el carro ligero de dos ruedas y elegante línea que, tirado por dos caballos, se veía conducir a los señores con gran destreza desde el comienzo de la dinastía. El guardián, situado cerca del portal, se encargaba de hacer conducir el tiro a la cuadra mientras su propietario se dirigía hacia la caseta del «portero²», que se encontraba a la entrada de la casa,

La casa y la vida en el hogar

situada sobre tres escalones. El visitante era conducido entonces por el susodicho portero a una habitación rectangular cuyo techo era soportado por numerosas columnas y que con frecuencia ocupaba toda la longitud del edificio. A menudo los invitados esperaban en esta sala de acogida a que el señor de la casa los recibiera mientras éste se preparaba para hacerlos pasar a la gran sala, por lo general cuadrada, que era el punto central de todo el edificio.

La zona de recepción

Era el lugar en donde la numerosa familia se reunía, durante las festividades, con los amigos. El techo, por lo general sostenido por cuatro columnas, era bastante alto (para conseguir un cierto frescor durante el calor del verano) y se elevaba en tres de sus lados por encima de las terrazas de las habitaciones vecinas; la luz le llegaba de las elevadas y pequeñas ventanas con cuadrados barrotes de piedra, que impedían que penetraran los pájaros nocturnos. El cuarto muro estaba adosado al balcón cubierto del primer piso, dispuesto a todo lo largo de la galería de acceso de la planta baja. Las columnas y capiteles estaban decorados con motivos vegetales de vivos colores que se entremezclaban con imágenes de patos salvajes colgados por las patas; en los muros a veces se veía el dibujo de floridos matorrales y matas de papiros de las marismas; ese era el marco en el que podían tener lugar las fiestas de recepción. Por lo general, las columnas y las puertas de comunicación estaban pintadas de rojo. En una de las paredes de la habitación había una «losa de lustración» rodeada por un pequeño borde que tenía en el centro una bella jarra con motivos en «azul tebano» (cerúleo) que se llenaba de agua perfumada para derramarla sobre las manos y los pies de los visitantes, llenos de polvo del camino. Pero, sobre todo, esta instalación servía para el solaz del señor cuando regresaba a su hogar después de haber sufrido un fuerte calor o un prolongado viento arenoso. Se comprende entonces el sobresalto del campesino de *El cuento de los dos hermanos* cuando, al entrar en su casa, su mujer no le recibió como solía:

La mujer de Egipto

«Ella no le vertió agua en las manos, como estaba acostumbrado; no encendió la luz delante de él; su casa estaba en tinieblas.»

Enfrente de la losa se había situado el estrado en el que se sentaban los anfitriones cuando recibían a sus invitados. Las sillas, sillones y asientos de tijera con patas de león estaban adornados la mayor parte de las veces con cojines con fundas de tela con dibujos multicolores o de piel «pantera del Mediodía». Su aspecto recordaba de lejos a los muebles de estilo «regreso de Egipto», cuyas formas fueron inspiradas por los dibujantes de la expedición de Bonaparte al país del Nilo (principalmente Vivant Denon). Taburetes, altos y bajos, en ocasiones plegables y con las patas en «cuello de cigüeña», amueblaban la amplia estancia a la espera de los invitados, que disponían para cada uno de un pequeño velador sobre el que los sirvientes ponían los platos de la comida durante las recepciones. Un gran brasero parcialmente hundido en el suelo era una fuente de comodidad durante las noches de invierno. Las lámparas estaban formadas por columnas coronadas por amplias copas llenas del aceite que alimentaba la llama de las mechas, fabricadas con lino, cáñamo o médula de papiro. Para evitar el humo, durante la combustión se echaba sal con regularidad. La señora de la casa a menudo colocaba unas antorchas adornadas en las esquinas de la habitación.

A ambos lados de la sala central se podía ver la oficina del señor y sus dependencias, en donde los escribas-secretarios y los intendentes de la hacienda iban a guardar, en cofrecillos de madera pintada con tapa de pupitre, los documentos que mantenían al día. También se encargaban de la correspondencia de los señores. La señora de la casa los utilizaba, cada año, para hacer el inventario³ de los bienes de la casa. Todo quedaba registrado, incluso la vajilla, rota, de tierra cocida que había sido reparada.

El balcón cubierto

Esas habitaciones estaban junto a los reservados inmediatos, estancias de almacén en donde eran colocados los muebles sobrantes

La casa y la vida en el hogar

y los cofres con material. Al otro lado del vestíbulo con columnas había unas pequeñas habitaciones que rodeaban la caja de la escalera que daba acceso al balcón cubierto, situado sobre el techo-terracea, preferentemente orientado al norte*.

En este lugar, por lo general provisto de colgaduras y banquetas contra el muro, era donde la familia tomaba el fresco, y en ocasiones dormía, durante los fuertes calores del verano.

La vida privada

Por último se accedía, en la parte trasera de la casa, a las habitaciones privadas, el lugar preferido de la familia y en donde no penetraban las personas ajenas a ella. Un pequeño salón cuadrado, con una o varias columnas, era el centro de esta zona íntima en donde a menudo vivían los señores del lugar. Las habitaciones anejas subvenían las numerosas necesidades de esa existencia, como por ejemplo alojar a los diversos miembros de la familia, acoger los retozos de los niños —que jugaban en el exterior— y sus lecciones de música, o guardar los vestidos. Todo el fondo del edificio estaba destinado a los dormitorios de los padres y sus hijos, generalmente provistos de banquetas sobre las que situar las camas.

Las habitaciones para el aseo

Entre las habitaciones indispensables de este «complejo» se encontraba la sala de «lustración», donde dos pequeños bancos de mampostería permitían a los servidores situarse a ambos lados de la tina para echarle agua a la persona que se duchaba, pues Egipto no conoció la bañera antes de la época romana y sus habitantes, acostumbrados al movimiento y a los deportes, disfrutaban con deleite de esas abluciones que les proporcionaban un bienestar salutarífico.

* En Egipto la brisa siempre viene de esa dirección. Ese es el motivo por el que el jeroglífico que significa «remontar el río» representa a un barco con la vela izada. «Descender el río», por el contrario, se representa mediante un barco con las velas recogidas (N. del T.)

La mujer de Egipto

Muy cerca se encuentra la «sala de unciones» para los señores de la casa. En ella se tendían sobre bancos de mampostería recubiertos de esteras sobre las cuales la servidumbre podía masajearles y extender sobre su cuerpo los ungüentos y los aceites de olor, diferentes según la estación, igual que sucedía con el maquillaje para los ojos. Era el lugar donde se realizaban y arreglaban los magníficos peinados —a menudo reemplazados por pelucas— que eran uno de los aspectos más apreciados del adorno femenino. Cuando la perversa mujer de *El cuento de los dos hermanos* le cuenta a su marido la falsa escena de seducción de la que pretendía haber sido objeto, estos son los argumentos que le dice que utilizó el supuesto provocador:

«... me encontró sentada completamente sola, [entonces] me dijo: ven, pasemos una hora [juntos], acostémonos. ¡Ponte tu peluca!»

Los cofrecillos de aseo contenían los más bellos recipientes y frascos de perfume. Eran de maderas preciosas, provenientes por lo general de Nubia y de Sudán, de marfil y de traslúcidos cristales multicolores que en ocasiones incluso eran transparentes. Pero parece que los de alabastro eran los más habituales, ya que este material frío era excelente para conservar las cremas y perfumes, como constató Plinio mucho tiempo después. Estos cofres tenían las más variadas formas: de la granada y mandrágora (recientemente importadas de Oriente), de racimo de uvas, de loto y, por supuesto, de papiro; también podían estar inspirados en formas animales: patos de las marismas, íbex con las patas atadas, o pequeños cercopitecos situados en el borde de una copa o con sus manos sujetando el cubilete de antimonio. Los mangos de hueso de los espejos tenían forma de tallo y umbela de papiro, que en ocasiones eran reemplazados por la representación de una chica joven desnuda, igual que la diosa Hathor, patrona de las mujeres, y estaban coronados por un disco de cobre cuya superficie pulida estaba calculada para no deformar los rostros que debía reflejar. Los más bellos botes de cosméticos o de ungüentos tenían la forma de una encantadora nadadora que empujaba delante de ella a un pato cuyo cuerpo, con las alas articuladas, servía de recipiente. Los peines,

escardadores simples o dobles, también podían estar decorados, lo mismo que las pinzas metálicas para el cabello, que servían para mantener erguidos los pesados mechones durante la realización de esos elaborados peinados; uno de los adornos más valorados durante el Reino Nuevo era el que representaba a un jinete al galope. Unos cofres muy trabajados estaban especialmente concebidos para recoger todo este material tan pequeño y lujoso; tabiques interiores y escotaduras en la tapa o en los cajones aguardaban que se pusieran en su lugar esos delicados objetos.

Los aseos estaban provistos de un asiento (uno se sentaba, no se trataba por tanto de la rudimentaria losa «a la turca») y poseían, igual que la sala de lustración, un dispositivo de canalización de aguas realizado de tierra cocida.

Los anejos

Los anejos de una rica casa de campo podían ser muy importantes, puesto que la hacienda estaba pensada como una pequeña unidad autoabastecida. Los patios guardaban los silos en forma de pan de azúcar, en donde se conservaba el grano destinado a fabricar harina. A lo largo de los muros que se alzaban al otro lado del jardín se situaban los cobertizos, los almacenes, las cuadras (a partir del Reino nuevo, con la introducción del caballo en Egipto), los establos y los mataderos, las cocinas y la panadería, la bodega y la fábrica de «cerveza que emborracha», el taller de carpintería y los talleres de reparaciones, así como los de hilado y tejido. Muy cerca vivían los criados y los sirvientes, que los textos nos recuerdan a menudo que vivían «detrás de la casa». Un jardín incluía siempre dos elementos esenciales: un viñedo de gruesas uvas de color negro-azulado, y —a menudo cerca de él— la prensa donde los bodegueros pisaban con sus pies las uvas recién vendimiadas; el jugo así conseguido era recogido de inmediato, antes de trasvasarlo, en grandes jarras en donde la evaporación tenía lugar a través de los tapones de barro sin cocer.

Esos preciosos vinos, conservados en jarras con indicación de su «denominación de origen», salían de las bodegas en los días de fiesta.

La mujer de Egipto

Trasvasados a elegantes botellas pintadas que se colocaban en la sala de fiestas sobre bancos y rodeadas de pámpanos, los vinos estaban reservados a los invitados, que podían beber cuanto quisieran. El líquido era filtrado antes de ser servido en las copas. En ocasiones los propios servidores animaban a los que se declaraban ahítos:

*«¡A tu salud, bebe hasta emborracharte!
¡Pasa un buen día de fiesta!
¡Escucha lo que te dice tu amiga:
No hagas como si quisieras detenerte!»*

Pero los invitados no siempre necesitaban esos acicates, y la tía del noble Pahery, retirado a el-Kab tras las guerras de liberación, no escondía su debilidad por... ¡la botella! (Fig. 36)

En el banquete de su sobrino le habló así al *sommelier*.

*«¡Traeme dieciocho copas de vino!
Mira, quiero emborracharme,
El interior de mi cuerpo
Está [seco] como la paja!»*



FIG. 36. Mujeres en un banquete siendo atendidas por sirvientas.

La casa y la vida en el hogar

El vino dulce, «cocido» quizá, también era muy apreciado por las damas, que no dejaban de hacer beber a sus invitados; lo mismo pasaba con un brebaje llamado *seremet* proveniente principalmente de la «hacienda de las Reinas». Esta bebida debía ser degustada a menudo en la Corte, porque las ruinas de la capital de Amenofis III, en Malkata, frente a Tebas, hasta ahora no nos han proporcionado una sola mención de jarras de cerveza y sí, en cambio, más de trescientos fragmentos de etiquetas de *seremet*. Puede que los dátiles formaran parte de la composición de este refresco, sin duda muy tónico.

El jardín

En cuanto al estanque de la hacienda, que en ocasiones podía tener las dimensiones de un pequeño lago, por lo general estaba adornado con lotos y peces, convirtiéndose en el lugar favorito del joven matrimonio en cuanto llegaba la primavera. No importa que el canto del que citamos algunos versos se refiera, con veladas expresiones simbólicas a una supuesta felicidad de ultratumba o que hable realmente de la vida, pues en él encontramos el reflejo de unos sentimientos tan viejos como el mundo y expresados con un evidente sentimiento poético.

*«¡Dios mío! Mi esposo
Está encantado de ir hacia el estanque.
¡Tu deseo de ver cómo me introduzco en él
Y me baño delante tuyo,
Me hace disfrutar!*

*Te dejo ver mi belleza
En una túnica de lino real, el más fino,
Impregnado de esencias balsámicas,
Y mojado de aceite perfumado.*

*Entro en el agua, para estar a tu lado,
Y por tu amor, salgo, con un pez rojo.*

La mujer de Egipto

*Está feliz entre mis dedos,
Lo pongo [sobre mis senos].*

*¡Oh tú, mi esposo, oh bien amado,
Ven y míra'!*

Próxima al estanque, la viña en forma de bóveda podía substituir al pabellón de jardín, construido con materiales ligeros. Los días de mucho calor el sol se filtraba entre las hojas y los racimos si la planta era joven, por lo que la señora de la casa hacía forrar una parte del techo con colgaduras multicolores de variados diseños geométricos, iguales a los que se ven hoy día en Egipto en cualquier tipo de reunión y que aparecen representados en la «tumba de las viñas» de Sennefer en Tebas.

Ese pabellón era un lugar de encuentros y recreo muy apreciado.

La casa urbana

La casa rodeada por un pequeño jardín era en esta época la residencia tebana por excelencia; naturalmente, al poseer unas dimensiones menores, tenía que crecer en altura. El edificio siempre estaba construido sobre un piso bajo, situado sobre una plataforma de varios escalones. En el semisótano así logrado se solían instalar los talleres de tejido, iluminados mediante tragaluces.

La distribución de las habitaciones según los pisos era un antecedente de lo que serán mucho más tarde algunos caravasares de El Cairo medieval, en los que tras los depósitos del sótano se encuentra el primer nivel, que era ocupado por el jefe de la caravana; el segundo nivel estaba reservado a las mujeres y el o los niveles superiores al servicio. En Tebas la «villa» de Djehuty-Hotep, cuya sección aparece representada en un muro de su capilla, tiene exactamente la misma distribución. En el primer piso se ve al señor de la casa sentado en una habitación con columnas —que corresponde a la sala «cuadrada» de la casa rural— y al que los servidores le traen la comida. Por la

misma escalera éstos acceden al segundo piso para servir a la señora, que está en una habitación de techo mucho mas bajo. Finalmente, en la terraza se pueden ver las cocinas, los hornos de pan y el cobertizo de ligera estructura en el que están colgados pedazos de carne puesta a secar. Los monumentos ha conservado para nosotros algunos perfiles, dibujados y pintados, de esas bonitas residencias con fachadas de color rosa dominadas por dos conductos de aireación⁵ (Fig. 37) y rodeadas de árboles con los troncos protegidos de los animales que pasaban por la calle mediante pequeños muros. En ocasiones, la señora aparece en la puerta de entrada mientras el marido llega a la residencia, como todos los enamorados del mundo, con un ramo de flores en la mano (Fig. 38).

La parte posterior de la casa podía estar adornada con una columnata que daba a un pequeño estanque rectangular rodeado de sicómoros; la «maqueta» de la casa Meket-Re, que se conserva en el museo de El Cairo, nos proporciona una encantadora reconstrucción

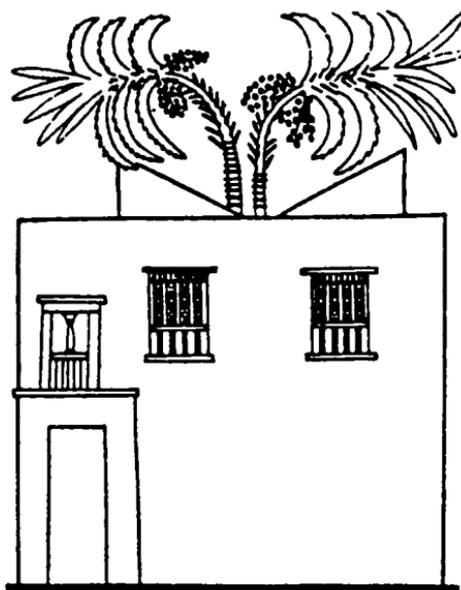


FIG. 37. Casa egipcia.



FIG. 38. Un hombre ofrece flores a su amada.

de ese notable complemento de la residencia urbana que se remonta a la XI Dinastía.

La posesión de una casa en el poblado (Fig. 39) en modo alguno impedía disfrutar de una hacienda «en el campo» para aquellos que pudieran asumir la carga o que se convertían en beneficiarios de la misma. En ocasiones, mencionarla era demostrar la consideración de la que a uno se le había juzgado digno, o hacer alarde de la riqueza conseguida. Eso es lo que hizo Sinuhé cuando regresó a Egipto, tras haber recibido el perdón de su rey, para dejar bien claro su regreso al favor real. Recibió de su soberano, nos dice, una «*casa de hijo reab*» muy suntuosa y provista de los dispositivos que le proporcionarían un bienestar sanitario que favorecería sus abluciones; algo que el antaño fugitivo del Reino Medio sin duda apreciaría después de verse obligado a vivir durante tanto tiempo sobre la arena, como los beduinos. Los muros del sun-

tuofo alojamiento estaban decorados y la mansión equipada con muebles y cofres que contenían todo aquello que pudiera hacer más agradable la vida diaria con un lujo de buena ley: vestidos del lino real más delicado, aceite oloroso del rey para el baño, y olíbano para perfumar las habitaciones. Además, «*todos los servidores se ocupaban de su trabajo*». No cabe duda de que era una casa urbana, pues Sinuhé menciona que «*también recibió una casa de terrateniente (neb-she) que había pertenecido a una Amigo [real]. Numerosos obreros la reconstruyeron (como todas las demás, incluido el Palacio, había sido edificada con ladrillos de barro sin cocer), mientras que todos sus árboles fueron plantados de nuevo*».

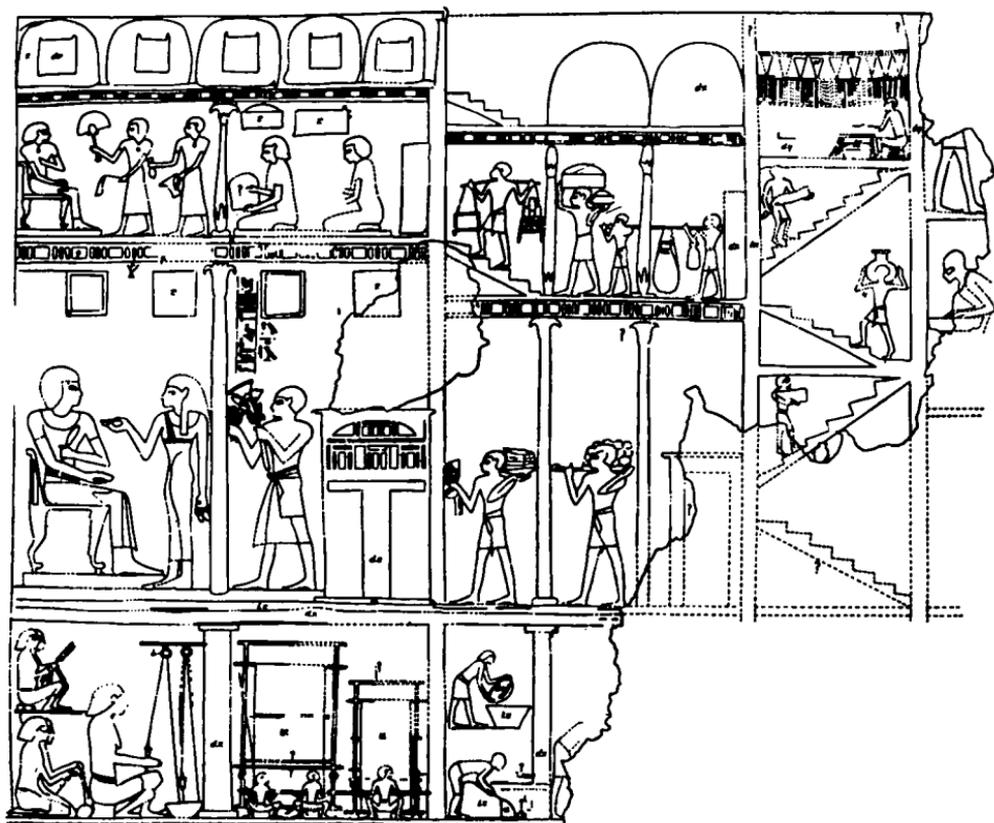


FIG. 39. Una casa urbana en Egipto.

La mujer de Egipto

La vida diaria en la casa

La señora de la casa

Tras los grandes festejos del matrimonio, la joven iba a dedicarse de pleno a su trabajo como esposa y señora de la casa. Al pensar en la vasta heredad de su marido, la labor podía parecerle ardua pero ¿acaso no había recibido una buena instrucción de los escribas? ¿acaso no contaba con el firme apoyo de ese amor que acababa de descubrir?

*«¡Que momento más maravilloso!
Ojalá se alargue hasta convertirse en eterno!
Después de haber dormido a tu lado,
Has exaltado mi corazón.
Ya se lamenta o sea feliz,
No te alejes de mí ¡oh mi corazón!»*

*Hay en él [enredaderas]
De las que uno se siente exaltado.
Soy tu bien amada, la mejor.
Te pertenezco como la tierra
Que he sembrado de flores
Y de plantas de todas clases con dulces perfumes.*

*Cuan encantador es el canal que hay ahí,
Que tu mano excavó
Para refrescarnos con el viento del norte;
¡Un lugar para pasearse tan bello!
Tu mano reposa sobre la mía,
Mi cuerpo está feliz,
Mi corazón está alegre,
Porque andamos juntos.*

*Escuchar tu voz, es para mí como el vino dulce;
Vivo por escucharla.
¡Cada mirada [tuya] que se posa en mí,
Es más importante que beber o comer⁷!»*

La casa y la vida en el hogar

El título *nebet-per*, señora de la casa, otorgado desde el Reino Medio a la mujer casada, es muy claro respecto a la extensión de las cargas y responsabilidades que le incumbían y que debían ser reconocidas por todos. Reinaba sobre la «casa» en el sentido más laxo del término, es decir, que se encargaba del perfecto desarrollo de la vida diaria y de todo aquello que permitía su normal funcionamiento. Cuando apareció el título, en la XI Dinastía, su impacto debió ser tan grande que la reina Neferu, mujer de Montuhotep, lo llevaba de manera oficial (se han encontrado algunos ejemplos del título de *nebet-per* atribuido a hombres durante la misma época).

Ningún cargo hereditario parece haber sido concedido a mujeres de la clase alta que no fueran hijas o mujeres del soberano. La única excepción parece ser el de *haty-aa*, «condesa» que también apareció durante el Reino Medio. En cambio, en la residencia, donde reinaba a menudo sobre una servidumbre numerosa, era la *henut* (soberana) de las sirvientas. Quienes, pese al respeto que debían manifestarle, le hablaban con una franqueza que en ocasiones llegaba a tener caracteres de sedición. De modo que la joven esposa necesitaba una buena dosis de sentido común para que la paz reinara en su casa y para vigilar que ciertas empleadas no pretendieran convertirse en concubinas.

Para conseguir la indispensable autoridad que le permitiera enfrentarse con energía a todas esas responsabilidades, así como evitar las trampas que comenzaba a distinguir, era importante que la joven esposa concibiera hijos lo antes posible. Un primogénito que contendara al padre, sería muy bienvenido. Eso precisamente era lo que le iba a ocurrir a nuestra señora de la casa.

La mujer y el hijo

La joven esperaba con impaciencia los primeros síntomas que le hicieran saber que estaba embarazada. De adolescente había llevado, igual que sus amigas las princesas y todas aquellas que querían llegar a convertirse en madre algún día, cinturones con los que podían

adornar sus caderas y que estaban formados con elementos hechos de oro en forma de cauri, cuya concha simbolizaba la vulva que podía «dar a luz». Tampoco habían faltado las oraciones a Hathor, y la encantadora gata, imagen apaciguada de la diosa lejana, se había convertido en la patrona del nuevo hogar, como protectora de la armonía y de la numerosa progenie. Su imagen decoraba incluso los tabiques que adornaban la parte superior de las puertas de algunas habitaciones.

El embarazo

Habría sido una calamidad para la joven ser estéril y tener que haber apelado a la magia; pero antes de esto se habría recurrido al facultativo para que proporcionara las drogas necesarias para paliar esta carencia. Los médicos eran célebres por sus conocimientos ginecológicos, como nos demuestra el rey hitita Hattushilish, que escribió a Ramsés II, durante la XIX Dinastía, para pedirle remedios con los que hacer fértil a su hermana. Ramsés, prudente, pero con poca cortesía, le respondió a su corresponsal que su hermana, que tenía sesenta años, «*ya no podía tener hijos*». Sin embargo, si Hattushilish insistía en ello, estaba dispuesto a «*enviarle a un buen mago y a un físico (un médico) hábil que podrían preparar algunas drogas para la concepción*».

Da la impresión de que el hombre egipcio también era consciente de que la esterilidad podía ser causa suya. Tenía entonces que dirigirse a su propio dios. Ese parece haber sido el caso de un gran sacerdote de Menfis, que invocó al divino Imhotep para que le concediera un hijo.

La bella Hathor y el antepasado invocado la mañana del matrimonio fueron favorables, y la dama, segura ya de que vería realizadas sus esperanzas, comenzó a preguntarse si su primer hijo sería varón. Para estar segura de ello tenía que seguir un procedimiento cuya receta se ha conservado en numerosos papiros. El más célebre⁸ se refiere a la utilización empírica de la teoría de las hormonas.

«Otro medio de saber si la mujer concebirá o no: [pondrás] cebada y trigo [en dos sacos de tela] que la mujer regará con su orina cada día, al mismo tiempo pondrás dátiles y arena en otros dos sacos. Si [la cebada y el trigo] germinan los dos, ella concebirá. Si la cebada germina (primero) será un chico; si es el trigo el que germina (primero), será una chica. Si ninguno de los dos germina ella no concebirá».

Protección durante la gestación

Durante el embarazo, había que pedir toda clase de protección. Los «marfiles mágicos», unas láminas de marfil de hipopótamo en forma de hoja curva de cuchillo, aparecieron en el Reino Medio y estaban cubiertos con imágenes de genios, entre ellos Aha, ancestro de Bes, protector de las mujeres y de los niños, y el hipopótamo hembra, Thueris, que ya por entonces era la vencedora del cocodrilo; en sus extremos en ocasiones se veía el hocico del joven perro Anubis. Es muy probable que la intención de esos objetos fuera tejer una red profiláctica alrededor del «huevo de la mujer encinta», al que da vida el divino alfarero, Khnum, igual que da vida al polluelo¹⁰ durante los diez meses de embarazo, nos dice la misma inscripción (probablemente se trata de meses lunares). Un mes comenzado debía contar como un mes completo, pero dejaremos ese problema a los médicos. Otros pequeños monumentos cuyo prototipo debe remontarse al Reino Nuevo, pero que fueron muy utilizados durante la Baja Época, eran los «cipos de Horus sobre cocodrilos». Se trataba de pequeñas estelas con la parte posterior recubiertas de textos mágicos y la parte anterior adornada principalmente con una imagen completamente desnuda del joven Horus, que sujeta con sus manos reptiles o fieras salvajes y que está de pie sobre unos cocodrilos a los que domina. En la parte superior de la estela aparece el dios Bes. La interpretación que a menudo se ha dado a estos monumentos es que transmitían sus poderes profilácticos a las personas que bebían el agua con la que habían rociado la estela; ¡un medio eficaz de protegerse contra las

mordeduras de serpientes muy venenosas! Esta interpretación parece poco verosímil cuando se conoce la competencia de los veterinarios y ofiólogos del antiguo Egipto. Recientemente se ha sugerido que los cipos también eran salutíferos para las madres y los niños contra esos animales, como parecen dar a entender la imagen de Horus y ciertas frases de los textos:

«Me defiendes contra todos los leones del desierto, todos los cocodrilos del río, todas las serpientes y todos los escorpiones, todos los insectos que muerden con sus mandíbulas, y que pican con su cola, todas las especies de reptiles que atacan en sus cavernas.»

Esta sería una suposición lógica si los leones y los cocodrilos hubieran entrado con frecuencia en las casas egipcias, lo que no es el caso, y lo mismo sucede con el oryx del desierto. Sólo los escorpiones y las serpientes podían introducirse de vez en cuando en las residencias. De modo que debemos considerar estas imágenes animales como símbolos perjudiciales. Igual que en el «mammisi» (o casa del nacimiento) de Filae, por ejemplo, el período representado en el vestíbulo de la sala de nacimiento de Horus, que está repleto de plantas acuáticas, de una especie de reptiles y genios sobre tallos lentamente balanceados por las aguas, es aquel durante el cual las agresiones podían dañar el feto en el seno de Isis (en las aguas de la madre, cuya más evidente representación son las aguas de Chemnis, en donde la viuda Isis puso a salvo a su retoño). Lo escondía tanto más cuanto que no había nacido todavía; sin querer extendernos en este aspecto, que merecería un largo comentario, podemos concluir que la estancia en las célebres marismas cubre la mayor parte del período de la gestación de la diosa. Las «estelas de Horus sobre cocodrilos», adornadas con textos y figuras, eran rociadas con agua que después tenía que beber la mujer encinta, lo que le transmitía una profilaxis adecuada para proteger al feto y preparar su aparición en gloria.

Si nacía antes de tiempo, se utilizaban fórmulas mágicas para mantenerlo con vida.

El parto del niño y el nacimiento del nombre

Había llegado el momento de parir. Las esposas más instruidas sabían que había que ponerse a bien con Khnum, el alfarero divino:

«¡Temed a Khnum, mujeres encinta que habéis salido de cuentas, puesto que él es el dios Shu del nacimiento (Shu es el aire que respirará el feto convertido en un pequeño ser humano) que abre los labios del órgano femenino y asegura el nacimiento en su forma de Amón!»

La mujer egipcia daba a luz con el torso derecho, da la impresión de que desnuda, algunas veces sentada en una silla especial, en ocasiones arrodillada y a menudo en cuclillas sobre cuatro ladrillos rituales (*meskhenet*) que representaban a la cuatro Nobles Damas que presidían el nacimiento y que más tarde acompañaban a los humanos en su tumba para protegerlos; es decir, los cuatro ladrillos de los cuatro nichos de la cámara funeraria. Este ritual de dar a luz se observa también en el ceremonial de la fundación de templos, «centrado en el nacimiento de un ser viviente» que va a salir de una matriz líquida y ctónica sobre los ladrillos de parto *meskhenet*. De ahí el importante papel de la fabricación y posterior colocación de los ladrillos de ángulo, símbolos de la obra del dios alfarero Khnum, «*que al mismo tiempo fabrica con el torno al joven ser que vendrá¹¹ y le da un lugar para instalarse en la tierra¹²*».

Así es como la comadrona y sus asistentes, que sujetaban a la parturienta por los brazos, procedían:

«Entonces Isis se situó delante de ella (la mujer del sacerdote de Re), Neftis detrás de ella y Heket (diosa rana de los partos) aceleró el nacimiento y dijo: (sigue a continuación un juego de palabras para formar el nombre del recién nacido, formulado de manera excepcional por la diosa partera). El niño le cayó entonces en las manos; era un niño de un codo y cuyos huesos eran sólidos... Lo lavaron después de cortar el cordón umbilical y de haber sido colocado sobre un marco de ladrillos¹³.»

La mujer de Egipto

El niño recibía su nombre al nacer. En el caso de un futuro faraón puede que hubiera quedado decidido por las palabras pronunciadas en el momento del acto de amor (teogamia), o del nacimiento asistido por las diosas.

El resto de las madres le ponían el nombre a su hijo en el momento del nacimiento. Da la impresión de que el padre contribuía a formar el nombre componiéndolo con las palabras que había pronunciado la madre durante el parto. En cualquier caso, era lo que se consideraba como el «*nombre de la madre*», que se pensaba que daba a luz, a la vez, al hijo y a su nombre.

Junto a este «nombre verdadero», original, el niño podía recibir otro de uso habitual.

La placenta gozaba de la mayor de las consideraciones y, como en nuestros días, era utilizada en medicina como ingrediente en la composición de remedios adecuados para facilitar la cauterización de las heridas profundas.

Nuestro parto se desarrolló sin ningún problema, en primer lugar para la madre, de quien siempre se temía que sufriera un accidente durante el mismo. En efecto, el estudio de las momias revela que muchas mujeres murieron durante el parto (lo que explica en parte que los viudos volvieran a casarse). Las condiciones también habían sido excelentes para el niño, que se encontraba perfectamente. Si, desgraciadamente, se daba el caso de que los recién nacidos sufrían malformaciones físicas o enfermedades o que en sus primeros años demostraran ser retrasados, no pasaba nada, eran aceptados como pruebas de la gracia de dios y se integraban perfectamente en la sociedad. El sabio Amenemope advertía a sus jóvenes compañeros: «*No te rías de un ciego, no hagas rabiar a un enano.*»

Tras el parto la madre tenía que pasar en una especie de pabellón, preferentemente fuera del lugar donde se desarrollaba la vida en común, catorce días de «purificación» ritual; después no tenía más que alimentar adecuadamente al niño y protegerlo de cualquier mal; pero siempre teniendo en cuenta que, de las siete hadas Hathor que cuidaban de su destino, puede que una se hubiera comportado como la bruja mala del cuento. La madre le daba el pecho durante los tres

primeros años; los médicos y los magos unían sus fuerzas o se turnaban para conseguir que la madre pudiera realizar esta labor natural y, en el caso de que no pudiera, tratar sus enfermos senos. Cuando esto sucedía, el mago siempre se refería para explicarlo a los incidentes que le sucedieron a Isis. La fórmula comenzaba así: «*Esto es el seno que sufría Isis en Chemnis [...] Exorcizar con cañas, fibras de plantas, pistilos de junco y sus estambres [...] transformarlas en una cuerda retorcida hacia el lado izquierdo y poner sobre la enfermedad (y decir:) "No supures, no produzcas picor, no sangres¹⁴".*»

Como es natural, había remedios médicos para hacer salir la leche de la madre, regularizar la producción de orina del niño de pecho o para calmar sus excesivos gritos.

La protección del recién nacido

Se realizaron recopilaciones de encantamientos y hechizos mágicos destinados a proteger a la madre y al niño, para que ningún mal atacara a éste y para que la leche materna no se secara, pero también para que no produjera una gastroenteritis, capaz en ocasiones de matar a los bebés. Un papiro¹⁵ nos permite saber cuales eran esos conjuros:

«Tu protección es la protección del Cielo [...] de la Tierra [...] de la noche [...] del día [...]

*Tu protección es la protección de las Siete Entidades divinas,
Que pusieron la tierra en orden cuando ésta estaba desierta,
Y situaron los corazones en el lugar adecuado.*

[...]

*Que cada uno de los dioses proteja tu cuerpo,
Cada lugar en el que te encuentres,
Cada leche que bebas,
Cada seno que te acoja,
Cada rodilla sobre la que te sientes,
Cada ropa con la que te vistan,
Cada lugar en el que pases el día,*

La mujer de Egipto

*Cada protección que se pronuncie para ti,
Cada objeto sobre el que te tumben,
Cada nudo que se haga para ti,
Cada amuleto que sea colgado alrededor de tu cuello,
Que te proteja, gracias a ellos,
Que te mantenga con buena salud, gracias a ellos,
Que te mantenga a salvo, gracias a ellos,
Que te sosiegue gracias a ellos, cada dios y cada diosa.»*

El encantamiento siguiente se refiere a cualquier posible «larva» que pudiera perjudicar al recién nacido:

*«Que se desplome, la que viene en la sombra,
Que se acerca reptando,
Con su nariz dirigida hacia atrás, el rostro girado,
La que [debe] olvidar por qué ha venido.*

*¿Has venido a abrazar al niño?
¡No te permito que lo abras!
¿Has venido para calmar al niño?
¡No te permito que lo calmes!*

*¿Has venido para hacerle daño?
¡No te permito que le hagas daño!
¿Has venido para cogerlo?
¡No te permito que lo cojas!»*

Conseguida gracias a estos encantamientos una protección real, la madre no debía de angustiarse demasiado, lo que hubiera sido desastroso para su leche. Parece que, para provocar la abundancia de ese precioso alimento, las mujeres también utilizaron una pequeña figurita tallada con la imagen de Thueris. Uno de sus pechos, erguido como para dar de mamar, estaba horadado y provisto incluso de un pequeño tapón. Relleno con esa «agua de vida» que es la leche materna, el recipiente permitía un gota a gota que impedía, por medio de la magia simpática, la detención de la producción de leche¹⁶.

Capítulo quinto



Ginecología, el papel de la señora de la casa, el duelo y la viuda

Ginecología

La leche —bebida divina por excelencia— era uno de los ingredientes de pociones y líquidos beneficiosos para calmar la tos de un niño, por ejemplo, mezclándola con miel y dátiles azucarados. Este antiguo remedio es parecido a otras recetas médicas, que recomendaban la «leche de mujer que acaba traer un hijo varón al mundo» para curar la coriza... pero también las oftalmías (remedio que llegó a Europa por intermedio de Hipócrates). Unos pequeños y encantadores recipientes en forma de mujer acucillada que sujeta en brazos a un recién nacido completamente desnudo servían para transportar el precioso líquido. Un ejemplo de este primer recipiente de botica se expone en el museo del Louvre.

La joven esposa podía consultar los papiros médicos que contenía su biblioteca privada¹. Los más antiguos que conocemos se remontan al Reino Medio, pero ya eran utilizados en la época de las pirámides, y ayudaban mucho a las damas a cuidar los males que pudieran atacar a los suyos: medicina cardíaca, de los ojos, etc., incluso una prolongada incontinencia urinaria de los niños de pecho. Un capítulo importante de estos papiros estaba dedicado a la ginecología y trataba de la mayoría de los malestares que podía sufrir una mujer. El reper-

torio del sanador había sido puesto por escrito después de largas experimentaciones que habían convertido su práctica en una verdadera ciencia de la que Hipócrates sacó tan buen provecho. Con rigor, tras el análisis de los síntomas que presentaba el paciente, se hacía el diagnóstico y se prescribía un tratamiento. Así fue como los médicos egipcios llegaron incluso a detectar el cáncer de útero, al que definieron como una «enfermedad que devora los tejidos». Los tratados especializados diferenciaban entre las afecciones del útero, la vulva o de la vagina.

Unos seis años después del nacimiento de sus siete hijos, nuestra joven señora de la casa, que ya había cumplido su vigésimo primer año de vida, sufrió *migrañas*, que los egipcios llamaban *ges-tep*, es decir «mitad de la cabeza» (traducido por los griegos como *hemi-crania*, en medio del cráneo) y malestares de todas clases que la llevaron a consultar su «rollo diccionario de medicina». Se había dado cuenta de que los tónicos y remedios dispensados por su madre y su anciana nodriza no eran efectivos. Para seguir un tratamiento eficaz, ya que no identificaba muy bien los síntomas que se describían en el papiro con los suyos, fue necesario recurrir a un análisis clínico y pedir la intervención de un médico. Como podía tratarse de una desviación del útero, se hacía necesario colocar una especie de pesario; pero antes, dado que se había declarado una metritis crónica, fue necesario recurrir a unas inyecciones vaginales (unos cuernos de becerra debidamente acondicionados para esa función eran el instrumento adecuado). Después, la dama tenía que continuar la cura con fumigaciones. El producto era derramado sobre un ladrillo calentado al rojo blanco sobre el que debía acucillarse lo más cerca posible del calor.

El doctor fue muy tajante a la hora de recomendarle que siguiera sus instrucciones al pie de la letra; si no se vería obligado a aplicarle un método para limitar los nacimientos y utilizar uno de los métodos anticonceptivos conocidos que volvían estériles a las mujeres durante dos o tres años. Caso de no ser así se vería obligado a hacerla abortar si quedaba embarazada, lo que por motivos muy serios no era nada deseable. Este era el medio para perder la fecundidad²: «*Hacer que una mujer deje de estar encinta durante uno, dos o tres años: vainas (?)*»

de acacia, coloquintida, dátiles, triturarlo en medio litro de miel. Impregnar un tampón. Situar en la vagina.»

Sin duda la situación tenía algo de irónico, porque la hermana de nuestra protagonista se había casado después que ella y parecía que era incapaz de concebir un hijo pese a todas las recetas que había tomado y a todas las fumigaciones vaginales. No obstante, continuaba tomando los remedios necesarios, a base de cerveza, leche, dátiles y hiervas concretas, acompañadas de las correspondientes fórmulas y pases mágicos. Temía ser repudiada y antes de que hubiera que pensar en adoptar un niño, todavía esperaba un milagro.

El papel de la señora de la casa

Para evitar cualquier posible drama en su casa, nuestra joven protagonista, enferma, se cuidó con dedicación; quería darle más hijos a su esposo y, de paso, evitar que tuviera demasiadas tentaciones de conseguir una concubina entre las sirvientas de la casa.

Un egipcio podía verse obligado a declarar sobre la casa de unos amigos: «No he conocido carnalmente a la sirvienta de su casa, no he copulado con su criada», pues estaba mal visto seducir a una mujer o conseguir una concubina en casa de unos amigos. En cambio, nada le impedía poseer una concubina en su propia casa.

Nuestra joven señora de la casa seguía siendo coqueta, estaba al tanto de las últimas modas y le prestaba especial atención a su cabello que era, como ya hemos visto, uno de los elementos básicos de la seducción. Evitaba los cambios de humor y siempre procuraba mostrarse alegre porque «*una mujer alegre es un precioso dom*». Eran de admirar las atenciones con las que rodeaba a su esposo, tocando el harpa ella misma para distraerle de sus preocupaciones, llenando la casa de los perfumes que le gustaban... Ella misma supervisaba en los talleres el tejido del lino más fino y blanco, el que daba la planta conocida como «*color del cielo*»; porque el traje de una persona de calidad tenía que ser lo más elegante posible y formar parte de la dignidad de su rango social. Conociendo, y compartiendo, su devoción

La mujer de Egipto

por Osiris, había logrado acompañarle en el peregrinaje a Abidos, con la esperanza, incluso, de recibir permiso para participar, como hiciera la dama Tany en el Reino Medio, en el gran secreto de los misterios del dios.

Estaba atenta a todo, pero donde se superaba a sí misma era en la preparación de los banquetes festivos (Fig. 40) realizados en la casa, donde todo el mundo alababa su belleza, su refinamiento y su buena educación, prestándole mucha atención al bienestar de cada invitado. El señor podía estar orgulloso de su señora de la casa. Si la noche le traía alguna pesadilla, ésta no esperaba al alba para consultar su *Libro de los sueños* y asegurarse de que su cónyuge no cometía adulterio ni estaba pensando en conseguir una concubina en la casa. Todo estaba en ese «libro», que ha llegado hasta nosotros parcialmente³, estos son algunos pasajes:

«Si alguien ve en un sueño que un hombre piensa en su mujer, es algo bueno, y significa: el mal que está en él va a remitir.»



FIG. 40. Los dueños de la casa se visten para un banquete.

Ginecología, el papel de la señora de la casa, el duelo y la viuda

Si alguien ve en un sueño que atraviesa el templo de una diosa, es malo...

Si alguien ve en un sueño que su cama va a arder, es malo, y significa: la pérdida de su mujer.

Si alguien ve en un sueño que pone un banco en su barco, es malo, y significa: se separa de su mujer.

Si mira su rostro en un espejo ¡malo!, quiere decir que [va a venir] otra mujer.»

La concubina

El recuerdo de lo que le había ocurrido a una de sus antepasadas, que vivía en el Egipto Medio, le preocupaba continuamente. Nuestra dama amaba a su cónyuge y no quería compartirlo con una concubina, lo que hacía de ella la mujer más celosa de los alrededores. Era la época de Amenemhat II y de su sucesor, Sesostri II, entre el 1912 y el 1893 antes de nuestra era. La lejana pariente de nuestra amiga se llamaba Khety y fue la importante esposa de un noble que era nomarca de Beni Hassan, Khnumhotep II, que gobernaba toda la rica provincia. También ella le había dado siete hijos a su marido, pero no demasiado lejos vivía la tesorera de Khnumhotep II, que parece que tuvo tanto éxito en la gestión de las propiedades que se le habían confiado como en conseguir el corazón de su señor. Se llamaba Tchat, nacida de Neteru, y se convirtió en su concubina. Como era natural, Khety, la señora de la casa, aparece representada en los muros de la tumba familiar rodeada de sus siete hijos; pero tuvo que aceptar que también aparecieran en ella los tres hijos de Tchat acompañados por su progenitora. Dado que ésta era concubina y que todavía vivía la esposa de Khnumhotep, Tchat aparecía nombrada por su título de tesorera. En todas las paredes de la capilla rupestre en las que aparecía Khety dándose importancia al lado de su marido, detrás se veía a Tchat, sentada y más pequeña, es cierto, pero allí estaba, y nadie podía decir nada en contra. Su hijo mayor, Nehri, murió poco después y fue enterrado en una tumba modesta, sin mención del nombre

de su padre, puesto que éste no se había podido casar con aquella que lo trajo al mundo.

Los hijos sin padre declarado

Hubo de esperar a la desaparición de Khety para que Tchat se convirtiera en la segunda esposa de Khnunhotep II. A partir de entonces pudo aparecer junto al nomarca como su señora de la casa y sus demás hijos recibieron tumbas dignas de su rango y del de su padre. El más joven comenzó a excavar una tumba en el acantilado oriental, cerca de la del autor de sus días, en la que se hizo llamar el «conde, noble hereditario⁴».

Con este ejemplo podemos ver que los derechos de la mujer legítima estaban por completo salvaguardados y que los hijos de las concubinas no gozaban de una posición que les permitiera reivindicar su paternidad. Hoy día esta situación nos parece muy injusta, pero no hay más que recordar cómo eran tratados hasta hace 50 años los hijos naturales en los supuestamente civilizados países occidentales donde vivimos. En el antiguo Egipto esta disposición debió de parecer el sistema más eficaz para evitar ese género de problema y reducir el número de relaciones secundarias favorecidas por el concubinato. Un hecho estaba claro, algunas mujeres, sin duda más numerosas en la clase alta, llevaban una vida muy independiente y en ocasiones incluso tomaban la iniciativa en cuestiones amorosas. El *Cuento de los dos hermanos* nos habla de como la esposa de un joven terrateniente provocó a su joven cuñado. Pero la cosa es todavía más evidente en el cuento titulado *Verdad y Mentira*; una gran dama, advertida de la presencia de un hombre llamado Verdad, a quien su hermano, llamado Mentira, acababa de dejar ciego y reducido a la condición de portero de su casa, hizo que lo fueran a buscar: «*Cuando la dama lo vio, lo deseó enormemente, habiendo comprobado que era bello en todo su cuerpo. Se acostó con él durante la noche y le conoció como se conoce a un hombre. Y esa misma noche quedó encinta de un niño.*» La continuación es definitiva para esta amante y madre indigna, que inmediatamente

se despreocupa del pasajero objeto de su deseo y que no tuvo en cuenta las consecuencias que tendría todo eso para el niño pequeño que, sin embargo, era «*bello como un joven dios*»:

«Se le envió al colegio y aprendió a escribir perfectamente y practicó todos los ejercicios viriles, tan bien que ganó a todos sus camaradas de [más] edad, que estaban en el colegio con él.

»Un día sus camaradas le dijeron: “¿De quién eres hijo? No tienes padre” Y [le] insultaron y [le] atormentaron [repitiendo]: “En verdad no tienes padre.” Entonces el niño le dijo a su madre: “¿Cuál es el nombre de mi padre para que se lo diga a mis camaradas, pues en verdad me dicen con mala intención: ¿Dónde está tu padre? Eso es lo que me dicen y se meten conmigo.”

»Entonces la madre le respondió: “¿Ves a ese ciego que está sentado cerca de la puerta? ¡Es tu padre!”, así le dijo ella.»

Entonces él le respondió:

«¡“Eso merecería que se reuniera a los miembros de tu familia y que se llamara al cocodrilo!”

»Y el niño fue a buscar a su padre, e hizo que se sentara en una silla y colocó un taburete bajo sus pies y puso pan delante de él; le hizo comer y beber. Después el niño le dijo a su padre: “¿Quién es el que te dejó ciego, para que te vengue?”»

Las responsabilidades de la señora de la casa

Con todos esos ejemplos en la cabeza, nuestra encantadora señora de la casa estaba muy pendiente. Como su salud mejoraba rápidamente, decidió ocuparse de las propiedades que ella y su marido tenían en común y pasarse sin... tesorera. Controlaba su buena gestión y en ocasiones discrepaba de las decisiones de su esposo, pero mediante ardidés típicos de su sexo lograba convencerle. De modo que su marido hacía mucho caso de su opinión y se

comportaba como lo haría mucho más tarde (hacia el año 1000 a.C.) el oficial y escriba Shedsukhonsu, que poseía unas tierras y acababa de rescindir el arriendo que sobre las mismas tenía su administrador-campesino nubio; sin embargo, se vio obligado a escribirle una carta en los siguientes términos: «*Te informo de que he regresado a la ciudad (Tebas). Últimamente te había dicho que ya no te haría explotar la tierra. Pero hete aquí que mi esposa, mi señora de la casa, me dijo: "No le retires la tierra a N..., alquilasela de nuevo y haz que siga cultivándola."* Cuando mi carta te llegue, hazte cargo del campo y no lo descuides⁶...»

Nuestra protagonista se esforzaba por reemplazar a su marido en todas las ocasiones en las que ello era posible, consiguiendo que se la obedeciera más que a la esposa del agente del fisco, que se encargaba de ingresar los impuestos durante las ausencias de su marido y cuyo ejemplo ya hemos mencionado. Cuando pasó malos momentos, los vivió cerca de él procurando hacerle más ligera la carga. Si hubiera tenido que presentarse ante los tribunales, ella hubiera sido su mejor defensora. La circunstancia no se dio en su época, pero sabemos que más tarde, cuando se produjo el avance sudanés en Egipto, en la XXIV Dinastía, durante el reinado de Tefnakht, la elocuencia de una esposa salvó la vida de su marido. La ciudad de Hermópolis estaba asediada alrededor del 730 a.C., y Nemrod, al borde de sus fuerzas y forzado a rendirse, envió mensajeros a Piankhi para negociar oficialmente la rendición de la ciudad. Al mismo tiempo mandó a su mujer, Nestent, para que se viera con las esposas del sudanés, en lo que era una verdadera misión diplomática destinada a salvarle el cuello. La habilidad de Nestent y los argumentos utilizados fueron tan convincentes que obtuvo el perdón para Nemrod.

Los mercaderes *shutyu* se acercaban a la casa para ofrecerle a la señora los productos que traían de los encuentros de caravanas, que tenían lugar muchas veces al año. Los sirvientes la avisaban de la llegada de los barcos que traían a Tebas los productos de las islas y de las «escaleras de Levante». La compra podía realizarse mediante trueque o pagando en deben o kite de plata o cobre. El kite era la décima parte de un deben, y un shenati la doceava parte. En cambio el grano

se medía en khar (78,66 litros) y en la división más pequeña de éste el ken (0,48 litros). ¡Qué maravilloso espectáculo para lo niños ver a los mercantes sirios, con sus trajes teñidos de vivos colores y con pelucas muy diferentes de las de los egipcios, mientras desembarcaban con sus búfalos de piel negra con una joroba sobre el lomo! Siempre había un nuevo instrumento musical, en cuya fabricación los asiáticos eran considerados verdaderos maestros, o ungüentos extraños que adquirir. Además, la dama había encargado especialmente que le compraran esos sifones gracias a los cuales su esposo podría, siguiendo la moda siria, sacar y beber cerveza directamente de la gran jarra en la que fermentaba.

Como otras muchas mujeres de clase alta de Tebas, pertenecía a la corporación de las cantantes de Amón, en sus cargos superiores, naturalmente, y sabía tocar el sistro (Fig. 41) y manejar el collar menat con su característico burlete con sus finas y elegantes manos, adornadas en ocasiones con aleña. Su bella voz había llamado la atención del gran sacerdote y era la que se elevaba por encima del coro en un encantador solo lleno de emoción.

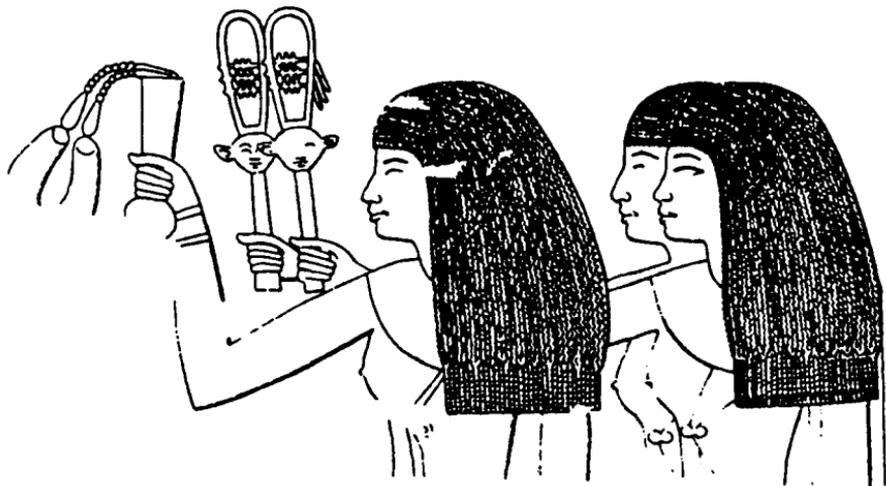


FIG. 41. Mujeres con sistros y un collar.

Un duelo en la familia

Las circunstancias

Durante uno de los viajes que el señor hizo, muy ocupado en inspeccionar sus vastos dominios, acompañado por sus secretarios, se produjo el súbito deceso de su padre. El médico que se llamó a su cabecera comprobó que se había producido un fulminante ataque al corazón; algo muy habitual durante los cinco días nefastos del año, que era cuando había muerto el anciano. Los días anteriores a la llegada de la Inundación eran de temer, y se podía esperar cualquier cosa de los «mensajeros de Skhmet», empezando por los problemas de transporte y terminando por la peste y la malaria, que los médicos egipcios ya llamaban: el «aire malo». Los egipcios llamaban a esos días «suplementarios» (a un año de doce meses de treinta días) y los griegos «epagómenos». (Es curioso comprobar que en el calendario revolucionario de Fabre d'Eglantine esos días también fueron tratados aparte y recibieron el nombre de «*sans-culotides*»^{*}).

Todas las mujeres de la casa reunieron y expresaron su dolor con sentimiento, haciendo que sus gritos se escucharan fuera de la casa. Nuestra noble dama, prevenida enseguida del suceso, se había precipitado a casa de sus suegros, sobre todo porque se había casado con el primogénito de la familia. Había unido su voz a los lamentos que llenaban el ambiente y después se produjo un silencio que se podía palpar. Los hijos menores habían alertado sin tardanza a los sacerdotes embalsamadores, pues el cuerpo del difunto, como sucede en nuestros días, debía abandonar la casa antes de la caída del sol.

La preparación de la momia

La preparación de la momia comenzaba con el lavado del cuerpo y continuaba con la extracción del cerebro y las vísceras para tratarlas con

* La autora se refiere a la Revolución Francesa y los días podrían traducirse como los «sanculótidas» o días de los *sans-culottes*; es decir, de la clase baja (N. del T.).

baños aromáticos y depositarlas, momificadas por separado, en los cuatro vasos canopes con panzas femeninas y tapas masculinas. Sin embargo, era necesario que el corazón y los riñones volvieran a ser introducidos en el cuerpo —libres de todos sus tejidos grasos—, puesto que «Dios sondea el corazón y los riñones⁷». La calidad del difunto merecía que su momia fuera tratada con un cuidado especial, de modo que los preparativos durarían muchas semanas y el hijo primogénito de la familia habría regresado antes de que terminaran con ella. Su esposa le había enviado a uno de sus escribas, que había partido hacia el norte en uno de sus mejores barcos y que llegó a Menfis más rápidamente gracias a que las aguas de la Inundación lo empujaban con fuerza. En estas condiciones, remontar la corriente para regresar a Tebas no era muy conveniente, por lo que el señor partió hacia el sur inmediatamente, conduciendo él mismo un carro ligero tirado por dos nerviosos caballos. Desde el momento en que le comunicaran la noticia dejó crecer su barba en señal de duelo y así fue, cubierto de polvo y casi irreconocible, como llegó al domicilio de su madre y después a la oficina de los embalsamadores, donde encontró a sus hermanos y al mayor de sus hijos. Quería que el lino más delicado fuera introducido en los cofres preparados como «ajuar funerario». Su esposa pertenecía a la familia del rey, por lo que éste, convenientemente informado, les envió vendas tejidas en su gran harén para envolver al difunto en cuanto saliera del baño que tenía que liberarle de todas las materias que podían pudrirse.

El faraón también hizo que los escribas de la Casa de la Vida redactaran un magnífico «*Libro de salir al día*», que nosotros conocemos como *Libro de los muertos*. Este ejemplar incluía una cantidad impresionante de capítulos, casi la totalidad de los 192 que componían el conjunto. Las viñetas que lo ilustraban tenían el aspecto de miniaturas de frescos colores. El precioso rollo de papiro estaba destinado a ser situado entre las piernas del difunto, con todas las fórmulas que le permitirían atravesar su «purgatorio» antes de alcanzar el Gran Todo luminoso.

Mientras el cuerpo era envuelto, se colocarían en los lugares rituales joyas y amuletos, sobre todo un escarabeo que estaba destinado a descansar encima del corazón o a colgar del cuello del difunto.

La mujer de Egipto

El escarabeo llevaba en el vientre la conocida fórmula «*para impedir que el corazón de un hombre se oponga a él en el reino de los muertos*».

*«Oh mi corazón de mi madre, oh mi corazón de mi madre,
Viscera de mi corazón y de mis diferentes edades,
No depongas un testimonio contrario a mí.
No te opongas a mí en el tribunal,
No demuestres hostilidad contra mí
En presencia del guardián de la balanza.*

*Eres mi ka que está en mi cuerpo
El Khnum (creador) que hace prósperos a todos mis miembros
Sube hacia el lugar que nos está destinado allí.
¡No hagas que mi nombre sea insoportable
Para los asesores que ponen a los hombres
En su (verdadero) lugar!
Será bueno para todos.*

*Será bueno para el juez,
Será agradable para el que juzga.
No imagines mentiras contra mí
Delante del gran dios Señor del Occidente.
Mira, de tu nobleza depende que sea proclamado justo⁸.»*

Se reunió el más bello ajuar funerario y los cofres estaban llenos de *ushebtis*; unas pequeñas figurillas con el nombre del difunto que mencionan todos los trabajos que había que realizar en el mundo invisible para servir a la colectividad. Los ungüentos para el renacimiento de la carne estaban en los potes de alabastro, y las tradicionales barcas que recordaban a la antigua embarcación de papiro que se utilizaba para atravesar el Nilo estaban dispuesta para ser unidas a los remolcadores. Pero esta travesía no sería como las demás, la estación de la inundación todavía no habría terminado cuando el cortejo se formara para dejar la orilla, en donde un simulacro del juicio frente al tribunal divino autorizaría a la momia a «atravesar el río». La Inunda-

ción, *Hapi*, era en Tebas un verdadero mar, y los barcos desembarcaban casi al pie de la necrópolis de Gurna, puesto que la zona cultivada de la orilla oeste quedaba cubierta por las aguas.

El enterramiento

La procesión se dirigió entonces hacia la entrada de la tumba. La base de la gran caja funeraria, de madera ennegrecida y adornada con figuras y líneas de inscripciones doradas, tenía forma de trineo y era arrastrada por vacas de pelaje moteado que también participaban en los lamentos:

*«¡Hacia Occidente, hacia Occidente!
¡Oh nuestro señor, hacia Occidente!
¡Aquel que nos daba forraje como deseaba su corazón,
Aquel que no prestaba atención a nuestras faltas!»*

Las plañideras contratadas por la señora de la casa, a las que se veía en algunos de los barcos, algunas incluso acuclilladas sobre la tapa-techo del catafalco, no habían detenido sus lamentos durante toda la travesía:

*«¡En paz, en paz hacia Occidente, oh alabado!
[...]
¡Dolor! ¡dolor!
¡Lamentáos sin cesar!
¡Ah, qué pérdida!
El buen pastor ha partido hacia el país de Eternidad.
Tú, cuyas gentes eran numerosas,
Te encuentras en el país que ama la soledad.
Aquel que amaba mover sus pies para caminar,
Está vendado, atado y encerrado.
Aquel que era rico en telas y amaba vestirse,
Duerme con un vestido de la víspera?»*

La mujer de Egipto

Las plañideras caminaban ahora delante de la procesión. Gemían de nuevo y se detenían de vez en cuando para echar polvo sobre sus cabezas, después, igual que los hombres, se cogían la muñeca derecha con la mano izquierda en señal de duelo. Las mujeres de la familia iban juntas detrás de este grupo. Todos los hombres, parientes, amigos y los colaboradores del difunto, formaban un inmenso desfile en el que cada uno sus miembros llevaba, sobre la cabeza o los hombros, los elementos que componían el ajuar funerario. Parecía como si se celebrara un gran matrimonio con la diosa Hathor. El lecho, guarnecido con un grueso colchón y el reposacabezas, los cofres, las jarras y cofrecillos, la magnífica silla, las cajas que guardaban los espejos, los botes de unguento, las sandalias de piel blanca...

Después, erguida frente a la entrada de la capilla, que estaba dominada por un pequeña pirámide, la momia, recubierta por su «cartonaje» de vivos colores y con el retrato del muerto, era abrazada una última vez por la viuda, escoltada por sus hijas, que se lamentaban con estas palabras (Fig. 42):

*«¡Girate, levántate, despiértate,
Abre los ojos y escucha mi voz!
[...]
¡Quisiera tenderme aquí!
Quisiera ser la camilla que te ha traído.
[...]
Soy tu mujer,
Oh esposo mío, no me abandones.
Al tiempo que tu condición era buena,
Padre mío, ¿es justo que yo sea alejada de ti?
¿Por qué has abandonado esto?
¡Ando, solitaria, detrás tuyo en vez de estar junto a ti.
Tu que gustabas de divertirme en compañía,
Permaneces mudo, y no me hablas¹⁰!»*

A continuación apareció el hijo primogénito, afeitado y vestido con un atavío ritual, puesto que llevaba la piel de guepardo del sacer-



FIG. 42. Mujeres llorando ante la momia del difunto.

dote *setem*; iba a ejecutar sobre la momia los «pases mágicos» de la abertura de la boca y de los ojos para devolverle el uso de sus sentidos, utilizando para ello muchos pequeños instrumentos e ingredientes situados sobre un banco a su lado.

Después de que se hubieran roto ritualmente los vasos rojos, el cuerpo del difunto fue introducido en la cámara funeraria, al fondo del pozo excavado en la caliza del suelo de la capilla. Se le colocó en el interior de sus sarcófagos antropoides de madera, adornados y pintados con su imagen, que a su vez reposaban dentro de la caja de madera, que había sido desmontada para ser bajada al pozo y, una vez allí, vuelta a montar. Todo su ajuar, completado por los vasos canopes, rodeaba al difunto. Muy cerca, los amigos del difunto habían dejado sus altos bastones con mensajes para el difunto, destinados a protegerlo de su destino. En uno de ellos había escrito este deseo:

La mujer de Egipto

*«¡Ven bastón mío!
Me apoyo en ti,
Cuando mi corazón llega al lugar de la verdad,
En donde espero a la vejez.»*

El banquete funerario

Comenzaba entonces el banquete funerario, del que la decoración de los muros de la capilla funeraria nos permite ver cómo se desarrollaba. Los vivos debían compartir esos ágapes con la parte intangible del difunto. La música y el baile adecuados acompañaban esta «comunicación colectiva» que, mediante la bebida ritual del vino que emborracha, debía incitar al difunto a dirigirse hacia los brazos de la acogedora Hathor, dispuesta a recibir su abrazo para hacerle nacer en su nueva existencia.

La viuda, que era un reflejo de Hathor, no había dejado de incluir entre los preciosos objetos, muebles y joyas que rodeaban a su difunto marido, una pequeña figurita —en tierra cocida pintada— bastante tosca, aunque ritual, que recordaba el aspecto «doméstico» de la diosa de la muerte y del amor. En esa época tenía la forma de una mujer desnuda con un suntuoso peinado y tendida sobre una cama; junto a ella había un recién nacido que representaba la aparición del difunto en su nuevo mundo gracias a sus propias obras y a la gracia de la diosa. (En épocas anteriores y en las sepulturas menos ricas, se limitaban a dejar una pequeña estatuilla de mujer desnuda, a menudo con las piernas rotas ritualmente, en donde el «*principio femenino*» no era representado más que por un triángulo de tierra cocida.)

Para que la «transmutación» se produjera merced a estos actos pre-báquicos, la viuda debía dirigirse al difunto en estos términos:

*«Comienza a beber,
Para pasar un día alegre
En tu casa de eternidad,
De la mano de tu esposa [...]*

*A tu salud, tú que eres honrado,
[He aquí] un vestido blanco,
Bálsamo para tus hombros,
Guirnaldas para tu cuello,
[Llena tu] nariz de salud y alegría,
Pon perfumes [sobre tu cabeza]
Que vienen [de Amón-Re]
En tu casa de eternidad.»*

Tras la comida funeraria, en la que parece que los hombres y las mujeres estaban separados, se rompían ritualmente los vasos rojos que habían servido para la celebración y se reunían los collares de flores naturales que habían llevado los participantes para, después, enterrarlo todo en un escondite próximo a la tumba. La viuda sabía que algún día volvería a ver a su esposo en esa «residencia de eternidad» que, estando vivos, habían preparado con tanto cuidado (Fig. 43).



FIG. 43. Pájaros «ba», que simbolizan el aspecto inmaterial de una pareja difunta.

La madre viuda

Tras el deceso de su esposo, la suegra (en egipcio *shemet*) de nuestra noble dama se había convertido por partida doble en el objeto de toda la atención de la familia; primero porque era madre y, segundo, porque acababa de perder a su compañero. Perfectamente libre para ocuparse de sus bienes, le era fácil continuar su existencia en la amplia residencia a la que le unían tantos recuerdos. No obstante, su hijo mayor había insistido en que fuera a su propia casa para pasar algún tiempo con los suyos. Era una manera de dejarle ver su cariño verdadero, puesto que «*un buen hijo es un don de dios*» y de poner en práctica la enseñanza que el escriba Ani había recordado que era el primer deber para con aquella que nos había dado la vida:

*«Devuélvele a tu madre el doble del pan que ella te dio
Y llévala como ella te llevó.*

Fuiste para ella una cansada y pesada carga.

Ella no se desentendió cuando llegaste a tu fin.

Su nuca te llevó,

Sus senos estuvieron en tu boca durante tres años.

No se disgustó con tu suciedad

Y no se desanimó diciendo: ¿Y ahora qué hago?

Cuando te llevó al colegio,

Cuando te enseñaron a escribir,

Cada día vigilaba tu alimentación,

Llevando el pan y la cerveza¹¹ de su casa¹².»

Esta afectuosa atención escondía de hecho una verdadera inquietud para la salud de la madre que, mucho antes de la muerte de su esposo, ya sufría de una especie de espasmos en la nuca que la dejaban como atenazada. Su estado había empeorado y se agravaba con problemas de visión. Tranquila junto a una nuera, que fue lo bastante hábil como para alejar de ella a su vieja criada nubia y a los inoperantes remedios caseros de su pueblo, la viuda terminó por saber definir

mejor su mal. Ya antes de la terrible emoción que acaba de sufrir había sentido una lasitud general, y también estaba esa especie de velo que oscurecía su vista. La dama terminó por hacer venir de Menfis a uno de los más famosos ginecólogos, discípulo del gran sabio Imhotep (en quien los griegos reconocieron más tarde a su dios Asclepios) que poseía los conocimientos médicos de la mujer, medicina muy practicada por los médicos del Reino Medio. El doctor llegó a la residencia escoltado por su portador del «cofre de Ubastet», que contenía su material, el instrumental quirúrgico y las más extrañas plantas medicinales. Rápidamente analizó el bastante acertado diagnóstico al que la buena señora había llegado gracias a la compasiva ayuda de su nuera. Los síntomas se correspondían exactamente con lo que aparecía en su prontuario, una copia del cual fue encontrada en el Fayum¹³:

«Instrucciones a seguir cuando una mujer tiene los ojos enfermos hasta el punto de que no ve y sufre [también] dolores en la nuca. A ese respecto dirás:

«Son [secreciones] del útero en los ojos».

«Esto es lo que harás a ese respecto: hazle una fumigación con resina de terebinto y de aceite de calidad superior y fumígale la vagina con eso. Fumiga [además] sus ojos con «patas-de-oropéndola». Después harás que se coma el hígado crudo de un asno.»

Gustave Lefebvre, cuyo magistral estudio sobre la medicina egipcia es un clásico, se rodeó de varios médicos, los doctores Deron, Porge y Dollfus, también versados en egiptología. Con la ayuda de este último identificó la enfermedad que acabamos de citar como la *iritis gonocócica*, que afecta más a las mujeres cuando tienen el período. Tal circunstancia se aplica a la dama en cuestión que, a pesar de ser viuda, sólo estaba en la cuarentena.

Tenía delante de ella un largo camino que recorrer y la perspectiva de ver nacer, en su familia, a muchas nuevas generaciones, siempre que su virtud le garantizara la bendición de Dios y le permitiera alcanzar los ciento diez años de vida del sabio.

Capítulo sexto

Ciudadad, madrastra, la educación del hijo y las mujeres de vida alegre

Aunque las Enseñanzas recomendaban la reflexión y el silencio como el modo de conseguir el mejor comportamiento humano, los cotilleos de las mujeres —sobre todo si estaban fundados—, habían salido del círculo de la casa. Las sirvientas le contaban a quien quisiera escucharlo el milagro producido gracias a la visita del gran *sinu* —el médico— venido del Bajo Egipto. Los *sinus* egipcios tenían una gran reputación en el mundo antiguo, y se conocía el caso de familias enteras venidas de Siria para consultar con ellos en Egipto. El propio faraón recibía a menudo peticiones de soberanos extranjeros para que sus especialistas fueran a curar a los miembros de las familias reales. De igual modo, cuando los médicos se veían impotentes ante los males del faraón, como último recurso se veían obligados a pedirle a un rey vecino que mandara la estatua sanadora de la diosa Ishtar, como se hizo en el caso de Amenofis III.

La viuda

La protección de las viudas

Nuestra noble dama había hablado a sus amigas íntimas del magistral tratamiento prescrito a su suegra, que había provocado su

curación. Como el médico había permanecido unos días en la residencia del nomarca, no cesaron de llegar peticiones de consulta venidas de todas las viudas de los alrededores, que eran objeto de los mayores miramientos por parte de los egipcios. Algunas estaban en muy mala situación y, aunque hubieran cometido un pequeño hurto en los campos para poder alimentarse, se hacía mucho hincapié en que no se las persiguiera. Todos los textos de sabiduría y moral dicen a sus conciudadanos¹:

«Haz justicia durante tanto tiempo como esté en la tierra, consueta al afligido, no oprimas a la viuda.»

Parece que las viudas de clase media en ocasiones eran obligadas a llevar una vida muy retirada, pero sabemos² que con ocasión de las fiestas de entronización del rey, las viudas aparecían citadas como «*abriendo sus casas a los viajeros*».

La mayoría de las estelas funerarias sobre las que los difuntos hicieron escribir sus «*pasaportes para la eternidad*» mencionan las buenas acciones que eran esenciales para su supervivencia:

*«He dado de beber al que tenía sed,
He alimentado al que tenía hambre,
He protegido a la viuda,
He vestido al huérfano,
He cruzado el Nilo al
Que no tenía barco.»*

En otras palabras, cuando el campesino del cuento se dirige al gran intendente que, para mejor disfrutar de sus quejas, le retiene prisionero durante algún tiempo, no deja de utilizar con él —para hacer que se ablandara— los mejores argumentos:

«[Pese a todo] era el padre del huérfano, el marido de la viuda, el hermano de la mujer repudiada, el vestido de aquel que ya no tiene madre.»

En la misma época, un nomarca de Beni Hassan, Amenemhat, presumía en las inscripciones de su tumba... de «no haber abusado de la hija de ningún hombre, *ni sometido a ninguna viuda*»... y «cuando hubo años de carestía, *dio a la viuda lo mismo que a la que tenía un esposo*».

En efecto, si el difunto se identificaba con Osiris, su viuda se transformaba en una especie de Isis terrestre que merecía la asistencia de todos. (De hecho, el niño Horus era llamado: el «*hijo de la viuda*».) De modo que antes de abandonar Tebas, el médico decidió imponerse el deber de examinar voluntariamente a las más desprovistas de aquellas que habían perdido al jefe de familia y que sufrían dolencias físicas. Para las consultas, la señora de la casa puso a su disposición el local especial, llamado *khereryt*, al que se retiraban las mujeres de la familia cuando tenían el período. Se pudo comprobar entonces que, como constató el *sinu*, la mayoría de los malestares de los que se quejaban las pacientes se debían a los numerosos partos y a la ausencia de cuidados tras los mismos que se daba en los ambientes rurales. A cada una de las aldeanas que se quejaba de sufrir dolores, que describían claramente cuando él se lo pedía, le prescribió el tratamiento adecuado:

«Instrucciones que hay que seguir cuando una mujer se queja de dolores en el ano, en el bajo vientre y encima de los muslos:

»A este respecto dirás: “Son secreciones del útero”. Esto es lo que harás en ese caso: algarroba seca 1/64, fruto shasha 1/64, leche de vaca un henu (medio litro); hacer cocer, hacer reducir, completamente mezclado y beber cuatro mañanas seguidas³.»

Otras le hablaron del malestar que sentían en las piernas al andar —o pisotear—, cuando antes no había nada que las detuviera a la hora de ir al mercado (Fig. 44), en donde tantos productos podían ser intercambiados a cambio del pan y la cerveza que fabricaban, e incluso por los recipientes y utensilios que fabricaba su hijo, alfarero o carpintero. El tratamiento fue fácil de escoger:

«Instrucciones que hay que seguir cuando una mujer sufre dolores en los pies y en las piernas tras andar:

Viudedad, madrastra, la educación del hijo y las mujeres de vida alegre

«Son secreciones en el útero. Esto es lo que harás en ese caso. Sus pies y sus piernas serán untados de barro hasta que esté curada.»

Los derechos de la viuda

Como es natural, no todas las viudas eran indigentes y muchas de ellas disponían de los medios con los que enfrentarse a sus necesidades. Las más jóvenes de ellas deseaban casarse de nuevo gracias a la ayuda de la compasiva Hathor, que podía tanto *«darle un hogar a la virgen, como concederle un nuevo esposo a la viuda»*. Por lo general, las dueñas sabían cómo hacer respetar sus derechos a la herencia inmediata de los bienes de su marido que le correspondían e incluso llamar ante la Gran Corte de justicia a lejanos miembros de su familia al estar en desacuerdo con la legitimidad de una sucesión relativa a una propiedad rural... concedida por un ancestro (como el célebre proceso de Mes, que duró, de enredo en enredo, ¡más de doscientos años!).

La adopción de herederos

Se podía dar el caso de que una viuda de edad avanzada, señora de calidad, se encontrara sin herederos directos. Nada le impedía



FIG. 44. Escena de mercado.

entonces adoptar hijos. Se cita a una dama que, en el transcurso de su vejez, manumitió a tres de sus «siervos» a los que adoptó y donó importantes bienes. Como es evidente, tras la muerte de su marido poseía una personalidad jurídica que no necesitaba de ninguna tutela. La egipcia en cuestión realizó estos tres actos: manumisión, adopción e institución de herederos sin ninguna acción jurídica, con la sola presencia de unos testigos (semejante capacidad no le era reconocida a la mujer ni en Mesopotamia, ni en Grecia, ni en Roma).

Ya hemos hablado con anterioridad de la capacidad de la viuda para testar. En su propio poblado, «mediante un acto público⁵», la mujer podía comparecer delante de un tribunal local y expresar *verbalmente* sus últimas voluntades. Reconocía en su testamento los derechos de algunos hijos y podía excluir a otros: «Se observa su voluntad de ser ella misma la que estableciera las modalidades de la sucesión. Su personalidad era reconocida por completo», lo que es una nueva prueba de un muy acentuado individualismo.

El recurso al marido difunto

En ocasiones, frente a un conflicto familiar, la viuda no tenía una solución mejor (paralela a los procesos que podía emprender para defender los derechos de sus herederos), que recurrir a su difunto marido por intermedio de una súplica dirigida a éste mediante un escrito redactado sobre una copa de tierra cocida que contenía una ofrenda y que era depositada luego cerca de la capilla funeraria. Tales documentos, de extrema importancia para el estudio de las costumbres del antiguo Egipto⁶, son llamados «*Cartas a los difuntos*» (las primeras se remontan al Reino Antiguo). Una de las que han sido publicadas concierne a los altercados de un viuda con posibles que se dirige a su difunto marido para pedirle que proteja la herencia de su hijo, ansiada por miembros colaterales de la familia sin ninguna conciencia. Llega a escribirle: «¿Serás capaz de ver como eso (ocurre) *fríamente?*», en este caso preferiría ver a su hijo muerto. Sin embargo,

como el veredicto no había sido pronunciado todavía, la mujer luchará hasta el final y suplica a su cónyuge, ido al reino de Osiris, que aniquile a sus adversarios:

«Levántate contra ellos con tus padres, tus hermanos y tus amigos difuntos [...] y recuerda que exhortaste a tu hijo a que conservara la casa familiar diciéndole:

»La casa del hijo, [es] la casa del hijo...» Ojalá tu hijo [pueda] mantener adecuadamente [o perpetuar] tu casa, como tu mantienes [perpetúas] adecuadamente la casa de tu padre.»

Lo que la viuda quería decir con eso era que había que asegurar la herencia de su hijo para que pudiera disponer de los medios con los que disfrutar de las posesiones de su padre y mantener así la herencia de los bienes familiares (el retoño parece haber sido un miembro de la clase media alta).

El viudo

En cambio, parece que el viudo disfrutó de mucha menos atención y que tuvo que enfrentarse en solitario —sin la asistencia de la sociedad— a las posibles consecuencias resultado de su viudez. No hablamos aquí del que vuelve a casarse, puesto que lo haremos cuando se case en segundas nupcias con una mujer que se convertirá en la «madrastra» de los hijos de su primer matrimonio. Limitémonos a considerar al egipcio medio, en la mayoría de los casos un buen hombre, fiel a la memoria de su mujer, sin duda provista de gracias físicas, pero que había sabido utilizar, incluso abusar, de sus derechos. Conviene que nos detengamos de nuevo en esas conocidas «*Cartas a los difuntos*», gracias a las cuales nos encontramos de repente frente a un problema humano eterno, descrito de una manera tan actual que demuestra hasta que punto la naturaleza es constante e igual a ella misma, cualesquiera que sean las épocas y los continentes.

El viudo perseguido

La historia es la de un oficial superior, viudo desde hacía tres años, que parece era perseguido, literalmente, por el espíritu de su difunta esposa. Experimenta tal desagrado, se siente tan atormentado por el espíritu de su insaciable y difunta media naranja, que llega a escribirle una larga requisitoria en forma de carta *post mortem*:

«Al bienaventurado espíritu de Anhkere.

»¿Qué mal he hecho para encontrarme en la triste situación en la que me encuentro? ¿Qué es lo que he hecho en contra tuya? ¿Tu mano pesa sobre mí, mientras que yo no he hecho ningún mal desde que me convertí en tu esposo hasta el día de hoy! ¿Qué es lo que hice contra ti de lo que deba esconderme? ¿Qué es lo que te he hecho? ¿Voy a quejarme! ¿Qué he hecho [en contra tuya]? Llevaré mi acusación, de palabra, de mi boca, delante de la Eneada de Occidente y nos juzgará a ti y a mí en los términos de este escrito.

»¿Qué he hecho contra ti? Te tomé por mujer cuando era un hombre joven (en la edad de la conscripción). Estabas conmigo cuando cumplí todas mis funciones. Estabas conmigo y no te repudí y [jamás] hice nada que pudiera entristecer tu corazón. Eso es lo que hice cuando era un joven esposo. Cuando cumplí toda suerte de altas funciones junto al faraón (¡que viva, sea próspero y con fuerza!) sin dejarte de lado [nunca], diciendo[me]: “Ella debe estar siempre junto a mí.”

» Todos los que venían a mí, delante tuya, no los recibía si tú te oponías, diciendo: “¡Que se haga según tus deseos!”

» Y ahora, mira, no dejas mi corazón en paz, [de modo que] te voy a abrir un proceso, para que se distinga así del bien y del mal.

» Mira, cuando era instructor de los suboficiales de la infantería del faraón (¡que viva, sea próspero y con fuerza!) y de sus carros, los hice venir y tumbarse delante de ti. Te traían toda clase de cosas buenas que depositaban delante de ti.

» Nunca te escondí nada durante tu tiempo de vida, nunca, como debe hacer un señor, dejé que te faltara de nada, ni te hice

sufrir de modo alguno. Nunca me descubriste ofendiéndote, como si fuera un campesino, entrando en otra casa (para engañarte).

»No me expuse a los reproches privándote de lo que te debía... Y cuando se me puso en el puesto en el que estoy, y cuando era imposible alejarme, como era mi costumbre, entonces me comporté como debe hacerlo un hombre de mi condición cuando está [retenido] en su puesto: mi perfume y mi aceite, mis provisiones y mis telas, todo era llevado a tu casa. No los hice llevar a ningún otro lugar donde había otra mujer. ¡No te he engañado!

»Pero tu no me reconoces el bien que te he hecho, de modo que te envió este escrito para que sepas como te comportas. Sin embargo, cuando te pusiste mala de esa enfermedad que sufriste, [te envié] un jefe médico, te cuidó e hizo todo lo que le pediste que hiciera.

»Después, cuando tuve que partir acompañando al faraón (¡que viva, sea próspero y con fuerza!) hacia el sur, y te encontraste en el estado que es el tuyo actualmente (es decir, que murió), estuve ocho meses y un día sin comer ni beber (es decir, que ayunó), como todo el mundo [hace]. Cuando regresé a Menfis le pedí permiso al faraón (¡Vida, Salud, Fuerza!) para que me dejara llegarme donde tu estás. Lloré mucho con las personas del barrio.

»Entregué tela de lino del Alto Egipto para las vendas (para la momificación), hice tejer para ti muchas telas, no descuidé nada de lo que era bueno para ti.

»Ahora, tres años después, estoy solo, no he entrado en ninguna casa (i.e. te he permanecido fiel) por más que no dé la felicidad comportarse así a un hombre de mi condición.

»[Sin embargo] he hecho todo esto por amor a ti, pero ¡eres incapaz de distinguir entre el bien y el mal!

»Juzgarán entonces entre tú y yo, ¡sin embargo no me he casado con ninguna mujer de la casa!»

Se puede ver que en esa liberal organización que era la sociedad egipcia, el ascenso social estaba al alcance de cualquiera que lo mereciera por sus cualidades. Ese debía ser el caso de este militar, desconsolado viudo que, a lo que parece, demostró siempre durante la vida

de su esposa —e incluso cuando ya estaba muerta— gran tolerancia y paciencia hacia esa mujer de baja extracción social que fue incapaz de ajustar su comportamiento a la categoría de los ascensos de su esposo. Como nueva rica que era, abusó de los miramientos de los que disfrutaba sólo gracias a la posición de su marido y llegó incluso a ponerle en situaciones violentas. El pobre viudo estuvo tan condicionado por ella que no se atrevió a casarse, y terminó por atribuir a la nefasta influencia que la dama Anhkere debió ejercer sobre él, durante toda su vida, todos los tormentos y dolencias que le atacaron en la tierra durante los tres últimos años.

La esposa abusona

Seguramente refiriéndose a semejante categoría de mujeres, a las que había que tratar con firmeza si no se querían conocer las desgracias de nuestro viudo, fue redactada una de las sentencias de Ptahhotep.

Esta máxima, la número 21, es la única que desentona en el conjunto de cualidades que se le reconocen a las mujeres egipcias, pues no habla de la mujer con consideración. El autor formula graves restricciones para esas esposas susceptibles de utilizar un poder abusivo:

«Si eres un hombre de bien que quiere conservar su hogar, quiere a tu mujer en tu casa, como es conveniente.

»Llena su vientre, viste su espalda. El aceite [perfumado] es una panacea para su cuerpo.

»Hazla feliz, así, mientras vivas.

»Es un campo fértil para su señor. No la juzgues, [pero] no la sitúes en una posición de dominio... Su ojo es un viento de tempestad cuando ella ve...

»Calma su corazón, por medio de todo lo [bueno] que te ha ocurrido. Podréis, así, continuar viviendo en común. Si la rechazas, entonces vendrán las lágrimas.

Viudedad, madrastra, la educación del hijo y las mujeres de vida alegre

»Una vagina es lo que ella te da por su condición (ser mantenida). Lo que reclama es que hagan para ella un canal (= estar bien vestida y alimentada).»

Ankhere debía ser el tipo de mujer que merecía semejante tratamiento. Considerémosla como «la excepción que confirma la regla».

La madrastra

Sin embargo, muchos egipcios, al morir prematuramente su pareja, volvían a casarse; es la razón por la que a menudo las estelas funerarias están dedicadas por el hombre a las sucesivas esposas con las que vivió. En la mayoría de los casos parece que reinaba la paz en las casas en las que, tras un deceso, entraba una nueva señora de la casa. Con bastante frecuencia, el señor se casaba con una mujer que había trabajado en la casa y que, en ocasiones incluso, había sido su «concubina» (cf. con el ejemplo de Tchat, que había sido concubina del nomarca de Beni Hassan). Los hijos nacidos de esta relación se convertían entonces en retoños legales que, de manera oficial, podían por fin reivindicar el nombre de su padre.

Madrastra y desacuerdos

No obstante, había veces en que la madrastra no era bien recibida por los hijos del primer matrimonio. Los cuentos populares, que por lo general reflejan el modo de pensar de una sociedad, ponen en boca del «Príncipe predestinado» unas palabras que hacen alusión a esos desacuerdos:

«Soy el hijo de un oficial del país de Egipto. Como mi madre murió, mi padre tomó otra mujer, una madrastra. Pero ella se puso a odiarme y me fui, huyendo delante de ella.»

La mujer de Egipto

Se trataba, es cierto, de una excusa inventada para explicar el alejamiento del príncipe, que huía de su «destino»; pero para que se le creyera con facilidad eligió unas circunstancias que a buen seguro eran muy habituales.

Las diferencias aparecían, la mayor parte de las veces, cuando se trataba del interés; de modo que los hijos mostraban su disconformidad contra los arreglos dispuestos por su padre en favor de su segunda esposa. Ya hemos visto que, durante el reinado de Sobekhotep III, en la XIII Dinastía, un hombre que se había vuelto a casar dejó en su testamento a su segunda mujer, Senebtisi, y a sus hijos, sus tierras y sus gentes. Tehenut, hija del primer matrimonio, protestó tanto más cuanto que su padre llegó a concederle a su segunda esposa bienes que pertenecían a su yerno. Es más que probable que se tratara de la dote que la hija recibió en el momento de su matrimonio.

De una época ligeramente anterior, el reinado del gran Montuhotep (comienzos de la IX Dinastía), poseemos dos cartas escritas por Hekanakhte, sacerdote funerario del visir Ipi, que son muy edificantes a este respecto.

La madrastra mal acogida

Este opulento personaje, en una época en la que Egipto conoció «malos Nilos» y, por tanto, cosechas reducidas, tuvo que pernoctar en heredades del sur de Tebas durante cerca de un año, concretamente entre el final de mayo del 2002 antes de nuestra era —la temporada de la recolección— y las fechas próximas a la Inundación del año siguiente (es decir, entre abril y julio del 2001 antes de nuestra era). Mientras estuvo lejos de su casa parece que le confió a Merisu, su hijo, la gestión de sus propiedades tebanas y de la residencia familiar. Las noticias recibidas de su familia dejaban bastante que desear, de modo que escribió muchas cartas para dar estrictas instrucciones al respecto; de ellas las que más nos interesan en relación al tema de nuestra atención, son las que envió a su hijo primogénito, Merisu, y la segunda, destinada a su madre Ipi. Vemos entonces que las inquie-

tudes de Hekanakhte no se refieren sólo al negligente modo en que se vigilaban los campos y el grano recogido, que fueron administrados descuidadamente, sino a la armonía que debería reinar en el seno de la familia.

Los cinco hijos: Merisu, Sahthor, Sanebnut, Anup y Seneferu, igual que las tres hijas: Seinut (?), Nofret y Saturet, nacidos todos, a lo que parece, del primer matrimonio, hacían la vida imposible a la segunda compañera de Hekanakhte, la *hesebut* Iutemheb, con la que se casó tras enviudar. La expresión *hebesut*, en ocasiones interpretada como concubina porque significa «la vestida», parece que habría que traducirla más bien por la palabra madrastra; es decir, desposada tras enviudar⁸. Peor todavía: la sirvienta de Iutemheb, llamada Semen, se había puesto del lado de los hijos y se había portado muy mal con su nueva señora. Seguramente ésta le contó a Hekanakhte lo que pasaba, y éste amenazó a todos los miembros de su familia. Su *hebesut*, que merecía que se la tratara como la esposa suya que era, una *hemet*, tenía derecho a todos los miramientos y, sin embargo, los miembros de la familia parecían tratarla como a una usurpadora. Tenía derecho a «*lo que debe ser hecho por la hebesut de un hombre*», escribía⁹. Habiéndose quejado de ello a su hijo mayor, le dijo: «*Eres tú el que ha dejado que (la criada Semen) hiciera daño a mi hebesut. ¡Mira! ¿Qué voy a hacer de desagradable para ti que ella os haya hecho a todos vosotros, los cinco hijos*¹⁰?» y le ordena entonces «*Ahora expulsada a la sirvienta Semen de nuestra casa, ocúpate de eso en cuanto Sahathor (que llevaba el mensaje) llegue hasta ti. ¡Mira! Si pasa un sólo día más en mi casa... serás tú el que la deje hacer daño a mi hebesut.*»

¿Qué podría hacer la pobre y sin duda joven Iutemheb contra toda una familia, a la que había que añadir además la tía Hetepet, enfrentada también a dos de sus «seguidoras», una sirvienta y una peluquera? Es probable que Semen hubiera sido una especie de mujer de confianza de la anterior señora de la casa y que los celos tuvieran mucho que ver en todo este conflicto.

Hekanakhte se puso mucho más serio entonces: «*Aquel que cometa un acto, cualquiera que sea, contra mi hebesut, lo consideraré*

La mujer de Egipto

como hostil a mí, y yo lo seré contra él. ¡Mira! Esta es mi hebesut. ¡Todo el mundo sabe lo que hay que hacerle a la hebesut de un hombre...! ¿Es que alguno de vosotros aceptaría que su mujer fuera insultada delante de él? ¿Podré seguir siendo paciente con vosotros? ¿Cómo podría seguir viviendo con vosotros en la misma casa si no respetáis a mi hebesut por consideración a mí?»

De hecho fue a su madre Ipi a la que escribió su segunda carta, recurriendo así a la autoridad suprema de la familia, ya que su primera misiva, dirigida directamente a su hijo mayor, parece que no obtuvo ningún resultado. La solución de compromiso que propuso no podía ser más simple: *«¡Si no quieres verla, escribió a su madre, entonces envíame a Iutemheb aquí!»*

De modo que esto es lo que podía pasar en una gran propiedad tebana a comienzos del Reino Medio, en la localidad de Nebesyt, durante un período en el que el hambre acaba de hacer de las suyas; aunque es cierto que se trataba de un momento incomparablemente más difícil que la época dorada del Reino Nuevo. Sin embargo, no es menos cierto que introducir una madrastra en una familia —sobre todo cuando los hijos e hijas ya eran adultos— no siempre era algo que contribuyera a la paz familiar.

Por lo mismo, la madre, a la que todos escuchaban, podía ayudar a apaciguar posturas y «desdramatizar» la situación.

La educación del hijo y las mujeres de vida alegre

Los hijos ya se habían hecho mayores en la casa de nuestra noble dama y la vigilancia sobre ellos se había relajado durante el duelo y la posterior convalecencia de la viuda. Llegó un día en que los padres se dieron cuenta de que el hijo mayor había prestado muy poca atención a sus estudios y que pasaba su tiempo en ciertas calles «calientes» de la capital, e incluso en las tabernas de la orilla izquierda, donde se bebía vino y cerveza, y donde los mercaderes sirios sabían que podían encontrar clientela dispuesta a adquirir sus bellas esclavas de la región de Amorru.

Viudedad, madrastra, la educación del hijo y las mujeres de vida alegre

De modo que la madre le pidió al maestro escriba que dirigiera los ejercicios literarios de su hijo hacia temas más disuasorios.

*«Me dicen que descuidas la práctica de la escritura;
Y que te dedicas a los placeres.*

*Vagas de taberna en taberna,
La cerveza te quita cualquier respeto humano,
Ella pierde tu ánimo.
Eres como un timón roto,
Que no sirve para nada.
Eres como una capilla privada de su dios,
Semejante a una casa sin pan.
Se te ha visto ocupado en saltar un muro.
Las personas huyen frente a tus golpes peligrosos.*

*¡Ah! si quisieras comprender que el vino
Es una abominación.
Maldecirías el vino dulce,
No pensarías en la cerveza
Y olvidarías el vino del Extranjero.*

*¡Te enseñan a cantar al sonido de la flauta,
A recitar poemas al son del oboe,
A cantar con voz de falsete al sonido de las harpas,
A recitar al sonido de la cítara!*

*Aquí estas, sentado en la taberna,
Rodeado por las mujeres de vida alegre.
Deseas desahogarte
Y seguir con tu placer...*

*Aquí estás delante de una mujer,
Inundado de perfume,
Con una guirnalda de flores alrededor del cuello*

La mujer de Egipto

*Tamborileando sobre tu vientre,
Vacilas y caes a tierra
Todo cubierto de inmundicias.»*

Apenas había terminado el texto, cuando el joven se vio obligado a meditar sobre las sabias palabras del escriba Ani:

*«No te dejes llevar a beber cerveza
Puesto que cuando hablas, entonces
Lo contrario de lo que piensas sale de tu boca.
No sabes quien es el que acaba de hablar.
Caes al suelo, porque tus piernas se quitan de debajo de ti.*

*Nadie te da la mano entonces
Y los que bebían contigo
Se levantan y dicen:
“¡Que se lleven de aquí a este borracho!”*

*Si vienen a buscarte
Para pedirte un consejo,
Y te encuentran tumbado en el suelo,
Eres como un miserable niño¹¹.»*

Semejante perspectiva podía, de hecho, tener algún efecto sobre esos jóvenes estudiantes que acababan de «hacer calaveradas». En cambio, este tipo de descripciones, al igual que los demás textos con semejante vocación disuasoria, en modo alguno contribuían a hacer que se cerraran las «casas de cerveza», llenas de chicas guapas y fáciles; en las cuales un papiro¹² nos confirma que a menudo vivían en ellas «mujeres babilónicas». En cualquier caso, es evidente que la prostitución existía durante el Reino Nuevo. La expresión *khenemet* se utilizaba para designar a una mujer de vida alegre, a menudo cantante y música, en ocasiones tatuada en la pelvis y en los muslos. Por otra parte, el papiro erótico de Turín describe de manera cruda las actividades que podían tener lugar en ciertas acogedoras casas a las que ocasionalmente se hace alusión en los textos.

Viudedad, madrastra, la educación del hijo y las mujeres de vida alegre

En el cuento de Khaemuas, de Baja Época, se habla de la «*mujer de la calle*» (¡una persona vil!):

«Si lo que quieres es tener placer conmigo (dice la hija del profeta de Bastet a Khaemuas) irás a Bubastis, a mi casa. Todo estará dispuesto y tendrás placer conmigo, sin que nadie en el mundo lo adivine, y sin que ya me comporte como una “hija de la calle”.»

Las «casas de la cerveza» eran habituales por todo el Oriente Próximo y en el Código de Hamurabi¹³ se estipula que «*entrar en la casa de la cerveza implica una conducta inmoral por parte de una mujer*». No nos sorprendamos, por tanto, de encontrar en el cuento de *Las desventuras de Unamón*, que se remonta a la XXI Dinastía, la presencia de una institución semejante en Biblos. Probablemente sea una mujer de uno de esos establecimientos la que el príncipe de Biblos envió a Unamón para pasar el tiempo a la espera de que pudiera regresar a Egipto sin problemas. Comprobamos entonces que, al igual que pasaba en Egipto, en Biblos la mujer «fácil» se consideraba que podía provenir ¡del país del Nilo!¹⁴ «*Me envió a su secretario, que me trajo dos medidas de vino y un cordero. También hizo que trajeran a Tentmau, una cantante egipcia que estaba cerca de él, con esta misión: “Canta para él, impide que tenga ideas sombrías.” Y mandó que me dijeran: “Come, bebe, para que no tengas ideas sombrías”*»¹⁵.

La actividad de esas tabernas (Fig. 45) alcanzó su apogeo durante el reinado de Ramsés III, en la XX Dinastía. Recordemos que cuando tuvo lugar el proceso contra los autores de la conspiración del harén, dos de los jueces encargados del asunto fueron incriminados a su vez porque se habían corrido unas juergas con mujeres acusadas y «*algunas otras criminales*» en casa de uno de ellos, tan acogedora como una «*casa de la cerveza*».

No bastaba con que el maestro se esforzara por mantener a su discípulo alejado del camino del libertinaje, era necesario que el joven se mantuviera en la vía de la virtud:

«Guárdate de la mujer extranjera que nadie conoce en su ciudad, repetía el escriba Ani¹⁶, no mires cuando ella siga a su compa-

La mujer de Egipto

ñero, no la conozcas carnalmente: es un agua profunda de la que no se conocen los límites.»

E incluso:

«Una mujer alejada de su marido: “Soy bonita” dice ella, siempre cuando no hay testigos delante. Ella se detiene, te atrapa en una trampa. Cuando ella no ha sabido guardar el secreto (= ¡tragar con una boca rápida!) es un crimen merecedor de la muerte».

En cuanto el hijo regresaba a casa, el padre tomaba el relevo del maestro y recordaba al estudiante el célebre precepto de Pthahotep¹⁷:

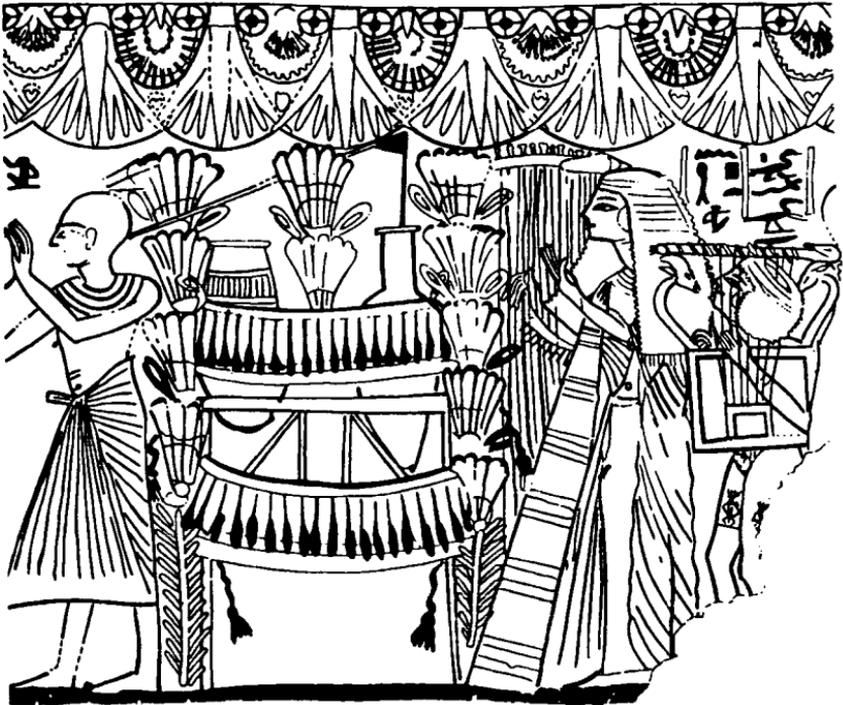


FIG. 45. Exposición de bebidas alcohólicas, que se bebían por medio de un sifón, y concierto de música en el que participaba una prostituta.

Viudedad, madrastra, la educación del hijo y las mujeres de vida alegre

*«Si deseas conservar la amistad,
de una casa en la que entras,
Como señor, hermano o amigo,
Allí donde entres,
Guárdate de aproximarte a las mujeres.
Ya que nada bueno proviene de un lugar en el que eso se haga.
Nunca se presta demasiada atención.
Millares de hombres
Se han alejado así de lo que les era beneficioso,
Uno se embriaga con la carne, que te consume.
Un corto momento, semejante a un sueño;
Y sin embargo podemos vernos avocados a la muerte por eso.»*

Epílogo

Semejantes exhortaciones, tales ejemplos y unos tan convincentes modelos terminaron por hacerle ver al hijo primogénito de la casa la única conclusión posible a su problema personal y escuchar la voz que resonaba en el corazón de todo joven egipcio, que le decía «Cásate joven...» ¿Por qué esperar? ¿No ocupaba sus sueños la hija del más cercano colaborador de su padre desde que, siendo una niña, venía a jugar con sus hermanas? El día en que le ofreció una mandrágora a la salida de la comida del reciente día del Nuevo año, ella la había aceptado como un precioso tesoro y, desde entonces, se la veía a menudo viniendo a saludar a su madre. Incluso le propuso un día ayudarle a recoger los higos del viejo sicómoro que había al fondo del jardín. Con el consentimiento de sus padres, nuestro joven fue a hablar con el padre de la joven, que ya le había dado el sí.

Las escenas que se vieron durante la boda de sus padres volvieron a repetirse, y la fiesta de los esponsales se desarrolló para la dicha de todos. Nuestra bella señora de la casa, muy emocionada con el matrimonio de su primer hijo, recordaba el día después de esa memorable jornada todos los momentos pasados durante los dieciocho años que llevaba junto a su esposo, que tanto amor le había demostrado. De

La mujer de Egipto

modo que los dos fueron a ver al escultor del templo para hacer que les grabara una estela con un texto que la dama ya había redactado, como testimonio del bello destino que el dios les había concedido y deseando que continuara como garante de una vida feliz y armoniosa antes de desembarcar, lo más tarde posible, «en la otra orilla»:

*«Deseamos reposar juntos,
Dios no puede separarnos.
Tan cierto como lo que dices, yo no te abandonaré
Antes de que de mí te hayas cansado.
No queremos más que estar sentados, cada día, en paz,
Sin que ningún mal acontezca.
Juntos iremos al país de la Eternidad,
Para que nuestros nombres no sean olvidados.
Qué bello será el momento,
Cuando veamos la luz del Sol,
Eternamente, como Señores de la Necrópolis¹⁸.»*

Conclusión

Con el correr de la milenaria sucesión de generaciones de egipcias, en todas las clases de la sociedad, la mujer, como hemos podido comprobar, estuvo investida de prerrogativas iguales, si no idénticas —cada especificidad fue tenida en cuenta—, a las del hombre.

Mas no se trataba de derechos en el sentido estrictamente jurídico, pues parece que a orillas del Nilo nunca existió un verdadero y formal código de leyes. Claro que ¿acaso era necesario?

Según el punto de vista de los egipcios —para ellos bastaba «seguir el camino de dios» para merecer la eternidad—, el recuerdo de la ley divina era la mejor manera de conseguir la bienaventuranza. Los libros de moral o sabiduría dictaban la conducta a seguir, tanto en familia como en el ejercicio de la profesión de cada uno. Los cuentos y novelas populares —que exageraban las acciones loables que merecían una recompensa o las flaquezas merecedoras de castigo— tenían como misión tonificar las buenas voluntades o, por el contrario, disuadir a aquel —o aquella— que estuviera inclinado a tropezar o a sucumbir a la tentación. Además, a partir del Reino Nuevo, la «Confesión negativa» del *Libro de los muertos*¹ enumeraba la impresionante lista de «pecados» que no había que cometer.

En realidad todo estaba en manos de dios, el Creador Supremo. ¿Cómo discutir entonces a sus criaturas? El hombre y la mujer

habían, sido, por orden suya, fabricados por la propia mano del divino alfarero. Del mismo modo, los sexos fueron diferenciados por la voluntad del Todopoderoso, igual que lo había querido para los miembros de la «sociedad» divina. Cada uno debía aceptar su suerte; era cosa suya mejorarla sin violar la *Maat*, esforzándose, por lo tanto, en seguir la corriente del equilibrio cósmico, simbolizado por esa querida hija de Re, la fuerza del Sol.

De hecho, la obligación no es mayor para el hombre que para la mujer; pero esta total igualdad no se produce sin el respecto a la diversidad que presidió la Creación. Cada uno tiene su sitio, su papel, con total igualdad. Tan ideal como parece el concepto de esta sociedad, lo cierto es que no fue transgredido en más de tres mil años.

Ciertamente, los importantes esfuerzos reconstructivos realizados en períodos de desastres e invasiones pudieron estremecer temporalmente a esta civilización, profundamente unida a «lo que había sido establecido desde los tiempos del dios». Pero en cuanto regresaban los buenos tiempos, la encontramos de nuevo fiel al camino seguido. Es evidente que no dejó de manifestarse una profunda evolución interna; de igual modo, penetraron influencias extranjeras, pero los principios fundamentales permanecieron intactos.

Uno de los rasgos más llamativos del Reino Antiguo, cuya armonía de formas y el rigor de las proporciones de sus pirámides todavía nos deslumbran hoy día, es el lugar que ya ocupaba la mujer en una época tan antigua. Si conociéramos biografías femeninas de ese período sin duda sabríamos edificantes detalles sobre los contemporáneos de la primera mujer médico conocida en la historia de la humanidad, allá en la IV dinastía, la dama Peseshet.

¿Se puede hablar de una cierta regresión de las prerrogativas femeninas durante el Reino Medio, como se ha sugerido? Las fuentes no son ni lo bastante abundantes ni lo bastante diversas como para poder afirmarlo. Sin embargo, cuando abordamos el Reino Nuevo, unos datos mucho mejor conservados y muchísimo más numerosos nos hacen descubrir a una mujer que se beneficia de una libertad profundamente enraizada, sin tener necesidad de vivir «liberada».

Que nadie se llame a engaño. La incontestable igualdad de los dos sexos en Egipto no era el resultado de una lucha protagonizada por la mujer del Nilo para conseguir un deseado «ascenso». Dios la había hecho mujer y no se trataba de renegar de ese estado. Ser esposa, madre y señora de la casa junto a un ser amado que sabía responder al esfuerzo realizado, ése era el ideal. La instrucción y la educación seguían siendo esenciales para la formación de aquella que —siguiendo su destino— sería llamada a enfrentarse a ciertas responsabilidades. No parece que hubiera ningún impedimento para que ascendiera tan alto como pudiera. En la medida en que los ejemplos llegados hasta nosotros nos permiten afirmarlo, ese fenómeno se produjo en todos los niveles de la sociedad, desde los más bajos hasta los más altos.

Estudiando aquello que sabemos de la mujer egipcia, se llega a apreciar de una manera más certera y mucho más real, la mentalidad y la manera de vivir de los habitantes del país del Nilo.

No era cuestión tanto de llevar una existencia ociosa como de enfrentarse, conscientemente y con valor, a los deberes y las cargas de una señora de la casa; lo mismo sucedía con una sinecura como era ejercer el «oficio» de Divina Adoratriz cerca de un ambicioso y poderoso pontífice de Amón. La Gran Esposa Real estaba investida con tantas obligaciones áulicas y religiosas que ni siquiera pensaba en conseguir unas prerrogativas mayores. Una madre real, convertida en regente en tiempos de crisis, y una reina coronada como faraón —pues el trono carecía de un heredero masculino «adulto»—, asumieron sus funciones con una competencia y una eficacia por lo menos igual a las demostradas en otros períodos por sus homólogos masculinos.

Por otra parte, la sierva siempre tenía algo que decir y a menudo una simple formalidad le permitía crear un hogar con un miembro de la familia... ¡de sus antiguos señores!

Por último, en esta sociedad individualista en donde el compromiso moral tenía rasgos legales, el sistema por el que los esposos contraían matrimonio, sin tener necesidad de solicitar la sanción de un veredicto humano o divino —administrativo o sacerdotal—, demues-

Conclusión

tra la importancia concedida a la palabra y la confianza depositada en las personas de ambos sexos, guiados por Dios y viviendo en él. Los «contratos», aparecidos bastante tardíamente, sólo se refieren a los bienes de los esposos y a su herencia, y no cabe duda de que ratificaban los acuerdos verbales que, en épocas anteriores, confirmaron los medios para proteger, si ello era necesario, a aquella sin la cual la vida no habría podido perpetuarse y que, en la mayoría de los casos, inspiraba el mayor de los respetos.

El lugar de la mujer en la sociedad egipcia de entonces es una de las mejores demostraciones de la modernidad de esta civilización, que supo hacer de la madre, la esposa o la hija, objeto de la más perfecta igualdad, pero siempre dentro de las lógicas diferencias; un estado que la mujer europea de comienzos del siglo XX estaba, bajo muchos puntos de vista, lejos de haber conseguido.

En resumen, que en tiempos de los faraones, la mujer egipcia era una mujer de verdad, ni mujer objeto ni marimacho, perfectamente feliz y satisfecha de poder identificarse con la admirada (Fig. 46):



FIG. 46. Mujer egipcia con traje de fiesta.

Conclusión

«Gran Alegría del Corazón»

*«La única, la bien amada, la sin igual,
La más bella del mundo,
Mírala, igual que la estrella brillante del Nuevo Año
En el umbral de un buen año.
Aquella cuya gracia brilla, cuya piel resplandece con un tierno
reflejo.*

*Ella posee unos ojos de mirada límpida
Y labios de dulce hablar.
Nunca una palabra superflua sale de su boca.
Ella, cuyo cuello es largo y el pecho luminoso,
Está dotada de una cabellera del color del lapislázuli pulido.*

*Sus brazos sobrepasan el brillo del oro,
Sus dedos se asemejan a cálices de loto,
Aquella cuyos riñones son alargados y sus caderas delgadas
Aquella cuyas piernas defienden la belleza,
Aquella cuyos andares están llenos de nobleza
Cuando posa los pies sobre la tierra.
¡Con su beso conquista mi corazón!*

*Ella hace que el cuello de todos los hombres
Se gire para mirarla,
Y cada uno [de ellos] a quien saluda es feliz;
Se siente entonces el más importante de los jóvenes.*

*¡Cuando sale de su residencia,
Uno cree estar viendo a Aquella-que-es-única!»*

Notas

Parte primera

La mujer en el mundo divino

1. Cf. con los *Textos de las Pirámides*, § 1466b.
2. Cf. con la leyenda de la «Destrucción de la Humanidad».
3. La Ogdoada es la reunión en un solo cuerpo de ocho elementos.
4. Una variante reemplaza al loto por el huevo cósmico, de donde sale el gran «parlan-chín» solar que rompió el silencio.
5. Pese al veto del demiurgo y con la ayuda de Thot.
6. Abordamos aquí una cuestión originada por la opinión de Diodoro Sículo (I, 27, 1-2). Este último consideraba que la mujer egipcia tenía la libertad que le caracterizaba en recuerdo de Isis, cuya actividad fue decisiva y estuvo llena de iniciativas a la muerte de Osiris; aunque creemos más certero el juicio de Théodoridès, que se pregunta si, en realidad, no fueron las instituciones humanas las que influenciaron en el mundo divino. Tal y como está definido, éste recuerda, sobre todo, a las instituciones reales. Tenemos la prueba si profundizamos en la situación de la mujer. Efectivamente, si la egipcia de cualquier época tuvo una capacidad jurídica idéntica a la de los hombres —lo que en el mundo divino se traduce en la libertad con la que las diosas se comportan en cualquier circunstancia—, la ley del incesto entre hermano y hermana, o entre el padre y algunas de sus hijas, que se afirma como una realidad esencial en el mundo de los dioses, en el mundo terrenal sólo se refleja en el del faraón. En cualquier caso, era un precedente juiciosamente elaborado sobre el que los señores de Egipto basaban su comportamiento para demostrar las afinidades de la Corona con la sociedad divina.
7. Extracto del texto que aparece en la tumba de Seti I.
8. Re, el Sol, forma revelada de Atum.
9. Textos de las Pirámides § 785.

10. De igual modo, la imagen de Nut-Cúpula celeste ocupa el techo de los templos tardíos e incluso el interior de ciertos sarcófagos, sobre todo a partir del Reino Nuevo.

11. Nos ocuparemos de los diferentes aspectos de la diosa Hathor cuando se hable de la mujer no perteneciente a la realeza.

12. En egipcio *In-Heret*.

13. Esta reconstrucción ha sido posible gracias, principalmente, a las alusiones descubiertas en un papiro demótico y en los textos de los templos ptolemaicos y romanos de Egipto.

14. El templo de Dakka, en Nubia, nos muestra a la misma diosa representada como una madre-leona de pechos colgantes.

15. Hablaremos de Horus el Joven al hacerlo sobre la gesta de Isis. El renacimiento era equiparado a la *Confirmación* del reinado del faraón, a comienzos de cada nuevo año, el 17 de julio del calendario juliano.

16. Los *sistros* y el *menat* eran objetos simbólicos cuyo papel en manos de sus tañedoras será comentado más adelante, cuando hablemos de la actividad de la mujer egipcia en el culto funerario.

17. Equivocadamente, se ha querido reconocer en el concepto del *ba* la noción occidental del alma.

18. Estos capiteles comienzan a aparecer en la arquitectura a partir del Reino Medio, y son bifaces.

19. Ciertamente después de la época saíta.

20. Cuando regresa trae consigo a Bes, un pequeño genio deforme.

21. Por eso Hathor-Sekhmet evoca la muerte, a la que seguirá la vida.

22. El principal santuario de Bastet está situado en Egipto Medio.

23. En el Delta Uadjet será identificada con la madre del nuevo dios.

24. La mejor y más reciente edición de estos textos se debe a F. Daumas.

25. Son aquellos que han sido descubiertos en las cámaras funerarias de las pirámides y que sólo aparecen a finales del Reino Antiguo.

26. Estos testimonios están constituidos principalmente por los himnos del Reino Medio y del Reino Nuevo, un papiro de Berlín y, sobre todo, por los escritos de Heródoto, Diodoro y Plutarco.

27. Una investigación en Filae demostró lo que los relieves del templo de Seti I nos hicieron presentir sobre la manera en que las dos hermanas de Osiris le velaban. Finalmente, gracias a un cuento popular de la época ramésida, revivimos en el campo divino todos los elementos sacados del mundo imperfecto de los humanos durante el período en el que la diosa lucha por la transmisión a su hijo de la herencia de su esposo asesinado. En la iconografía aparece sentada entre los dioses o de pie.

28. Esta actitud se puede ver también en los bajorrelieves y en las estatuillas de bronce. Pero, para reconstruirla, disponemos de numerosas alusiones en los Textos de las Pirámides, de los que haremos uso, como ya hemos mencionado, mezclándolos con otras fuentes, completadas aquí por el relato de los autores clásicos, principalmente Plutarco.

29. Esta expresión está sacada de los Textos de los Sarcófagos, vol. II, 9.

30. Una versión más antigua hace de él un valeroso guerrero.

31. Plutarco, 14, 38, 59.

32. Este texto está extraído del papiro de Berlín nº 3008.
33. Textos según Schott, papiro del *Metropolitan Museum* de Nueva York.
34. Esta cita proviene del texto que relata la «Destrucción de la Humanidad».
35. No nos olvidemos de que esta versión del relato data de la época ramésida, se trata de las «Tribulaciones de Horus y Seth».
36. Estos pasajes están extraídos del gran himno a Isis que aparece en un papiro de Oxirincos, nº 1380, 1.214-1.216, II a.C.

Parte segunda

La mujer en la realeza

Capítulo primero

1. Estas tumbas están agrupadas en Abidos.
2. Se trata, entre otras, de las sepulturas de Neithotep y Merneith.
3. La mujer de este último pudo, aunque no es seguro, ser una princesa relacionada de lejos con la familia real.
4. Estos escasos restos fueron recuperados en la «cchette» real de Deir el-Bahari.
5. Los escarabeos «históricos» son semejantes a nuestras medallas conmemorativas.
6. Incluso se han hecho alusiones a relaciones semejantes atribuidas a Esnefru.
7. La tumba de esta última fue encontrada en el Fayum en 1956.
8. Se trata de Meryt-Atón-la-Joven que posteriormente podría haberse casado con un príncipe controvertido, Esmenkare.
9. Conocida con el nombre de Ankhsepa-Iten-la-Joven.
10. En el momento de su matrimonio tomó el nombre de Ankhsemmón.
11. Estas Grandes Esposas Reales trajeron al mundo, respectivamente, a las princesas Bentanta y Meryt-Amón.
12. Durante mucho tiempo se consideró a Henut-mi-Re, como su propia hermana.
13. Según la excelente traducción de G. Lefèbvre.
14. Volveremos a ocuparnos de este tema cuando se estudie la localización de los harenes.
15. Mitanni o Naharina.
16. Por más que algunos lo hayan sugerido, no existe prueba alguna que permita suponer que esta princesa mitannia llegara a convertirse en la reina Mutenmuia, madre de Amenofis III.
17. Numerosos autores discrepan sobre este hecho que, por otra parte, los textos no nos confirman.
18. Una inscripción en el Sinaí, fechada en el año 4 del reinado de Pepi I, menciona su nombre junto al de su madre.

19. Un especialista del período, Claude Vandersleyen duda de este hecho.

20. Según Claude Vandersleyen.

21. La valiente reina Ahhotep no debe ser confundida con otra reina Ahhotep, probablemente esposa de Kamose, cuyas extrañas joyas funerarias (eran casi todas masculinas) descubrió Mariette Pacha al pie del acantilado tebano. Por su parte, el sarcófago de la gran Ahhotep, esposa de Sekenere II fue descubierto en la «cachette» de Deir el-Bahari. Podría ser, sin embargo, que durante la reinhumación de la mujer de Kamose, se hubieran añadido a las joyas con el nombre de su difunto esposo que acompañaban a su momia, las que se pudieron salvar del saqueo del «ajuar funerario» de la gran Ahhotep, madre de Ahmosis. Por otra parte, la mayoría de esos restos llevan el nombre del Libertador.

22. Ahmosis o Ahmes.

23. Esta tradición está muy alejada de la noción de un pretendido matriarcado egipcio.

24. Winlock se muestra contrario a esta opinión.

25. No se trata aquí de destacar la acción de Tiyy como Gran Esposa Real al lado de Amenofis III, pues haremos alusión a ello más adelante.

26. Si Tiyy no representó un papel activo en la reforma religiosa de su hijo, si hubo cuando menos una complicidad por su parte.

27. Un lugar que le está reservado en la mayoría de los monumentos dedicados a su hijo que se conservan en la actualidad.

28. Siguiendo el mito, en esta escena de teogamia —que aparece representada en las paredes del templo consagrado por Ramsés II a su madre en el Rameseum— el dios suscitó al rey durante la consumación de la unión real.

Capítulo segundo

1. Este grupo escultórico se conserva en el museo de Boston.

2. La reina Ahmes-Nefertari aparece representada, esculpida al lado del rey, en una estela de Abidos conservada en el museo de El Cairo.

3. Se trata de los estudios de Gitton.

4. W. Hayes, que excavó en este yacimiento, señaló que en las ruinas que se remontan a finales del reinado (sin duda hasta el año 39) aparece un número importante de menciones a Sat-Amón, en comparación a una única mención a su madre para el mismo período y el mismo lugar.

5. Esta extremadamente importante escena está esculpida en los muros de la tumba de Kheruef.

6. En la misma muralla, el corregente aparece en el balcón, tratado con un naturalismo casi excesivo, acompañado por primera vez por su reina, Nefertiti.

7. Este busto, así como algunas otras obras del escultor Tutmes, se conserva en el museo de Berlín.

8. Este hecho se comprueba perfectamente en la escultura colosal del museo de El Cairo.

9. No cabe duda de que Tutankhamón pertenecía a la familia real, ya fuera —lo que es lo más probable— uno de los últimos hijos de Tiya, cercano a Baketaton, su joven hermana o, lo que es bastante menos seguro, hijo de Kya, una de las Esposas Reales de Akhenatón.

10. Poco después de la muerte de Nofretari, la gran favorita, se ve aparecer de nuevo a esta Primera Esposa, Isis-Nofret, en las estelas al Nilo de Gebel Silsileh, por ejemplo, junto a uno de sus hijos, el gran sacerdote de Prah Khaemuset.

11. La estatuilla de la dama Imeret-Nebes se conserva en el museo de Leyden.

12. Cuando fue instituido el papel de la «diosa» Iusaas.

13. Esta reina madre Ahhotep no recibió el título de Esposa del Dios más que en inscripciones posteriores a su época, es decir, que las recibió a título póstumo.

14. Las altas plumas, con una superficie muy regular y ligeramente estriada, eran por completo diferentes de las plumas con siete «reservas» que dominan el tocado de Amón.

15. Para traer algo de claridad en la sucesión de los cargos de Esposa del Dios, convendría mencionar primero que, en teoría, la transmisión era matrilineal y, después, que el título da la impresión de escapar al trono si no hay heredera. Así por ejemplo, después de Tuy, madre de Ramsés II, que ostentó el cargo, ninguna de las Grandes Esposas de éste recibió el calificativo de Esposa del Dios (podríamos suponer entonces que ninguna de esas esposas era hija de Tuy). Sin embargo, en la práctica, las Esposas del Dios están invariable y muy estrechamente ligadas a la familia real.

16. Akhet-Atón significa: «El horizonte del Disco (solar)».

17. Es cierto que, sin aceptar todas las suposiciones, nos inclinamos por no rechazar del todo esta sugerencia.

18. En la Antigüedad la ciudad de Buhen.

19. En tiempos de Ramsés, estos dos salientes eran los mencionados lugares de Meha e Ibchek.

20. Volvemos a encontrarnos con las dos formas femeninas que flanquean a Amenofis III a la salida de la fiesta jubilar y que algo después aparecen junto a Ramsés I en su templo de Abydos.

Capítulo tercero

1. Según la traducción de G. Lefèbvre.

2. Naharina o Mitanni.

3. El Fayum: *Mi-ur* o *Mer-ur* dio su nombre al lago Moeris, que en nuestros días es conocido como lago Karun.

4. En la actualidad, en Egipto moderno se le conoce como Bahr el Yussef.

5. Esta cabeza de la reina Tiya, la más cercana a la fisonomía real de la soberana, se conserva en el museo de Berlín.

6. En Egipto: las *khekerut-nesut*.

7. Estas pequeñas gacelas de Siria, o *gacella dorcas*, poseen unos cuernos muy estrechos, que sólo se rizan en su extremo superior.

8. En egipcio: *Henut-per-Rhenere*.
9. Este término corresponde al egipcio *Set aa Medjet*.
10. Este título se llamada en egipcio: *Khered-en-Kep*.
11. Aniba estaba situada frente a la imponente ciudadela de Kasr Ibrim, en nuestros días completamente sumergida por las aguas del lago Nasser (sólo la cima del roquedal de Kasr Ibrim domina todavía la extensión de agua circundante).
12. El electro es una aleación compuesta por un 75% de oro, un 22% de plata y un 3% de cobre.
13. Los cercopitecos son unos pequeños monos de larga cola originarios de África.
14. La inscripción, grabada en piedra, fue transportada al museo de El Cairo.
15. Sinuhé, el héroe de este cuento, inspiró en nuestros días la novela —completamente imaginaria— de Mika Waltari.
16. Según la traducción de G. Lefebvre.
17. La mayoría de los detalles de este proceso histórico los conocemos gracias al papiro Lee-Rollin, una parte del cual se conserva en Londres y la otra en París.
18. Por seguir la reconstrucción de De Buck y de Černý.
19. Eso es lo que sugieren De Buck y Černý tras un minucioso estudio de todas las pruebas que subsisten.
20. Harén del palacio o «*casa de las Rheneret*».
21. Chambelán o mejor copero, igual que lo fue José en la corte del faraón.
22. No sabemos la pena que pudieron sufrir ¿la decapitación? ¿la hoguera?
23. Nombre árabe que significa «*la colina de los judíos*».

Capítulo cuarto

1. Desde el primero de los Sesostris hasta el último de los Amenemhat en: Itauy (Amenemhat I y Sesostris I), Dashur (Amenemhat II y Amenemhat III), El-Lahun (Sesostris II y Sesostris III), Hawara (Sesostris II y segunda pirámide de Amenemhat III).
2. Estas joyas se encontraron principalmente en las sepulturas de Ita y Khumit en Dashur, de Senebtisi en El-Lahun, y de Neferuptah en Hawara.
3. Esta corona se expone en el museo de El Cairo.
4. Este conjunto sin duda debió reunir el templo y la tumba de la reina.
5. Las gacelas *dorcas*, sirias.
6. La mayor parte de lo que se conserva del tesoro de estas princesas sirias se expone en el *Metropolitan Museum* de Nueva York.
7. Da la coincidencia —¿o fue una elección deliberada?— de que las tumbas vecinas son: la no menos bella de la hermana mayor y el cuñado del futuro Ramsés II, ambos llamados Thya; y la de Maya, su ministro de finanzas —que comenzó su carrera durante el reinado de Tutankhamón— y de su esposa Meryt.
8. La mayoría de esas muy Nobles Damas pertenecía a la familia directa de los primeros reyes de la XIX Dinastía. En la XX Dinastía ciertas reinas de Ramsés III fueron enteradas cerca de las sepulturas de estos dos hijos del rey, muertos bastante jóvenes.

9. Algunos textos nos llevarían a remontar este ritual al reinado de Amenofis I.
10. La estación de *Shemu* (de donde viene *hamam*: calor) corresponde a los meses del verano: desde mediados de abril hasta mediados de mayo.
11. Estos anales han llegado hasta nosotros en gran parte gracias al precioso papiro real de Turín, que se conserva en el museo de esa ciudad.
12. Un decreto de Merenre, su hermano (?), se refiere a construcciones que habría ordenado edificar. Newberry sugirió que podía ser la reina Neith, esposa de Merenre.
13. Esta soberana, casi «fantasma», durante mucho tiempo apareció en los manuales de historia como Sobek-Neferu-Re.
14. Por su parte, R. Krauss (*Meritaten as Ruling Queen of Egypt and Successor of her Father Nipkhouria-Akhenatón*: 1^{er} Congrès international d'Égyptologie, Le Caire, 2-10 octobre 1976, p. 403-406) propone reconocer en esta efímera faraona, Mery-Atón, a la hija mayor de Akhenatón y Nefertiti.
15. Según sir A. Gardiner, no hubo dos reyes con el nombre de Siptah, como algunos pudieran pensar, sino sólo uno.
16. Conservado en el museo de El Cairo.
17. Este calificativo es utilizado aquí como nombre propio. Corresponde al egipcio *Sat-Re* y fue el nombre de nacimiento de la primera reina de la dinastía, esposa de Ramsés I.
18. En su lista de faraones, Manetón cita en el lugar que hubiera debido ocupar a un rey Thuris que habría reinado siete años.
19. Lo que se conserva de estas joyas se encuentra en el museo de El Cairo.

Capítulo quinto

1. Por lo menos el aspecto agresivo del profesado en Amarna.
2. Karnak y su considerable conjunto de monumentos religiosos limita al norte con la antigua capital de Egipto, de la que Luxor es el barrio más meridional.
3. Esta princesa, Esposa de Amón, no debe ser confundida con la reina del mismo nombre.
4. El nombre de Piankhi, como era pronunciado hace algunos años, en realidad debería de ser vocalizado *Peye*.
5. Esta estela monumental está expuesta en el museo de El Cairo.
6. Este relieve, donde se puede ver a los genios norte y sur de la Inundación, con el nombre de Shapenipet, se encuentra expuesto en el museo de El Cairo.

Capítulo sexto

1. Esta estatua de un estilo por completo original, se conserva en el *National History Museum* de Chicago.

Capítulo séptimo

1. La tan conocida estatua de la reina con toda su majestad se encuentra expuesta en el *Metropolitan Museum* de nueva York. Hace poco se la liberó de una restauraciones modernas que la desfiguraban.
2. Los cretenses de la época de Hatshepsut vivían en el Minoico Tardío.
3. E incluso: Hasfun, «*el Cuerno de África*».
4. Todas estas escenas se encuentran en la segunda terraza, columnata sur.
5. El hermano de Senenmut, llamado Senmen, lleva el mismo nombre de la isla de Biggeh, frente a Filae.
6. La tumba de Amenhotep, en Tebas oeste, lleva el número 73.
7. En egipcio, el nombre del harén se pronuncia *ipet*, de donde viene el nombre de la fiesta del Harén (de Amón): *ipet*.
8. W. Hayes citaba siete, pero es una cantidad de la que se duda.
9. Este cilindro se conserva en el departamento de antigüedades orientales del museo del Louvre.
10. Este «dios de los Sabios» fue puesto de relieve de manera muy brillante por Étienne Drioton.

Parte tercera

La mujer en Egipto

Capítulo primero

1. G. Lefebvre, *Contes*, p. 48, n. 15.
2. Un nomarca es el gobernador de un nomo (provincia).
3. Hasta el momento no se ha descubierto nada que nos permita fijar con exactitud la fecha de la mayoría de edad para las mujeres en el Egipto antiguo.
4. Esta historia forma parte de los cuentos recogidos en el papiro Westcar, conservado en el museo de Berlín.
5. En lo que concierne a la suerte del esposo adúltero, remitirse a los capítulos Adulterio y Divorcio.
6. Esta indicación fue puesta en relieve por sir Alan Gardiner.
7. Entre ellos Jacques Pirenne.
8. Texto extraído de papiro del museo de Brooklin nº 35 146.
9. Se trata de la estela nº 42 208.
10. Este obrero vivía en el poblado de los artesanos reales, en Deir el-Medina, durante la época ramésida.
11. La creación de «bienes inalienables» es comparable a la de los Uakfs del Egipto musulmán.

Notas

12. Se trata del papiro conservado en el museo de Brooklin con el número 35 146 y que data del Reino Medio.
13. Estas cautivas podían ser utilizadas como tejedoras en el harén de Miur.
14. Según el papiro de El Cairo nº 65 739.
15. El papiro del Louvre lleva el número 3 228 A.
16. Papiro del *British Museum* registrado con el número 10 052, X.
17. Se trata de la primera máxima de la recopilación.
18. Sobre los Hijos del *Kap* ver el capítulo: Escuela del harén.
19. Estos datos han sido extraídos del papiro Wilbour.

Capítulo segundo

1. Fue H. Fischer quien recopiló estos títulos, en especial los del Reino Antiguo.
2. Estos detalles, bastante inesperados, nos los proporciona el papiro de Bolonia nº 1 084.
3. Estrofas poéticas sacadas del papiro Chester Beatty I.
4. Textos sacados del conjunto poético reunido por S. Schott.
5. Cita sacada del papiro Ebers nº 468.
6. Esta receta aparece mencionada en el papiro Ebers, 474 y 476. Traducción de G. Lefebvre.
7. Este texto fue descubierto y publicado por E. Drioton.
8. El objeto, el texto del encantamiento grabado sobre una hoja de plata con plomo y el vaso de tierra cocida que lo contenía se conservan en el museo del Louvre.

Capítulo tercero

1. Estos textos fueron escritos en hierático anormal y, a partir del siglo VII antes de nuestra era, en demótico.
2. Estas exigencias aparecen claramente formuladas en el cuento de Khaemuas.
3. Este *ostracon* (trozo de caliza o fragmento de un cacharro de cerámica sobre el que se tenía la costumbre de escribir mensajes o textos que no debían figurar en las bibliotecas) se conserva en el museo de Praga.
4. Pertenece a las colecciones del museo de Berlín.
5. Se han conservado numerosos *ostraca* con textos que citan esta cláusula, especialmente un *ostracon* del Louvre.
6. Así lo sugirió un respetable historiador del derecho egipcio como J. Pirenne, que hizo suyas las opiniones de M. Murray.
7. Sh. Allam sólo encuentra dos ejemplos de poligamia en el toda la historia del antiguo Egipto, mientras que K. Simpson, analizando los testimonios, sobre todo del Reino Medio, cita trece ejemplos.

8. Estela nº C1.
9. Estela nº 2.
10. Máxima de Ptahhotep nº 19.
11. La expresión utilizada para describir esta cohabitación era «vivir con».
12. La palabra empleada para referirse a un «divorcio» es *khaa* es decir: una expulsión.
13. En el antiguo egipcio, la palabra utilizada para expresar la repudiación era el verbo *shem*, que significa: «invitar a que se vaya».
14. Máximas de Pathhotep. El original del texto, del que se han encontrado numerosas copias, podría remontarse al reinado de Isesi, en la V Dinastía, puesto que Ptahhotep era su visir. El manuscrito más antiguo que se conoce data del Reino Medio y se conserva en la *Bibliothèque Nationale* de París. Se trata del papiro Prisse, que debe su nombre a su primer propietario moderno.
15. Enseñanzas de Ani. El texto parece datar del comienzo del Reino Nuevo. Ani era un escriba al servicio de la reina Ahmes-Nefertari, esposa del rey Ahmosis. Se conocen muchas copias de este texto de difícil traducción, la más completa es la de la tableta nº 8 934 del museo de Berlín.
16. Enseñanzas de Ani, 8, 1-3.
17. Texto extraído del papiro Insinger, de época tardía.
18. Enseñanzas de Ani, 3, 15-19.
19. Para expresar el acto del adulterio, el egipcio emplea el verbo *nek*, que significa copular.
20. Diodoro Sículo, I, 78.
21. Como menciona C. J. Eyre, que es el que ha estudiado la cuestión más recientemente.
22. Este texto se conoce con el nombre de papiro Harris.
23. Según Lane, que ha estudiado las costumbres de los campesinos egipcios, en el especial durante el siglo XIX.
24. Hipótesis propuesta por P. Montet.
25. El calificativo de «vestida» en ocasiones ha sido asimilado a la condición de concubina, lo que no es en el absoluto concluyente.
26. Con esta precaución ¿pretendía asegurarse de la fecundidad de la compañera elegida? o ¿acaso el hombre carecía de los suficientes recursos como para pagar de una sola vez el dinero necesario?
27. Se trata del cuento de Khaemuas.
28. Sin duda Edgerton tenía razón al suponer que estas alusiones a una fiesta de matrimonio eran una referencia a una costumbre mucho más antigua.
29. A este respecto podemos mencionar la escena de la «teogamia», en la que para describir el encuentro entre Amón y su elegida terrenal, sólo se representa a la pareja sentada frente a frente con sus rodillas apenas tocándose.
30. Los crótalos son una pequeñas castañuelas redondas de cobre.
31. Pestman, de quien es la sugerencia, es el investigador que más recientemente ha estudiado los contratos de matrimonio en su conjunto.

Capítulo cuarto

1. *Enseñanzas de Ani*, de 6, 1 a 6, 10.
2. El papel del portero se corresponde exactamente con el que desempeña el *boab* en el Egipto moderno.
3. Inventario se decía en egipcio *imet-per*, que significa: «lo que está dentro de la casa».
4. Texto según S. Schott.
5. Encontramos este mismo detalle arquitectónico en las casas modernas de la campiña egipcia; se trata de los *mulkafs*.
6. Texto citado según G. Lefèbvre, *Romans et Contes égyptiens*.
7. Texto citado según la recopilación de S. Schott: *Chants d'amour...*
8. Este texto fue descubierto y estudiado por Iversen, seguido de G. Lefèbvre.
9. Extracto del papiro de Berlín nº 199, verso, 2, 2-5. Seguramente, la arena de la receta servía de soporte para los granos de cebada y trigo; los dátiles podían ser el abono.
10. Extraído de las inscripciones de Esna.
11. Ver, más arriba, el nacimiento del faraón Hatshepsut.
12. Los términos citados aparecen en el estudio de Goyon y de El Adly.
13. Pasaje del papiro Westcar, citado según la publicación de G. Lefèbvre.
14. Receta extraída del papiro médico Ebers.
15. El papiro concerniente a la protección mágica del recién nacido fue publicado hace tiempo por A. Erman.
16. El museo del Louvre posee dos ejemplares de esta figurita, que debía de ser de uso bastante corriente.

Capítulo quinto

1. Los papiros médicos del antiguo Egipto son conocidos en nuestros días con el nombre de papiros médicos de «Kahun», o papiros Ebers, que fue su comprador moderno; también está el papiro de Berlín y otros.
2. Sacado del papiro Ebers, según G. Lefèbvre: *Essais sur la médecine...*
3. El *Libro de los sueños* forma parte de uno de los papiros Chester Beatty, que es el nombre del coleccionista inglés que los compró.
4. Esta aventura, que fue reconstruida por W. A. Ward parece que se corresponde con la realidad de los hechos y no era un caso único!
5. Texto extraído del cuento de *Verdad y Mentira*, según la edición de G. Lefèbvre.
6. Traducción de Spiegelberg.
7. Frase extraída de una estela conservada en el museo de la Fundación Gulbenkian de Lisboa.
8. Sacado del capítulo 30 B del *Libro de los Muertos*, relativo al «Escarabeo de corazón». Traducción de P. Barguet.
9. Textos traducidos por Gardiner y recopilados por Schott.

Notas

10. Este texto y las dos siguientes citas son según la traducción de Schott.
11. Sin duda se trata del salario diario pagado al maestro. (Ver el capítulo de la Educación del niño).
12. Este texto proviene de las Enseñanzas de Ani, 7, 15-8, 1.
13. Se trata del papiro de «Kahun» nº 1.

Capítulo sexto

1. Enseñanzas de Amenemope § 26, 10.
2. Dato proporcionado por el *ostrakon* de Turín nº 57 001.
3. Receta que aparece en el papiro de «Kahun» nº 3.
4. Los autores del papiro nº 7 de «Kahun» no sabían que este remedio seguiría utilizándose hasta el siglo XX.
5. Cita tomada de Sh. Allam.
6. Estas cartas se escribían la mayor parte de las veces en cuencos, raras veces eran redactadas sobre papiro. Fueron descubiertas por dos grandes egiptólogos, Gardiner y Sethe.
7. El texto más importante de esta serie se encuentra en el papiro de Leyden I, 371.
8. Hipótesis sugerida por Černý, Peet y Théodoridès.
9. Carta II, 1-42.
10. Carta I, 14-15.
11. *Enseñanzas de Ani*, 14, 6-11.
12. Se trata del papiro Lansing 8, 4-7.
13. Se trata del § 110 del *Código de Hammurabi*.
14. *Cuento de Unamón* 2, 68-72.
15. Traducción según Lefèbvre, *Romans et Contes*.
16. Enseñanzas de Ani 8, 15.
17. *Máximas de Ptahhotep*, 18.
18. Texto grabado en el la estatua de El Cairo nº 42 206.

Conclusión

1. Capítulo CXXV.
2. Sacado de los poemas de amor contenidos en el papiro Chester Beatty I, editado por sir Alan Gardiner.

Bibliografia

ABREVIATURAS

- Ä.A.: Ägyptologische Abhandlungen.
A.D.A.I.K.: Abhandlungen des Deutschen Archäologischen Instituts Kairo, Ägyptologische Reihe, Glückstadt.
A.S.A.E.: Annales du service des antiquités de l'Égypte, Le Caire.
B.S.F.E.: Bulletin de la Société française d'égyptologie, Paris.
B.d.E.: Bibliothèque d'étude de l'I.F.A.O.. Le Caire.
Bi. or.: Bibliotheca Orientalis, Leiden.
C.A.H.: Cambridge Ancient History.
C.E.D.A.E.: Centre de documentation et d'études sur l'ancienne Égypte, Le Caire.
C.d.E.: Chronoque d'Égypte, Bruxelles.
C.G.C.: Catalogue Général du musée du Caire, Le Caire.
C.N.R.S.: Centre national de la recherche scientifique, Paris.
E.E.S.: Egypt Exploration Society, London.
G.M.: Göttingen Miszellen, Göttingen.
I.F.A.O.: Institut Français d'Archéologie Orientale, Le Caire.
J.A.R.C.E.: Journal of the American Research Center in Egypt, Princeton.
J.E.A.: Journal of Egyptian Archaeology, London.
J.N.E.S.: Journal of Near-Eastern Studies.
L.Ä.: Lexikon der Ägyptologie, 1975-1987.
M.D.A.I.K.: Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts, Abteilung Kairo, Wiesbaden.
M.Ä.S.: Münchner Ägyptologische Studien.
M.I.F.A.O.: Mémoires publiés par les membres de l'I.F.A.O., Le Caire.
M.P.: Fondation Eugène Piot. Monuments et Mémoires publiés par l'Académie des Inscriptions et belles- lettres, P.U.F., Paris.

Bibliografía

R.d.E.: Revue d'Égyptologie, Paris-Louvain.

S.A.K.: Studien zur Altägyptischen Kultur, Hamburg.

S.A.: Service des antiquités, Le Caire.

Z.Ä.S.: Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde, Berlin-Leipzig.

BIBLIOGRAFÍA

- ABD-AR-RAZIG, Ah.: *La femme aux temps des mamelouks en Égypte*, Le Caire: I.F.A.O. (Textes arabes et Études Islamiques, V), 1973, p. 140 (el ajuar).
- ALLAM, Sh.: *Beiträge zum Hathorkult*, Berlin: M.A.S., 1963.
- ALLAM, Sh.: «Die Stellung der Frau im alten Aegypten (ion der Zeit des Neuem Reiches)» *Bi. or.* 26 (1969) pp. 15 y ss.
- ALLAM, Sh.: «Le droit penal... en Égypte pharaonique» *J.E.A.* 64 (1978) pp. 67.
- ALLAM, Sh.: «Quelques aspects du mariage dans l'ancienne Égypte» *J.E.A.* 67 (1981) pp. 116-135.
- AUFRÈRE, S.: «Le coeur, l'annulaire gauche, Sekhmet et les maladies cardiaques» *R.d.E.* 36 (1985) pp. 21-34.
- BAKIR, A. M.: *Slavery in Ancient Egypt*, Le Caire: A.S.A.E. Suppléments. Cahier n° 18, 1952.
- BELL, L.: «Luxor Temple and the cult of the Royal Ka» *J.N.E.S.* 44 (1985) pp. 251-294.
- BERGMAN, J.: *Ich bin Isis*, Uppsala: Acta Universitatis Uppsaliensis, 1968.
- BERLANDINI, J.: «Sénènmout, stoliste royal sur une statue-cube avec Néfèrurè» *B.I.E.A.O.* 76 (1976).
- BLACKMAN, A.M.: «On the Position of Women in Ancient Egyptian Hierarchy» *JEA* 7 (1921) 8-30.
- BOURGUET, P. du: «Ensemble magique de la période romaine d'Égypte» Le Caire: M.I.F.A.O. (Livre du Centenaire) 104, 1981, pp. 225-238.
- BREASTED, J. H.: *Ancient records of Egypt. Historical Documents*, Chicago, 1906-1923.
- BRUNNER, H.: *L'éducation en ancienne Égypte*, Paris: P.U.F. (Histoire mondiale de l'éducation), 1981, pp. 65-86.
- BRUNNER, H.: *Die Geburt des Gottkönigs*, Wiesbaden, Ä. A. Band 10, 1964.
- BRUNNER-TRAUT, E.: *Der Tanz im alten Ägypten*, Glückstadt, 1938.
- CAMINOS, R.: «The Nitocris Adoption Stela» *J.E.A.* 50 (1964) pp. 51-101.
- CAMINOS, R.; JAMES, T.G.H.: *Gebel-el-Silsileh I. The Shrines*, London: E.E.S., 1963.
- ČERNÝ, J.: *Workmen at Thebes in the Ramesside Period*, Le Caire: I.F.A.O. (B.d.E.), 1973.
- ČERNÝ, J.: «Papyrus Salt 124» *J.E.A.* 15 (1923) pp. 243-258.
- ČERNÝ, J.: «The Will of Naunakhte and the Related Documents» *J.E.A.* 31 (1945) pp. 29 y ss.
- ČERNÝ, J.: «Consanguineous Marriage in Pharaonic Egypt» *J.E.A.* 40 (1954) pp. 23-29.
- ČERNÝ, J.: «Egypt: The Death of Ramesses III to the End of the Twenty-First Dynasty»,

Bibliografia

- en EDWARDS, I.E.S.; GADD, C.J.; HAMMOND, N.G.L. (eds.): *The Cambridge Ancient History, vol. II, part 2*, 1975.
- ČERNÝ, J.: «La constitution d'un avoir conjugal en Égypte» *B.I.F.A.O.* 37 (1937) pp. 41-48.
- COCHE ZIVIE, Ch.: «Nitocris, Rodophis et la troisième pyramide de Giza» *B.I.F.A.O.* 72 (1972) PP. 115-138.
- DARESSY, G.: *Fouilles de la Vallée des Rois*, Le Caire: C.G.C., 1902.
- DAUMAS, F.: *Les Mammisis des temples égyptiens*, Paris: Annales de l'Université de Lyon, 1965.
- DEMAREE, R. J.; JANSSEN, J. J.: *Gleaming from Deir el Menieh*, Leiden, 1982
- DERCHAIN, P.: «La perruque et le cristal» *S.A.K.* 2 (1975) pp. 55-74.
- DESROCHES NOBLECOURT, Ch.: *La vie d'écolier égyptien*, Paris: Tallandier (Le Jardin des Arts, 2), 1954.
- DESROCHES NOBLECOURT, Ch.: «Une coutume égyptienne méconnue» *B.I.F.A.O.* 45 (1947) pp. 185-232.
- DESROCHES NOBLECOURT, Ch.: «Une exceptionnelle décoration pour la nourrice qui devint reine» *Revue du Louvre* 1 (1978) pp. 20-27.
- DESROCHES NOBLECOURT, Ch.: *Tutankhamon, vie et mort d'un pharaon*, Paris: Hachette, 1963
- DESROCHES NOBLECOURT, Ch.: *L'Art Égyptien*, Paris: P.U.F. (Les Neufs Muses), 1962, pp. 82-84 y 110-114.
- DESROCHES NOBLECOURT, Ch.: «Concubines du mort et mères de famille» *B.I.F.A.O.* 53 (1953) pp. 7-47.
- DESROCHES NOBLECOURT, Ch.: «La statue colossale fragmentaire d'Amenophis IV offerte par l'Égypte à la France» *M.P.* 59 (1973-1974) pp. 6-8 nota 3.
- DESROCHES NOBLECOURT, Ch.: «Pots anthropomorphes et recettes magico-médicales dans l'Égypte ancienne» *R.d.E.* 9 (1952) pp. 49-67.
- DESROCHES NOBLECOURT, Ch.: «La Cueillette du raisin dans la tombe d'une musicienne de Ne'th à Sa's» *Revue des arts asiatiques* 1 (1954) pp. 40-60.
- DESROCHES NOBLECOURT, Ch.: «Aspects de la marine au temps des Pharaons» *La Revue Maritime* 84 avril (1953) pp. 437-460.
- DESROCHES NOBLECOURT, Ch.: «Deux grands obélisques précieux d'un sanctuaire à Karnak: les Égyptiens ont-ils érigé des obélisques d'électrum?» *R.d.E.* 8 (1951) pp. 47-61.
- DESROCHES NOBLECOURT, Ch.: «Un lac de turquoise...» *M.P.* 47 (1953) pp. 23-50.
- DESROCHES NOBLECOURT, Ch.: «Hommage d'un poète à la princesse lointaine» *Kemi* 12 (1952) pp. 34-45.
- DESROCHES NOBLECOURT, Ch.: «Las Vallée des Reines retrouvera-t-elle sa splendeur passée?» *Archeologia* 209 enero (1986) pp. 22-37.
- DESROCHES NOBLECOURT, Ch.: *L'extraordinaire aventure amarnienne*, Paris: Ed. des Deux Mondes, 1960.
- DESROCHES NOBLECOURT, Ch.: *Le petit temple d'Abou Simbel*, Le Caire: Mémoires du C.E.D.A.E. I y II, 1968.

Bibliografía

- DESROCHES NOBLECOURT, Ch.: *La religion égyptienne*, en *Histoire générale des religions*, Quillet, 2ª ed. 1960.
- DESROCHES NOBLECOURT, Ch.: «Interpretation et datation d'une scène gravée du palais d'Ugarit» en *Ugaritica III*, Paris: Geuthner, 1956, principalmente pp. 197-205.
- DESROCHES NOBLECOURT, Ch.: *Isis, Sothis, etc.* M.I.F.A.O. 104, Le Caire, 1980, pp. 15-24.
- DESROCHES NOBLECOURT, Ch.: «Les enfants du Kep» *Actes du XXI congrès des orientalistes*, Paris, 1947, pp. 68-70.
- DEVERIA, TH.: *Les papyrus judiciaires de Turin et les papyrus Lee et Rollin*, 1868.
- DONADONI, S.: «Testi geroglifici di Madinet Madi» *Orientalia* 16 (1947) p. 508.
- DRIOTON, E., VANDIER, J.: *Les peuples de l'Orient méditerranéen vol. II: L'Égypte*, Paris: P.U.F., 1938 (reeditado a partir de 1946) [Hay edición española].
- DRIOTON, E.: *Le théâtre égyptien*, Le Caire: Ed. Revue du Caire, 1942.
- EDGERTON, W.: *Notes on Egyptian Marriage chiefly in the Ptolemaic Period*, Studies in Ancient Oriental Civilization, Part I, Chicago, 1931.
- ERMAN, A.: *Zaubersprüche für Mutter und Kind*, Berlin, 1901.
- EYRE, C. J.: «Crime and Adultery in Ancient Egypt» *J.E.A.* 70 (1984) pp. 92-105.
- FISCHER, H. G.: *Varia I, Egyptian Studies I*, New York, 1976, pp. 69-76.
- FISCHER, H. G.: «Les meubles égyptiens» en *L'Écriture et l'art de l'Égypte ancienne*, Paris: Collège de France - P.U.F. (Essais et Conférences), 1986.
- FISCHER, H. G.: *Administrative Titles of Women*, Varia I, Egyptian studies I, New York, 1976, pp. 76 y ss.
- FOSTER, J.: «The Conclusion of the Testament of Amenemes» *J.E.A.* 67 (1981) p. 46.
- GABALLA, G.: «Three Funerary Stelae from the New Kingdom» *M.D.A.I.K.* 35 (1979) pp. 75-85.
- GARDINER, H. A.: *Egypt of the Pharaohs. An Introduction*, Oxford: Oxford University Press (Oxford Paperbacks), 1964 [Hay edición española]
- GARDINER, A. H.: «Adoption Extraordinary» *J.E.A.* 26 (1940) pp. 23-29.
- GARDINER, A. H.: «The Tomb of Queen Twosrê» *J.E.A.* 40 (1954) pp. 40-44.
- GARDINER, A. H.: *Hieratic Papyri in the British Museum, Text, vol. I*, London, 1935
- GARDINER, A. H.: «The Harem at Miwer» *J.N.E.S.* 12 nº 3 (1953) pp. 145-149.
- GARDINER, A. H.: «The Egyptian Origin of the Semitic Alphabet» *J.E.A.* 3 (1916) pp. 1-16.
- GARDINER, A. H.; SEELE, K.: *Letters to the Dead mainly from the Old and Middle Kingdom*, London, 1928.
- GARIS DAVIES, N. de; GARDINER, A. H.: *The Tomb of Huy*, E.E.S., 1926.
- GILBERT, P.: *La poésie égyptienne*, Bruxelles, 2ª ed. 1949.
- GITTON, M.: *L'Épouse du Dieu, Ahmès-Nefertari. Documents sur sa vie et son culte posthume*, Paris: Université de Besançon, 1981.
- GITTON, M.: *L'Épouse du dieu Ahmès-nefertari*, Paris: Les Belles Lettres, 1975.
- GITTON, M.; LECLANT, J.: «Gottesgemahlin» *LÄ*, II, 1977, col. 792-812.
- GITTON, A.: «Le Clergé féminin au nouvel Empire» *actes du 1er congrès international d'égyptologie, oct 1976, Le Caire*, Berlin, 1979, pp. 225 y ss.

Bibliografía

- GITTON, A.: «Le rôle de la femme dans le clergé d'Amon» *B.S.F.E.* 75 pp. 131-146.
- GLANVILLE, S.: «Notes on a Demotic Papyrus from Thebes» en *Essays and Estudios Presented to S. A. Cook*, Cambridge, 1950, p. 5.
- GOYON, G.: *Rituels funéraires de l'ancien Égypte*, Paris: Du Cerf (LAPO, 4), 1972.
- GRAEFE, E.: *Untersuchungen zur Verwaltung und Geschichte des Institution der Gottesmahlin des Amun von Beginn des Neuen Reiches bis zur Spätzeit*, Wiesbaden, 1981.
- GRDSELOFF, G.: «Un emprunt au sémitique pour désigner la femme captive de guerre» *A.S.A.E.* 51 (1951) pp. 163-166.
- GRIFFITHS, G.: *Origins of Osiris and His Cult*, Leiden, M.A.S., 9, 1980.
- HABACHI, L.: «La Reine Tui, femme de Séthi I^{er}, et ses parents inconnus» *R.d.E.* 21 pp. 27-47.
- HARI, R.: «La Persécution des hérétiques» en *L'Égyptologie en 1979*, Paris: C.N.R.S., 1982, pp. 260-269.
- HARRIS, J. A.: «Néfernéfruaten regnans» *Acta Orientalia* 36 (1974) pp. 11-21.
- HARRIS, J. R.: «Nefertiti and Kia» *C.d.E.* 49 (1974), pp. 75 y ss.
- HAYES, W. C.: *The Scepter of Egypt (2 vols.)*, Harvard University Press, Cambridge Mass., 1959-60.
- HAYES, W.C.: *A Papyrus of the Late Middle Kingdom in the Brooklyn Museum*, New York, 1955.
- HAYES, W. C.: «Egypt, Internal Affairs from Thoutmosis I to the Death of Amenophis III», en EDWARDS, I.E.S.; GADD, C.J.; HAMMOND, N.G.L. (eds.): *The Cambridge Ancient History, vol. II, part 2*, 1975.
- HAYES, W. C.: «Inscriptions from the Palace of Amenophis III» *J.N.E.S.* 10 (1951).
- HELCK, H.: *Der Einfluss der Militärführer in der 18. Ägyptischen Dynastie*, Leipzig, 1939, pp. 66-70.
- HELCK, W.; OTTO, E.; WESTENDORF, W. (eds.): *Lexikon der Ägyptologie, 6 vols.*, Wiesbaden: Otto Harrassowitz, 1972-1987.
- HERZOG, R.: *Punt*, A.D.A.I.K. 6, Gückstadt, 1968.
- HOHENWART-GERLACHSTEIN, A.: *The Legal Position of Women in Ancient Egypt*, Wienn: Wiener Völkerkundeliche Mitteilungen, 3. Jahrgang, n° 1, 1955, pp. 51 y ss.
- HORNUNG, E.; STAEHLIN, E.: «Studien zum Sedfest» *Aegyptiaca Helvetica* 1 (1974) pp. 31, 54, 86.
- JAMES, T. H. G.: «From the Expulsion of the Hyksos to Amenophis I», en EDWARDS, I.E.S.; GADD, C.J.; HAMMOND, N.G.L. (eds.): *The Cambridge Ancient History, vol. II, part 1*, 1973.
- JAMES, T.G.H.: *The Hekanakhte Papers and other Early Middle Kingdom Documents*, New York: Metropolitan Museum of Art Egyptian Exploration Publication, vol. XIX, 1962.
- JUNKER, H.: *Auszug der Hathor-tefnut aus Nubien*, Abh. Berl. Akad., 1911.
- KANAWATI, N.: «Deux conspirations contre Pépi I» *C.d.E.* 56 (1981) pp. 211-212.
- KEES, H.: *Der Götterglaube im anten Aegypten*, Leipzig, 1941.
- KEIMER, L.: *Remarque sur les tatouages de l'ancienne Égypte*, Le Caire: Mémoires de l'Institut d'Égypte 53, 1948.

Bibliografía

- KRAUSS, R.: «Meritaten as Ruling Queen of Egypt and Successor of her Father Nipk-hururia-akhenaten» *Actes du 1^{er} Congrès international d'égyptologie (Le Caire, 2-10 oct. 1976)*, Berlin, 1979, pp. 403-406.
- LALOUETTE, C.: *Textes sacrés et textes profanes de l'ancienne Égypte, I*, Paris: Gallimard (Connaissance de l'Orient. Collection UNESCO d'oeuvres représentatives, 54), 1984.
- LECNAT, J.: *Recherches sur les monuments thébains de la XXV^e dynastie...*, Le Caire, 1965, pp. 353-386.
- LEFÈVRE, G.: «Un conte égyptien: Vérité et Mensonge» *R.d.E.* 4 (1949) pp. 17-18.
- LEFÈVRE, G.: *Essay sur la médecine égyptienne à l'époque pharaonique*, Paris: P.U.F., 1956, pp. 88-115.
- LEFÈVRE, G.: «À propos de la reine Tausert» *Museon* 59 1-4 (1946) pp. 215-221.
- Les divines Épouses de la XVII^e dynastie*, Annales littéraires de l'université de Besançon, Centre de recherches d'histoire ancienne, vol. 61, 1984.
- LESKO, B.: *The Remarkable Women of Ancient Egypt*, Berkeley, California, 1978.
- LICHTHEIM, M.: *Ancient Egyptian Literature (3 vols.)*, Berkeley, 1975-80.
- LINAGE, H.: «L'Acte d'établissement et le contrat de mariage d'un «esclave» de Thoutmosis III» *B.I.F.A.O.* 37 pp. 217-234.
- LOYRETTE, A.-M.: «Complot dans un harem» *Histoire (informations et documents)* 3 marzo 1970.
- LUTZ, H.F.: *Textile and Costume among the People of ancient Near East*, Leipzig, 1923.
- MACRAMALLAH, B.: *Le mastabat d'Idout*, Le Caire: S.A., 1935, pl. VII.
- MANICHE, L.: «Some Aspects of Ancient Egyptian Sexual Life» *Acta Orientalia* 38 (1977) 11-24.
- MEYER, Ch.: *Senemut, eine Prosopographische untersuchung*, Hamburg, 1982.
- MORENZ, S.: *Aegyptische Religion*, Stuttgart, 1960.
- MORGAN, J. de (et alii): *Catalogue des inscriptions de l'Égypte antique I, de la frontière de la Nubie à Kom Ombos*, Vienne, 1894, pp. 126-127: Rocher de Tingar.
- MÜNSTER, M.: *Untersuchungen zur Göttin Isis*, Berlin: M.A.S., 1968. consultar también los complementos proporcionados por Ph. Derchain en: *Bi. or.* 27 1/2 (1970) pp. 21-23.
- NELSON, M; HASSANEIN, F.: *La tombe aux vignes*, Paris: Fondation Kodak-Parhè, 1985, pp. 27-77.
- NEWBERRY, P.: «Corregencies of Ammenemes III.IV and Sebekneofrw» *J.E.A.* 29 (1943) pp. 74-75.
- NEWBERRY, P.: «Queen Nitocris of the the Sixth Dynasty» *J.E.A.* 29 (1943) pp. 51-54.
- NIMS, Ch.: *La Thèbes des pharaons*, Paris: Albin: Michel, 1965, p. 205.
- OMLIN, J. A.: *Der Papyrus 55001 und seine satirischerotische Zeichnungen und Inschriften*, Torino, 1973.
- PARANT, R.: *L'Affaire Sinuhe*, Aurillac, 1982.
- PATURET, G.: *La condition juridique de la femme dans l'Égypte ancienne*, Paris: Leroux, 1886.
- PILLET, M.: «Les scènes de naissance et circoncision...» *A.S.A.E.* 52 (1952), pp. 77-104.
- PIRENNE, J.: «Le Statu de la femme dans l'ancienne Égypte» *Rec. de la Société J. Bodin* 9 *La femme*, Bruxelles, 1959, pp. 63-67.

Bibliografia

- PIRENNE, J.: *Histoire de la civilisation égyptienne* (en La Baconniere, Neuchâtel; La Renaissance du Livre, Bruxelles), 1961-1963.
- STEINDORFF, G.; SEELE, K.: *When Egypt Ruled the East*, Chicago, 2^a ed. 1957.
- POMORSKA, J.: «Les Flabelliers dans l'Égypte ancienne» en *L'Égyptologie en 1979*, Paris: C.N.R.S., 1982, pp. 155-158.
- POSENER, G.: «Le canal du Nil à la Mer Rouge avante les Ptolomées» *C.d.E* 26 (1938) pp. 259-273.
- POSENER, G.: «Sur l'attribution d'un nom à un enfant» *R.d.E.* 22 (1970) pp. 204-205.
- RATIÉ, S.: *La Reine-Pharaon*, Paris, 1972.
- RATIÉ, S.: *La reine Hatshepsout, sources et problèmes*, Leiden: Brill (Orientalia Monipoliensia I, Lugdunum Batavorum, 1979).
- REISER, E.: *Der Königliche Harim im alten Ägypten und seine Verwaltung*, Wienn, 1972.
- RIEFSTAHL, E.: «Two Hairdressers of the Eleventh Dynasty» *J.N.E.S.* 15 (1956) pp. 10-17.
- ROCCATI, A.: *La littérature historique sous l'Ancien Empire égyptien*, Paris: Du Cerf (LAPO, 11), 1982.
- SAMSON, J.: *Nefertiti and Cleopatra*, London, 1985.
- SANDER HANSEN, C. E.: *Das Gottesweib des Amun*, Copenhague, 1940.
- SAUNERON, S.: «Une conception anatomique tardive» *B.I.F.A.O.* 51 (1952) pp. 61-62.
- SAUNERON, S.: *Les prêtres de l'ancienne Égypte*, Paris: Seuil, 1963 (1967).
- SCHOTT, S.: *Les chants d'amour de l'Égypte ancienne* (traduit de l'allemand par P. Krieger), Paris: Maisonneuve (L'Orient Ancient Illustré, 9), 1956.
- SEIPEL, W.: *Untersuchungen zu den Ägyptischen Königinnen der Frühzeit und des Alten Reiches*, Hamburg, 1980.
- SHULMAN, A. R.: «Diplomatic Marriage in the Egyptian New Kingdom» *J.N.E.S.* 38 n° 3 jul. (1979) pp. 177- 193.
- SIMPSON, W. K.: «Polygamy in Egypt in the Middle Kingdom» *J.E.A.* 60 (1974) pp. 100 y ss.
- SIMPSON, W.K. (ed.): *The Literature of Ancient Egypt. An Anthology of Stories, Instructions, and Poetry*, New Haven: Yale University Press, 1973.
- SMITH, W.S.: «The Old Kingdom in Egypt and the Beginning of the First Intermediate Period» en EDWARDS, I.E.S.; GADD, C.J.; HAMMOND, N.G.L. (eds.): *The Cambridge Ancient History, vol. I, part 2*, 1971.
- SMITHER, P.: «A Ramesside Love Charm» *J.E.A.* 27 (1941) pp. 131 y ss.
- THÉODORIDÈS, A.: *The Legacy of Egypt*, Oxford, 1971.
- THÉODORIDÈS, A.: «Frau» *L'Á* col. 280-295.
- TOUNY, A.; SWENIG, S.: *Die Sport im Alten Ägypten*, Leipzig, 1969.
- VALLOGIA, M.: «Amenemhat IV et sa corégence avec Amenemhat III» *R.d.E.* 21 (1969) pp. 112, 122, 131.
- VAN DEN WALLE, B.: «La princesse Isis, fille et épouse d'amenophis III» *C.d.E* 43 (1968) pp. 36-54.
- VANDIER, J.: *La religion égyptienne*, Paris: P.U.F., 1949.
- VANDIER, J.: *Iousaàs et (Hathor)-Nebet. Hepet* en *R.d.E.*, Klincksiek, 1964-1965-1966.

Bibliografía

- VENDERSELYEN, Cl.: *Les guerres d'Ahmosis, fondateur de la XVIIIe dynastie*, Bruxelles: Fondation Égyptologique Reine-Elisabeth, 1971.
- VERCOUTTER, J.: «La femme dans l'Égypte ancienne» en *Histoire Mondiale de la Femme vol. II*, Nouvelle Librairie de France, 1965.
- WARD, W.: «The Case of Mrs. Tchat and her Sons at Beni Hassan» *G.M.* 71, 1984, pp. 51-59.
- WENIG, S.: *Die Frau in Aegypten*, Leipzig, 1967.
- WENTE, E.: «Some Graffiti from the Reign of Hatshepsut» *J.N.E.S.* 43 (1964) pp. 47-54.
- WERBRUK, M.; BAUD, M.: *Les pleureuses dans l'Égypte ancienne*, Bruxelles, 1938.
- WESTENDORF, W.: «Bemerkungen zur "Kammer der Wiedergeburt" in tutanchamungrab» *Z.A.S.* 94 (1967)
- WILD, H.: *Dances sacrées d'Égypte ancienne*, Paris, Sources Orientales, 6, 1963.
- WILDUNG, D.; SCHOSKE, S.: *Nofret, die Schöne*, Catálogo de la exposición organizada sobre La mujer en Munich (1984-1985), Berlín, (1985), hildesheim (1985), Bruselas (1985-1986), etc.
- WILSON, J. A.: «Akh-en-Aton and Nefert-iti» *J.N.E.S.* 32 (1973) pp. 235 y ss.
- WINLOK, H.: *The Treasure of Three Princesses*, New York, 1948.
- YOYOTE, J.: «Haren virginal de la Divine Adoratrice...», *Compte rendu de l'Académie des inscriptions et belles-lettres*, 1961-1962, pp. 43-52.
- ZAKBAR, L. V.: «Six Hymns to Isis in the Sanctuary of Her Temple at Philae» *J.E.A.* 69 (1983), pp. 115- 137.

Créditos de las ilustraciones

PÁGINA 5: Según Mariette. *Monumenta divers recueillis en Egypte et en Nubie*, Paris, 1888, lámina XLVI.

PÁGINA 6: La Ogdoada hermopolitana, Piankoff, «Le Naos D 29 du Musée du Louvre» *R.d.E.* 1 (1933) p. 167.

PÁGINA 7: Principales diosas egipcias, *ibid* pp. 104, 106, 107, 108, 110 y 111.

PÁGINA 9: Según un sarcófago del Reijksmuseum, Leiden, en Piankoff y Rambova, *Mythological Papyrus, Bollinger Series XL 3*, New York, 1959, textos p. 48.

PÁGINA 11: Ojo Udjat, según una estela del Museo Británico.

PÁGINA 19: Según Daumas, *Le mammisi de Dendera*, Le Caire: I.F.A.O., 1959, frontispicio.

PÁGINA 37: Dibujo del C.E.D.A.E., tumba nº 71, perteneciente a Bentanta, Valle de las Reinas.

PÁGINA 44: Dibujo DH del collar de Ahhotep, Museo de El Cairo.

PÁGINA 46: Según Norman de G. Davies, *The rock Tombs of El Amarna, tome I*, London, 1905, lámina IV.

PÁGINA 47: *Ibid.*, lámina VI.

PÁGINA 55: Según Fakhry, *A.S.A.E.* 42 (1943) lámina XL.

Créditos de las ilustraciones

- PÁGINA 56: Según Norman de G. Davies, *op. cit.*, lámina XXXII A.
- PÁGINA 69: Dibujo del C.E.D.A.E., El templo pequeño de la reina en Abu Simbel.
- PÁGINA 71: Dibujo del C.E.D.A.E., La naos de oro de Tutankhamón, Museo de El Cairo.
- PÁGINA 77: Según un papiro del Museo Británico.
- PÁGINA 79: Según Norman de G. Davies, *op. cit.*, tomo VI, lámina XXVIII, London, 1908.
- PÁGINA 83: Según Davies y Gardiner, *The Tomb of Huy*, London, 1926., lámina XXVII.
- PÁGINA 107: Según Foucart, *Le tombeau d'Amonos*, Le caire: M.I.F.A.O. 57, 1932, lámina IV.
- PÁGINA 113: Dibujo del C.E.D.A.E., El templo de Amada.
- PÁGINA 121: Dibujo GL: Shapenipet y Amón en la capilla de Osiris-Onnofris-en-el-corazón-de-la-persea, en Karnak.
- PÁGINA 131: Según Gayet: *Le temple de Louxor*, Paris, M.I.F.A.O. 15, 1894, lámina LXIII.
- PÁGINA 133: Según Hellmut Brunner, *Die Geburt des Gottkönigs*, Äg. Abhandlungen Band 10, Wiesbaden, 1964, lámina IX.
- PÁGINA 137: Dibujo NP de un relieve de Hatshepsut en Karnak.
- PÁGINA 138: Según Lacau, «Sur un des blocs de la reine Maâkare provenant du 3^e pylône de Karnak» *A.S.A.E.* 26 (1926).
- PÁGINA 149: Dibujo DH: Hatshepsut como pilar osiríaco, Metropolitan Museum.
- PÁGINA 157: Dibujo DH: el rey y la reina del Punt, Museo de El Cairo.
- PÁGINA 159: Según Landström, *Ships of the Pharaohs*, New York, 1970, p. 122.
- PÁGINA 163: Dibujo DH, Senenmut en su tumba, Deir el-Bahari.
- PÁGINA 180: Según Wilkinson, brazaletes de Heteferes y diadema de Nofret según Jéquier, *Les frises d'objets des sarcophages de Moyen Empire*, Le Caire: M.I.F.A.O. 47, 1921, p. 46; *Ancient Egyptian Jewellery*, London, 1971, p. 29.

Créditos de las ilustraciones

- PÁGINA 191: Según Junker, *Giza VI*, Wienn, 1943, p. 110, Abb. 32.
- PÁGINA 205: Según Wenig, *Der Sport im alten Ägypten*, Leipzig, 1969, p. 51.
- PÁGINA 207: Según Macramallah, *Le mastaba d'Idut*, Le Caire, 1935, lámina VII.
- PÁGINA 243: Según Norman de G. Davies, *The Tomb of Two Sculptors at Thebes*, New York, 1925, lámina XII.
- PÁGINA 244: Según Jéquier, *Les frises d'objets des sarcophages du Moyen Empire*, Le Caire: M.I.F.A.O. 47, 1921, p. 67, figura 176.
- PÁGINA 250: Según Frankfort y Pendlebury, *The City of Akhenaten, vol. II*, London, 1933, lámina XII.
- PÁGINA 256: Según Norman de G. Davies, *The Tomb of Rekh-mi-rê, vol. II*, New York, 1943, lámina LXIV.
- PÁGINA 259: Según Nina de G. Davies, *op. cit.*, figura 10, p. 246.
- PÁGINA 260: Según Nina de G. Davies, *The Town House in Ancient Egypt*, Metropolitan Series, Mai 1929, figura 7.
- PÁGINA 261: Según Nina de G. Davies, *op. cit.*, figura 1A.
- PÁGINA 274: Según Norman de G. Davies, *The Tomb of Neferhotep, volume I*, New York, 1933, lámina XLI.
- PÁGINA 279: Según Norman de G. Davies, *The Tomb of the Vizier Ramose*, London, 1941, lámina XVIII.
- PÁGINA 285: Según Norman de G. Davies, *The Tomb of Two Sculptors at Thebes*, lámina XIX.
- PÁGINA 287: Según Norman de G. Davies, *Two Ramesside Tombs*, lámina IX.
- PÁGINA 293: Según Norman de G. Davies, *Two Ramesside Tombs*, New York, 1927, lámina XXX.
- PÁGINA 306: Según Norman de G. Davies, *Seven Privates Tombs at Kurnah*, London, 1948, lámina XXVIII.
- PÁGINA 312: Dibujo del C.E.D.A.E., Estela de Sathor-Khemon, Museo de Luxor.